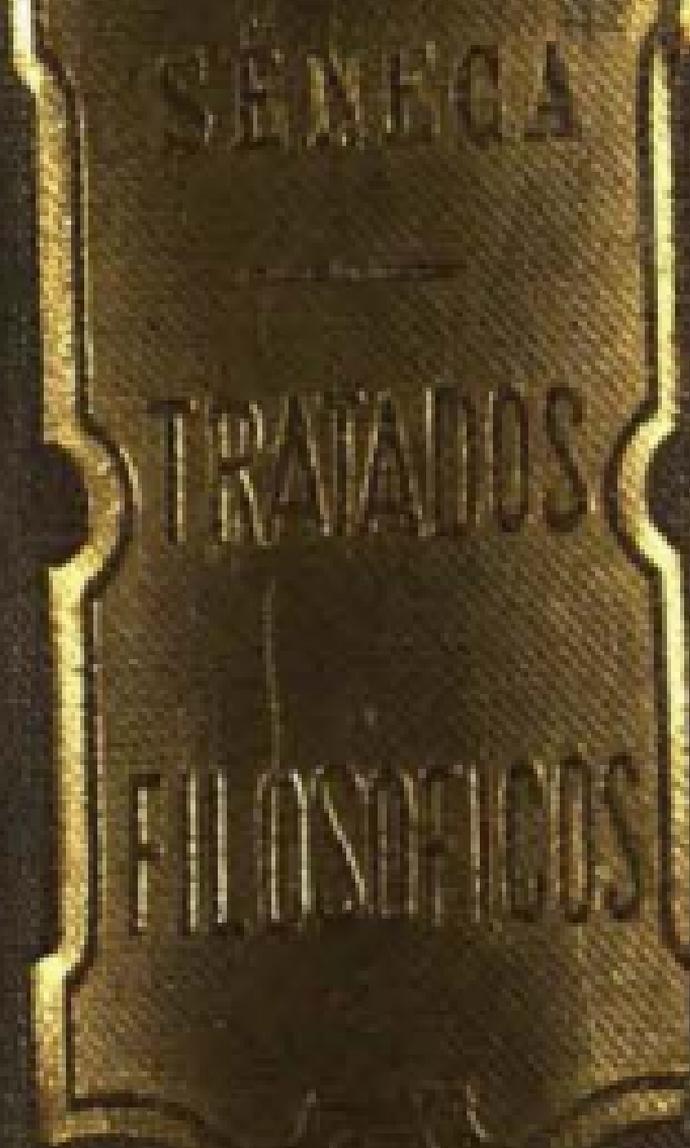


B

BIBLIOTECA

CLÁSICA.

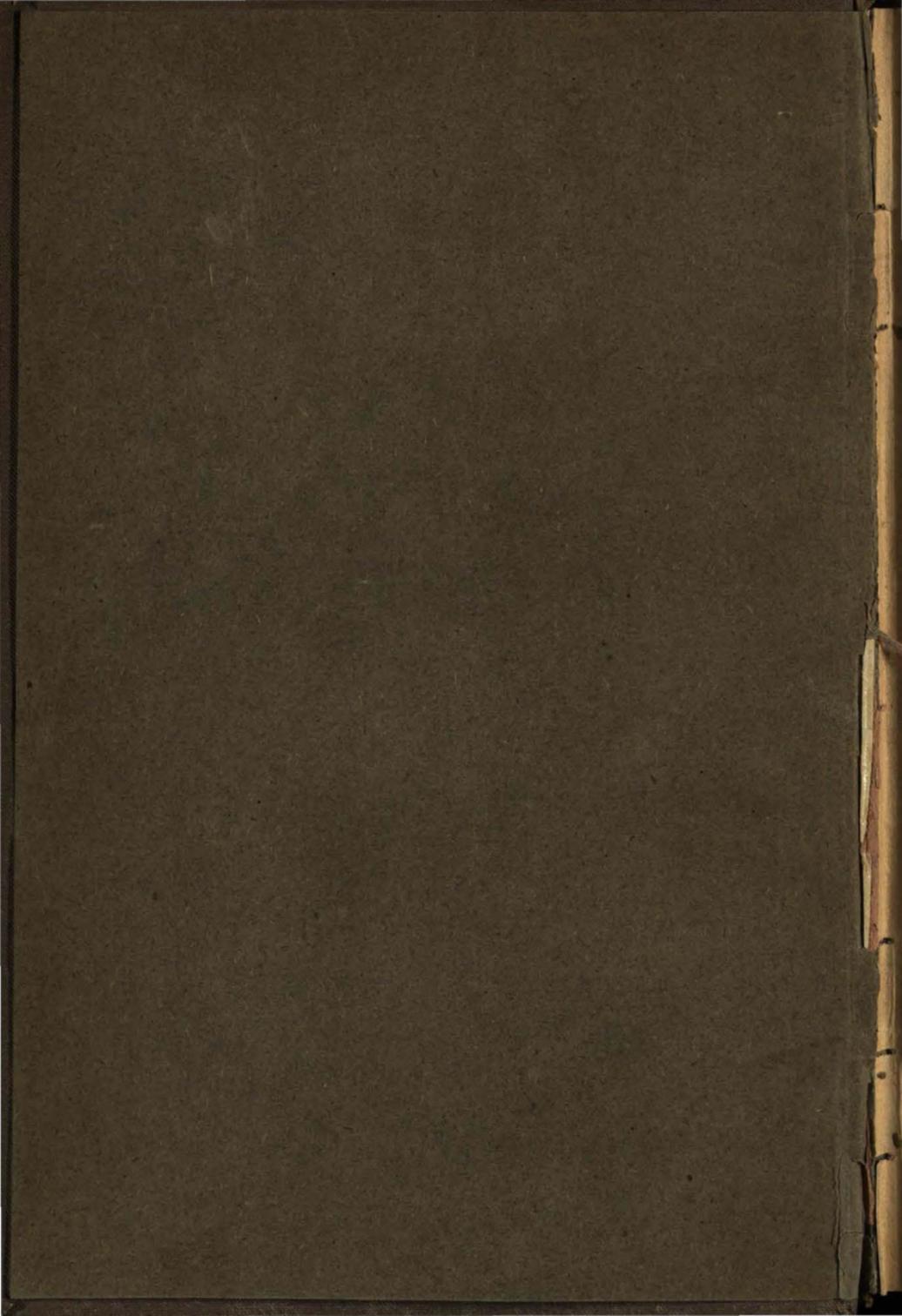


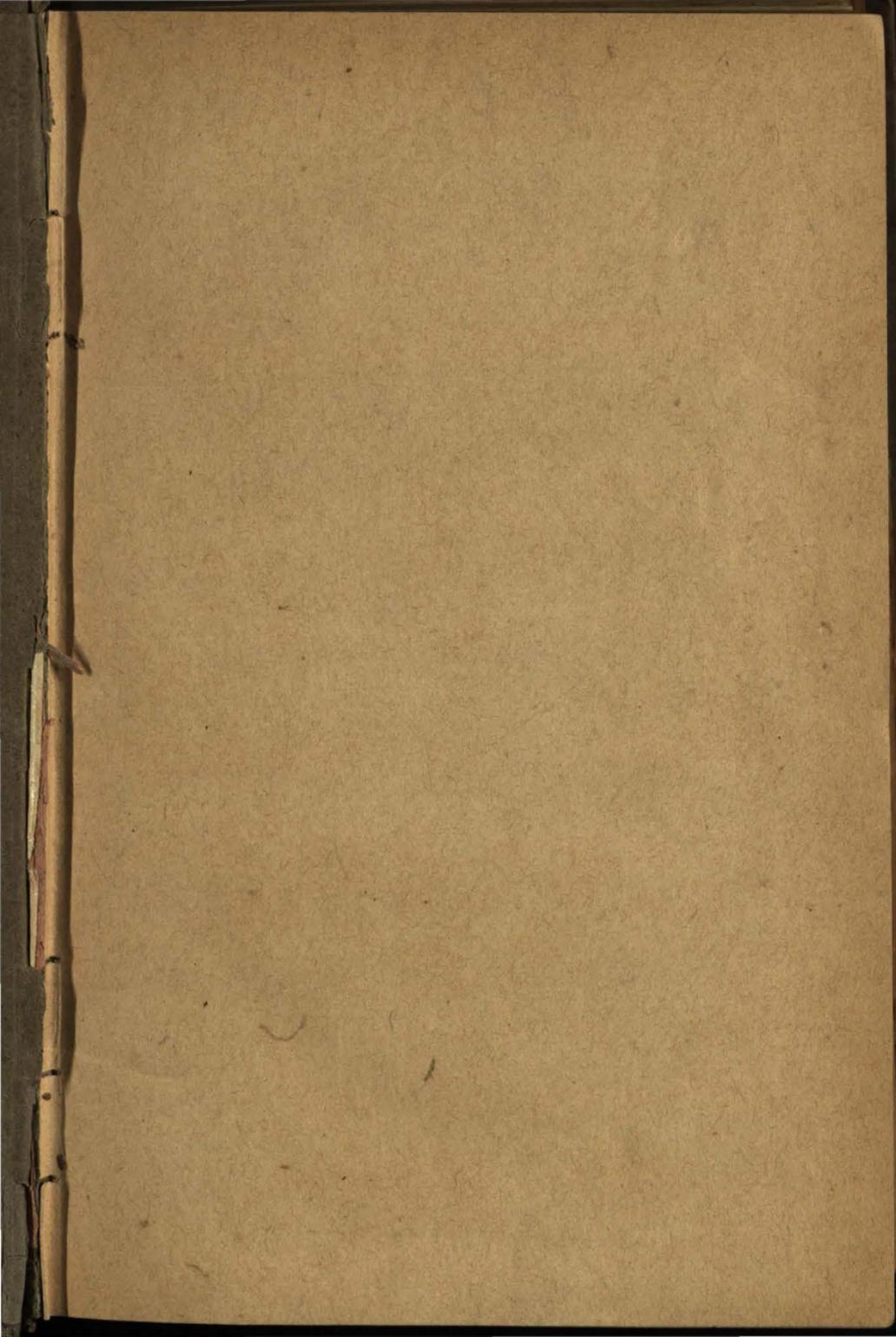
SEXTO
TRABAJOS
FILOSOFICOS

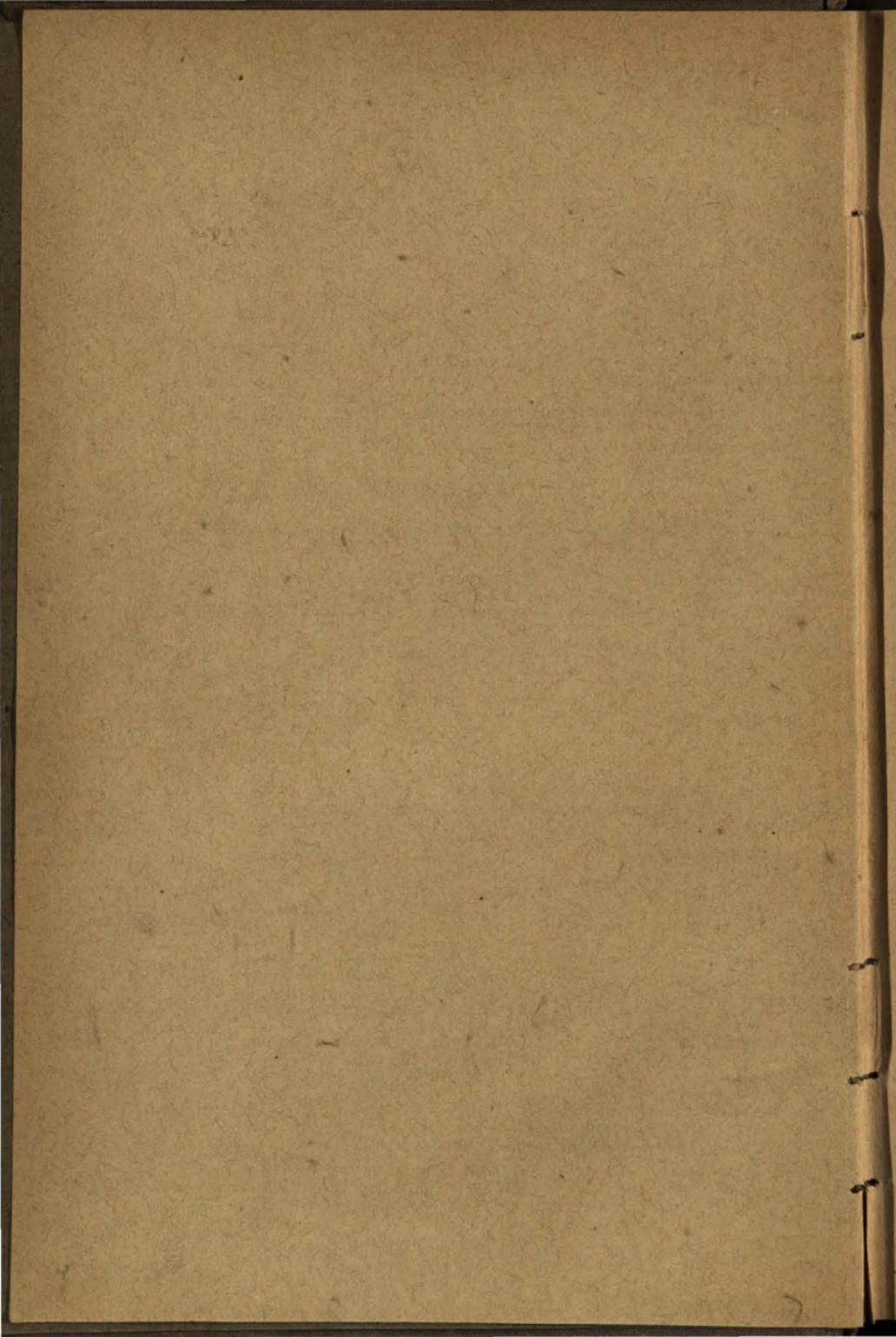
UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

767
(II)







BIBLIOTECA CLASICA.

La BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo a los libreros correspondientes.

Haciendo el pedido directamente al editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid*, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*.

Los tomos encuadernados en tela inglesa con lomos y tapas doradas y letras en mosaico, *cuatro pesetas y cincuenta céntimos* cada uno, comprándolos en las librerías, y *cuatro pesetas* haciendo el pedido al editor y remitiendo el importe al hacerlo.

Los tomos encuadernados en tela inglesa con lomos dorados y tapas grabadas en negro, cuestan á *cuatro pesetas* en las librerías, y *tres pesetas cincuenta céntimos* haciendo el pedido al editor y remitiendo al hacerlo el importe.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Los suscritores de provincias recibirán los tomos por el correo y con las garantías necesarias para evitar extravíos.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

	<u>Tomos.</u>
Clásicos griegos.	
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS <i>Teócrito, Bión y Moscos</i> . Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
ODAS DE PINDARO.—Traducción en verso del mismo....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Fernando Brieua Salvatierra.....	1
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción directa del griego por D. Diego Gracián, corregida por Flórez Canseco.....	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> , traducción del mismo.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción directa del griego de D. Cristóbal Vidal. Se ha publicado el tomo I.....	4
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción directa del griego de D. Federico Baráibar.....	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción directa del griego por los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa.....	1

Clásicos latinos.

Tomes.

VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las eglogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción del mismo.....	2
TACITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción directa del latín por D. José Goya y Muniein.....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción directa del latín de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA.— <i>Epístolas morales</i> ; traducción directa del latín por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tratados filosóficos</i> ; traducción directa del latín por el licenciado D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo, Canónigo de Granada.....	2

Clásicos españoles.

CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo</i>	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Su elevación de Nápoles</i>	1
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .— <i>Estudios históricos</i> .— <i>Estudios políticos</i> .— <i>Estudios biográficos</i> .— <i>Estudios críticos</i> . Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.....	5
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder y Daniel López.....	4
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i> , traducción directa del inglés en verso castellano por D. Juan Escobiquiz.....	2

Clásicos italianos.

MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción directa del italiano por D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción directa del italiano por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1

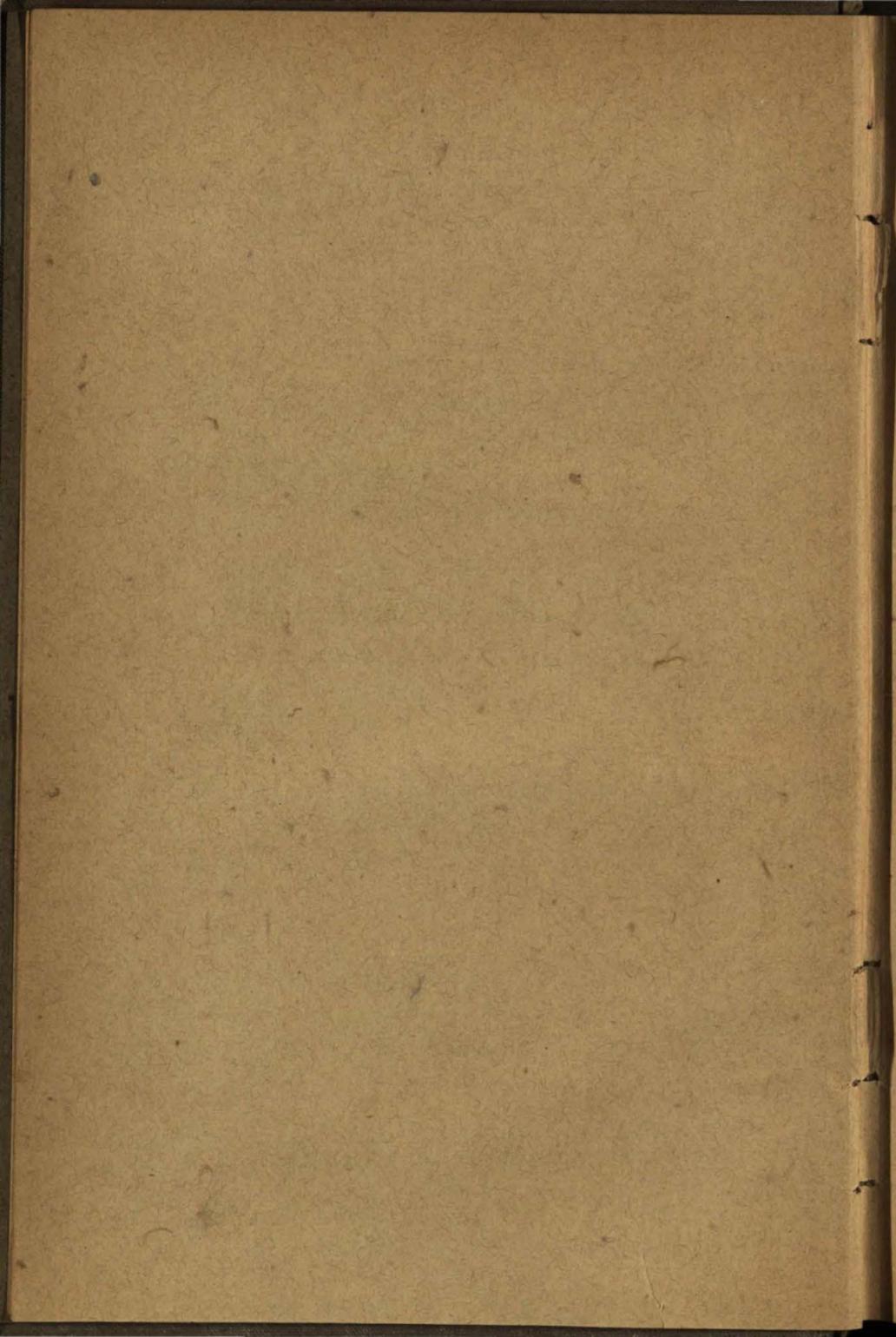
Clásicos alemanes.

SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso castellano por D. José J. Herrero.....	1

Clásicos franceses.

LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , versión española de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bänder.....	2
---	---

TRATADOS FILOSÓFICOS.



BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXX,

TRATADOS FILOSÓFICOS

POR

LUCIO ANNEO SÉNECA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

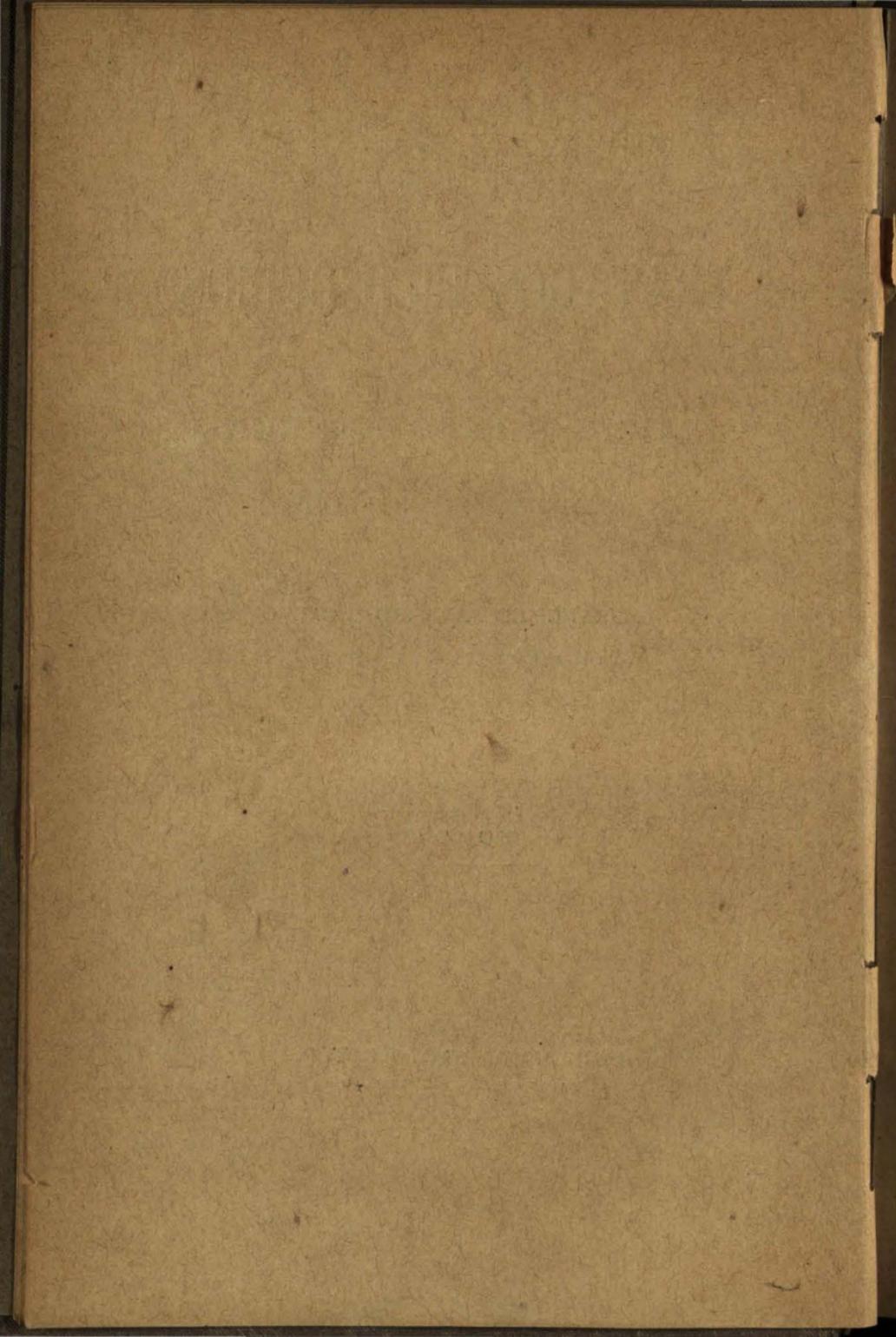
Canónigo de la Metropolitana de Granada

TOMO II



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1884



DE LA IRA.

LIBRO PRIMERO.

I. Me exigiste, caro Novato, que te escribiese acerca de la manera de dominar la ira, y creo que, no sin causa, temes muy principalmente á esta pasión, que es la más sombría y desenfrenada de todas. Las otras tienen sin duda algo de quietas y plácidas; pero esta es toda agitación, desenfreno en el resentimiento, sed de guerra, de sangre, de suplicios, arrebatos de furores sobrehumanos, olvidándose de sí misma con tal de dañar á los demás, lanzándose en medio de las espadas, y ávida de venganzas que á su vez traen un vengador. Por esta razón algunos varones sabios definieron la ira llamándola locura breve; porque, impotente como aquella para dominarse, olvida toda conveniencia, desconoce todo afecto, es obstinada y terca en lo que se propone, sorda á los consejos de la razón, agitándose por causas vanas, inhábil para distinguir lo justo y verdadero, pareciéndose á esas ruinas que se rompen sobre aquello mismo que aplastan. Para que te convenzas de que no existe razón en aquellos á quienes domina la ira, observa sus actitudes. Porque así como la

locura tiene sus señales ciertas, frente triste, andar precipitado, manos convulsas, tez cambiante, respiración anhelosa y entrecortada, así también presenta estas señales el hombre iracundo. Inflámanse sus ojos y centellean; intenso color rojo cubre su semblante, hierve la sangre en las cavidades de su corazón, tiémblanle los labios, aprieta los dientes, el cabello se levanta y eriza, su respiración es corta y ruidosa, sus coyunturas crujen y se retuercen, gime y ruge; su palabra es torpe y entrecortada, chocan frecuentemente sus manos, sus pies golpean el suelo, agítase todo su cuerpo, y cada gesto es una amenaza: así se nos presente aquel á quien hincha y descompone la ira. Imposible saber si este vicio es más detestable que deforme. Pueden ocultarse los demás, alimentarles en secreto; pero la ira se revela en el semblante, y cuanto mayor es, mejor se manifiesta. ¿No ves en todos los animales señales precursoras cuando se aprestan al combate, abandonando todos los miembros la calma de su actitud ordinaria, y exaltándose su ferocidad? El jabalí lanza espuma y aguza contra los troncos sus colmillos; el toro da cornadas al aire, y levanta arena con los pies; ruge el leon; hínchase el cuello de la serpiente irritada, y el perro atacado de rabia tiene siniestro aspecto. No hay animal, por terrible y dañino que sea, que no muestre, cuando le domina la ira, mayor ferocidad. No ignoro que existen otras pasiones difíciles de ocultar: la incontinencia, el miedo, la audacia tienen sus señales propias y pueden conocerse de antemano; porque no existe ningún pensamiento interior algo violento que no altere de algun modo el semblante. ¿En qué se diferencia, pues, la ira de estas otras pasiones? En que éstas se muestran y aquélla centellea.

II. Si quieres considerar ahora sus efectos y estragos, verás que ninguna calamidad costó más al género humano. Verás los asesinatos, envenenamientos, las mutuas acusaciones de cómplices, la desolación de ciudades, las ruinas

de naciones enteras, las cabezas de sus jefes vendidas al mejor postor, las antorchas incendiarias aplicadas á las casas, las llamas franqueando los recintos amurallados y en vastas extensiones de país brillando las hogueras enemigas. Considera aquellas insignes ciudades cuyo asiento apenas se reconoce hoy: la ira las destruyó; contempla esas inmensas soledades deshabitadas; la ira formó esos desiertos. Considera tantos varones eminentes trasmitados á nuestra memoria «cómo ejemplos del hado fatal:» la ira hiere á uno en su lecho, á otro en el sagrado del banquete; inmola á éste delante de las leyes en medio del espectáculo del foro, obliga á aquél á dar su sangre á un hijo parricida; á un rey á presentar la garganta al puñal de un esclavo, á aquel otro á extender los brazos en una cruz. Y hasta ahora solamente he hablado de víctimas aisladas; ¿qué será si omitiendo aquellos contra quienes se ha desencadenado particulamente la ira, fijas la vista en asambleas destruídas por el hierro, en todo un pueblo entregado en conjunto á la espada del soldado, en naciones enteras confundidas en la misma ruina, entregadas á la misma muerte... como habiendo abandonado todo cuidado propio ó despreciado la autoridad? ¿Por qué se irrita tan injustamente el pueblo contra los gladiadores si no mueren en graciosa actitud? considérase despreciado, y por sus gestos y violencias, de espectador se trueca en enemigo. Este sentimiento, sea el que quiera, no es ciertamente ira, sino cuasi ira; es el de los niños que, cuando caen, quieren que se azote al suelo, y frecuentemente no saben contra quién se irritan: irrítanse sin razón ni ofensa, pero no sin apariencia de ella ni sin deseo de castigar. Engañáñales golpes fingidos, ruegos y lágrimas simuladas les calman, y la falsa ofensa desaparece ante falsa venganza.

III. «Nos irritamos con frecuencia, dicen algunos, no contra los que ofenden, sino contra los que han de ofender, lo cual demuestra que la ira no brota solamente de la

ofensa.» Verdad es que nos irritamos contra los que han de ofendernos; pero nos ofenden con sus mismos pensamientos, y el que medita una ofensa, ya la ha comenzado. «Para que te convenzas, dicen, de que la ira no consiste en el deseo de castigar, considera cuántas veces se irritan los más débiles contra los más poderosos: ahora bien, éstos no desean un castigo que no pueden esperar.» En primer lugar, hemos dicho que la ira es el deseo y no la facultad de castigar, y los hombres desean también aquello que no pueden conseguir. Además, nadie es tan humilde que no pueda esperar vengarse hasta del más encumbrado: para hacer daño somos muy poderosos. La definición de Aristóteles no se separa mucho de la nuestra, porque dice que la ira es el deseo de devolver el daño. Largo sería examinar detalladamente en qué se diferencia esta definición de la nuestra. Objétase contra las dos que los animales sienten la ira y esto sin recibir daño, sin idea de castigar ó de causarlo, porque aunque le causen, no lo meditan. Pero debemos contestar que los animales carecen de ira, como todo aquello que no es hombre; porque, si bien enemiga de la razón, solamente se desarrolla en el sér capaz de razón. Los animales sienten violencia, rabia, ferocidad, arrebató, pero no conocen más la ira que la lujuria, aunque para algunas voluptuosidades sean más intemperantes que nosotros. No debes creer aquel que dijo:

Non aper irasci meminit, non fidere cursu
Cerva, nec armentis incurrere fortibus ursi (1);

porque cuando dice encolerizarse, entiende excitarse, lanzarse, pues no saben mejor encolerizarse que perdonar. Los animales son extraños á las pasiones humanas, experimentando solamente impulsos que se les parecen. No

(1) No piensa el jabalí en encolerizarse, ni confía el ciervo en su ligereza; los robustos osos no atacan ya á los rebaños.

siendo así, si comprendiesen el amor, sentirían odios si conociesen la amistad, tendrían enemistad; si entre ellos hubiese discusión, habría concordia; de todo esto presentan algunas señales, pero el bien y el mal son propios del corazón humano. A nadie más que al hombre se concedieron la previsión, observación, pensamiento; y no solamente sus virtudes, sino que también sus vicios están prohibidos á los animales. Su interior, como su conformación exterior, se diferencia del hombre. Verdad es que tienen esta facultad soberana, este principio motor, llamado de otra manera, como tienen una voz, pero inarticulada, confusa é impropia para formar palabras; como tienen una lengua, pero encañada y no libre para moverse en todos sentidos: así también el principio motor tiene poca delicadeza y desarrollo. Percibe, pues, la imagen y forma de las cosas que le llevan al movimiento, pero la percepción es oscura y confusa. De aquí la violencia de sus arrebatos y trasportes; pero no existe en ellos temor ni solicitud, tristeza ni ira, sino algo parecido á tales pasiones. Por esta razón sus impresiones desaparecen muy pronto dejando lugar á las contrarias, y después de los furioses más violentos y de los terrores más profundos, pastan tranquilamente, y á los estremecimientos y arrebatos más desordenados suceden en el acto la quietud y el sueño.

IV. Suficientemente explicado está qué es la ira; claramente se ve en qué se diferencia de la irritabilidad; en lo mismo que la embriaguez se diferencia de la borrachez y el miedo de la timidez. El encolerizado puede no ser iracundo, y el iracundo puede algunas veces no estar encolerizado. Omitiré los términos con que designan los Griegos varias especies de ira, porque no tienen equivalencia entre nosotros; á pesar de que decimos carácter agrio, acerbo, como también inflamable, arrebatado, gritón, áspero, difícil; pero todos ellos solamente son diferencias de la ira. Entre todos éstos puedes colocar el moroso, refinado gé-

nero de ira. Iras hay que se disipan con gritos; otras tan tenaces como frecuentes; algunas prontas á la violencia y avaras de palabras; éstas prorrumpen en injurias y amargas invectivas; aquéllas no pasan de la queja y aversión; otras son graves y reconcentradas, existiendo mil formas distintas de este móvil vicio.

V. Hemos investigado qué sea la ira, si es propia de algún animal además del hombre, en qué se diferencia de la irascibilidad y cuáles sean sus formas: averigüemos ahora si está conforme con la naturaleza, si es útil, si bajo algún aspecto deba mantenerse. Claramente se ve si está conforme con la naturaleza, considerando al hombre. ¿Qué hay más dulce que él mientras persevera en el hábito ordinario de su espíritu? ¿Qué cosa más cruel que la ira? ¿Qué sér más amante que el hombre? ¿Qué hay más repugnante que la ira? El hombre ha nacido para ayudar al hombre; la ira para la destrucción común. El hombre busca la sociedad, la ira el aislamiento; el hombre quiere ser útil, la ira quiere dañar; el hombre socorre hasta á los desconocidos, la ira hiere hasta á los amigos más íntimos; el hombre está dispuesto á sacrificarse por los intereses ajenos, la ira se precipita en el peligro con tal de arrastrar consigo á otro. Ahora bien: ¿podrá desconocerse más la naturaleza que atribuyendo á su obra mejor, á la más perfecta, este vicio tan feroz y funesto? La ira, como hemos dicho, es ávida de venganza, y no está conforme con la naturaleza del hombre que tal deseo penetre en su tranquilo pecho. La vida humana descansa en los beneficios y la concordia; y no el terror, sino el amor mutuo estrecha la alianza de los comunes auxilios.—¿Cómo! ¿el castigo no es á veces una necesidad?—Ciertamente, pero debe ser justo y razonado; porque no daña, sino que cura aparentando dañar. De la misma manera que pasamos por el fuego, para enderezarlos, ciertos maderos torcidos, y los comprimimos por medio de cuñas, no para romperlos, sino para estirarlos; así

ambién corregimos por medio de las penas del cuerpo y del espíritu los caracteres viciados. En las enfermedades leves, el médico ensaya ante todo ligeras variaciones en el régimen ordinario, regula el orden de comidas, de bebidas, de ejercicios, y procura robustecer la salud cambiando solamente la manera de vivir; en seguida observa la eficacia del régimen, y si no responde suprime ó cercena algo; si tampoco produce esto resultados, prohíbe toda comida y alivia al cuerpo con la dieta; si todos estos cuidados son inútiles, hiere la vena y pone mano en los miembros que podrían corromper las partes inmediatas y propagar el contagio: ningún tratamiento parece duro si el resultado es saludable. Así también, el depositario de las leyes, el jefe de una ciudad, deberá, por cuanto tiempo pueda, no emplear en el tratamiento de los espíritus otra cosa que palabras, y éstas blandas, que les persuadan de sus deberes, ganen los corazones al amor de lo justo y de lo honesto, y les hagan comprender el horror al vicio y el valor de la virtud; en seguida empleará lenguaje más severo, que sea advertencia y reprensión; después acudirá á los castigos, pero éstos leves y revocables, no aplicando los últimos suplicios más que á los crímenes enormes, con objeto de que nadie muera sino aquel que, muriendo, tiene interés en morir.

VI. La única diferencia que media entre el magistrado y el médico consiste en que éste, cuando no puede dar la vida, procura dulcificar la muerte; y aquél añade á la muerte del criminal la infamia y la publicidad; y no es que se complazca en el castigo (el sabio está muy lejos de tan inhumana crueldad), sino que su objeto es ofrecer enseñanza á todos, para que aquellos que en vida rehusaron ser útiles á la república, lo sean al menos con su muerte. El hombre no es, pues, ávido de venganza por naturaleza, y, por consiguiente, si la ira es ávida de venganza, dedúcese que no está conforme con la naturaleza del hombre.

Aduciré el argumento de Platón, porque ¿quién puede prohibirnos que tomemos de los ajenos aquello que está conforme con lo nuestro? «El varón bueno, dice, no daña á nadie: es así que la venganza daña; luego la venganza no conviene al varón bueno, como tampoco la ira, porque la venganza conviene con ella.» Si el varón bueno no goza en la venganza, tampoco se complacerá en un sentimiento cuyo goce es la venganza; luego la cólera no es natural.

VII. Aunque la ira no sea natural, ¿se deberá acoger en razón á que muchas veces ha sido útil? Exalta y levanta el ánimo, y en la guerra nada grande hace sin ella el valor, si no toma algo de su fuego, si no le arrastra ese impulso que lanza al audaz en medio de los peligros. Por esta razón creen algunos que es bueno moderar la ira, pero no extinguirla por completo; cercenar lo que tiene de excesivo, para encerrarla en proporción saludable; retener especialmente la energía, sin la cual toda acción sería lánguida, extinguiéndose todo vigor y toda fuerza de ánimo.— En primer lugar, más fácil es excluir lo pernicioso que gobernarlo, no admitirlo que ordenarlo después de admitido. En cuanto toma posesión, es más fuerte que la templanza, y no soporta freno ni restricciones. Además, la razón misma, á la que se confían las riendas, no tiene fuerza sino mientras permanece separada de las pasiones; si se mezcla á ellas, si se contamina con su contacto, no puede reprimir ya lo que hubiese podido arrojar. Conmovidá una vez el alma y fuera de su asiento, obedece á la mano que la impulsa. Existen ciertas cosas que en su principio dependen de nosotros; cuando avanzan, nos arrastran por sus propias fuerzas y no permiten retroceso. El que se lanza á un precipicio no es dueño de sí mismo, no puede impedir ni detener su caída; irrevocable impulso destruye toda voluntad y arrepentimiento, y no puede dejar de llegar allí donde hubiese podido no ir; de la misma manera el ánimo que se ha abandonado á la ira, al amor y á las

demás pasiones, no puede contener ya su impulso; necesario es que se vea arrastrado hasta el fin y precipitado con todo su peso por la rápida pendiente del vicio.

VIII. Lo mejor es rechazar desde luego los primeros impulsos de la ira, sofocarla en su raíz y procurar no caer en su dominio. Porque si le presentamos el lado débil, es difícil librarse de ella por la retirada, porque es cierto que no queda ya razón cuando damos entrada á la pasión permitiéndole algún derecho por nuestra propia voluntad. La pasión hará en seguida cuanto quiera, no limitándose á aquello que se le permita. Ante todo, repito, debe arrojar al enemigo desde la plaza; cuando ha penetrado, cuando ha forzado las puertas, no recibe ya la ley del vencido. Porque el ánimo no permanece ahora apartado ni vigila desde fuera las pasiones para impedirles llegar más allá de lo conveniente, sino que se identifica con ellas, y por esta razón no puede ya recoger en sí mismo esta fuerza útil y saludable que él mismo ha vendido y paralizado. Porque, como ya he dicho, cada cosa de estas no tiene sitio distinto y separado, sino que la razón y la pasión no son más que modificaciones del alma en bien ó en mal.—Pero, dicen, hombres hay que se contienen en la ira.—¿Acaso no haciendo nada de lo que la ira les aconseja ó escuchándola en algo? Si nada hacen, claro es que no es necesaria la ira para impulsarnos á obrar, mientras que vosotros la invocáis como si tuviese algo más poderoso que la razón. Además, yo pregunto: ¿es más fuerte que la razón ó más débil? Si es más fuerte, ¿cómo puede señalarle límites la razón, cuando solamente la impotencia acostumbra obedecer? Si es más débil, la razón puede bastarse sin ella para alcanzar sus fines y para nada necesita auxilios de lo que es débil.—Pero existen iracundos que se dominan y contienen.—¿De qué manera? Cuando la ira se ha extinguido ya y disipado por sí misma; no cuando está en su efervescencia, porque entonces es soberana.—¿Cómo? ¿no se des-

pide incólumes algunas veces á aquellos á quienes se odia, absteniéndonos de causarles daño?—Sin duda; pero ¿cuándo? Cuando una pasión combate á otra y el miedo ó la avidez consiguen alguna ventaja: esta templanza no es beneficio de la razón, sino tregua pérfida é inconstante de las pasiones.

IX. La ira, en fin, nada útil tiene en sí, nada que impulse al ánimo á las cosas bélicas; porque nunca se apoyó la virtud en el vicio, bastándose á sí misma. Cuantas veces necesita realizar esfuerzos, no se irrita; irguese, y, según lo considera necesario, se anima ó se calma; así, pues, cuando las máquinas lanzan los dardos, su alcance depende del que los dirige. «La ira, dice Aristóteles, es necesaria; de nada se triunfa sin ella, si no llena al alma, si no calienta al corazón; debe, pues, servirnos, no como jefe, sino como soldado.» Esto es falso. Porque si escucha á la razón y se deja conducir á donde la llevan, ya no es ira, cuyo carácter propio es la rebelión. Si resiste, si arrastrada por sus caprichos y presunción no se detiene cuando se la manda, es para el alma un instrumento tan inútil como el soldado que no obedece á la señal de retirada. Si pues soporta que se le imponga freno, necesario es darla otro nombre, porque deja de ser ira, que solamente comprendo como violenta é indomable; si no lo soporta, es pernicioso y no puede contarse entre los auxiliares. Luego ó no es ira ó es inútil. Porque si alguno castiga, no por sed de castigar, sino porque debe hacerlo, no debe contarse entre los iracundos. Soldado útil es el que sabe obedecer la orden; pero las pasiones son instrumentos tan malos como malos guías. Así, pues, la razón nunca tomará por auxiliares impulsos tan imprevisores como desordenados, sobre los cuales no tendría autoridad alguna y que solamente podrá reprimir oponiéndoles impulsos semejantes, como el miedo á la ira, la ira á la inercia, la avidez al temor.

X. Líbrese la virtud de la desgracia de ver alguna vez

á la razón recurrir á los vicios. Con ellos no puede conseguir el ánimo reposo duradero; necesariamente le agitarán y atormentarán: si no tiene otro impulso que estos males, si solamente á la ira debe su valor, á la avidez su actividad, su reposo al temor, vivirá en la tiranía y será esclavo de cada pasión. ¿No avergüenza poner las virtudes bajo el patronato de los vicios? La fuerza de la razón cesa desde el momento en que nada puede sin las pasiones y se hace igual á ellas. Porque ¿qué diferencia media entre la una y las otras, si la pasión es ciega sin la razón y la razón impotente sin la pasión? Igualdad hay en cuanto la una no puede existir sin la otra. Ahora bien: ¿cómo consentir que la pasión se coloque en el mismo rango que la razón? «La ira, dices, es útil si es moderada.» Antes debes decir si por su propia naturaleza es útil; pero si es rebelde á la autoridad y á la razón, lo único que se consigue moderándola es que cuanto menos poderosa sea, perjudique menos. Luego una pasión moderada no es otra cosa que un mal moderado.

XI. «Pero contra los enemigos, dicen, la ira es necesaria.» Nunca lo es menos: en la guerra no deben ser los movimientos desordenados, sino arreglados y dóciles. ¿Qué otra cosa hizo á los Bárbaros inferiores á nosotros, cuando tienen cuerpos más robustos, más fuertes y endurecidos en los trabajos, sino es la ira, perjudicial siempre por sí misma? Al gladiador también le protege el arte, y le expone la ira. Además, ¿cómo necesitar la ira cuando la razón consigue el mismo objeto? ¿Crees, acaso, que el cazador monta en ira contra las fieras? Espéralas cuando le acometen, las persigue en su fuga, y la razón hace todo esto en calma. ¿A qué se debe que tantos millares de Cimbrios y de Teutones desparramados por los Alpes, fuesen destruídos por tal matanza que, no quedando mensajero, la fama sola llevó á su país la nueva de tan inmensa derrota, sino á que la ira reemplazaba en ellos al valor? Si algu-

nas veces derriba y destruye todos los obstáculos, frecuentemente también se pierde á sí misma. ¿Quienes más animosos que los Germanos? ¿Quienes más impetuosos en el ataque? ¿Quienes más apasionados por las armas, en medio de las que nacen y crecen, formando su principal cuidado, mostrándose indiferentes para todo lo demás? ¿Quienes más endurecidos en los sufrimientos, cuando la mayor parte de ellos ni siquiera piensan en cubrir sus cuerpos ni abrigrarlos contra los perpetuos rigores de su clima? Y sin embargo, tales hombres quedan derrotados por los Españoles, por los Galos, por las endebles tropas del Asia y de la Siria antes de que se presente una legión romana; porque nada hay como la ira para favorecer las derrotas. La razón da disciplina á esos cuerpos, á esas almas que ignoran las delicias, el lujo y las riquezas: para no decir nada excesivo, necesario será que nos fijemos en las antiguas costumbres romanas. ¿Por qué medio reanimó Fabiano las extenuadas fuerzas del Imperio? Supo contemperizar, esperar, tener paciencia, cosas todas que no puede hacer el iracundo. El Imperio parecía, encontrándose ya en la pendiente del abismo, si Fabiano hubiese intentado lo que le aconsejaba la ira. Pero atendió al bien público, y calculando sus recursos, de los que ni uno solo podía arriesgar sin arriesgarlo todo, prescindió de resentimientos y venganzas. Atento solamente á aprovechar las ocasiones, venció la ira antes de vencer á Aníbal. ¿Qué hizo Scipión? Alejándose de Aníbal, del ejército púnico y de todo aquello que debía irritarle, llevó la guerra al Africa con lentitud tan calculada, que la envidia puede acusarle de molicie é indolencia. ¿Qué hizo el otro Scipión? ¿No se mantuvo con perseverante obstinación alrededor de Numancia, soportando con firmeza aquel dolor tan personal como público de ver á Numancia más lenta para caer que Cartago? Y entre tanto estrecha y encierra al enemigo hasta reducirlo á sucumbir bajo su propia espada.

XII. No es, por consiguiente, útil la ira en los combates ni en la guerra, porque es pronta para la temeridad y no sabe evitar los peligros en que compromete. El verdadero valor es siempre circunspecto, se previene y avanza con reflexión.—¿Cómo! El varón honrado, ¿no se irritará si ve maltratar á su padre ó arrebatár á su madre?—No se irritará, pero correrá á libertarles y defenderles. ¿Crees acaso que la piedad filial no sea móvil bastante poderoso hasta sin ira? De la misma manera puedes decir:—¿Cómo! El hombre honrado, si ve á su padre ó á su hijo bajo el hierro del operador, ¿no llorará, no caerá desmayado? — Esto es lo que vemos acontecer á las mujeres siempre que les asalta la sospecha de leve peligro. El varón honrado cumple sus deberes sin turbación ni temor, y no hará nada que sea indigno del hombre. ¿Quieren matar á mi padre? le defenderé. ¿Le han dado muerte? le vengaré, por deber, no por resentimiento. Cuando nos opones estos argumentos, oh Teófrato quieres hacer odiosos preceptos enérgicos, y abandonando al juez te diriges á la multitud: porque todos se irritan cuando los suyos corren riesgos de este género, crees que todos los hombres decidirán que debe hacerse lo que ellos hacen, porque casi siempre se justifica aquel sentimiento que reconocemos en nosotros mismos. Los varones honrados se irritarán si se ultraja á los suyos; pero no harán lo mismo si no se les sirve bastante caliente una bebida, si rompen una copa ó les salpican de lodo el calzado. Estas iras no las provoca el cariño, sino la debilidad, y por esta razón lloran los niños la pérdida de sus padres como la de un juguete. Irritarse por los propios no es de ánimo piadoso, sino enfermo. Lo bello, lo digno es mostrarse defensor de los padres, de los hijos, de los amigos, de los conciudadanos, ante la voz del deber; defensor voluntario, reflexivo, previsor, y no ciego y furioso. No hay pasión tan ávida de venganza como la ira, y por lo tanto, en su

loca precipitación, menos á propósito para vengarse; siendo semejante á las demás pasiones que se entorpecen á sí mismas para conseguir aquello que pretenden. Así, pues, nunca es buena la ira ni en paz ni en guerra, porque hace la paz semejante á la guerra, y en las armas olvida que Marte ofrece probabilidades comunes, y cae en poder de otro porque no tiene poder sobre sí mismo. Además, el que los vicios hayan producido á las veces algún bien, no se sigue que haya de adoptarse su uso; porque la fiebre cura algunas enfermedades, pero no por ello deja de ser preferible no haberla tenido jamás. Detestable remedio es deber la salud á la enfermedad. De la misma manera, porque la ira haya sido provechosa alguna vez por casualidad, como puede acontecer con el veneno, una caída, un naufragio, no debe, sin embargo, creerse como absolutamente saludable, porque también ha salvado alguna vez la peste.

XIII. Además, todo aquello que se cuenta entre los bienes es tanto mejor y tanto más deseable cuanto se encuentra más desarrollado. Si la justicia es un bien, nadie dirá que es mejor si se la cercena una parte: si el valor es un bien, nadie deseará que se le suprima algo: luego de la misma manera cuanto mayor sea la ira, mejor será. ¿Quién rehusará el aumento de un bien? Es así que su aumento es inútil, luego también su existencia. No es bien aquello que al desarrollarse es un mal.— La ira es útil, dicen, porque da atrevimiento en los combates.— Lo mismo debe decirse de la embriaguez, porque hace insolentes y audaces, debiéndole muchos su valor. También habrá de decirse que el frenesí y el delirio son necesarios á la fuerza, porque la locura las aumenta. ¡Cómo! el miedo mismo, ¿no ha inspirado algunas veces audacia por sentimiento contrario? Y el temor de la muerte, ¿no ha lanzado á los más cobardes al combate? Pero la ira, la embriaguez, el miedo y todo sentimiento de igual naturaleza, son móviles vergonzosos y precarios; no robustecen la virtud, que

no necesita de los vicios, y solamente algunas veces levanta algo un ánimo cobarde y débil. Ninguno es animoso por la ira si no lo era antes sin ella. Así, pues, no viene en auxilio del valor, sino á reemplazarle. ¡Cómo! si la ira fuese un bien, ¿no la veríamos en los más perfectos? pero los más irascibles son los enfermos, los ancianos y los niños, y todo sér débil es por naturaleza batallador.

XIV. «Imposible es, dice Teofrasto, que el varón bueno no se irrite contra los malvados.» Según esto, cuanto mejor sea el hombre, más irascible será. Considera, por el contrario, si no es más dulce y se encuentra más libre de toda pasión y de todo odio. ¿Por qué ha de odiarse á los que obran mal si les arrastra el error? No es propio del sabio odiar á los que se extravían: de otra manera, se odiaría á sí mismo. Recuerde cuántas cosas ha hecho contra la ley del deber, cuántas acciones suyas necesitan indulgencia, y tendrá que irritarse contra sí mismo, porque el juez equitativo de la misma manera sentencia en su propia causa que en la ajena. No se encuentra ninguno que pueda ser completamente absuelto, y todo aquel que se proclame inocente, acuda al testimonio de los demás y no á su conciencia. ¿No es más humanitario mostrar á los que pecan sentimientos dulces y paternales, atraerlos antes que perseguirlos? Si se extravía uno por los campos porque ignora el camino, mejor es llevarle al buen sendero que expulsarle. Necesario es corregir al que delinque, por la reprehensión, y por la fuerza, y por la severidad; y necesario es hacerle mejor, tanto para él como para los demás, no sin castigo, pero sí sin cólera. ¿Qué médico se irrita contra su enfermo?

XV. «Pero son incorregibles; nada hay en ellos suave, ni que deje lugar á la esperanza.» Pues bien: suprimid de entre los vivos á los que cometen crímenes enormes y dejen de ser malos de la manera que es posible, pero sin ira. Porque ¿cómo odiar á aquel á quien se prestó el mayor

servicio librándole de sí mismo? ¿Acaso odia alguno á sus propios miembros cuando los hace cortar? Esto no es ira, sino lamentable curación. Exterminamos á los perros hidrófobos; matamos á los toros salvajes é indomables; degollamos las ovejas enfermas, por temor de que infesten el rebaño; asfixiamos los fetos monstruosos, y hasta ahogamos los niños si son débiles y deformes. No es ira, sino razón, separar las partes sanas de las que pueden corromperlas. Nada sienta peor al que castiga que la ira, porque el castigo no es eficaz para corregir sino en cuanto se le ordena con juicio. Por esta razón dice Sócrates á su esclavo: «Te azotaría si no estuviese encolerizado.» Dejaba para momento más tranquilo la corrección del esclavo y al mismo tiempo se corregía á sí mismo. ¿En quién será moderada la pasión, cuando Sócrates no se atreve á entregarse á su ira? Luego para corregir el error y el crimen no se necesita juez irritado, porque siendo la ira delito del alma, no conviene que el delincuente castigue al delincuente.

XVI. «¿Cómo! ¿no me irritaré contra el ladrón? ¿no me irritaré contra el envenenador?» No. No me irrito contra mí mismo cuando me extraigo sangre. Aplico todo castigo como un remedio. Tú no has dado más que los primeros pasos en el camino del error; tus caídas no son graves, pero sí frecuentes. Procuraré corregirte con reprensiones, primero privadamente, después en público. Tú has avanzado demasiado para que puedan curarte las palabras; te retendrá la ignominia. Tú necesitas algo más para sentir la impresión; se te mandará desterrado á regiones desconocidas. Tu maldad es enorme y necesitas remedios más violentos. Las cadenas públicas y la prisión te esperan. Tu alma es incurable y tu vida un tejido de crímenes; tú no necesitas ya que te solicite la ocasión, que nunca falta á los malvados, sino que para hacer el mal no necesitas otra ocasión que el mal. Tú has agotado la iniquidad, y de tal

manera ha penetrado en tus entrañas, que solamente puede desaparecer con ellas. Desgraciado, hace mucho tiempo que buscas la muerte: vamos á merecer tu agradecimiento; te arrancaremos al vértigo que te domina, y después de una vida desastrosa para el bien ajeno y para el tuyo, te mostraremos el único bien que te queda, la muerte. ¿Por qué he de irritarme contra aquel á quien tan provechoso soy? En algunos casos, la mayor prueba de compasión es matar. Si, como médico experimentado y hábil, entrase en una enfermería ó en la casa de un rico, no ordenaría el mismo tratamiento á todos los enfermos atacados de diferentes dolencias. Me llaman para la curación de un pueblo, y en tantos ánimos diferentes veo diferentes vicios; á cada enfermedad debo buscar su remedio. A éste le curaré con la vergüenza, á aquél con el destierro, al uno con el dolor, al otro con la pobreza y al de más allá con la espada. Si tengo que vestir la siniestra toga del juez, si la fúnebre trompeta ha de convocar á la multitud, subiré al tribunal, no como iracundo ó enemigo, sino con la serena frente de la ley; pronunciaré la solemne sentencia con voz antes grave y tranquila que arrebatada, y ordenaré la ejecución con severidad, pero sin ira. Y cuando mande cortar la cabeza al culpable, y cuando haga coser el saco del parricida, y cuando remita al suplicio militar, y cuando haga llevar á la roca Tarpeya al traidor ó al enemigo público, no experimentaré ira, tendré tanta tranquilidad en el rostro y en el ánimo como cuando aplasto un reptil ó animal venenoso. «Necesitase la ira para castigar.» ¡Cómo! ¿te parece irritada la ley contra aquellos que no conoce, que no ha visto, que no espera que existan? Necesario es apropiarse su espíritu; no se irrita, sino que establece principios. Porque si conviene al varón bueno irritarse contra las malas acciones, también le convendrá evitar el triunfo de los malvados. ¿Qué mayor repugnancia que la de ver prosperar y abusar de los favores de la fortuna á hombres para

quienes la fortuna no podría inventar bastantes males? Sin embargo, contempla sus riquezas sin envidia, como sin ira sus crímenes. El buen juez condena lo que la ley reprueba; no odia. «¡Cómo! cuando el sabio encuentre á su alcance algún vicio, ¿no se conmoverá su ánimo, no se agitará más que de ordinario?» Lo confieso; experimentará alguna conmoción débil y ligera. Porque, como dice Zenón, en el ánimo del sabio, hasta cuando está curada la herida queda la cicatriz. Experimentará sombras y sospechas de pasión, pero se encontrará exento de las pasiones mismas. Aristóteles pretende que ciertas pasiones se convierten en armas para el que sabe manejarlas. Verdadero sería esto, si, como las armas de la guerra, pudieran cogerse y dejarse á voluntad del que las usa. Pero esas armas, que Aristóteles da á la virtud, hieren por sí mismas, sin esperar el impulso de la mano; gobiernan y no son gobernadas. No necesitamos otros instrumentos; la naturaleza nos ha robustecido bastante con la razón. En ésta nos ha dado un arma fuerte, duradera, dócil, que no tiene dos filos y no puede volverse contra su dueño. La razón basta por sí misma, no solamente para aconsejar, sino que también para obrar. ¿Qué cosa más insensata que querer que invoque el auxilio de la ira, subordinar lo inmutable á lo incierto, la fidelidad á la traición, la salud á la enfermedad? ¿Cómo, si hasta en aquellos actos para los que parece necesario el auxilio de la ira, la razón por sí misma es mucho más fuerte? Cuando la razón ha juzgado que tal cosa debe hacerse, persiste en ello, no pudiendo encontrar nada mejor que ella misma que la impulse á cambiar; así es que se fija en lo que una vez ha decidido. La ira, por el contrario, ha retrocedido muchas veces ante la piedad, porque su fuerza no es estable; es una hinchazón vana; revélase primeramente con violencia, como esos vientos que se alzan de la tierra y que, salidos de los ríos y pantanos, tienen impetuosidad pasajera. Comienza con

extraordinario brío, y en seguida se detiene fatigada antes de tiempo: esa ira que solamente respira crueldad, nuevos géneros de suplicios, se debilita y ablanda cuando llega el momento de obrar. La pasión cae pronto; la razón permanece siempre igual. En último caso, aunque la ira tenga cierta duración, si encuentra muchos culpables que hayan merecido la muerte, después del suplicio de dos ó tres cesa de matar. Sus primeros golpes son terribles, lo mismo que es peligroso el veneno de las serpientes cuando salen de su nido; pero sus dientes son inofensivos cuando frecuentes mordeduras les han dejado exhaustos. Así también los que han perpetrado iguales crímenes, no sufren las mismas penas; y con frecuencia, el que ha cometido menos sufre más, porque se encuentra expuesto á ira más reciente. En todo es desigual la ira; en tanto avanza más de lo necesario, en tanto se detiene más pronto de lo que debiera. Porque se complace en sí misma, juzga según su capricho, no quiere escuchar nada, no deja tiempo á la defensa, se adhiere á la idea de que se ha apoderado, y no sufre que se altere su juicio, por malo que sea. La razón da á las dos partes tiempo y lugar, y á sí misma se concede plazo para discutir la verdad; la ira obra precipitadamente. La razón quiere decidir lo que es justo; la ira quiere que se tome por justo lo que ella decide. La razón solamente considera el objeto en litigio; circunstancias ligeras y ajenas á la causa arrastran á la ira. Aspecto tranquilo, palabra firme, discurso algo libre, traje pulcro, imponente cortejo, favor popular, todo la exaspera. Frecuentemente, en odio al defensor, condena al acusado; hasta cuando se le pone la verdad en los ojos, ama y acaricia la mentira; no quiere que se la convenza, y comprometida en mal camino, la obstinación le parece más honrosa que el arrepentimiento. Cn. Pisón fué en estos últimos tiempos varón exento de muchos vicios, pero con espíritu perverso, que tomaba el rigor por firmeza. En un mo-

mento de ira había ordenado que se llevase al suplicio á un soldado que había vuelto de forrajear sin su compañero, acusándole de haber dado muerte al que no podía presentar. El soldado le suplicó le concediese algún tiempo para buscarlo, y se lo negó. Sacaron, pues, al condenado fuera del recinto, y ya tendía el cuello, cuando de pronto se presentó el que suponían muerto. El centurión encargado del suplicio mandó entonces al que iba á descargar el golpe que envainase la espada; lleva el condenado á Pisón, para devolver al juez la inocencia, puesto que la fortuna se la había devuelto ya al acusado. Inmensa multitud seguía á los dos compañeros, que marchaban abrazados con grande regocijo de todo el campamento. Pisón se lanzó furioso á su tribunal, y mandó llevarles al suplicio á los dos, el que no había matado y el que no había sido muerto. ¿Hay algo más indigno que esto? porque uno era inocente, perecieron los dos. Pisón añadió otra víctima: el centurión que trajo á los soldados fué condenado á muerte. Decidido quedó que perecieran tres hombres en el mismo punto á causa de la inocencia de uno de ellos. ¡Oh, cuán ingeniosa es la ira para inventar pretextos á su furor! «A tí, dijo, te mando á la muerte porque has sido condenado; á tí, porque has sido causa de la condenación de tu compañero; á tí, porque habiendo recibido orden de matar, no has obedecido á tu General.» De esta manera imaginó tres delitos porque no encontró uno. Ya he dicho que la ira lleva consigo el mal de rechazar toda dirección. Irrítase contra la misma verdad, si ésta se manifiesta contra su voluntad; con gritos, vociferaciones é impetuosos movimientos de todo el cuerpo se ceba en aquellos á quienes hiere, añadiendo ultrajes y maldiciones. No obra así la razón; sino que, tranquila y silenciosa, derribará, si es necesario, casas enteras; destruirá familias perjudiciales á la república, sin perdonar niños ni mujeres; destruirá su morada, la arrasará hasta los cimientos, para

borrar nombres enemigos de la libertad; y esto sin rechinar los dientes, sin agitar la cabeza, sin hacer nada impropio de un juez, cuyo semblante debe ser tranquilo é impassible, sobre todo cuando pronuncia alguna sentencia importante. «¿Para qué, dice Jerónimo, te muerdes primeramente los labios cuando quieres herir á alguno?» ¿Qué habría dicho si hubiese visto á un procónsul lanzarse de su tribunal, arrancar los haces al lictor y rasgar sus ropas, porque tardaban en rasgar las del condenado? ¿Qué necesidad hay de derribar la mesa, romper los vasos, darse cabezadas contra las columnas, arrancarse los cabellos, golpearse los muslos ó el pecho? Considera cuánta es la violencia de esta ira, que no pudiendo desfogar sobre otro tan pronto como quisiera, se revuelve contra sí misma. Por esta razón se ve retenida por aquellos que rodean al iracundo y le conjuran á que se compadezca de sí mismo: nada de esto acontece al hombre exento de toda ira, sino que á cada cual impone el castigo que merece. Con frecuencia perdona al delincuente, si el arrepentimiento permite esperar enmienda, si descubre que el mal no viene de lo profundo, sino que se detiene, como suele decirse, en la superficie. Otorgará la impunidad cuando no haya de perjudicar ni á los que la reciben ni á los que la conceden. Algunas veces castigará los grandes crímenes con menos rigor que faltas más ligeras, si en aquéllos hay más descuido que malicia; si en éstas hay perversidad oculta, encubierta é inveterada. Tampoco aplicará igual pena á dos crímenes, cometido el uno por inadvertencia, y el otro con deseo premeditado de dañar. En todo castigo obrará con el convencimiento de que tiene doble objeto que perseguir: corregir los malvados ó destruirlos. En uno y otro caso, no atiende á lo pasado, sino á lo venidero. Porque, como dice Platón, «el sabio castiga, no porque se ha delinquido, sino para que no se delinca; el pasado es irrevocable, el porvenir se previene; á aquellos que quiera pre-

sentar como ejemplos de maldad que alcanza desastroso fin, les hará morir públicamente, no tanto para que perezcan, como para impedir que perezcan otros.» Ya ves cuán libre debe estar de toda pasión aquel á quien toca apreciar y pesar todas estas circunstancias para ejercer un poder que exige la mayor diligencia: el derecho de vida y muerte. Mal colocada está la espada en la mano de un iracundo. Ni tampoco imagines que la ira contribuye en nada á la grandeza del alma. Porque no produce grandeza, sino hinchazón; de la misma manera que en los cuerpos hinchados por viciado humor, la enfermedad no es la hinchazón, sino exuberancia perniciosa. Todos aquellos á quienes ánimo depravado lleva más allá de los pensamientos humanos, imaginan que respiran algo grande y sublime; pero en el fondo de esto no hay nada sólido, y todo edificio sin cimiento amenaza constantemente caer. La ira no descansa en nada, ni se alza sobre cosa firme y duradera; solamente es humo y viento, y tanto dista de la grandeza de ánimo como la temeridad del valor, la presunción de la confianza, la tristeza de la austeridad, la crueldad de la severidad. Media mucha distancia, repito, entre el ánimo elevado y el ánimo orgulloso. Nada generoso emprende la ira, nada noble. Veo, por el contrario, en la irascibilidad habitual señales de ánimo gastado y estéril, convencido de su laxitud. Semejante á esos enfermos cubiertos de llagas, que gimen al contacto más ligero, la ira es principalmente vicio de mujeres y niños. Pero también invade á los hombres, porque los hay con espíritu de mujer y de niño. —Pero, ¡cómo! ¿no profleren palabras los iracundos que parecen arrancar de ánimo levantado á aquellos que ignoran la verdadera grandeza? como, por ejemplo, aquellas tan odiosas como execrables: «Que me odien, con tal de que me teman.»—Conviene que sepas que pertenecen al tiempo de Sila. No sé cuál de los dos deseos es peor, si el del odio ó el del temor. ¡Que me odien! Ves en el porvenir

maldiciones, asechanzas, asesinato. ¿Qué más deseas? Que los dioses te castiguen por haber encontrado al odio remedio tan digno. ¿Que me odien! ¿Cómo? ¿con tal de que te obedezcan? no; ¿con tal de que te estimen? no; ¿pues para qué? con tal de que te teman. Ni siquiera querría que me amasen á ese precio. ¿Crees que estas palabras son de alma grande? Te engañas; no hay grandeza en ellas, sino crueldad. No debes fiar en las palabras de los iracundos, que hacen mucho ruido y amenazan, pero en el fondo son cobardes. Ni tampoco debe creerse lo que se lee en Tito Livio, escritor por otra parte muy elocuente: «Hombre grande antes que hombre honrado.» Imposible es separar estas dos cualidades, porque el varón será bueno ó no será grande, porque no comprendo otra grandeza de ánimo más que la inquebrantable, sólida en el interior, igualmente firme en su conjunto, tal, en fin, como no puede encontrarse en los malvados. Porque éstos pueden muy bien ser amenazadores, impetuosos, destructores; pero no poseerán jamás la grandeza cuyo fundamento y fuerza forma la bondad: su lenguaje, sus esfuerzos, todo su aparato exterior reviste algunas veces falso aspecto de grandeza; algo elocuente dirán que tomarás por grande; como cuando Cayo César, irritado porque el cielo tronaba sobre sus mímicos, de los que antes era émulo que espectador, y porque el rayo, mal dirigido aquel día, perturbase la representación, provocó á Júpiter á mortal combate, repitiendo á gritos aquel verso de Homero: $\eta \mu' \acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}\sigma\iota\delta \eta \xi\gamma\acute{\omega} \sigma\acute{\epsilon}$ (Híreme ó te hiero). ¿Qué locura! ¡Imaginar que Júpiter no podía dañarle, ó que él podía hacer daño á Júpiter! Creo que estas palabras no contribuyeron poco á excitar los ánimos de los conjurados; porque debió parecerles el colmo de la paciencia soportar al que no podía soportar á Júpiter. Así, pues, en la ira, hasta cuando se muestra más violenta, desafiando á los dioses y á los hombres, no existe nada grande ni noble; y si algunos se empeñan en ver en ella

cierta grandeza, que la vean también en el lujo. El lujo quiere marchar sobre marfil, vestir púrpura, habitar bajo dorados techos, trasladar las tierras, aprisionar los mares, precipitar los ríos en cascadas, suspender bosques en el aire. Que vean grandeza en la avaricia: ésta descansa sobre montones de oro y plata, cultiva campos que podrían llamarse provincias, y da á cada arrendatario suyo territorios más extensos de los que asignaba la suerte á los cónsules. Que encuentren grandeza en la lujuria: ésta cruza los mares, forma rebaños de eunucos, y arrostrando la muerte, prostituye á la esposa bajo la espada del esposo. Que vean grandeza en la ambición, que no satisfecha con los honores anuales, querría, si fuese posible, cubrir con su solo nombre todos los fastos y ostentar sus títulos por todo el orbe. Poco importa hasta dónde se exalten y extiendan todas estas pasiones; no por ello son menos estrechas, miserables y bajas. Solamente la virtud es elevada, sublime, y nada hay grande sino aquello que al mismo tiempo es sereno.

LIBRO SEGUNDO.

I. Fecunda materia tuve en el primer libro, oh Novato, porque es cosa fácil seguir al vicio en su rápida pendiente: ahora debemos tratar cuestiones más delicadas. Hemos de investigar si la ira es producto del juicio ó del ímpetu; es decir, si se mueve espontáneamente, ó si, como casi todos nuestros impulsos, brota del interior sin consentimiento nuestro. En esto debemos fijar primeramente la discusión, para elevarse en seguida á mayor altura. En nuestro cuerpo, los huesos, los nervios, las articulaciones que forman la base del conjunto, y los órganos vitales tan poco gratos á la vista, se coordinan primeramente; en seguida viene lo que forma el encanto del semblante y aspecto, y cuando la obra está completa, aparece en último lugar la coloración, tan agradable á los ojos. No hay duda de que la apariencia sola de la injuria subleve la ira; pero ¿sigue en el acto á esta apariencia, y se lanza sin intervención del ánimo? Esto es lo que investigamos. Por nuestra parte sostenemos que nada intenta por sí misma y sin aprobación del alma. Porque apreciar la aparición de la injuria, desear la venganza y reunir estas dos ideas, que no debemos ser ofendidos y que debe castigarse la ofensa,

no es propio del impulso que obra en nosotros sin intervención de la voluntad. El movimiento físico es sencillo; el del alma es complejo y consta de muchos elementos. Comprendió algo, se indignó, condenó, se vengó, y nada de esto puede hacerse si el ánimo no se asocia á la impresión de los sentidos.

II. ¿Qué objeto tiene esta cuestión? dirás.—El de averiguar qué sea la ira. Porque si brota á pesar nuestro, nunca obedecerá á la razón. Todas las impresiones que no dependen de nuestra voluntad son invencibles é inevitables, como el estremecimiento que produce la aspersion con agua fría, ó el contacto de ciertos cuerpos: los cabellos se erizan cuando recibimos malas noticias, el rubor cubre nuestra frente ante palabras malsonantes, y el vértigo nos domina si miramos al precipicio. No dependiendo de nosotros estas impresiones, no pueden contenerlas las persuasiones de la razón. Pero los consejos triunfan de la ira. Luego es voluntario vicio del alma, y no una de esas disposiciones que dependen de las condiciones de la naturaleza humana, y se encuentran, por tanto, hasta en los más sabios, entre las cuales debemos colocar esas primeras emociones del alma que nos agitan á la idea de una injuria. Estas emociones despiertan hasta en el espectáculo de las fábulas de la escena y en la lectura de las historias de la antigüedad. Algunas veces experimentamos manera de cólera contra Clodio, que desterró á Cicerón, contra Antonio, que le mató. ¿Quién no se subleva contra las victorias de Mario, contra las proscripciones de Sila? ¿Quién no se irrita contra Theodoto y Achillas, y hasta contra aquel niño que por medio del crimen se hace superior á la infancia? Algunas veces nos excitan los cánticos y animados acentos. Conmuévase nuestro ánimo al sonido de las trompas bélicas, ante sangrienta descripción y al triste aparato de los suplicios más merecidos. Por esta razón reímos con los que ríen, nos entristecemos con la multi-

tud que llora, y nos exaltamos ante ajeno combate: todas estas emociones son ficticias, y estas iras no son más reales que nuestro dolor cuando fruncimos el ceño en la representación teatral de un naufragio, ó el miedo que invade el ánimo del lector cuando sigue á Anibal bajo nuestras murallas después de la batalla de Cannas. Estas impresiones conmueven el alma á pesar suyo, pero no son pasiones, sino principios y preludios de pasiones. Por esto el varón militar, en medio de la paz y bajo la toga, se estremece al sonido de la trompeta, y el caballo de batalla se alza al ruido de las armas. Dicese que Alejandro, al escuchar el canto de Xenofonte, puso mano á la espada.

III. No debe llamarse pasión á ninguna de estas impresiones fortuitas que conmueven el ánimo, porque éste antes las soporta que las agita. La pasión consiste no en ser conmovido por la apariencia de los objetos exteriores, sino en abandonarse á ella y continuar la sensación accidental. Engañase quien crea que la palidez, las lágrimas, la excitación de deseos impuros, un suspiro profundo, el repentino brillo de los ojos ú otra cualquiera emoción parecida, son indicios de pasión ó manifestación del ánimo, no comprendiendo que no pasan de impulsos corporales. Así es que muchas veces el hombre más valeroso palidece al empuñar las armas, y ante la señal del combate el soldado más audaz ha experimentado temblor en las rodillas: al general más grande puede palpitar el corazón antes del choque de dos ejércitos; y el orador más elocuente, cuando se dispone á hablar siente erizársele el cabello. Pero la ira no debe conmoverse solamente, sino lanzarse adelante, porque es un impulso. Ahora bien: no existe impulso sin el consentimiento del ánimo, y no es posible que se trate de venganza y de castigo sin conocimiento del alma. Júzgase alguno ofendido, quiere vengarse; una causa cualquiera le disuade, y en el acto se detiene. A esto no le llamo ira, sino movimiento del ánimo que

obedece á la razón. Ira es lo que sobrepuja á la razón y la arrastra con ella. Luego esa primera turbación del ánimo que produce la apariencia de la injuria, no es más ira que la misma apariencia de la injuria; pero el arrebató ulterior, que no solamente recibió la apariencia de la injuria, sino que la admitió, este es la ira, la sublevación del ánimo, que, con voluntad y reflexión, se encamina á la venganza. ¿Puede dudarse que el miedo impulsa á huir y la ira á avanzar? No creas, pues, que pueda buscarse ó evitarse algo sin consentimiento de la mente.

IV. Para que sepas cómo nacen las pasiones, crecen y se desarrollan, te diré que el primer impulso es involuntario, siendo como preparación de la pasión y á manera de empuje: el segundo se realiza con voluntad fácil de corregir, como cuando pienso que necesito vengarme porque he sido ofendido, ó que debe castigarse á alguno porque ha cometido un crimen: el tercero es tiránico ya; quiere vengarse, no porque sea necesario, sino aunque no lo sea, y éste vence á la razón. No podemos evitar por medio de la razón la primera impresión del ánimo, ni más ni menos que esas impresiones del cuerpo de que ya hemos hablado, como bostezar cuando se ve bostezar á los demás, y cerrar los ojos cuando bruscamente nos acercan á ellos la mano. Estos movimientos no puede impedirlos la razón; tal vez el hábito y constante vigilancia atenuarán los efectos. El segundo movimiento, que nace de la reflexión, por la reflexión se domina..... (1).

V. Ahora hemos de examinar si los que tienen hábito de crueldad, que se complacen en derramar sangre, se encuentran dominados por la ira cuando matan á aquellos de quienes no han recibido injurias ni creen haberlas recibido: como fué Apollodoro, como fué Phalaris. Esto no es ira, es ferocidad: no daña por haber recibido

(1) Aquí existe una laguna.

njuria, y hasta se encuentra dispuesta á recibirla con tal de dañar, y hiere y desgarrá, no por venganza, sino por placer. Pues bien, el origen de estos crímenes es la ira: á fuerza de ejercerse y abrevarse, llega al olvido de la clemencia, borra del ánimo todo pacto humano, y al fin se trasforma en crueldad. Así es que los crueles por pasatiempo ríen y se complacen, se embriagan en profunda delicia y su semblante está muy lejos de expresar ira. Dicese que Aníbal, al ver un foro lleno de sangre humana, exclamó: «¡Hermoso espectáculo!» ¡Cuánto más hermoso le pareciera si la sangre hubiese llenado un río ó un lago! ¿Cómo extrañar que tal espectáculo te agrade, cuando naciste en la sangre y desde la infancia te educaron en la matanza? Durante veinte años la fortuna de tu crueldad te acompañará con sus favores, y por todas partes ofrecerá á tus ojos tan dulce espectáculo; contemplársle alrededor del Trasimeno y de Cannas, y después en torno de tu Cartago. En otro tiempo, bajo el divino Augusto, Voleso, procónsul del Asia, después de hacer perecer bajo el hacha en un solo día trescientas personas, paseando regocijado en medio de los cadáveres, como si hubiese realizado algo grande y notable, exclamó en griego: «¡Oh regia acción!» ¿Qué hubiese hecho siendo rey? No fué aquello ira, sino un mal mayor y más incurable..... (1).

VI. «Dicese que así como la virtud es propicia á las acciones honestas, así también debe irritarse contra las vergonzosas.» ¿Por qué no añaden que la virtud debe ser á la vez baja y sublime? Esto es precisamente lo que dice el que quiere ensalzarla y rebajarla al mismo tiempo; porque el placer de contemplar una buena acción tiene algo de grande y levantado, y la ira por delito ajeno arranca de corazón bajo y estrecho. Nunca descenderá la virtud

(1) Laguna.

hasta imitar los vicios que combate: esforzarse principalmente en reprimir la ira, que nunca es mejor, y con frecuencia es peor, que los vicios que la irritan. Propias y naturales son de la virtud la alegría y satisfacción; la ira es inferior á su dignidad, de la misma manera que la tristeza, y la tristeza es compañera de la ira, y en ella cae, sea después del arrepentimiento, sea después del fracaso. Si es propio del sabio irritarse contra las faltas, tanto más se irritará cuanto mayores sean, y se irritará con frecuencia; de lo que se sigue que el sabio será no solamente un hombre irritado, sino irascible. Y si no creemos que en el ánimo del sabio deba encontrar acceso ira profunda ni ira frecuente, ¿por qué no librarle completamente de esta pasión? porque, lo repito, no puede tener límite alguno si ha de irritarse por los actos de cada cual. El sabio habrá de ser injusto si se irrita igualmente contra delitos desiguales, ó muy irascible si se irrita cada vez que un crimen merezca su ira. Ahora bien: ¿qué cosa más indigna que hacer depender de la malicia ajena los sentimientos del sabio? Ni Sócrates podrá volver á casa con el mismo semblante que salió.

VII. Además, si el sabio debiera irritarse contra las acciones vergonzosas, si debiera conmovirse y entristecerse por todas las maldades, nada habría más amargo que la sabiduría: toda su vida pasaría entre la ira y la tristeza. ¿Habrá algún momento en que el sabio no vea cosas censurables? Siempre que salga de su casa tendrá que atravesar entre multitud de malvados, avaros, pródigos, libertinos, contentos todos con sus vicios: en ninguna parte fijará los ojos sin encontrar algo que les indigne. No podrá bastar él solo si ha de ejercitar su ira siempre que las circunstancias lo exijan. Esos millares de litigantes que desde el amanecer corren al Foro, ¿qué infames procesos promueven, y por medio de qué abogados más infames aún? Uno acusa los rigores paternos como si no

fuese bastante haberlos merecido; otro pleitea contra su madre; éste se hace delator de un crimen de que públicamente le acusan; aquél, elegido por juez, condena los delitos que acaba de cometer, y simpatiza la multitud con la mala causa, merced á las bellas palabras de un orador. Pero ¿á qué descender á detalles? Cuando hayas visto el Foro ocupado por la multitud, inundado el recinto del Campo de Marte por muchedumbre de ciudadanos, y el Circo donde se aglomera la mayor parte del pueblo, ten presente que allí hay tantos vicios como hombres. No hay paz en medio de aquellas togas, y por mínimo interés el uno está dispuesto á sacrificar al otro.

VIII. Nadie gana sino con daño de otro: se detesta á los felices y se desprecia á los desgraciados; los humillados por los grandes humillan á los pequeños; á todos animan diferentes pasiones, y todo lo destruirían por leve placer ó ligero provecho. Esta es vida de gladiadores que habitan en común para pelear unos con otros. Esta es sociedad de fieras, exceptuando que las fieras son mansas entre sí y se abstienen de desgarrar á sus semejantes, mientras el hombre quiere la sangre del hombre. En una cosa sola se distingue de los animales: en que éstos deponen su furor ante el que les lleva el pasto, mientras que la rabia del hombre devora á los que le alimentan. Nunca cesará de irritarse el sabio si una vez comienza. Lleno está todo de crímenes y vicios, y se cometen muchos más de los que pueden corregirse con la coerción. Trabada esta empeñada lucha de maldad, diariamente aumenta el apetito del mal y va siendo menor la vergüenza. Desterrando todo respeto de lo honesto y lo justo, la pasión se precipita á su capricho, y ya no se ocultan los crímenes en la sombra, sino que caminan á la vista: la depravación se ha hecho tan común, y de tal manera domina en los corazones, que la inocencia no es escasa ya, sino nula. ¿Acaso son pocos y raros los que violan la ley? Por todas

partes, y como á señal dada, precipitanse todos para confundir el bien y el mal.

.... Non hospes ab hospite tutus,
 Non socer a genero; fratrum quoque gratia rara est.
 Imminet exitio vir conjugis, illa mariti.
 Lurida terribiles miscent aconita novercæ.
 Filius ante diem patrios inquirit in annos (1).

Esta es pequeña parte de los crímenes, porque no describe un pueblo dividido en dos campos enemigos, los padres y los hijos ligados por juramentos diferentes, la patria entregada á las llamas por la mano de un ciudadano, y la caballería registrando con rabia por todas partes para descubrir el refugio de los proscritos, y las fuentes públicas emponzoñadas, y la peste propagada con la mano, y los fosos abiertos por nosotros mismos en derredor de nuestros padres sitiados, llenas las cárceles, y el incendio devorando ciudades enteras y dominaciones funestas, y las ruinas de los estados y de los reinos tramadas en secretos consejos, y la gloria atribuida á acciones que son crímenes cuando se las puede reprimir; los raptos y violaciones, y el libertinaje que ni siquiera exceptúa la boca.

IX. Añade ahora los perjurios públicos de las naciones, las violaciones de tratados, la fuerza haciendo presa de todo lo que no puede resistirla, las captaciones, robos, fraudes, negaciones de depósitos, para cuyos delitos no bastan nuestros tres Foros. Si pretendes que el sabio se encolerice en proporción de la enormidad de los crímenes, no habrá de experimentar ira, sino demencia. Pero mejor es que creas que no deben irritar los errores: ¿que dirías si se encolerizaren contra aquellos que mar-

(1) No está seguro el huésped con el huésped, ni el suegro con el yerno: el cariño fraternal es cosa rara. El esposo pone asechanzas á la esposa, y ésta á su marido. Las terribles madrastras preparan el lívido acónito, y el hijo, antes de tiempo, investiga los años de su padre.

chan con paso vacilante en las tinieblas, contra los sordos que no oyen una orden, contra el esclavo que descuida el cumplimiento de sus deberes para contemplar los juegos y necios divertimientos de sus iguales? ¿qué dirías si se irritasen contra los enfermos viejos ó extenuados? Debe colocarse entre las demás enfermedades de los mortales la oscuridad de la mente, y no solo existe necesidad de errar, sino también amor al error. Para no irritarte contra algunos, has de perdonarlos á todos; necesario es conceder indulgencia al género humano. Si te irritas contra los jóvenes y los ancianos porque delinquen, debes irritarte contra los niños porque han de delinquir. ¿Y existe alguien que se irrite contra los niños cuya edad no puede discernir nada aún? pues la excusa es más fuerte y más justa para el hombre que para el niño. Condición de nuestro nacimiento es estar expuestos á tantas enfermedades de alma como de cuerpo, no por debilidad ó lentitud de inteligencia, sino por el mal uso de su penetración, viniendo á ser unos para otros ejemplos de vicio. Cada cual sigue al que le precede en el mal sendero; ¿cómo no excusar al que se extravía en camino público?

X. La severidad del General se ejerce en los individuos; pero es necesaria la indulgencia cuando ha desertado todo el ejército. ¿Quién disipa la ira del sabio? la multitud de culpables, porque comprende cuán injusto y peligroso es irritarse contra el vicio público. Cuantas veces salía Heráclito y veía en derredor suyo tantos que vivían mal, ó mejor dicho, que morían mal, lloraba y se compadecía de todos aquellos que encontraba felices y contentos; acción propia de espíritu sensible, pero demasiado débil, encontrándose él mismo en el número de los que merecían compasión. Demócrito, por el contrario, nunca se encontraba en público, según dicen, sin reír; tan lejos estaba de considerar grave lo que se trataba gravemente. ¿Qué objeto de ira existe aquí abajo? Necesario es

reír ó llorar por todo. No, el sabio no se irritará contra los delitos. ¿Por qué? porque sabe que nadie nace sabio, sino que se llega á serlo, y que un siglo entero produce muy pocos; porque tiene delante de los ojos la condición de la naturaleza humana, y ninguna mente sana se irrita contra la naturaleza. ¿Se asombrará de que no produzcan sabrosos frutos los matorrales silvestres? ¿Extrañará que no den productos útiles las espinas y abrojos? Nadie se irrita contra una imperfección que excusa la naturaleza. El sabio, pues, sereno y justó ante los errores, no es enemigo, sino corrector de los que delinquen; y diariamente se dice: «Encontraré muchos ebrios, muchos libertinos, muchos ingratos, muchos avaros y otros muchos agitados por las furias de la ambición;» y á todos los considerará con igual benevolencia que el médico considera á los enfermos. ¿El dueño de la nave cuya trabazón desunida hace agua por todas partes, se irrita contra los marineros ó contra la nave? No, antes corre al encuentro del peligro, cerrando el paso al agua, arrojando la que ha penetrado, obstruyendo las aberturas visibles, combatiendo con trabajo continuo las filtraciones ocultas que insensiblemente van llenando la sentina, y no cesa porque el agua se renueva á medida que se la expulsa. Necesaria es perseverante asistencia contra los males continuos y fecundos, no para que desaparezcan, sino para que no triunfen.

XI. «La ira es útil, dicen, porque libra del desprecio, porque asusta á los malvados.» En primer lugar, si la ira es tan potente como sus amenazas, por lo mismo que es terrible, es odiosa. Más peligroso es ser temido que ser despreciado. Pero si no es fuerte, se expone mucho más al desprecio y no evita la irrisión: ¿qué cosa más fría que la ira agitándose en el vacío? En segundo lugar, de que una cosa sea terrible, no se sigue que sea poderosa: y no quisiera que se diese al sabio un arma que pertenece también á la fiera, el terror. ¡Cómo! ¿no se teme la fiebre,

la gota ó una llaga cancerosa? ¿encuétrase por esto algo bueno en estos males? Al contrario, ¿no inspiran repugancia y horror precisamente porque se les teme? La ira por sí misma es deforme y poco temible, pero muchos la temen como teme el niño á las personas deformes. Y además ¿el temor no recae sobre aquel que lo inspira, no pudiendo nadie hacerse temer y quedar tranquilo? Recuerda aquel verso de Laberio, recitado en el teatro en plena guerra civil y que todo el pueblo recibió como expresión del sentimiento público:

Necesse est multos timeat, quem multi timent (1).

La naturaleza ha establecido que aquel que es grande por el temor de los demás no escape á sus propios temores. El corazón del león se estremece al ruido más ligero: una sombra, un sonido, un olor extraño turba á los animales más feroces. Todo lo que asusta tiembla á su vez. No existe, pues, razón para que el sabio desee que le teman.

XII. No ha de creerse que la ira sea algo grande porque infunda temor; pues también se teme á las cosas más viles, los venenos, las tortas mortíferas y la mordedura del reptil. No debe admirar que manadas de fieras queden detenidas y sean rechazadas hacia las trampas por un cordón de plumas de diferentes colores, llamado por el efecto que producen *formido* (espanto). Los seres irracionales se asustan irracionalmente. El movimiento de un carro, el cambiante aspecto de una rueda hace entrar al león en su jaula; el gruñido del cerdo asusta al elefante. Así también se teme la ira como el niño á las tinieblas, y las fieras á las plumas rojas: la ira no tiene en sí misma ninguna firmeza, ningún valor; pero intimida á los ánimos débiles. «Habrás de suprimir de la naturaleza la maldad,

(1) A muchos ha de temer aquel á quien muchos temen.

dicen, si quieres suprimir la ira; pero no puedes hacer lo uno ni lo otro.» En primer lugar, podemos preservarnos del frío, aunque el invierno sea propio de la naturaleza, y del calor, aunque existen meses de verano; bien sea porque las condiciones del paraje pongan á cubierto de las inclemencias de la estación, bien sea que las costumbres del cuerpo triunfen de ambas sensaciones. En segundo lugar, invierte el argumento: necesario es suprimir la virtud del alma antes de dar entrada á la ira, porque los vicios no coexisten con las virtudes; tan imposible es que el mismo hombre sea á la vez iracundo y sabio, como enfermo y robusto. «Imposible es, dicen, suprimir completamente del alma la ira, no permitiéndolo la naturaleza del hombre.» Nada hay tan difícil y penoso que la mente humana no pueda vencer, con lo que no pueda familiarizarla constante ejercicio; no hay pasión tan desenfrenada é indomable que no pueda doblegarse al peso de la disciplina. El ánimo obtiene todo lo que á sí mismo se manda. Algunos han conseguido no reir jamás; otros se han prohibido el vino; éstos las mujeres; aquéllos, en fin, todas las bebidas. Conténtase uno con breve sueño, y prolonga infatigables vigiliás; otros han aprendido á subir corriendo por cuerdas estiradas, á elevar pesos enormes, casi superiores á las fuerzas humanas, á sumergirse á profundidades inmensas y á permamecer debajo del agua sin respirar.

XIII. Otras mil cosas existen en las que la perseverancia ha vencido todos los obstáculos, y prueban que nada es difícil cuando el alma se ha impuesto á sí misma la paciencia. En los hechos que acabo de mencionar, el premio era nulo ó muy inferior á trabajo tan obstinado. En efecto, ¿qué cosa magnífica gana el que ha aprendido á correr por la cuerda tirante, á cargar sus hombros con enormes pesos, á no someter sus ojos al sueño, á penetrar en el fondo del mar? Y sin embargo, por escaso provecho, la perseverancia ha conseguido su objeto. ¿Y nosotros no in-

vocaremos en nuestro auxilio la paciencia que tan hermosa recompensa nos reserva, la inalterable tranquilidad del alma feliz? ¿No es gran victoria libertarse de ese mal tan temible, la ira, y al mismo tiempo de la rabia, la violencia, la crueldad, el furor y demás pasiones que le acompañan? No debemos buscar patrocinio para nosotros mismos, ni derecho á excusarnos diciendo: ó es útil ó es inevitable; porque ¿qué vicio ha carecido nunca de abogado? No debe decirse que la ira no puede curarse: los males que nos afligen no son incurables, y la naturaleza misma que nos creó para el bien, nos ayuda, si queremos enmendarnos. Además, el camino de la virtud no es, como algunos han creído, áspero y difícil, sino que se marcha por él con planta segura. No vengo á referiros cosas vanas: fácil es el camino hacia la vida feliz; empedredlo solamente bajo buenos auspicios y con favorable asistencia de los dioses. Mucho más difícil es hacer lo que hacéis: ¿qué hay más grato que la tranquilidad del ánimo? ¿qué más laborioso que la ira? ¿qué más tranquilo que la clemencia? ¿qué más atareado que crueldad? La castidad siempre está en calma, el libertinaje siempre ocupado, y todas las virtudes, en fin, se conservan fácilmente, manteniéndose los vicios con grandes trabajos. ¿Debe contrarrestarse la ira? Así lo confiesan en parte los que dicen que debe moderarse. Proscribámosla por completo, puesto que para nada puede servir. Sin ella, con más facilidad y seguridad se suprimirán los delitos, se castigará á los malvados y se les atraerá al bien.

XIV. Todo lo que el sabio debe hacer, lo hará sin el auxilio de cosa mala, y no apelará al uso de una pasión cuyos extravíos tendrá que vigilar con inquietud. Nunca, por lo tanto, debe admitirse la ira; podrá fingirse algunas veces cuando sea necesario despertar la atención de espíritus cansados, como se excita con el látigo ó la antorcha á los caballos tardos para emprender la carrera. Necesario

es á las veces que el temor obre en aquellos con quienes nada puede la razón. Pero irritarse no es más útil que afligirse ó asustarse. «¡Cómo! ¿no sobrevienen ocasiones que provocan la ira?» Pues en estos casos principalmente se debe luchar contra ella: y no es difícil vencer el ánimo, cuando se ve al atleta, que solamente se ocupa de la parte más vil de sí mismo, soportar, sin embargo, los golpes y el dolor para agotar las fuerzas de su contrario, y no hiera cuando á ello le impulsa la ira, sino cuando encuentra ocasión propicia. Asegúrase que Pirro, aquel gran maestro de ejercicios gímnicos, acostumbraba encargar á sus discípulos que no se irritasen; porque la ira perjudica al arte y ve donde debe herir, pero no donde debe precaverse. Así es que muchas veces aconseja paciencia la razón, venganza la ira, y de un mal, que al principio podíamos evitar, caemos en otro mayor. Personas hay que, por no haber sabido soportar tranquilamente una palabra ultrajante, fueron desterradas; las hay que no queriendo pasar en silencio una injuria leve, tuvieron que soportar gravísimos males, y quienes, indignándose porque cercenaban pequeñísima parte á su plena libertad, se atrajeron el yugo servil.

XV. «Para que te convenzas, dicen, de que la ira tiene en sí algo de generoso, verás libres los pueblos más irascibles, como los Germanos y los Scitas.» Esto sucede porque las almas fuertes y naturalmente enérgicas, antes de ablandarlas la civilización, son propensas á la ira. Ciertos sentimientos solamente brotan en los espíritus mejores, como en terrenos fecundos, aunque incultos, crecen árboles robustos; pero son muy diferentes los productos de las tierras cultivadas. Así, pues, esos ánimos, naturalmente enérgicos, son iracundos; fogosos y viriles, nada mezquino y débil encierran; mas esta energía es imperfecta, como todo lo que se desarrolla sin arte, por la fuerza sola de la naturaleza; y si no se les doma desde el principio,

estos gérmenes del verdadero valor degeneran en audacia y temeridad. ¡Cómo! ¿no vemos unirse á la dulzura de carácter debilidades análogas, como la piedad, el amor, el pudor? Por esto te mostraré el buen carácter por sus mismas imperfecciones; pero no dejan por ello de ser defectos, aunque sean indicios de buen natural. Además, todos esos pueblos en su salvaje independencia, se parecen á los leones y á los lobos, que no pueden obedecer ni mandar. No existe en ellos la fuerza del carácter humano, sino la irritabilidad de las fieras, y nadie puede gobernar si no sabe gobernarse.

XVI. Por esta razón, casi siempre ha pertenecido el mando á los pueblos de las regiones templadas: el carácter de los que habitan los hielos del Septentrión, es salvaje, como dice el poeta:

.....Suoque simillima celo. (1)

«Considéranse, dicen, como más generosos los animales más iracundos.» Es grave error presentar los animales como ejemplo del hombre, cuando en vez de razón, solamente tienen impulso; y el hombre, en vez de impulso, tiene razón. Y tampoco les mueve á todos el mismo impulso. Al león le ayuda la ira; al ciervo, el temor; al buitre, la impetuosidad; á la paloma, la fuga. ¿Y es cierto, por otra parte, que sean mejores los animales más iracundos? Concederé que las fieras, que viven de su presa, sean tanto más fuertes, cuanto más furiosas; pero alabaré en el buey la paciencia; en el caballo, la docilidad al freno. ¿Mas por qué rebajar al hombre á tan infelices ejemplos, cuando tienes delante de tí al universo y Dios, que siendo el único entre todos los animales que puede imitarlo, es el único que lo comprende? «A los iracundos, dicen, se les tiene por los más francos.» Porque se les compara con los astu-

(1) Enteramente igual á su cielo.

tos y sutiles, y parecen francos porque se descubren: yo no les llamaría francos, sino incautos. Este es el nombre que damos á los necios, á los libertinos, á los pródigos y demás viciosos poco reservados.

XVII. «Algunas veces, dicen, el orador que se arrebatara más elocuente.» Dí más bien que finge arrebatara, porque los histriones, con su energía, conmueven al pueblo, no porque estén irritados, sino porque imitan bien la ira. Así es que delante de los jueces, ante las asambleas populares y donde quiera que intentemos mover los ánimos á nuestro impulso, fingiremos en tanto ira, en tanto temor, en tanto compasión, para inspirarla á los demás; y frecuentemente, lo que no hubiera conseguido una emoción verdadera, lo conseguirá otra fingida. «El alma es débil, dicen, si carece de ira.» Verdad es, si no hay nada más poderoso que la ira. No conviene ser ladrón, ni robado, ni compasivo, ni cruel; lo uno sería demasiada debilidad de ánimo, lo otro demasiada dureza. El sabio debe guardar el término medio; y si es necesario obrar con vigor, emplee la energía y no la ira.

XVIII. Habiendo tratado lo concerniente á la ira, pasemos á sus remedios. En mi opinion, son de dos clases: unos para no caer en ella, otros para preservarnos de sus faltas. Así como en la medicina del cuerpo hay remedios para conservar la salud y otros para restablecerla, así también no son iguales los medios para repeler la ira y para triunfar de ella. Algunos preceptos abrazarán la vida entera, y se dividirán entre la educación y las edades sucesivas. La educación exige especial cuidado, y sus frutos se recogen en lo porvenir; porque es cosa fácil amoldar los espíritus tiernos aún, y difícil extirpar los vicios que han crecido con nosotros. La naturaleza de los espíritus vehementes es harto ocasionada á la ira; porque así como hay cuatro elementos, fuego, agua, aire y tierra, existen cuatro potencias correspondientes, frío, calor, humedad y

seca. De la mezcla de los elementos resulta la variedad de parajes, animales, cuerpos y costumbres, arrastrando á los espíritus diferentes inclinaciones, según la fuerza del elemento que en él domina. Por esta razón decimos que tales regiones son húmedas ó secas, frías ó cálidas. Las mismas diferencias se encuentran entre los animales y entre los hombres.

XIX. Lo importante es en qué medida contiene cada cual el calor y la humedad; la proporción dominante de cada elemento determinará las inclinaciones. El elemento cálido producirá iracundos, porque el fuego es activo y persistente. El elemento frío hará tímidos, porque el frío embota y comprime. Por esta razón, algunos filósofos de los nuestros pretenden que la ira brota del pecho cuando la sangre hierve en derredor del corazón; y no hay otra razón para asignar con preferencia este asiento á la ira, sino que el pecho es la parte más caliente de todo el cuerpo. En los que domina el principio húmedo, la ira crece poco á poco, porque no está preparado en ellos el calor, sino que lo adquieren por el movimiento. Así es que la ira de las mujeres y de los niños antes es viva que profunda, siendo débil en su principio: en las edades secas, la ira es violenta y sostenida, pero sin aumento, progresando poco porque al calor, que ya declina, le reemplaza pronto el frío. Los ancianos son susceptibles y quisquillosos, como los enfermos y convalecientes y aquellos á quienes el cansancio ó pérdida de sangre han agotado el calor. En igual condición se encuentran los atormentados por el hambre y la sed, los que tienen sangre pobre y los debilitados por mala alimentación. El vino inflama la ira, porque aumenta el calor, según el temperamento de cada cual.

XX. Algunos se enfurecen en la embriaguez, otros... (1)

(1) Laguna.

heridos. Tampoco existe otra causa para que los iracundos tengan el cabello rojo y la tez encendida, poseyendo naturalmente el color que la ira da de ordinario á los demás, porque su sangre es muy movible y agitada. Pero de la misma manera que la naturaleza produce temperamentos dispuestos á la ira, así también muchas causas accidentales tienen el mismo poder que la naturaleza. Las enfermedades ó padecimientos del cuerpo producen estos efectos; en otros el trabajo, continuas vigiliass, noches inquietas, la ambición, el amor, en fin, toda causa que afecta al cuerpo y al alma, prepara la mente enferma á la irascibilidad. Pero estas cosas solamente son principios y causas, estribando todo en el hábito, que si es profundo, alimenta al vicio. Difícil es, sin duda, cambiar el carácter, y no es posible transformar los elementos una vez combinados en el que nace; pero conveniente es saber que á los espíritus fogosos se debe prohibir el vino. Platón cree que debe negarse á los niños, y prohíbe alimentar el fuego con el fuego. Tampoco se les debe sobrecargar de alimentos que dilatan el cuerpo, porque los espíritus se entumescen con ellos. El trabajo debe ejercitarles sin fatigarles, de manera que disminuya su calor sin extinguirse y su excesivo ardor arroje la espuma. También son útiles los juegos, porque moderados placeres aflojan y dulcifican los ánimos. Los temperamentos húmedos, secos y fríos no están expuestos á la ira, pero han de temer defectos más grandes, la cobardía, irresolución, abatimiento y desconfianza.

XXI. Estos caracteres necesitan blandura y dulzura, que les lleven á la alegría. Y como han de emplearse contra la ira diferentes remedios que contra la tristeza, y estos defectos exigen tratamientos no solamente diversos sino contrarios, combatiremos siempre al más saliente. Mucho importa, repito, que los niños reciban desde muy temprano saludable educación. Tarea difícil es esta, porque debemos atender á no alimentar en ellos la ira

y á no embotar su ánimo. Este asunto reclama diligente observación. Tanto lo que conviene cultivar como lo que se necesita extinguir, se nutre de los mismos alimentos, y lo semejante con facilidad engaña hasta al más atento. El espíritu abusa de la licencia; se deprime en la servidumbre; los elogios le exaltan inspirándole noble confianza en sí mismo, pero al mismo tiempo engendran la insolencia y la irascibilidad. Necesario es, pues, mantener al niño igualmente alejado de ambos extremos, á fin de poder emplear unas veces el freno y otras el aguijón, y no se le imponga nada humillante ni servil. Que nunca necesite pedir suplicando, ni le aproveche la súplica; que nada se le dé sino por consideración de él mismo, de su conducta pasada ó buenas promesas para el porvenir. En sus luchas con los compañeros, no se consienta que sea vencido ni que se encolerice; procuremos que sea amigo de aquellos con quienes acostumbra rivalizar, con objeto de que en los certámenes se acostumbre, no á herir, sino á vencer. Cuantas veces triunfe ó haya realizado algo laudable, dejémosle que se glorie, pero que no se aplauda con exceso, porque la alegría lleva á la embriaguez, la embriaguez al orgullo y á elevada idea de sí mismo. Concederémosle algún descanso, pero no le dejaremos ablandarse en la ociosidad y la pereza, y le mantendremos alejado del contacto de las voluptuosidades. Nada hace tan irritable como educación blanda y complaciente, y por esta razón cuanta más indulgencia se tiene (con un hijo único, cuanto más se concede á un pupilo, más se corrompe su ánimo. No soportará una ofensa aquel á quien nunca se negó nada, aquel cuyas lágrimas enjugó siempre tierna madre, que constantemente tuvo razón contra su pedagogo. ¿No ves que las riquezas más grandes van acompañadas siempre de las iras mayores? Este vicio se muestra principalmente en los ricos, en los nobles, en los magistrados cuando la fortuna hincha y levanta todo lo que hay de

vano y frívolo en el corazón. La prosperidad alimenta la cólera, cuando la muchedumbre de aduladores asalta los oídos del soberbio y le dice: No te mides por tu altura, voluntariamente te rebajas; y otras lisonjas á las que difícilmente resistiría un espíritu sano y sólidamente fundado desde antiguo. Necesario es, pues, alejar la infancia de toda adulación; que oiga la verdad; que algunas veces conozca el temor y siempre el respeto; que rinda homenaje á la ancianidad; que nada consiga por la ira. Ofrézcasele cuando esté tranquilo, aquello que se le negó cuando lloraba; que tenga en perspectiva y no en uso las riquezas paternas, y que se le repruebe toda mala acción.

XXII. Importante es para esto elegir preceptores y pedagogos de plácido carácter. Todo lo tierno se adhiere á lo inmediato y crece conformándose con ello: el adolescente reproduce muy pronto las costumbres de las nodrizas y pedagogos. Un niño educado en casa de Platón y llevado á la casa paterna, viendo irritarse á su padre gritando, dijo: «Nunca vi eso en casa de Platón.» Pero no dudo que más bien imitaría á su padre que á Platón. Sea ante todo frugal la alimentación del niño, sin lujo sus trajes y semejantes á los de sus compañeros. No se irritará al verse comparado á los demás, si desde el principio le haces igual al mayor número. Pero todo esto se refiere solamente á nuestros hijos. En cuanto á nosotros, si la suerte del nacimiento y de la educación no deja lugar al vicio ni á los preceptos, habremos de ordenar los días que nos quedan. Debemos, pues, combatir eontra las causas primeras. Causa de la ira es la idea de que se ha recibido una injuria; necesario es no creer en ello fácilmente, ni ceder ni aun á aquellas cosas que nos parecen evidentes, porque con frecuencia lo falso tiene las mismas apariencias que lo verdadero. Indispensable es conceder siempre un plazo; el tiempo descubre la verdad. No prestemos complaciente oído á los que acriminan: conozcamos bien y desconfiemos

de este vicio de la naturaleza humana, por el cual creemos de buen grado lo que nos disgusta saber, y nos irritamos antes de juzgar.

XXIII. ¿Qué sucederá si, dejándonos arrastrar no solamente por falsos relatos, sino que también por sospechas, si interpretando en mal sentido el gesto, la sonrisa, nos irritamos contra inocentes? Necesario es, pues, que defendamos contra nosotros mismos la causa del ausente, y dejemos en suspenso nuestra ira. El castigo diferido puede cumplirse, pero el cumplido no puede suspenderse ya. Conocido es aquel tiranicida que, sorprendido antes de haber consumado su obra, y atormentado por Hippias para que delatase á sus cómplices, nombró los amigos del tirano que estaban en derredor suyo, y que sabía apreciaban más su vida: cuando les hubo mandado á la muerte uno á uno, preguntándole si quedaba alguno más por nombrar: «A tí solo, contestó, porque no he dejado á nadie que te quiera.» La ira hizo que el tirano ayudase al tiranicida é hiriese á sus defensores con su propia espada. ¡Cuánto más animoso fué Alejandro! Habiendo recibido una carta de su madre, en la que le prevenía que se precaviese del veneno del médico Filipo, bebió descuidadamente la poción que le propinaba. Confiando en sí mismo en cuanto á su amigo, digno fué de encontrarlo, y digno de hacerle inocente. Esto lo admiro tanto más en Alejandro, cuanto que nadie fué más pronto á la ira, siendo más de aplaudir la moderación en los reyes cuanto más rara es. También lo hizo así C. César usando con suma clemencia de la victoria civil. Habiendo sorprendido carpetas que contenían cartas escritas á Pompeyo por aquellos que al parecer habían seguido el partido contrario ó permanecido neutrales, las quemó, y aunque de ordinario era muy moderado en su ira, prefirió no tener ocasión para irritarse. Consideró que la manera más noble de perdonar es ignorar las ofensas de todos. Muchos males causa la credulidad; con frecuen-

cia ni siquiera se le debe escuchar, porque en ciertas cosas mejor es ser engañado que desconfiado.

XXIV. Indispensable es desterrar del alma toda sospecha y conjetura ocasionada á injustas iras. Aquél me ha saludado con poca cortesía, aquel otro no correspondió cariñosamente á mi ósculo; éste ha interrumpido bruscamente una frase comenzada; aquél no me ha invitado á su banquete, y el semblante del otro no me ha parecido muy risueño. Nunca faltará pretexto á la sospecha: contemplemos con mayor sencillez las cosas, y juzguémoslas con más benignidad. Creamos solamente lo que hiera nuestros ojos, lo que sea evidente, y siempre que descubramos la falta de fundamento de nuestras sospechas, reprendamos nuestra credulidad. Este castigo nos acostumbrará á no creer fácilmente.

XXV. Síguese de esto que no debemos encolerizarnos por causas frívolas y despreciables. Mi esclavo es torpe, el agua está tibia, el lecho poco mullido, la mesa descuidadamente servida: locura es irritarse por esto; de enfermos es ó de pobre salud el estremecerse al viento más ligero; de vista muy delicada deslumbrarse por la blancura de una toga; de enervado por la molicie sentir dolor de costado por el trabajo ajeno. Cuéntase que Mindyrides, de la ciudad de los Sibaritas, viendo un hombre que cavaba la tierra y alzaba bastante el azadón, se quejó de fatiga, y le prohibió continuar su trabajo en presencia suya. El mismo se lamentaba de tener una contusión por haberse acostado sobre hojas de rosa plegadas. Cuando las voluptuosidades han corrompido á la vez el cuerpo y el alma, todo parece insoportable, no por su dureza, sino por nuestra molicie. ¿De qué proceden en verdad esos accesos de ira por un tos ó estornudo, por una mosca que no han espantado bastante pronto, por encontrar en nuestro camino un perro, por caer inadvertidamente una llave de la mano del esclavo? ¿Soportará con tranquilidad los gritos populares, los

sarcasmos del Foro y de la curia, aquel cuyos oídos ofenden el ruido de una silla arrastrada? ¿Soportará el hambre y la sed en una guerra de estío el que se irrita contra el esclavo que ha disuelto mal la nieve en el vino?

XXVI. Así, pues, nada alimenta tanto la ira como las intemperancias é impaciencias de la molicie. Debemos tratar nuestra alma con dureza, para que no sienta los golpes si no son muy graves. Nos irritamos contra objetos de que no hemos podido recibir injuria, ó contra aquellos de que hemos podido recibirla. Entre los primeros los hay inanimados, como el libro, que algunas veces arrojamos porque está escrito en caracteres muy pequeños ó rasgamos porque le encontramos faltas; como los vestidos, que hacemos pedazos porque nos desagradan: ¿no es demencia irritarse contra cosas que no pueden merecer ni sentir nuestra cólera? «Pero nos ofenden los que las hicieron.» En primer lugar, frecuentemente nos irritamos antes de hacer esta distinción; y además, tal vez los mismos artífices podrían alegar buenas excusas. Uno no pudo hacerlo mejor que lo hizo, y no es injurioso para tí si no sabe más; el otro no lo hizo por ofenderte. En último caso, ¿qué locura mayor que derramar sobre cosas la bilis excitada por hombres? Pero si es insensato irritarse contra objetos privados de sentimiento, no lo es menos irritarse contra animales que no pueden injuriarnos porque no pueden quererlo, porque no hay injuria si no parte de la intención. De la misma manera pueden perjudicarnos que un arma, una piedra, pero no pueden causarnos injuria. Sin embargo, personas hay que se creen ultrajadas si un caballo dócil con otro jinete no lo es con ellas; como si la reflexión y no la costumbre y ejercicios del arte fuese la que hiciese ciertas cosas más manejables á ciertos hombres.

XXVII. Ahora bien; si la ira en estos casos es ridícula, lo es también en cuanto á los niños y aquellos que no les superan mucho en prudencia. Ante juez equitativo, en to-

das las faltas, la imprevisión se considera inocencia. Otros seres existen que no pueden dañar, sino que tienen propiedad benéfica y saludable, como los dioses inmortales que no quieren ni pueden perjudicar. Dulce y tranquila es su naturaleza, y tan lejana de dañar á los otros como á sí misma. Solamente los insensatos y los que desconocen la verdad pueden imputarles los furores del mar, las lluvias excesivas, los rigores del invierno, cuando no se dirige especialmente á nosotros nada de lo que nos favorece ó perjudica. A los ojos de la naturaleza, no somos nosotros causa de los periódicos regresos del invierno y del verano; esto depende de leyes con las que gobierna lo divino. Nos estimamos con exceso al creernos dignos de ser principio de tan maravillosos movimientos. Nada de esto se ha hecho en perjuicio nuestro; todo lo contrario, nada hay que no se haya hecho en nuestro favor. Hemos dicho que existen seres que no pueden dañar: otros hay que no quieren. Entre éstos se encuentran los magistrados buenos, los padres, preceptores y jueces, cuyos castigos han de considerarse como el escarpelo, la dieta y demás cosas que nos hacen daño para nuestro bien. ¿Sufrimos una pena? recordemos, no lo que sufrimos, sino lo que hemos hecho: examinemos nuestra conducta. Si queremos confesaros la verdad, apreciaremos con mayor severidad nuestro delito. Si queremos ser jueces equitativos, convendremos ante todo en que ninguno de nosotros está exento de faltas. Nuestra mayor indignación nace de decirnos: Nada tengo que reprenderme; no he hecho nada; es decir, que no te confiesas nada. Nos sublevamos al vernos sometidos á alguna reprensión, á algún castigo; mientras que en el momento mismo delinquimos añadiendo á nuestras faltas la arrogancia y rebelión. ¿Quién podrá llamarse inocente ante todas las leyes? Y aun siendo así, ¿qué pobre inocencia no ser bueno más que según la ley! La regla de nuestros deberes es mucho más extensa que la de nuestro derecho.

¿Cuántas cosas nos mandan la piedad, la humanidad, la liberalidad, la justicia y la buena fe, que no están escritas en las tablas de la ley?

XXVIII. Pero ni siquiera podemos seguir esta estrechísima fórmula de inocencia. Hemos hecho unas cosas, otras las hemos meditado, deseado éstas y ayudado á aquéllas; en algunas somos inocentes porque no han tenido resultados. Pensando esto, seremos más indulgentes para con los que delinquen y más dóciles á las reprensiones: sobre todo no nos irriteemos contra nosotros mismos (¿á quién perdonaremos si no nos perdonamos?), y menos aún contra los dioses. Los disgustos que nos sobrevienen no los soportamos por su ley, sino por la de la humanidad. Nos asaltan enfermedades y dolores. De alguna manera hemos de salir de este domicilio de sórdido barro. Te dirán que alguno ha hablado mal de tí; medita si no has comenzado primero; investiga de cuántos has hablado tú. Consideremos, en fin, que unos no inferen injuria, sino que la devuelven; que otros la inferen inducidos á ellos, éstos obligados, aquéllos por ignorancia: hasta el que la infiere voluntariamente y con conocimiento, al ofendernos, no trata de hacerlo así. O cede al atractivo de un chiste, ó hace algo, no por causarnos daño, sino porque no podía prosperar sin rechazarnos. Frecuentemente hiere la adulación al acariciar. Quien recuerde cuántas veces ha estado expuesto á falsas sospechas, cuántos favores le ha otorgado la fortuna bajo apariencias de daño, á cuántas personas ha amado después de haberlas odiado, no se irritará con tanta prontitud, sobre todo si á cada cosa que le ofende se dice secretamente: Yo también he hecho lo mismo. Pero ¿dónde encontrarás un juez tan equitativo? ¿Acaso en el que nunca ve la mujer ajena sin desearla, bastándole para justificar su amor que sea de otro, al mismo tiempo que no quiere que miren la suya? ¿Acaso en el hombre sin fe que exige inflexiblemente el cumplimiento de la promesa, en el per-

juro que persigue la mentira, en el calumniador que está impaciente porque se le llame á juicio? No quiere que se atente al pudor de sus esclavos jóvenes el mismo que entrega el suyo. Tenemos delante de los ojos los vicios ajenos, y á la espalda los nuestros. Por esta razón reprende el padre los prolongados festines de un hijo menos desarreglado que él. El que nada niega á sus pasiones, no concede nada á las de los demás; el tirano se irrita contra el homicida, y el sacrilego castiga los robos. La mayoría de los hombres se irrita no contra el delito, sino contra el delincuente. El examen de nosotros mismos nos hará más indulgentes, si nos preguntamos: ¿No hemos hecho algo parecido? ¿No hemos errado de la misma manera? ¿Ganamos algo con condenar? El mejor remedio para la ira es el tiempo. No le pidas al principio que perdone, sino que juzgue; si espera, se disipa. No trates de comprimirla de un solo golpe; su primer arrebato es demasiado enérgico; pero se la vence por completo si se le ataca por partes.

XXIX. De las cosas que nos ofenden, unas nos las refieren, otras las oímos ó vemos nosotros mismos. En cuanto á las que nos refieren, no debemos apresurarnos á creerlas. Muchos mienten para engañar, otros porque están engañados. Este acrimina para captarse benevolencia, y supone la injuria para mostrarnos interés; aquél, por desconfianza, intenta romper íntimas amistades, y no falta quien, por malicia, goza en contemplar desde lejos y sin peligro la lucha de los que llevó á la discordia. Si tuvieses que juzgar en un litigio sobre cantidades pequeñas, sin testigo, nada se te probaría; sin juramento el testigo no valdría; á las dos partes otorgarías dilación, concederías tiempo, oíríaslas más de una vez, porque la verdad brilla tanto más cuantas más veces nos ha pasado por las manos. ¿Y el amigo le condenas en el acto, sin oírle, sin interrogarle? ¿Antes de que pueda conocer su acusador ó su delito, te irritas contra él? ¿Conoces en el acto la verdad? ¿Has oído

lo que dirán el uno y el otro? El mismo que te lo refirió desistirá de ello si tiene que probarlo.—No me descubras, te dirá; si me nombras, lo negaré todo: nunca te diré ya nada.—Al mismo tiempo que te excita, se sustrae de la lucha y el combate. Quien solamente en secreto quiere hablarte, casi no habla. ¿Qué cosa más inicua que creer en secreto é irritarse en público?

XXX. De algunas cosas somos testigos nosotros mismos. En este caso, examinemos el carácter é intención de los que las hacen. ¿Es un niño? se perdona á la edad; ignora si hace daño. ¿Es un padre? ó nos ha hecho bastante bien para adquirir derecho á una ofensa, ó tal vez es un favor más el que tomamos por injuria. ¿Es una mujer? se engaña. ¿Es por mandato? ¿quién podría, sin injusticia irritarse contra la necesidad? ¿Es por represalia? no se te injuria si sufres lo que tú has hecho sufrir antes. ¿Es un juez? respeta más su sentencia que la tuya. ¿Es un rey? si te castiga culpable, cede á la justicia; si inocente, cede á la fortuna. ¿Es un animal irracional ú otro ser parecido? te haces semejante á él irritándote. ¿Es una enfermedad, una calamidad? más pronto pasará si la soportas. ¿Es un dios? pierdes el trabajo irritándote contra él, lo mismo que al invocar su cólera contra otro. ¿Es un varón justo el que te ha injuriado? no lo creas. ¿Es un malvado? no te asombres; otro le castigará por lo que te ha hecho; y ya lo está por la falta misma que ha cometido. Dos circunstancias, como dije, excitan la ira: primera, si creemos que se nos ha injuriado: sobre ésta ya hemos dicho bastante; segunda, cuando nos parece que ha sido injustamente: de ésta vamos á ocuparnos. Los hombres consideran como injustas ciertas cosas que no merecen sufrir ú otras que no esperaban. Consideramos inicuo lo imprevisto; así es que lo que ocurre contra lo que esperábamos es lo que más subleva. No por otra razón nos ofenden en nuestra casa hasta las cosas más pequeñas, y consideramos injuria la negligencia del amigo.

XXXI. «¿Por qué, dicen, somos tan sensibles á los ultrajes de un enemigo?» Porque no los esperábamos, ó porque exceden á lo que esperamos. Esto es efecto de excesivo amor propio: consideramos que debemos ser inviolables hasta para nuestros enemigos. Cada cual tiene en su interior pretensiones de rey, y quiere tener sobre los demás autoridad absoluta, sin conceder ninguna sobre él. Así, pues, la ignorancia de las cosas ó la presunción es lo que nos hace irascibles. La ignorancia ¿puede extrañarse que los malvados realicen el mal? ¿Qué de particular tiene que un enemigo perjudique, que un amigo ofenda, que un hijo se extravíe, que un esclavo delinca? Fabio decía que era deplorable excusa para un general decir: No pensé en ello: por mi parte creo que es deplorable para todo hombre. Piensa en todo; prevélo todo: hasta en los caracteres mejores existen asperezas. La naturaleza humana produce amigos insidiosos, produce ingratos, produce codiciosos, produce impíos. En tus juicios acerca de las costumbres de uno solo, piensa en las costumbres públicas: cuando te felicitas más, debes temer más; cuando todo te parece tranquilo, no han desaparecido las tempestades, sino que están adormecidas: piensa que siempre existe algo que puede perjudicarte. El piloto no despliega nunca todas sus velas con seguridad tan completa, que no estén preparadas las jarcias para replegarlas. Recuerda sobre todo que la pasión de dañar es infame y odiosa, y completamente extraña á la índole del hombre, cuya bondad dulcifica hasta las naturalezas más agrestes. Contempla al elefante doblando la cabeza bajo el yugo, al toro dejando que impunemente monten en su lomo mujeres y niños, á las serpientes deslizándose entre nuestras copas y rodeando nuestros pechos con inocentes pliegues, y, en nuestras casas, leones y osos abriendo ante nuestras manos bocas pacíficas y prodigando caricias á sus amos: vergüenza sería haber cambiado con los animales las costumbres. Crimen es da-

ñar la patria, por consecuencia también á un ciudadano, que es parte de la patria. Cuando el todo es sagrado, la parte tiene derecho al respeto; luego el hombre es sagrado, porque es tu conciudadano en la gran ciudad. ¿Qué sucedería si las manos quisiesen dañar á los pies y los ojos á las manos? Así como todos los miembros deben estar de acuerdo, porque á todos interesa la conservación de cada uno, así también los hombres deben socorrerse recíprocamente, porque han nacido para vivir en común: y no puede salvarse la sociedad sin el amor y mutuo apoyo de cada una de sus partes. No aplastaríamos ni á las víboras y serpientes de agua, funestas por sus golpes y mordeduras, si pudiésemos domesticarlas como á los otros animales, é impedirles que fuesen dañosas para nosotros y para los demás. Así también no castigaremos al hombre porque pecó, sino para que no peque más; y en sus penas, la ley no atiende á lo pasado, sino á lo porvenir; porque no se irrita sino que prevé. Si se hubiese de castigar toda índole depravada y dispuesta al mal, la pena no exceptuaría á nadie.

XXXII. «Pero la cólera encierra cierto placer, y es dulce devolver el mal.» De ninguna manera; porque si es bella cosa en los favores recompensar el bien con el bien, no lo es devolver injuria por injuria: en aquello es vergonzoso ser vencido; en esto, vencer. La venganza no es palabra humana (por lo que se la confunde con la justicia), y el talión solamente se diferencia de ella en que es ordenado. El que devuelve la injuria peca aunque con alguna excusa. Un hombre golpeó por equivocación en los baños públicos á M. Catón, á quien no conocía, ¿quién le hubiese ofendido conociéndole? y excusándose en seguida, dijo Catón: «No recuerdo haber recibido golpes.» Consideró mejor olvidar la injuria que castigarla. —¿No resultó algún mal, dices, de tanto exceso de insolencia?—Al contrario, mucho bien; aquel hombre aprendió á conocer á Catón. De grandes al-

mas es despreciar las injurias: la venganza más humillante para el agresor es no parecer digno de provocar venganza. Muchos, al pedir reparación por injurias pequeñas, no han hecho más que agravarlas: grande y generoso es aquel que, imitando á las fieras nobles, oye sin conmoverse los impotentes ladridos de los gosquecillos. —Se nos despreciará menos si nos vengamos, dices. —Si llegamos á la venganza como remedio, lleguemos á ella sin ira, y no porque la venganza sea dulce, sino porque sea útil. Pero frecuentemente mejor es disimular que vengarse.

XXXIII. Las injurias de los poderosos deben soportarse no solamente con paciencia, sino que también contrisueño rostro, porque humillarán de nuevo si se persuaden de que han humillado. Lo más repugnante en la insolencia de los afortunados es odiar á aquellos á quienes ofendieron. Conocidísima es la frase de aquel que había envejecido sirviendo á reyes, cuando le preguntaban cómo había llegado á cosa tan rara en la corte, á la vejez: «Recebiendo injurias, contesté, y dando las gracias.» Frecuentemente no es provechoso vengar las injurias, siéndolo por el contrario no reconocerlas. Disgustado C. César por la minuciosidad que afectaba en traje y peinado el hijo de Pastor, ilustre caballero romano, le hizo reducir á prisión; y rogándole el padre que perdonase á su hijo, cual si la súplica fuese sentencia de muerte, ordenó en el acto que le llevaran al suplicio. Mas para que no fuese todo inhumano en sus relaciones con el padre, le invitó á cenar aquella misma noche. Pastor acudió sin mostrar el menor disgusto en el semblante. Después de encargársele que le vigilaran, César le brindó con una copa grande, y el desgraciado la vació completamente, aunque haciéndolo como si bebiese la sangre de su hijo. Mandóle perfumes y coronas, con orden de observar si los aceptaba; los aceptó. El mismo día en que había enterrado al hijo, ó mejor dicho, que no pudo enterrarlo, él, centenario, estaba reclinado en el le-

cho en el banquete de César, y el anciano gotoso hacia libaciones que apenas se permitían el día del nacimiento de un hijo. Durante todo el tiempo no derramó ni una lágrima, ni señal alguna reveló su dolor. Cenó como si hubiese obtenido el perdón de su hijo. ¿Me preguntas por qué? Porque tenía otro. ¿Qué hizo Príamo? ¿no disimuló su ira y abrazó las rodillas del Rey? A sus labios llevó aquella mano funesta, teñida con la sangre de su hijo, y ocupó su lugar en el banquete, pero sin perfumes, sin coronas; su cruel enemigo le instaba, á fuerza de consuelos, á tomar algún alimento y á vaciar anchas copas bajo la vista de un vigilante escondido. Aquiles hubiese despreciado al padre troyano si hubiese temido por sí mismo, pero el amor paternal triunfó de la ira. Digno fué Príamo de que se le permitiese, al salir del festín, recoger los restos de su hijo. No permitió esto el joven tirano con su afable y benévolo aspecto; provocando al anciano con frecuentes brindis, le invitaba á desterrar sus penas, y éste, en recompensa, se mostraba regocijado é indiferente á lo que había pasado aquel día. El segundo hijo hubiese perecido, de no quedar el verdugo contento del convidado.

XXXIV. Necesario es abstenerse de la ira, sea contra el igual, sea contra el superior, sea contra el inferior. El resultado de la lucha con el igual es problemático; luchar con el superior es insensato, y vil con el inferior. Despreciable é infeliz es el que devuelve el mordisco: el ratón y la hormiga amenazan la mano que les coge; los seres débiles se creen ofendidos en cuanto se les toca. Nos calmará el recuerdo de los favores recibidos en otro tiempo de aquel contra quien nos irritamos, y el beneficio rescatará la ofensa. Recordemos también la reputación que nos formará nuestra fama de dulzura, y cuántos amigos útiles proporciona la clemencia. No tengamos ira contra los hijos de nuestros enemigos públicos y privados. Uno de los ejemplos de la crueldad de Sila fué haber expulsado de los

cargos públicos á los hijos de los proscritos. Nada más injusto que hacer pasar á los hijos el odio que se tuvo á los padres. Preguntémonos, cuando nos cueste trabajo perdonar, si nos convendría que fuesen todos inexorables con nosotros. ¡Cuántas veces implora perdón el que lo negó! ¡Cuántas veces cae á los pies del que rechazó con los suyos! ¿Qué hay más noble que trasformar la ira en amistad? ¿Qué aliados más fieles tuvo el pueblo romano que aquellos que por mucho tiempo fueron sus enemigos más encarnizados? ¿Qué sería hoy del Imperio si afortunada previsión no hubiese confundido vencidos y vencedores? ¿Se irrita alguno? atraele tú con beneficios. La lucha cesa en cuanto uno de los dos abandona el puesto: para combatir se necesitan dos. Si se traba pelea, mézclase la ira; triunfa aquel que retrocede primero; el vencedor es vencido. Te ha golpeado, retírate. Al devolverle los golpes, le proporcionarás ocasión de darte más y con excusa; ni podrás desembarazarte de él cuando quieras. ¿Quién querría herir con tal fuerza al enemigo que dejase la mano en la llaga sin poder retirarla? Arma de esta clase es la ira; difícilmente se retira.

XXXV. Elegimos armas convenientes, espada cómoda y fácil de manejar: ¿y no evitaremos las pasiones del alma, mucho más pesadas y que descargan golpes más furiosos é irrevocables? Aquella rapidez agrada en un caballo que se detiene á la voz, que no traspassa el término, que puede regirse á voluntad y reducirse de la carrera al paso. Sabemos que los nervios están enfermos cuando se agitan á pesar nuestro. Solamente los ancianos y los enfermos corren cuando quieren andar. Sanos y vigorosos son aquellos movimientos del alma que siguen nuestro impulso, no los arrastrados por el suyo. Nada, sin embargo, será tan útil como considerar primeramente la deformidad de la ira, y después sus peligros. Ninguna pasión tiene aspecto tan desordenado; afea los semblantes más bellos y descompone los rostros más tranquilos. El hombre irritado pierde toda

dignidad; si su toga está plegada, según la costumbre, la dejará arrastrar y olvidará todo cuidado de su persona; si el arte y la naturaleza han dispuesto sus cabellos de manera conveniente, con la ira se erizarán; hincharánse sus venas; oprimida respiración agita su pecho; los furiosos esfuerzos de su voz le dilatan el cuello; estremécense sus miembros, tiemblan sus manos y agítase todo su cuerpo. ¿Qué piensas del estado interior de un alma cuya representación exterior es tan repugnante? ¿Cuánto más terribles deben ser sus rasgos secretos, más ardiente su fermentación, y más vehementes sus arrebatos, fuego terrible que se devoraría á sí mismo si no estallase? Como los enemigos, como las bestias feroces corriendo á la matanza, ó por la matanza repugnantes, como los monstruos infernales que han imaginado los poetas, con su cinturón de serpientes y su aliento de fuego, las negras Furias del averno lanzándose para enardecer á los combatientes, para sembrar la discordia entre los pueblos y destruir la paz, así podemos representarnos la ira, centelleantes los ojos, aullando, silbando, rechinando y rugiendo, reproduciendo en el huracán de su voz los sonidos más siniestros, blandiendo puñales con ambas manos; porque no cuida de cubrirse; torva, ensangrentada, cubierta de cicatrices y lívida con sus propios golpes, con vacilante paso y la razón ofuscada bajo densas nubes, corre de un lado para otro; destruye y se encarniza en su víctima; encuéntrase abrumada con el odio de todos y principalmente con el suyo, y si no puede dañar de otra manera, invoca la destrucción de la tierra, de los mares y del cielo, maldiciendo á la vez que maldita:

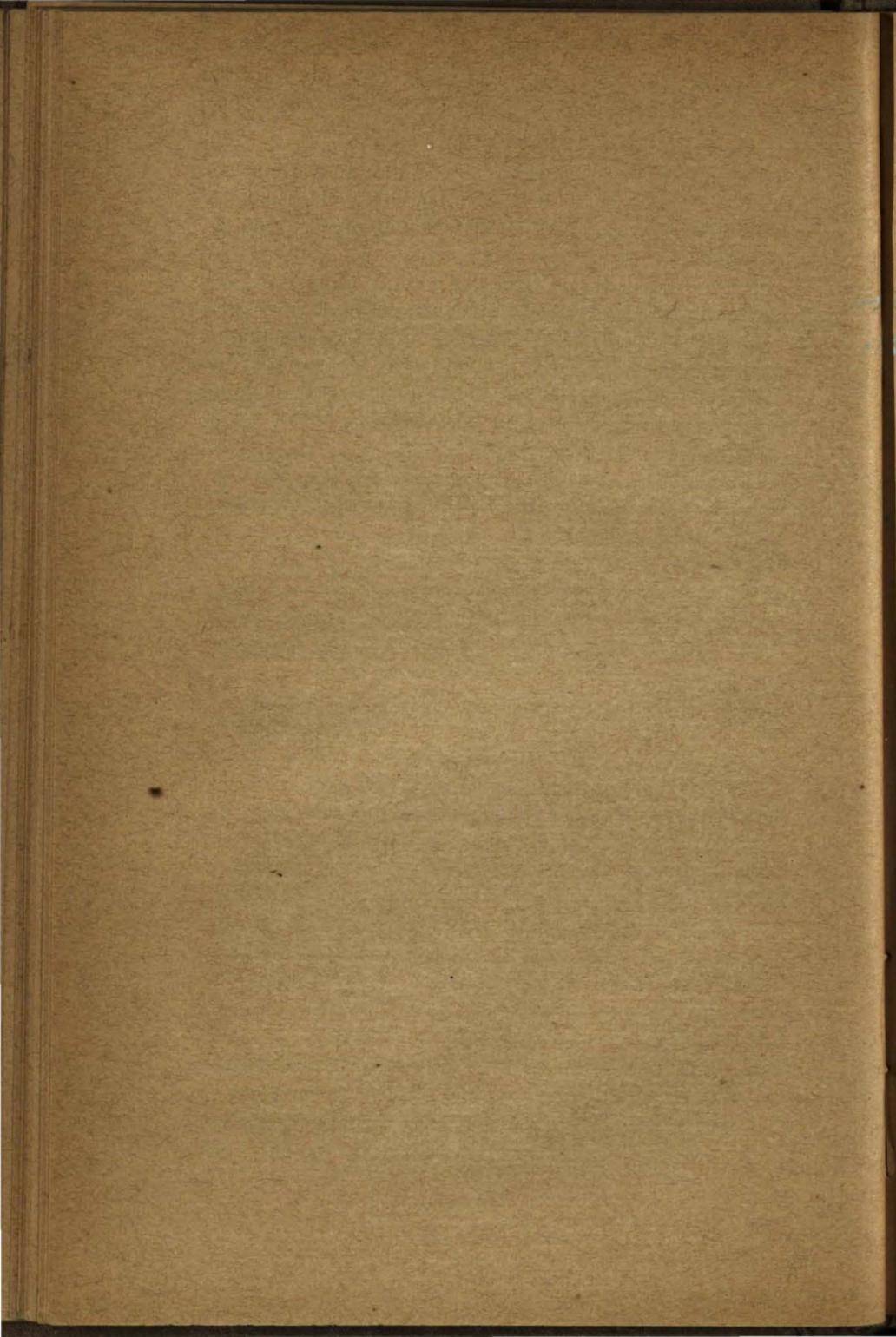
Sanguineum quatiens dextra Bellona flagellum,
Aut scissa gaudens vadit Discordia palla (1);

(1) Belona sacudiendo con la diestra el ensangrentado látigo, ó la Discordia que marcha contenta con su rasgado ropaje.

ó, si es posible, imagínense rasgos más espantosos para esta repugnante pasión.

XXXVI. Algunos hay, dice Sextio, á quienes aprovechó mirarse al espejo estando irritados: asustados por aquella transformación, creyeron tener delante una realidad, y no se reconocieron. ¡Y cuán lejos está aún esta imagen reflejada por el espejo de su verdadera deformidad! Si el alma pudiera mostrarse á los ojos y reflejarse en cualquier superficie, nos confundiríamos al verla lívida y manchada, espumosa, convulsa é hinchada. Si actualmente vemos aparecer su deformidad á través de los huesos, de las carnes y de multitud de obstáculos, ¿qué sería si la contemplásemos desnuda? «Crees que nadie ha desistido de la ira ante un espejo.» ¿Cómo no? correr al espejo para mirarse, es haber desistido ya. Nunca se encuentra más bella la ira que en su más espantosa fealdad, y tal como es quiere parecer. Pero mejor es considerar cuántas veces ha dañado por sí misma. Unos, en ciego arrebatado, se cortaron las venas; otros vomitaron sangre por haber esforzado los gritos, y refluyendo con violencia el humor á los ojos, oscureció su limpidez, y los enfermos experimentaron aumento de dolores: nada lleva con más rapidez á la locura. Así, pues, en muchos la demencia no fué otra cosa que continuación de la ira, y una vez perdida la razón no la recuperaron jamás. La demencia impulsó á Ajax á la muerte, y la ira á la demencia. Invocan la muerte sobre sus hijos, sobre ellos la indigencia, la ruina sobre su casa; y estos furiosos niegan su ira, como niegan su locura. Enemigos de sus mejores amigos, peligrosos para aquellos á quienes más quieren, no conociendo de la ley más que los castigos, girando al soplo más ligero, son inaccesibles á las palabras como á los favores. Su único guía es la violencia, y tan dispuestos están á clavaros la espada como á arrojarla sobre ella. Les domina el mayor de todos los males, superior á todos los vicios. Los otros penetran en

el alma poco á poco; éste la invade desde el primer momento y por completo; domina, en fin, todas las demás pasiones, y vence al amor más ardiente. Así es que hay amantes que traspasan el pecho de la amada y abrazan locos á su víctima. La avaricia, ese mal inveterado, ese mal tan rebelde, resulta vencido también por la ira; arrástrala á disipar sus riquezas y á entregar á las llamas su casa y sus amontonados tesoros. ¡Cómo! ¿no ha rechazado el ambicioso las insignias que en tanto estimaba y repudiado los honores que le ofrecían? No existe pasión alguna á la que no se sobreponga la ira.



LIBRO TERCERO.

I. Intentaremos hacer ahora, querido Novato, lo que más deseabas, es decir, arrancar la ira, ó al menos refrenarla y moderar sus ímpetus. Algunas veces es necesario atacarla de frente y al descubierto, cuando lo permite la debilidad del mal; otras por modo indirecto, cuando su excesivo ardimiento se exaspera y recrudece ante los obstáculos. Importa mucho saber si goza de grandes fuerzas y si está en su plenitud; si es necesario azotarla y rechazarla, ó ceder al primer ímpetu de la tempestad que arrastraría el dique con ella. Consultar debemos la índole de cada cual; porque algunos se dejan vencer por súplicas, otros contestan á la sumisión con insultos y violencias. Unos se calman ante el terror, otros con reconvenciones; aquéllos con una concesión, éstos con la vergüenza; algunos con el aplazamiento, remedio muy lento para mal tan activo, y al que no debemos resignarnos sino en último caso. Las otras pasiones admiten dilación y su curación puede diferirse; pero ésta, violenta, impetuosa y excitándose á sí misma, no crece insensiblemente, sino que nace completa. No emplea, como los otros vicios, la

seducción; arrastra y empuja al hombre fuera de sí, apasionado por el mal al mismo tiempo que lo sufre. Su furor no cae solamente sobre aquel á quien persigue, sino sobre todo lo que encuentra al paso. Los otros vicios impulsan al ánimo, la ira lo precipita; y aunque no sea posible resistir á sus impulsos, al menos las mismas pasiones pueden detenerse; ésta, parecida al rayo, á las tempestades y demás azotes, no puede detenerse, porque avanza cayendo, y la caída aumenta incesantemente sus fuerzas. Los otros vicios alteran la razón; éste la salud; los otros presentan agradable pendiente, que nos oculta sus progresos; la ira es el precipicio del alma. Nada nos persigue como esta pasión, aturdida en sus fuerzas, soberbia después del triunfo, loca después del engaño; el fracaso no la desalienta; si la fortuna le sustrae su adversario, revuelve contra sí misma su furiosa mordedura; no importa cuál sea su origen; nacida de poca cosa, desenuélvase de un modo inmenso.

II. Ninguna edad perdona; á ningún hombre exceptúa. Pueblos hay que, por su extremada pobreza, no conocen el lujo; otros que, gracias á su vida nómada y activa, se libran de la ociosidad; los que tienen costumbres campesinas y vida sencilla no conocen el amojonamiento de los campos, el fraude y los males que nacen del foro. Pero no hay pueblo al que no atormente la ira, tan poderosa entre los Griegos como entre los Bárbaros, tan funesta á los que temen la ley como á los que miden el derecho por la fuerza. Además, las otras pasiones corrompen á los individuos; ésta es la única que á las veces se apodera de toda una nación. Nunca ardió en amor un pueblo entero por una mujer; jamás una ciudad entera cifró su esperanza en el dinero y la ganancia; la ambición domina en pechos aislados; el orgullo no es enfermedad pública. Pero frecuentemente produce la ira levantamientos en masa. Hombres, mujeres, ancianos, niños, jefes y pueblos se encuentran

unánimes, y la multitud, agitada por algunas palabras, va más lejos que el agitador. Córrese en el acto al hierro y al fuego; declárase la guerra á los pueblos vecinos; se hace á los conciudadanos; quémanse casas con toda una familia; y el orador querido, colmado de honores en otro tiempo, cae bajo la ira del tumulto que ha producido; legiones vuelven sus armas contra su General; el pueblo entero se separa del Senado; el Senado, ese oráculo de los pueblos, sin esperar las elecciones, sin nombrar un General, improvisa los ministros de su ira, y persiguiendo en las casas nobles jóvenes, él mismo se hace ejecutor de suplicios. Ultrájase á los embajadores, con menosprecio del derecho de gentes, y rabia criminal enardece á la ciudad; no se da tiempo á la ira pública para que se calme, sino que en el acto se lanzan flotas al mar cargadas de soldados que se amontonan apresuradamente en ellas. Nada de formalidades, nada de auspicios: el pueblo se precipita sin otro guía que su ira, sin otras armas que las que le proporciona la casualidad y el pillaje, para expiar después con sangrienta derrota la temeraria audacia de su rabia.

III. Esto es lo que acontece á los Bárbaros que se lanzan ciegamente á la pelea. Cuando la injuria más ligera hiere á estos espíritus móviles, se irritan en seguida, y hacia donde la ira les impulsa caen sobre los pueblos como el huracán, sin orden, sin temor, sin previsión; ávidos de peligros, gloríanse de los golpes recibidos, de arrojar sobre las espadas, de chocar contra los dardos y de abrirse paso á pesar de las heridas. «Indudable es, dices, que la ira es una fuerza poderosa y destructora; muéstrame, pues, cómo debe curarse.» Sin embargo, como dije en libros anteriores, Aristóteles se muestra defensor de la ira, y nos prohíbe extirparla. Dice que ella es el aguijón de la virtud; arrancada, queda desarmada el alma, embotada é impotente para las cosas grandes. Necesario es, pues, presen-

larla en toda su deformidad, en toda su ferocidad, y hacer patente á los ojos qué clase de monstruo es el hombre enfurecido contra el hombre, con cuánta ceguedad se lanza tan funesto para sí mismo como para los demás, y sumergiendo aquello que no puede sumergirse sino con el mismo que lo sumerge. ¡Cómo! ¿podemos llamar sensato al que, arrebatado por un torbellino, antes es empujado que no caminante, se hace esclavo de furioso delirio, y temiendo encargar á otros su venganza, la realiza por sí mismo; es cruel á la vez con la mano y el corazón, verdugo de los que más quiere, de aquellos cuya pérdida ha de llorar muy pronto? ¿Quién querría dar por auxiliar y compañera á la virtud esta pasión que destruye todo consejo, sin el cual nada hace la virtud? Las fuerzas que la fiebre despierta en el enfermo son falaces y pasajeras, y solamente sirven para aumentar el mal. No debes creer que pierdo el tiempo en discusiones inútiles, cuando repruebo la ira como si las opiniones de los hombres estuviesen divididas acerca de ella; puesto que hay un filósofo, y de los más ilustres, que le señala sus funciones, considerándola como útil auxiliar del valor en los combates, de la actividad en los negocios y de todo lo que reclama cierta energía en la ejecución. Para que nadie se engañe suponiendo que puede servir en algún momento, en algún punto, necesario es presentar desnuda esta rabia, loca y desenfrenada; necesario es devolverle todo su aparato, sus potros, sus cuerdas, sus calabozos, sus cruces, las hogueras que enciende alrededor de los cuerpos enterrados vivos, los ganchos para arrastrar los cadáveres, las cadenas de toda forma, los suplicios de toda especie, látigos para desgarrar, estigmas candentes, jaulas de fieras. En medio de estos instrumentos coloca la ira, lanzando roncós y siniestros rugidos y más espantosa aún que todos los elementos de sus torturas.

IV. Aunque se dudase de sus otros caracteres, es muy

cierto que ninguna pasión tiene aspecto más horrible, como lo describimos en libros anteriores: áspero, acre; en tanto pálido por la repentina retirada de la sangre; en tanto rojo y como ensangrentado; acudiendo á la superficie todo calor y vida; hinchadas las venas; los ojos ora extraviados y convulsos, ora fijos y concentrados en una sola mirada. Añade á esto los dientes rechinando y buscando presa, no siendo otro su ruido que el que produce el jabalí al aguzarse los colmillos. Añade también los crujidos de las articulaciones cuando se retuerce las manos, las redobladas palpitations del corazón, la respiración anhelosa, los suspiros que brotan del fondo del pecho, la desordenada agitación del cuerpo; palabras entrecortadas, bruscas exclamaciones, los labios temblorosos y por momentos comprimidos, de los que brota como un silbido. A fe mía, que la fiera irritada por el hambre ó por el dardo que queda clavado en cuerpo, tiene aspecto menos repugnante hasta cuando, en su agonía, alcanza al cazador con el último mordisco, que el hombre ardiendo en ira. ¿Te agrada ahora escuchar sus vociferaciones, sus amenazas, los acentos del alma torturada por ella? ¿No querrá cada cual huir de esta pasión cuando sepa que comienza por su propio suplicio? ¿No quieres que amoneste á aquellos que desde la cumbre del poder ejercitan la ira, viendo en ella una prueba de fuerza, que cuentan entre los mayores bienes de gran fortuna tener la venganza á sus órdenes, diciéndoles que no puede llamarse poderoso, ni siquiera libre, al hombre deminado por la ira? ¿No quieres que se lo diga á fin de que todos sean más vigilantes y observadores de sí mismos, cuando si los otros vicios son propios de las almas perversas, la ira se desliza hasta en el corazón de hombres ilustrados y en los más puros, hasta el punto de que algunos filósofos pretenden que la ira es indicio de sencillez, creyéndose vulgarmente mejores á los que están sujetos á ella?

V. «Pero ¿á dónde, dirás, nos lleva todo esto?» A que nadie se crea seguro de este vicio, que lleva á la violencia y crueldad, hasta á los caracteres tranquilos y apáticos. De la misma manera que el vigor del cuerpo y las precauciones mejor observadas no preservan de la peste, que indistintamente ataca á los débiles y á los fuertes, así también han de temer la ira los caracteres activos, como los fríos y moderados, á los que prepara tanta más vergüenza y peligro cuanto más los modifica. Pero como nuestro primer deber es evitar la ira, el segundo reprimirla y el tercero curarla en los demás, diré ante todo qué debemos hacer para no caer en ella; en seguida, cómo nos libraremos de su dominio, y últimamente cómo contendremos, cómo calmaremos al iracundo, cómo le devolveremos la tranquilidad. Consequiremos no encolerizarnos si nos representamos más de una vez todos los vicios de la ira, si la apreciamos en su justo valor. Necesario es que la acusemos y condenemos; necesario es escudriñar todas sus deformidades y presentarlas á la luz, y para que aparezca tal como es, debemos compararla con las pasiones peores. La avaricia adquiere y amontona para que lo aproveche otra mejor que ella; la ira destruye, siendo muy pocos los que no han perdido algo por ella. Un amo violento obliga al esclavo á la fuga; otro á la muerte: ¿no pierde por la ira mucho más que vale lo que la provocó? La ira trae el luto á los padres, el divorcio á los esposos, el odio á los magistrados, á los candidatos el fracaso. Es mucho peor que la lujuria, porque ésta goza con sus propios placeres, aquélla con los sufrimientos ajenos. Sobrepuja á la envidia y á la malevolencia, porque ésta desea el mal, aquélla lo realiza; las primeras se complacen con las desgracias fortuitas, la segunda no espera los reveses de la fortuna; no se contenta con ver padecer al que odia, quiere hacerle sufrir por sí misma. Nada hay más triste que las enemistades; la ira las provoca. Nada hay más funesto que la guerra; la ira de

los grandes la origina; y hasta esas iras individuales y plebeyas no son otra cosa que guerras sin armas ni soldados. Además, aunque prescindamos de los daños que deben seguirla, de las asechanzas y perpetuas inquietudes que dan origen á mutuas luchas, la ira se castiga á sí misma al castigar, porque abdica la naturaleza humana. Esta nos invita al amor, aquélla al odio; la una ordena hacer el bien, la otra el mal. Añade que la ira, aunque pretenda proceder de muy alto y tenga cierto aspecto de grandeza, es sin embargo baja y pequeña; porque no hay nadie que no se crea superior á aquel por quien se cree despreciado. Pero el ánimo levantado que se aprecia en lo que vale, no venga la injuria porque no la siente. Así como las saetas rebotan sobre el cuerpo duro y los golpes descargados sobre masa sólida producen dolor en la mano que hiera, así también ninguna injuria causa impresión en el ánimo noble, sino que se rompe sobre aquello á que ataca. ¡Cuán hermoso es mostrarse impenetrable á todos los dardos, despreciando toda injuria, toda ofensa! Confesarla, es conceder que nos ha herido, y no es alma fuerte la que cede ante el ultraje. El que te ofende es más fuerte ó más débil que tú: si es más débil, perdónale; si es más fuerte, perdónate.

VI. No hay señal más cierta de verdadera grandeza que la imparcialidad ante todo lo que pueda acontecer. La región del universo más elevada y mejor ordenada, la vecina á los astros, no amontona nubes, no estalla en tempestades, no rueda en torbellinos; está libre de todo huracán, siendo más abajo donde se forma el rayo. De la misma manera, el ánimo levantado, sereno siempre, colocado en esfera tranquila, sofoca en él todos los gérmenes de la ira, siendo ejemplo de moderación, de orden y majestad: nada de esto encontrás en el iracundo. ¿Quién es el que entregado á su ofensa y furor no prescinde desde luego de todo comedimiento? ¿Quién en el impetu de su rabia y al

caer sobre alguno no abandona todo pudor? ¿Quién, una vez irritado, recuerda el número y orden de sus deberes? ¿Quién sabe moderar su lengua, contener alguna parte de su cuerpo y dirigirse una vez suelta la rienda? Mucho nos aprovechará aquel saludable precepto de Demócrito: «Nos aseguraremos la tranquilidad si no emprendemos en particular ni en público negocios múltiples ó superiores á nuestras fuerzas.» El que reparte el día entre multitud de ocupaciones, nunca lo pasará tan felizmente que no encuentre una ofensa por parte de los hombres ó de las cosas y que no le impulse á la ira. El que circula por los barrios más populosos de la ciudad, necesariamente habrá de chocar con muchas personas, siendo arrojado al suelo aquí, detenido allá, salpicado de barro más lejos; y así también en la móvil actividad de agitada vida, encuéntranse muchos obstáculos y muchos contratiempos. Uno defrauda nuestras esperanzas, otro las aplaza, el tercero interrumpe sus frutos; los proyectos no siguen la dirección que se les da, porque á nadie le es tan favorable la fortuna que le complazca en todo lo que intenta. Síguese de esto que el que fracasa en alguna empresa, se impacienta contra los hombres y las cosas; por ligeras causas se irrita con las personas, con los negocios, acusa á los lugares, á la fortuna y á sí mismo. Así, pues, para que el alma esté tranquila, necesario es no agitarla ni fatigarla, lo repito, en el desempeño de múltiples negocios, importunos y superiores á nuestras fuerzas. Fácil es llevar al hombro carga ligera, y pasarla sin peligro de uno á otro; pero nos cuesta mucho trabajo soportar la que nos imponen manos extrañas: agobiados en seguida, la echamos sobre el primero que llega, y mientras permanecemos bajo la carga, su peso nos hace vacilar.

VII. Conviene que sepas que lo mismo sucede en los negocios civiles y domésticos. Los sencillos y expeditos marchan por sí mismos; los graves y superiores á nuestro

alcance no se dejan alcanzar fácilmente; y si se llega á ellos, sobrecargan y arrastran al que los maneja, que creyendo haberles dominado, cae bajo ellos. Muchas veces se agota de esta manera la energía, cuando en vez de emprender cosas fáciles, se quiere encontrar fácil lo que se ha emprendido. Siempre que intentes algo, examina tus fuerzas, la naturaleza de tu proyecto y la de tus medios, porque el disgusto del fracaso te producirá despecho. El espíritu ardiente y el frío y sin elevación se diferencian en que el fracaso despierta la ira en el altivo, y la tristeza en el blando é inerte. Deben, pues, ser nuestras acciones ni mezquinas, ni temerarias, ni culpables; que nuestras esperanzas no vayan más allá de nuestro alcance: nada intentemos que, hasta después del triunfo, pueda asombrarnos haberlo conseguido.

VIII. Cuidemos mucho de no exponernos á una injuria que no podríamos soportar. Rodeémonos de personas amables y complacientes, y todo lo menos posible de ásperos y morosos. Adquiérense las costumbres de los que con frecuencia se trata, y así como se transmiten por el contacto ciertas enfermedades del cuerpo, así también el alma comunica sus pasiones á los que están próximos. El beodo arrastra á sus comensales al amor del vino; la compañía de los libertinos blanda al fuerte y, si puede, al héroe; la avaricia infecta con su veneno á los que se le acercan. Por razón contraria, igual es la acción de las virtudes; dulcifican todo lo que tocan, y favorable clima, saludable aire no hicieron jamás tanto por la salud como el comercio con amigos mejores hizo por un alma vacilante. Comprenderás cuánto puede esta influencia si observas que las mismas fieras se domestican viviendo en nuestra compañía, y que el monstruo más agreste pierde todo su cruel instinto si por largo tiempo habita bajo el techo del hombre. Las asperezas se embotan y desaparecen poco á poco al rozamiento de las almas tranquilas. Además, no solo el ejemplo mejora

al que vive entre los varones pacíficos, sino que no encuentra ocasión ninguna de ira, y no cede á su viciosa inclinación. Así, pues, deberá huir de todos aquellos que saben de irritar su irascibilidad. «Pero ¿quiénes son? preguntan.» En todas partes se encuentran, y por causas distintas producen igual efecto. El orgulloso te ofenderá con sus desprecios, el rico con sus altiveces, el impertinente con sus injurias, el envidioso con su malignidad, el disputador con sus contradicciones, el vanidoso con sus mentiras é hinchazón. No podrás soportar que te tema el suspicaz, que te venza el obstinado, que te deprima el fatuo. Elige personas sencillas, afables, morigeradas, que no irriten tu ira y la soporten; y mejor aún debes preferir indoles flexibles, humanitarias y suaves que no lleguen, sin embargo, á la adulación; porque la ira se ofende con excesivas lisonjas. Nuestro amigo era ciertamente varón bueno, pero demasiado propenso á la ira, recibiendo tan mal la adulación como la ofensa. Sabido es que el orador Celio era muy irascible. Dícese que una noche cenaba con un cliente suyo, hombre de rara paciencia; pero era muy difícil á éste, estando solo con el orador, evitar una discusión con él. Consideró, por tanto, que lo mejor sería aplaudir cuanto dijese, y desempeñar el papel de lisonjero. No pudiendo Celio soportar la aprobación, exclamó: «Hazme la contra, para que seamos dos.» Pero aquel hombre que se encolerizaba porque no se irritaba el otro, se calmó en seguida careciendo de adversario. Si, pues, tenemos conciencia de nuestra irascibilidad, elijamos con preferencia amigos que se acomoden con nuestro carácter y conversación: verdad es que nos harán susceptibles, que nos harán adquirir la mala costumbre de no escuchar nada que contrarie nuestros caprichos, pero en cambio gozaremos la ventaja de otorgar á la pasión aplazamientos y descanso. El más áspero é indomitable se dejará acariciar, y nada es rudo é intratable para la mano ligera. Cuantas veces se prolonga y agría

una discusión, es necesario cortarla antes de que llegue á ser violenta. La disputa se alimenta de sí misma; una vez lanzada, nos empuja hacia adelante. Mas fácil es abstenerse de combatir que separarse de la lucha.

IX. El iracundo debe abstenerse también de estudios demasiado serios, ó al menos no entregarse á ellos hasta la fatiga; no repartir el espíritu entre muchas cosas, sino dedicarle á las artes amenas. Deléitese con los versos y los fabulosos relatos de la historia; trátese con dulzura y cuidados. Pitágoras calmaba á los acordes de la lira las turbulencias de su alma. Nadie, por el contrario, ignora que el clarín y la trompeta excitan, mientras que ciertos cánticos llevan tranquilidad al espíritu. El color verde conviene á los ojos débiles, y existen matices que dan descanso á la vista fatigada, en tanto que otros deslumbran con su brillo; así también los estudios agradables deleitan la mente enferma. Evitemos el foro, los pleitos, los tribunales y todo lo que puede enconar nuestro mal; huyamos también de la fatiga corporal, porque destruye todo lo que en nosotros hay de tranquilo y quieto, sublevando los humores acres. Así, pues, aquellos que no tienen seguridad de su estómago, antes de tratar algún negocio importante, templen con algún alimento su bilis, que el cansancio hace fermentar en seguida, sea porque la dieta reconcentre el calor, altere la sangre y detenga su curso en las venas debilitadas, sea porque la extenuación y debilidad del cuerpo embote el ánimo. Sin duda por esta razón los muy trabajados por los años ó las enfermedades son más irascibles. Por las mismas causas conviene evitar el hambre y la sed, que exasperan y enardecen los ánimos.

X. Viejo es el refrán «el cansado busca pendencia;» y puede aplicarse á todos los que se encuentran atormentados por el hambre, la sed ó cualquier otro padecimiento. Porque así como se experimenta dolor al contacto más leve de la llaga, y hasta á la idea sola del con-

tacto, así también se ofende de las cosas más pequeñas el espíritu enfermo: un saludo, una carta, una pregunta, llega á ser algunas veces motivo de porfía. No se toca una herida sin producir gemidos. Lo más conveniente es curarse desde los primeros síntomas del mal; para esto es necesario dejar á nuestras palabras la menor libertad posible, y contener los impetus. Fácil es sin duda dominar la pasión en el momento en que nace: la enfermedad tiene señales precursoras. Así como existen presagios que anuncian de antemano la tempestad y la lluvia, existen también ciertas señales para la ira, el amor y todas esas tempestades que agitan el alma. Los que padecen accesos de epilepsia presienten la proximidad del mal cuando el calor abandona las extremidades, cuando se extravía la vista, cuando se contraen los nervios, cuando se turba la memoria, cuando gira la cabeza. Así es que atacan al mal en su origen por medio de los preservativos ordinarios; oponen perfumes y medicinas á la misteriosa causa que les impulsa al vértigo; combaten con fomentos el frío y la rigidez; ó bien, si la medicina es impotente, evitan la multitud y caen sin testigos. Conveniente es conocer la enfermedad que se padece y sofocarla antes de que se desarrolle su fuerza: investiguemos cuáles sean las causas que nos irritan más. Aquél se irrita por una palabra ultrajante, el otro por una acción; uno quiere que se respete su nobleza, otro su hermosura; éste desea pasar por elegante, aquél por sabio; uno se subleva contra el orgullo, otro contra la resistencia; quién no cree digno de su ira al esclavo, quién cruel en su casa, es sumamente afable fuera de ella; solicitar, lo considera uno envidia; no solicitar, lo considera otro desprecio. No son todos vulnerables por el mismo lado.

XI. Conveniente es, pues, que conozcas tu punto débil para protegerlo más que los otros. No es bueno verlo todo, oirlo todo; que pasen inadvertidas muchas injurias:

ignorarlas equivale á no recibirlas. ¿No quieres ser iracundo? no seas curioso. El que averigua todo lo que se dice de él, el que va á desenterrar las palabras malévolas, hasta las más secretas, se persigue á sí mismo. Frecuentemente lleva la interpretación á ver injurias imaginarias. Cosas hay que conviene aplazar, otras que deben despreciarse, y muchas que hay que perdonar. Por todos los medios debe restringirse la ira, y las más veces pueden convertirse las cosas en risa y broma. Refiérese de Sócrates que habiendo recibido un bofetón se limitó á decir: «Que era cosa molesta ignorar cuándo debía salirse con casco.» No importa cómo se ha hecho la injuria, lo importante es la manera con que se ha recibido. Ahora bien; no veo por qué ha de ser difícil la moderación cuando veo tiranos envanecidos con su fortuna y su poder, reprimir su violencia habitual. He aquí lo que se refiere de Pisistrato, tirano de Atenas: Un comensal suyo, dominado por la embriaguez, prorrumpió en denuestos contra su crueldad; no carecía el tirano de amigos complacientes dispuestos á ayudarle, y quiénes por un lado, quiénes por otro, le excitaban á la venganza; pero él, soportando la injuria con tranquilidad, contestó á los provocadores: «Que no estaba más conmovido que si alguien hubiese tropezado con él llevando los ojos vendados.» La mayor parte se forman por sí mismos ofensas, por falsas sospechas ó exagerando cosas leves.

XII. Algunas veces nos asalta la ira; con más frecuencia salimos nosotros á su encuentro; pero lejos de provocarla nunca, debemos rechazarla cuando se presenta. Nadie se dice: Esto por que me irrito lo he hecho ó he podido hacerlo. Nadie juzga la intención, sino el acto solo, y, sin embargo, es necesario tenerla en cuenta y apreciar si ha mediado voluntariedad ó accidente, coacción ó error, odio ó interés: ¿siguieron el propio impulso ó ayudaron la pasión de otro? Debe tenerse consideración á la edad y posi-

ción del delincuente, con objeto de aprender á tolerar por humanidad y á sufrir por humildad. Pongámonos en el lugar de aquel contra quien nos irritamos; algunas veces nos hace iracundos falsa apreciación de nosotros mismos, y no podemos soportar lo que quisiéramos hacer. Nadie quiere imponerse aplazamientos; y, sin embargo, el remedio más eficaz de la ira es el tiempo, que enfría su primer ardor y disipa ó al menos esclarece la nube que oscurece el ánimo. No diré que basta un día, sino una hora, para dulcificar esos arrebatos que arrastran, ó para dominarlos por completo. Si nada se consigue con el aplazamiento, al menos se aprenderá á ceder á la reflexión y no á la ira. Deja al tiempo todo aquello que quieras apreciar bien, porque nada se ve con claridad en la primera agitación. Irritado Platón contra su esclavo, no puede aplazar la ira; mándale despojarse en el acto de la túnica y presentar la espalda á las varas, disponiéndose á golpearle con su propia mano. Observando, sin embargo, que estaba encolezado, permanecía con el brazo alzado en la actitud del que va á descargar el golpe. Un amigo que casualmente llegó, le preguntó qué hacía. «Castigo, contestó, á un hombre iracundo.» Como estupefacto, permanecía en la actitud del hombre que va á castigar, actitud tan impropia del sabio, habiendo olvidado ya al esclavo porque había encontrado otro á quien debía castigar antes. Renunció, pues, á sus derechos de amo, y sintiéndose muy conmovido por falta tan ligera: «Ruégote, oh Speusippo, dijo, que castigues á ese mal esclavo, porque yo estoy encolezado,» absteniéndose de azotar por la razón misma que otro hubiese azotado. «Estoy irritado, dijo; haría más de lo necesario, lo haría con pasión: que este esclavo no caiga bajo las manos de un amo que no es dueño de sí mismo.» ¿Quién querría confiar su venganza á la ira cuando Platón se prohíbe este derecho? No te permitas nada mientras estés irritado: ¿por qué? porque querrias

permitírtelo todo. Combate contigo mismo. Si no puedes vencer la ira, ella comienza á vencerte. Si permanece encerrada, si no se le da salida, deben ocultarse todas sus señales, y mantenerla, en cuanto-sea posible, oculta y secreta.

XIII. Grandes esfuerzos nos costara esto. La ira pugna por brotar al exterior, inflamar los ojos y trastornar el semblante, haciéndose superior á nosotros desde el momento en que se la permite salir de nuestro interior. Sepúltesela en las profundidades del pecho; dominesela y no domine, ó, mejor aún, inclinemos en sentido contrario todas sus señales exteriores. Que se dulcifique nuestro rostro, suavícese la voz y sea tranquilo nuestro paso; el interior se conformará poco á poco con el exterior. En Sócrates era señal de ira bajar la voz, encontrarse sobrio de palabras: conocíase entonces que se violentaba. Sus familiares lo conocían y se lo reprendían, no ofendiéndole aquellas censuras por una ira que estaba oculta. ¿No debía alegrarse de que todos conociesen una pasión, sin que nadie experimentase sus efectos? y los hubiesen experimentado de no conceder á sus amigos el derecho de censura que él tomaba sobre ellos. ¿No debemos hacer nosotros lo mismo con mayor razón? Roguemos á nuestros mejores amigos que usen de toda libertad, especialmente cuando menos dispuestos estamos á soportarla; que no tengan tolerancias con nuestra ira, y contra un mal poderoso que tiene siempre deleite para nosotros, invoquemos su auxilio mientras vemos aún y somos dueños de nosotros mismos.

XIV. Los que llevan mal el vino y temen las imprudencias y arrebatos de la embriaguez, encargan á sus criados que los retiren del banquete; los que han padecido por su intemperancia en las enfermedades, prohíben que se les obedezca cuando tienen alterada la salud. Lo mejor es oponer de antemano obstáculos á los vicios conocidos, y,

ante todo, disponer el ánimo de manera que, hasta en las conmociones más repentinas y violentas, no experimente ira, ó que si recibe de improviso grave injuria, encierre en lo más profundo la pasión sublevada y la impida estallar. Verás que puede hacerse esto, si, entre considerable número de ejemplos, te cito alguno que te servirá para aprender dos cosas: primera, cuántos males encierra la ira cuando tiene por instrumento toda la fuerza de un poder ilimitado; segunda, cuánto puede dominarse cuando la comprime temor mayor. El rey Cambises era muy aficionado al vino: uno de sus favoritos, Prœxapes, le aconsejaba beber con moderación, haciéndole ver que la embriaguez era vergonzosa en un rey, que atraía la atención de todos los ojos y oídos. A esto contestó: «Para convencerte de que nunca pierdo la razón, y de que, hasta después de beber, mis ojos y mis manos desempeñan bien sus funciones, voy á darte una prueba.» En seguida bebió más copiosamente y en copas más grandes que de ordinario; y cuando se encontraba ya repleto y vacilante, mandó al hijo de su censor que se colocase en la puerta de la sala, de pie y con la mano izquierda sobre la cabeza. En seguida preparó el arco y atravesó (como había anunciado de antemano) el pecho del joven; abriéndole después el pecho, mostró el dardo clavado en medio del corazón, y mirando al padre: «¿He tenido nunca más segura la mano?» preguntó. Este aseguró que Apolo no hubiese apuntado mejor. ¡Maldigan los Dioses á aquel hombre, más esclavo por el alma que por la condición! Alabó lo que ya era demasiado haber presenciado: encontró ocasión de adulaciones en aquel pecho partido de un hijo, en aquel corazón palpitando bajo el hierro. Debía haberle disputado la gloria y comenzado de nuevo la prueba, para que el Rey hubiese podido mostrar mano más segura aún sobre el padre. ¡Oh, Rey cruel, verdaderamente digno de que las flechas de todos sus súbditos se tornasen contra él! Pero

excusando al que terminaba sus orgías con suplicios y asesinatos, convengamos en que mayor crimen fué alabar aquel dardo que lanzarlo. No investigaremos cuál debió ser la conducta del padre ante el cadáver del hijo, en presencia de aquel asesinato del que fué testigo y causa: demostrado queda lo que tratamos ahora, esto es, que puede sofocarse la ira. Aquel padre no profirió ni una injuria contra el Rey, ni una palabra de las que arranca la desgracia, cuando tenía el corazón traspasado por la misma flecha que el de su hijo. Podrá sostenerse que tuvo razón para devorar sus palabras; porque de decir algo como hombre ultrajado, nada hubiera podido hacer después como padre. Podrá parecer, repito, que obró con más prudencia en este caso que cuando hablaba en contra de la embriaguez; porque mejor era dejar beber á aquel Rey vino que sangre: mientras tenía en la mano la copa daba tregua al crimen. Así es que Proesapes aumentará el número de aquellos que atestiguan con terribles desgracias cuánto cuestan los buenos consejos á los amigos de los reyes.

XV. No dudo que tal sería el consejo que dió Harpago á su señor y rey de los Persas. Ofendido éste, le hizo servir á la mesa la carne de sus hijos, preguntándole más de una vez si le agradaba el condimento. Después, cuando le vió saciado de aquella vianda de dolor, hizo presentarle las cabezas, y le preguntó si estaba contento del agasajo. El desgraciado no perdió la palabra, no cerró la boca: «En la mesa de un rey, dijo, todo manjar es agradable.» ¿Qué ganó con esta adulación? Que no le invitase á comer los restos. No niego á un padre que condene la acción de su rey, no le niego que busque la venganza que merece tan atroz monstruosidad; pero entre tanto deduzco que puede dominarse una ira que nace de espantosa desgracia y obligarla á tener lenguaje contrario á su naturaleza. Si es necesario dominar el resentimiento, lo es es-

pecialmente á los cortesanos y á aquellos que se sientan á la mesa de los reyes. Así es como se come con ellos, así es como se bebe, así es como se responde: necesario es reir en los propios funerales. ¿Debe pagarse tan cara la vida? Lo veremos; esta es otra cuestión. No llevaremos consuelos á calabozo tan triste: no les exhortaremos á soportar los mandatos de sus verdugos: mostraremosles, en toda servidumbre, un camino abierto á la libertad. Si el alma está enferma y padece por sus propios vicios, por sí misma puede terminar sus miserias. Diré al que cae en manos de un tirano, cuyas saetas apuntan al corazón de sus amigos; á aquel, cuyo señor alimenta á los padres con las entrañas de sus hijos: ¿por qué gimes, insensato, por qué esperas á que un enemigo acuda á vengarte con la ruina de tu país, ó á que llegue poderoso rey de lejanas comarcas? A cualquier parte que mires encontrarás fin á tus males. ¿Ves aquel precipicio? por allí se baja á la libertad. ¿Ves esa mar, ese río, ese pozo? en el fondo de sus aguas tiene asiento la libertad. ¿Ves aquel árbol pequeño, retorcido, siniestro? en él está suspendida la libertad. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? salidas son para huir de la esclavitud. Pero te mostramos caminos demasiado penosos, y que exigen mucho valor y fuerza. ¿Buscas fácil vía á la libertad? en cada vena de tu cuerpo la tienes.

XVI. Aunque no encontramos nada tan intolerable que nos haga repudiar la existencia, en cualquier estado en que nos encontremos, rechazemos la ira. Perniciosa es para los que obedecen, porque la indignación aumenta los tormentos, y los mandatos son tanto más pesados, cuanto con mayor impaciencia se les soporta. Así es que la fiera que lucha, aprieta el lazo; el pájaro que se remueve y agita, se extiende el visco por las plumas. No hay yugo tan estrecho que no hiera menos al que lo arrastra que al que lo rechaza. El único alivio para los grandes males, es la

paciencia y sumisión á las necesidades. Pero si es útil á los que obedecen contener sus pasiones, y especialmente esta tan furiosa y desenfadada, más útil es todavía á los reyes. Todo está perdido cuando la fortuna permite realizar lo que aconseja la ira; y el poder que se ejerce en detrimento de considerable número, no puede durar mucho, y peligra en cuanto el terror común reúne á aquellos que separadamente sufrían. Muchos tiranos han perecido, ora á manos de un hombre solo, ora á las de un pueblo entero, al que el dolor público obligaba á hacerse un arma de todas las iras. ¡Y cuántos, sin embargo, han usado la ira, como privilegio de su poder! Testigo es Darío, que una vez derribado Mago, fué el primer llamado al trono de Persia y de mucha parte del Oriente. Como hubiese declarado la guerra á los Scitas, que le estrechaban por el lado oriental, el noble anciano Oebazo le suplicó le dejase uno de sus tres hijos para consuelo de su paternidad, y se quedase con los otros dos á su servicio. Prometiendo el Rey más de lo que se le pedía, contestó que se los enviaría, y haciéndoles matar delante de su padre, se los entregó: ¡muy cruel habría sido si se los hubiese llevado!

XVII. ¿Fué más clemente Xerxes? Pythio, padre de cinco hijos, le pidió la exención de uno de ellos, y le permitió elegir el que quisiese; después hizo partir por medio al elegido, colocando cada mitad en un lado del camino, siendo esta la víctima lustral del ejército. Por esto tuvo la suerte que merecía: vencido y agobiado por todos lados, vió desaparecer los restos de su poder, y volvió por en medio de los cadáveres de los suyos. Esta ferocidad en la ira es propia de los reyes bárbaros, en quienes no ha penetrado instrucción ni cultura literaria. Pero te presentaré, saliendo de las manos de Aristóteles, á Alejandro, que mata con su propio mano, en medio del festín, á su querido Clito, compañero suyo de la infancia, que se mostraba poco dispuesto á adularle y á pasar de la liber-

tad macedoniana á la esclavitud persa. Lysimaco, que le era igualmente querido, fué expuesto á la ferocidad de un león. ¿Y acaso este Lysimaco, que por tan rara fortuna escapó de las mandíbulas del león, fué más benigno cuando llegó á reinar? Mutiló á su amigo Telesforo de Rodas, haciéndole cortar la nariz y las orejas, guardándole por mucho tiempo en una jaula como á animal nuevo y extraordinario: aquel rostro destruido, deforme, nada tenía del aspecto humano. Añade á esto los tormentos del hambre y la repugnante suciedad de aquel cuerpo, que se arrastraba sobre su propio excremento, con las rodillas y las callosas manos que lo estrecho de la prisión convertía en pies; los costados llenos de llagas por el roce; espectáculo espantoso y terrible á la vista. El suplicio había hecho de aquel hombre un monstruo que repelía hasta la compasión; sin embargo, por desemejante que fuese del hombre el que tales penas padecía, más desemejante aún era el que las mandaba.

XVIII. ¡Ojalá que tales ejemplos solamente se encontrasen entre extranjeros, y que su crueldad no hubiese trascendido á las costumbres romanas, con la barbarie de los suplicios y de las venganzas! A M. Mario, á quien el pueblo había alzado en todas las encrucijadas estatuas á las que se dirigían plegarias con libaciones é incienso, L. Sila mandó romperle las piernas, sacarle los ojos, cortarle las manos, y, como si hubiese de sufrir tantas muertes como heridas, fué desgarrado lentamente por todas las articulaciones. ¿Quién era el ejecutor de estas órdenes? ¿quién sino Catilina, que ejercitaba ya la mano en todos los crímenes? Este mismo despedazaba á Mario ante la tumba de Q. Catulo, ultrajando así en sus cenizas al hombre más afable, y sobre aquellas cenizas cayó gota á gota la sangre de un hombre de funesto ejemplo, pero popular, y que antes fué demasiado querido que indigno de serlo. Sin duda merecía Mario aquel suplicio, Sila mandarlo y

Catilina ejecutarlo; pero la República no merecía que le clavasen la espada en el pecho sus enemigos y sus vengadores á la vez. Mas ¿por qué buscar ejemplos antiguos? En otro tiempo mando C. César, en el mismo día, azotar á Sexto Papino, hijo de varón consular, á Betilieno Basso, cuestor suyo é hijo de su intendente, y á otros muchos, caballeros romanos ó senadores, sometiéndoles después á la tortura, no para interrogarles, sino para divertirse. En seguida, impaciente por todo lo que aplazaba sus placeres, que las exigencias de su crueldad pedían sin tregua, paseando entre las alamedas del jardín de su madre, que se extiende entre el pórtico y la ribera, hizo llevar algunas víctimas de aquellas con matronas y otros senadores, para decapitarles á la luz de las antorchas. ¿Quién le instaba? ¿de qué peligro público ó privado le amenazaba una sola noche? ¿qué le importaba, en fin, esperar la luz para no matar con sandalias á los senadores del pueblo romano?

XIX. Conveniente es á nuestro propósito dar á conocer cuánta fué la insolencia de su crueldad, aunque parezca tal vez que nos extraviamos y separamos en digresiones; pero estas locuras de la soberbia dependen de la ira cuando se desencadena desenfrenadamente. Al verle entregar al látigo los senadores, podía decirse con él: Suele hacerse: habia agotado para los suplicios todos los tremendos recursos de la tortura, cuerdas, borceguíes, fuego, su propia cara. Y en este punto se me contestará: ¿Qué cosa tan grande hacer pasar bajo el látigo y entre las llamas, como malvados esclavos, á tres senadores, cuando meditaba degollar á todo el Senado, cuando deseaba que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza, para poder consumir en un solo día y de un solo golpe todos los crímenes que habia multiplicado en tantas veces y en tantos parajes! ¿Qué cosa más inaudita que un suplicio nocturno? el ladrón se oculta en las tinieblas para cometer su delito; pero el castigo legal, cuanto más público sea, mejor sirve para ejem-

plo y represión. También se me contestará aquí: Esos excesos que tanto te sorprenden son la ocupación diaria de ese monstruo: para eso vive, para eso despierta, para eso medita durante la noche. Verdad es que no se encontrará ningún otro que haga tapar con una esponja la boca de aquellos á quienes hacía ejecutar, para que no pudiesen emitir la voz. ¿A quién se prohibió gemir al acercarse á la muerte? Temía sin duda que los supremos dolores arrancasen alguna palabra demasiado libre; temía escuchar lo que no quería; no ignoraba que existían muchas cosas que solamente un moribundo se hubiese atrevido á censurarle. Cuando no se encontraba esponja, mandaba rasgar las ropas de aquellos desgraciados y taparles la boca con los jirones. ¿A qué este refinamiento de crueldad? que al menos sea permitido lanzar el último suspiro; da salida al alma; que pueda escapar por otro camino que las heridas.

XX. Demasiado largo sería añadir que aquella misma noche fueron muertos los padres de las víctimas por mano de centuriones mandados á las casas: indudablemente aquel hombre tan compasivo quería librarles del dolor. Pero no me he propuesto descubrir la crueldad de Cayo, sino los males de la ira, que no se desencadena solamente contra los individuos, sino que desgarrá naciones enteras y cae sobre las ciudades, los ríos, y los objetos destituidos de todo sentimiento de dolor. Así, pues, un rey de Persia hace cortar la nariz á todo un pueblo de la Siria; de aquí el nombre de *Rhinocoltura* que se dió á aquella comarca. ¿Crees que fué indulgente por no haber cortado otras tantas cabezas? deleitóse con nuevo género de suplicio. Cosa parecida amenazaba á los Etiopes, por cuya longevidad se les llamó Macrobios. Porque no presentaron humildemente la cerviz á la esclavitud; porque contestaron á sus legados con libertad que los reyes llaman insolencia, Cambises avanzaba enfurecido contra ellos; pero sin provisiones, sin haber hecho reconocer los caminos, arrastraba consigo, por

ásperas soledades, todo el material de guerra: desde la primera jornada careció de lo necesario, sin encontrar recurso alguno en aquella región estéril, inculta y jamás hollada por la humana planta: primeramente combatieron el hambre con las hojas tiernas y retoños de los árboles; en seguida con cuero blandeado al fuego y todo aquello que la necesidad convertía en alimento; más adelante, cuando en medio de las arenas faltaban también las hierbas y raíces y se descubrió inmensa soledad desprovista hasta de animales, los soldados se diezmaron para obtener alimentación más horrible que el hambre. La ira, sin embargo, impulsaba hacia adelante al Rey, hasta que, perdida una parte del ejército, comida otra, temió se le llamase también al sorteo: entonces dió al fin la señal de retirada. Durante este tiempo reservaban para él aves delicadas, y camellos llevaban todo el material de sus cocinas, mientras los soldados preguntaban á la suerte quién había de morir miserablemente y quién había de vivir peor aún.

XXI. Cambises se irritó contra un pueblo desconocido é inocente, pero digno; Ciro, contra un río. Cuando corría apresuradamente al cerco de Babilonia, porque en la guerra la oportunidad da el triunfo, quiso vadear el Gynden, desbordado entonces, cosa peligrosa hasta cuando el río, merced á los ardores del verano, se encuentra en su nivel más bajo. Arrastrado por la corriente uno de los blancos caballos que tiraban de la carroza real, indignóse profundamente Ciro, y juró que aquel río que arrastraba sus caballos quedaría reducido al punto de que las mujeres pudiesen atravesarlo y pasear en él. Trajo á aquel punto, en efecto, todo su material de guerra y puso á la obra á sus soldados, hasta que cada orilla quedó cortada por ciento ochenta canales, y desparramadas las aguas se dividieron por trescientos sesenta arroyos, dejando en seco el lecho del río. Perdió, pues, el tiempo, cosa muy grave en las grandes empresas; el ardor de los soldados, agotado con

inútiles trabajos, y la ocasión de sorprender á gente desprevenida, mientras hacía al río la guerra declarada al enemigo.

XXII. Esta locura (¿cómo llamarla de otra manera?) se apoderó también de los Romanos. C. César destruyó cerca de Herculano una quinta bellissima porque su madre estuvo presa en ella algún tiempo, eternizando por este medio aquel suceso; porque, mientras estuvo en pie, se pasaba junto á ella, y ahora se pregunta la causa de su ruina. Necesario es meditar en estos ejemplos para huir de ellos; y, por el contrario, deben seguirse los de templanza y moderación que dieron aquellos que no carecieron de motivos de ira ni de medios para vengarse. ¿Qué había, en efecto, más fácil para Antígono que mandar al suplicio dos soldados que, apoyados en la tienda real, hacían lo que los hombres hacen con mucho gusto, aunque con mucho peligro, murmurar de su rey? Antígono lo había oído todo, porque solamente le separaba de los murmuradores un lienzo, y moviéndolo ligeramente, les dijo: «Retiraos más lejos, no sea que os oiga el Rey.» De la misma manera, durante una marcha nocturna, habiendo oído á algunos soldados maldecir al Rey porque les había hecho entrar en un camino cenageso y difícil, acercóse á los más apurados, y después de ayudarles á salir, sin darse á conocer: «Ahora, les dijo, maldecid á Antígono, que os ha traído á este mal paso; pero desead el bien para el que os ha sacado del lodazal.» Con igual mansedumbre soportó las imprecaciones de sus enemigos que las de sus súbditos. En el sitio de no sé qué castillejo, confiando los Griegos que lo defendían en la resistencia de la fortaleza, insultaban á los sitiadores, burlándose de la fealdad de Antígono, de su corta estatura y de su aplastada nariz: «Me alegro, dijo; y algo bueno espero, teniendo á Sileno en mi campamento.» Habiendo reducido á aquellos burlones por el hambre, he aquí cómo obró con los prisioneros: repartió entre las

cohortes á los que eran útiles para el servicio, y á los demás los vendió en subasta; lo que dijo no hubiera hecho á no ser útil dar amo á gentes que tenfan mala lengua. Nieto de este Rey fué Alejandro, que arrojaba su lanza contra sus convidados; que de los dos amigos que antes cité, entregó uno al furor de un león y el otro al suyo. De ellos, sin embargo, vivió el arrojado al león.

XXIII. No había heredado este vicio de su abuelo ni de su padre. Porque si existió en Philipo otra virtud, también tuvo la paciencia para soportar las injurias, poderoso medio para proteger un reino. Demochares, llamado Parrhesiastes á causa de la excesiva intemperancia de su lengua, vino á él con otros legados atenienses. Philipo, después de escucharles con benevolencia: «Decidme, añadió, qué puedo hacer que sea grato á los Atenienses.—Ahorearte,» contestó Demochares. Estalló la indignación de los presentes al escuchar tan brutal contestación, y calmádoles Philipo, mandó que se dejase marchar á aquel Thersita sano y salvo. «En cuanto á vosotros, dijo á los demás legados, decid á los Atenienses que son mucho más soberbios los que tales cosas dicen que los que las oyen sin castigarlas.» Muchas cosas dijo é hizo el divino Augusto que merecen ser referidas, y que demuestran que la ira no imperaba en él. El historiador Timogenes había dicho del Emperador, de su esposa y de su familia cosas que no quedaron perdidas, porque el chiste las hace circular más y las pone en todas las bocas. Frecuentemente le amonestó el César para que fuese más moderado en su lenguaje, y como persistiera, le negó la entrada en palacio. Desde entonces pasó Timogenes su vejez en casa de Asinio Polión, y toda la ciudad se lo disputaba. La expulsión del palacio del César no le cerró ninguna puerta. Más adelante recitó y quemó las historias que había escrito, y entregó al fuego los libros que contenían los anales de César Augusto. Enemigo era del César y nadie temió su amistad; nadie se alejó

de él como de hombre herido por el rayo, encontrando quien le abriese los brazos cuando caía de tan alto. César, como he dicho, lo soportaba con paciencia, y no se conmovió porque hubiese destruído los anales de su gloria y de sus bellas acciones. Jamás censuró al que hospedaba á su enemigo, y solamente dijo una vez á Asinio Polión: «*ἄθροιστροωεῖς.*» Como éste se preparaba á excusarse, se le adelantó diciéndole: «Goza, querido Polión, goza de tu hospitalidad.» Y cuando Polión replicó: «Si lo mandas, César, lo expulsaré de mi casa.—¿Crees que haré eso, dijo, cuando soy yo quien os ha reconciliado?» Polión había estado algún tiempo disgustado con Timogenes y no tuvo otra causa para desistir de su resentimiento que el haber comenzado el de César.

XXIV. Dígase cada cual siempre que se le ofende:—¿Soy yo más poderoso que Philipo? Sin embargo, se le ultrajó impunemente. ¿Puedo yo más en mi casa que el divino Augusto en el mundo entero? Se contentó, sin embargo, con separarse de su detractor. ¡Cómo! ¿castigaré con el látigo y el hierro la respuesta demasiado atrevida de un esclavo, su aspecto hoso ó su murmullo que no llega hasta mí? ¿Quién soy yo para que sea delito ofender mis oídos? Muchos han perdonado á sus enemigos, ¿y yo no perdonaré á un esclavo perezoso, negligente ó hablador? Excútese el niño con su edad, con su sexo la mujer, con su libertad el extranjero y el criado con la familiaridad. ¿Acaso es la primera vez que nos desagrada? recordemos cuántas nos ha complacido. ¿Nos ha ofendido muchas veces? soportemos lo que hemos soportado tanto tiempo. ¿Es un amigo quien nos ofende? ha hecho lo que no quería. ¿Es un enemigo? ha hecho lo que debía. Cedamos al prudente, perdonemos al insensato, y digámonos en cuanto á todos: hasta los varones más sabios caen en multitud de faltas; que no hay nadie tan circunspecto que no olvide alguna vez su cuidado, nadie tan sensato que no

abandone alguna vez su gravedad en la viveza de algún arrebató, nadie tan precavido contra el ultraje que no incurra en el defecto que quiere evitar.

XXV. Así como el hombre vulgar encuentra en el derrumbamiento de la fortuna de los grandes consuelo á sus males, y llora con menos amargura en un rincón la muerte de su hijo al ver dolorosos funerales que salen de un palacio, así también cada cual soportará con más resignación algunas ofensas, algunos desprecios al pensar que no hay poder, por grande que sea, que se encuentre al abrigo de injurias. Y si los más prudentes delinquen, ¿qué error carece de legítima excusa? Recordemos cuántas veces se mostró nuestra juventud poco celosa de sus deberes, poco cauta en sus palabras, poco sobria en el vino. Se ha irritado uno: démosle tiempo para reconocer lo que ha hecho, él mismo se corregirá. Impondráse castigo; no hay razón para que nosotros hagamos lo mismo que él. Es indudable que el que desprecia los ataques que arrancan de la multitud se coloca más alto que ella: propio es de la verdadera grandeza no sentirse herida. Así es que la fiera poderosa se vuelve lentamente al ladrido de los perros; así también el fuerte peñasco desafia el asalto de la impotente ola. El que no se irrita, queda inaccesible á la injuria; el que se irrita se quebranta. Pero el que acabo de presentar como superior á todos los ataques tiene como abrazado el soberano bien, y responde no solamente al hombre, sino que también á la fortuna. Por mucho que hagas, eres demasiado débil para turbar mi serenidad. La razón, á la que he entregado la dirección de mi vida, me lo prohíbe: la ira me perjudicaría más que la injuria. Conozco los límites de la una, pero ignoro hasta dónde me arrastraría la otra.

XXVI. «No puedo sufrirla, dices; es muy difícil soportar la injuria.» Mientes, porque ¿qué hombre no puede soportar la injuria si puede soportar la ira? Añade también que al obrar de esa manera soportas la ira y la injuria. ¿Por qué

soportas los arrebatos del enfermo y las palabras del demente? ¿Por qué los golpes del niño? Porque te parece que no saben lo que hacen. ¿Qué importa cuál sea la enfermedad que hace desvariar? La demencia es excusa igual para todos. «¿Cómo! dices, ¿quedará impune el que injuria?» Considera que así lo quieres, y, sin embargo, no sucederá así. El mayor castigo del mal es haberlo cometido; y la pena más rigurosa es quedar entregado al arrepentimiento. Finalmente, necesario es considerar la condición de las cosas humanas para que seamos jueces equitativos en todos los accidentes. No se tiene en cuenta el color negro entre los Etiopes, ni entre los Germanos roja cabellera atada en nudo. Cada cual es según su propia naturaleza. Nunca encontrarás extraño ó repugnante en un hombre lo que es común á toda su nación. Ahora bien, cada ejemplo de estos solamente significa la costumbre de una región ó de un ángulo de la tierra: considera ahora si la indulgencia será más justa tratándose de vicios extendidos por todo el género humano. Todos somos inconsiderados é imprevisores, irresolutos, susceptibles, ambiciosos: ¿á qué ocultar con palabras suaves la llaga pública? Todos somos malos. Así, pues, cada cual encuentra en su propio corazón aquello mismo que reprende en otro. ¿Por qué notas la palidez de éste, el enflaquecimiento de aquél? La epidemia está en todos. Seamos, pues, más tolerantes recíprocamente: malos, vivimos entre malos. Una sola cosa puede devolvernos la tranquilidad: el convenio de nuestra tolerancia. Aquel me ha ofendido; no le he devuelto la ofensa; pero tal vez habrás ofendido ya á otro ó le ofenderás.

XXVII. No te juzgues por una hora ó un día; considera la disposición habitual de tu ánimo: aunque no hayas hecho ningún mal, puedes hacerlo. ¿No es mejor curar la injuria que vengarla? La venganza absorbe mucho tiempo y nos expone á multitud de ofensas por una sola que nos molesta. En todos dura más la ira que la injuria: ¿no es

mucho mejor seguir otro camino y no oponer vicios á vicios? ¿Te parecería en sano juicio el que devolviese la cox al mulo ó el mordisco al perro? «Pero esos animales, dices, no saben que obran mal.» En primer lugar, es muy injusto aquel para quien el nombre de hombre excluye la indulgencia: además, si los otros animales escapan de tu ira porque son irracionales, debes colocar en la misma línea á todo aquel que carece de razón. ¿Qué importa que se diferencie en todo lo demás de los animales irracionales, si se les parece en aquello que hace excusamos sus faltas, en la ceguedad de la mente? Ha ofendido: ¿es la primera vez? ¿es la última? No debes creerle aunque diga: No lo haré más. Ofenderá otra vez y otro le ofenderá á él, y toda la vida girará entre errores. Hemos de tratar mansamente á lo que es intratable. Lo que se acostumbra decir en medio del dolor, puede decirse con mucha eficacia en la ira: ¿Cesará alguna vez ó nunca? Si ha de cesar, ¿no es mejor abandonar la ira que ser abandonado por ella? Si ha de durar siempre, ¿contempla qué vida tan borrascosa te preparas! ¡qué henchido de hiel habrás de estar!

XXVIII. Añade también que, si tú mismo no enciendes tu ira y renuevas sin cesar los estímulos que deben alimentarla, se extinguirá por sí misma y diariamente perderá fuerzas: ¿y no será mucho mejor que caiga vencida por tí, que vencida por sí misma? Te irritas contra éste, después contra aquél, contra tus esclavos, contra tus libertos, contra tus padres, contra tus hijos, contra conocidos, contra desconocidos; y por todas partes abundan motivos si el buen juicio no interviene. El furor te arrastrará de aquí para allá, y más lejos aún, y como á cada paso surgirán nuevos estímulos, la rabia no te abandonará. ¡Vamos, desgraciado! ¿cuándo amarás? ¡Oh, qué hermoso tiempo pierdes en cosas malas! ¿Cuánto más dulce sería hacerse amigos desde luego, calmar enemigos, servir á la república, dedicar los cuidados á los asuntos domésticos,

antes que ir buscando por todas partes el daño que puedes hacer á alguno para ofenderle en su dignidad, en su patrimonio ó en su persona, cuando no puedes conseguirlo sin combate ni peligro, aunque luchases con un inferior? Supón que te lo presentan atado y entregado á tu arbitrio para que le atormentes; con frecuencia el que descarga violentos golpes se desarticula el brazo, ó se rasga la mano con los dientes que rompe. La ira ha hecho muchos mancos, muchos enfermos, hasta cuando ha encontrado materia pasiva. Además, no hay sér tan débil al que pueda destruirse sin peligro: el dolor ó la casualidad hace á las veces al más débil igual al más fuerte. Y también la mayor parte de las cosas porque nos irritamos, antes nos contrarían que nos ofenden; y media mucha diferencia entre oponerse á nuestra voluntad y no servirla, entre arrancarnos algo y no dárnoslo: sin embargo, colocamos en la misma línea al que toma y al que rehusa, al que destruye nuestras esperanzas y al que las aplaza, al que obra contra nosotros ó en provecho propio, al que ama á otro y al que nos odia. Y muchos, en verdad, tienen motivos, no solamente justos, sino que también honestos, para oponérsenos. Uno defiende á su padre, otro á su hermano, éste á su tío, aquél á su amigo; y, sin embargo, no les perdonamos que lo hagan; les censuraríamos que no lo hicieran; ó más bien, lo que es increíble, alabamos el hecho y censuramos al que lo realiza.

XXIX. Y ¡á fe mía! el varón grande y justo admira hasta entre sus enemigos á aquel cuyo valor se obstina en defender la salvación y libertad de la patria: querría tenerle como conciudadano, como soldado. Cosa torpe es odiar al que se estima; ¡cuánto más torpe es odiarle por lo mismo que merece nuestra indulgencia; si prisionero y reducido repentinamente á la esclavitud, conserva todavía algunos restos de su libertad, y no acude como presuroso á los oficios más sórdidos y viles; si debilitado por

la ociosidad no puede seguir la carrera del caballo ó la carroza de su señor; si fatigado por continuas vigiliass cede al sueño; si rehusa los trabajos rústicos ó los desempeña con languidez, obligado á cambiar la suave servidumbre urbana por tareas tan rudas! Distingamos la impotencia de la mala voluntad, y perdonaremos con mucha frecuencia si examinamos antes de irritarnos. Pero cedemos al primer impulso; en seguida, á pesar de la puerilidad de nuestros arrebatos, insistimos en ellos para que no parezca que nos irritamos sin razón, y lo más injusto de todo es que la injusticia de la ira la hace más obstinada. Retenémola y la aumentamos como si su exceso fuese prueba de su justicia. ¡Cuánto mejor sería considerar las primeras causas en toda su ligereza é insignificancia! Lo que observas en los animales ves que acontece en el hombre: perturbale una frivolidad, una sombra.

XXX. El color rojo excita al toro; el áspid se levanta delante de una sombra; un lienzo blanco alarma á los osos y leones. Todo lo que es naturalmente cruel é irritable se espanta por cosas vanas. Lo mismo acontece con los espíritus inquietos y débiles: alármanse por sospecha de las cosas, y hasta tal punto, que muchas veces consideran injurias favores ligeros, que vienen á ser fecunda y amarga fuente de su ira. Irritámonos contra nuestros mejores amigos porque han hecho por nosotros menos de lo que habíamos imaginado, menos que recibieron otros; cuando en ambos casos es otro el remedio. ¿Concedió más á otro? gocemos de lo que tenemos sin hacer comparaciones: nunca será feliz el que desea felicidad mayor. Tengo menos de lo que esperaba, pero tal vez esperaba más de lo que debía. Mucho debe temerse esto: de aquí nacen las iras más peligrosas, que atacan á lo más santo. Para matar al divino Julio concurrieron menos enemigos que amigos, cuyas insaciables esperanzas no había satisfecho. Así lo quiso, sin duda, porque nadie usó jamás tan generosa-

mente de la victoria, de la que no se reservó otra cosa que el derecho de repartir sus frutos: ¿y cómo atender á tantas pretensiones inmoderadas, cuando cada uno pedía para sí todo lo que uno solo podía dar? Por esto vió brillar en derredor de su silla las espadas de sus compañeros de armas, y á su frente Tulio Cimber, acérrimo partidario suyo poco antes, y otros muchos que se hicieron Pompeyanos después de la muerte de Pompeyo.

XXXI. Este mismo es lo que ha vuelto las armas de los súbditos contra los reyes, lo que ha impulsado á los más fieles á tramar la muerte de aquellos por los cuales y ante los cuales habían jurado morir. Nadie está contento de su fortuna cuando contempla la de los otros. De aquí que nos irritemos hasta contra los dioses, porque otro nos adelanta, olvidando cuantos quedan á nuestra espalda y envidiando á unos pocos la envidia que llevan detrás. Tales, sin embargo, la exigencia de los hombres; aunque hayan recibido mucho, tienen por injuria haber podido recibir más. ¿Me dió la pretura? esperaba el consulado. ¿Me dió los doce haces? pero no me hizo cónsul ordinario. ¿Quiso que el año llevase mi nombre? pero me faltó para el sacerdocio. ¿Se me admitió en un colegio de pontífices? ¿y por qué en uno solo? ¿Me llevó á la cumbre de la grandeza? pero no aumentó mi patrimonio. Me dió lo que había de dar á alguno; de lo suyo no me dió nada. Pero más bien has de darle gracias por lo recibido; espera lo demás, y regocíjate por no encontrarte repleto aún. Felicidad es que todavía queda algo que esperar. ¿Los has vencido á todos? alégrate de ocupar el primer puesto en el corazón de tu amigo. ¿Te vencen muchos? considera cuanto más numerosos son los que te siguen que los que te preceden.

XXXII. ¿Preguntas cuál es tu error más grande? formas malos cálculos: estimas en mucho lo que das y en poco lo que recibes. Procuremos no obrar con el uno como con el otro: contengamos la ira delante de éste por temor, delante

de aquél por reserva, delante del otro por desdén. ¡Gran cosa haríamos sin duda arrojando á un calabozo á un desgraciado esclavo! ¿Por qué hemos de apresurarnos á azotarle en el acto, á romperle desde luego las piernas? No perderás tu derecho por aplazar su ejercicio. Deja que llegue la hora en que mandarás por tí mismo, porque ahora hablas bajo el imperio de la ira; cuando haya pasado veremos en cuánto estimas el delito: en esto nos engañamos principalmente: venimos al hierro, á las penas capitales; castigamos con las cadenas, la prisión, el hambre, una falta que apenas merecía ligero castigo. «¿Por qué, dices, nos mandas considerar cuán pueriles son, frívolas y miserables las cesas que tomamos por injurias?» Por mi parte, no puedo aconsejarte cosa mejor sino que te eleves á nobles sentimientos, y consideres en toda su humildad y abyección esas pequeñeces por las que nos quejamos, corremos, nos sofocamos y no merecen una mirada del alma elevada y generosa. El tumulto más grande se encuentra alrededor del dinero: éste es el que fatiga los foros, pone en lucha á los padres con los hijos, confecciona los venenos, entrega la espada tanto á los asesinos como á las legiones, y se encuentra siempre regado con sangre: por el dinero se convierten en ruidosos litigios las noches de los maridos y de las esposas, acude la multitud á los tribunales de los magistrados, los reyes se hacen crueles y rapaces, y destruyen ciudades levantadas por el largo trabajo de los siglos, para registrar sus cenizas en busca de oro y de plata.

XXXIII. Contempla esos cestos colocados en un rincón. Por eso se grita hasta hacer salir los ojos de la cabeza, resuenan en nuestras basílicas los estremecimientos del litigio, y nuestros jueces, llamados de lejanas regiones, se sientan para decidir por qué lado tiene más derechos la avaricia. ¿Qué diré, si no ya por un cesto de dinero, sino por un puñado de cobre, por un cuadrante que falte en la

cuenta de un esclavo, un anciano moribundo y sin herederos enloquece de ira? ¿si por menos de una milésima parte de interés un usurero enfermo, cuyos pies y manos retorcidos por la gota le impiden comparecer, lanza clamores, y en medio de los accesos de la enfermedad, acelera por medio de sus agentes la cobranza de sus ases? Si reunieras todo el dinero, todos los metales que tan cuidadosamente guardamos; si sacases á la luz todos los tesoros que esconde la avaricia, cuando devuelve á la tierra lo que malamente sacó de ella, no creería que todo el montón mereciera un pliego en la frente del hombre de bien. ¡Con cuánta risa deberíamos recibir todo lo que nos arranca lágrimas!

XXXIV. Déjote ahora examñar las otras causas de la ira, la comida, la bebida, las rivalidades de ambición, trajes, palabras, censuras, los gestos pocos mesurados, las sospechas, las obstinaciones de una bestia de carga, la pereza de un esclavo, las interpretaciones maliciosas de las frases de otro que harían considerar el don de la palabra entre las injurias de la naturaleza. Créeme, cosas tan ligeras son las que excitan graves arrebatos, como los que producen riñas y pendencias entre los niños. Entre todo lo que hacemos con tanta solemnidad, nada hay serio y grande. Por esta razón, repito que vuestra ira, vuestra locura nace de dar demasiada importancia á cosas muy pequeñas. Aquel quiso arrebatarme una herencia; aquel otro me acusa después de haberme adulado mucho tiempo esperando mi muerte; éste ha deseado mi concubina. Lo que debfa ser lazo de amor, la identidad de voluntades es causa de discordias y de odios.

XXXV. Una vía estrecha produce riñas entre los transeuntes; en camino ancho y espacioso ni los pueblos se molestan. Esas cosas pequeñas que deseas no pudiendo pasar á uno sin que se le quiten á otro, vienen á ser fuente de disputas y de combates entre los que á la vez las

pretenden. Te indigna que tu esclavo, tu liberto, tu esposa, tu cliente te contesten, y después te quejas de que la libertad esté desterrada de la república, cuando la has desterrado de tu casa. Además, si callan cuando les preguntas, les tratarás de rebeldes. Déjales, pues, hablar, callar, reír. ¿Delante del señor? preguntas; más aún, delante del padre de familia. ¿Por qué gritas? ¿por qué llamas? ¿por qué pides látigos en medio de la comida? porque tus esclavos han hablado, porque en el mismo sitio no reina el tumulto de la asamblea y el silencio del desierto. ¿No tienes oídos más que para escuchar cantos dulcemente modulados, sonidos que brotan en suave armonía? Debes acostumbrarte á las risas y á las lágrimas, á los halagos y á las contradicciones, á las noticias agradables y á las tristes, á la voz de los hombres y á los rugidos y ladridos de los animales. ¿Por qué, mísero, te estremeces al grito de un esclavo, al sonido de una campana, al crujido de una puerta? por delicado que seas, has de escuchar el fragor del trueno. Lo que digo de los oídos, puedes aplicarlo á los ojos, que no son menos caprichosos, si están mal educados. Oféndeles una mancha, una suciedad, una pieza de plata que no está muy luciente, un vaso que no brilla al sol. Esos ojos que sólo pueden soportar mármoles de colores recientemente pulidos, mesas con chispeantes vinos; que en la casa no quieren reposar sino sobre tapices bordados de oro, se resignan sin embargo á ver fuera callejuelas mal pavimentadas y fangosas, transeuntes en su mayor parte suciamente vestidos, paredes de casas pobres, cuarteadas, desplomadas y cayendo en ruinas.

XXXVI. ¿Qué razón hay para que lo que no ofende en público, hiera en la casa, sino que allí llevamos costumbres suaves y tolerantes, y aquí desapacibles y quisquillosas? Necesario es educar y fortalecer todos nuestros sentidos que por naturaleza son pacientes: si el ánimo trata de comprometerlos, debe llamársele todos los días á cuentas. Así

lo hacia Sextio: cuando terminaba el día; en el momento de entregarse al descanso de la noche, examinaba su conciencia: ¿De qué defecto te has curado hoy? ¿qué vicio has combatido? ¿en qué has mejorado? La ira se calmará y hará más moderada cuando sepa que diariamente ha de comparecer ante un juez. ¿Qué cosa más bella que examinar de esta manera cada día? ¿qué sueño el que sigue á este examen de las acciones! ¡cuán tranquilo, profundo y libre, cuando el alma ha recibido su alabanza ó reconvención, y, sometida á su propio examen, á su propia censura, ha hecho secretamente el proceso de su conducta! De esta autoridad uso, y diariamente me cito ante mí mismo: en cuanto desaparece la luz de mi vista, y mi esposa, enterada ya de esta costumbre, guarda silencio, examino conmigo mismo todo el día y repaso de nuevo todas mis acciones y palabras. Nada me oculto, nada me dispenso: en efecto, ¿por qué había de temer considerar ni una sola de mis faltas, cuando puedo decirme: Cuida de no hacer eso otra vez; por esta te perdono: en tal debate has hablado con excesiva acritud: en adelante no te comprometas con ignorantes: los que nada han aprendido no quieren aprender: reprendiste á aquel con demasiada libertad, por cuya razón has ofendido más que corregido: considera en lo sucesivo no solamente si es verdadero lo que dices, sino también si puede soportar lo verdadero aquel á quien lo dices.

XXXVII. Al varón bueno agrada la reprensión: el malvado soporta con impaciencia al censor. ¿Te desagradan en el convite las agudezas de los chistosos dichas para atormentarte? cuida de evitar las mesas demasiado numerosas: después del vino es más desenfadada la licencia, porque hasta los mismos sobrios pierden el comedimiento. Has visto á tu amigo irritado contra el portero de algún abogado, de algún rico, porque no le han recibido, y tú mismo te irritaste por él contra el esclavo más desprecia-

ble. ¿Te irritarías contra un perro encadenado? éste, después de ladrar mucho, se amansa con el bocado que se le arroja: aléjale y ríe. El portero se cree importante porque guarda una puerta asediada por los litigantes; y su amo, que descansa dentro, dichoso y afortunado, considera como muestra de grandeza y poder una puerta bien guardada: no piensa que es más difícil de pasar el dintel de una cárcel. Reflexiona que necesitas paciencia para muchas cosas. ¿Quién extraña tener frío en invierno, mareo en el mar, sacudidas en camino? El ánimo es fuerte contra las desgracias cuando se encuentra preparado. Te señalan en la mesa un puesto inferior, y te irritas contra el que te convidó, contra el nomenclátor y contra el que te prefirieron. ¿Qué te importa, insensato, la parte del lecho que hundes? ¿Acaso un cojín puede honrarte ó rebajarte? Has mirado de mal ojo á quien murmuró de tu ingenio. ¿Aceptas esa ley? En ese caso podría odiarte Ennio porque no te deleita; Hortensio buscarte pendencia, y Cicerón declararse enemigo tuyo si te burlas de sus versos.

XXXVIII. Siendo candidato ¿puedes soportar con calma el resultado de los sufragios? Alguno te ha injuriado, pero ¿más que á Diógenes, filósofo estoico? En medio de larga disertación sobre la ira, un niño insolente le escupió, y el filósofo soportó el ultraje con dulzura y prudencia. «No me irritó, dijo, pero dudo si convendría que me irritase.» Nuestro Catón habló mejor aún: un día en que estaba defendiendo una causa, Léntulo, aquel hombre funesto y de facciosa memoria, le arrojó al rostro cuanto pudo arrancar de espesa saliva; y aquél, limpiándose el semblante, le dijo: «Aseguraré á todos, oh Léntulo, que se engañan los que niegan que tengas boca.»

XXXIX. Hasta ahora, querido Novato, hemos enseñado al ánimo á moderarse, á no sentir la ira ó á dominarla. Veamos cómo podremos calmarla en los demás: porque

no queremos solamente curarnos, sino curar. Cuidaremos mucho de no intentar calmarla con palabras en sus primeros ímpetus, porque entonces está ciega y loca: le dejaremos tiempo; los remedios son más eficaces cuando declina el mal: no irritaremos los ojos en lo más fuerte de la flu- xión para no inflamarlos más; ni los otros males en el mo- mento de la crisis. El reposo cura las enfermedades inci- pientes. «¿Para qué sirve tu remedio, dirás, si cura la ira cuando por sí misma se ha calmado?» En primer lugar para que desaparezca más pronto; además evita las re- caídas, y en último lugar, engaña á esos primeros arreba- tos que no nos atreveríamos á calmar. Retírause todos los instrumentos de venganza; fingese ira, á fin de que, mos- trándose auxiliar, participe en el resentimiento, los conse- jos tengan más autoridad; gánase tiempo, y so pretexto de buscar castigo más enérgico, suspéndese la pena pre- sente; á fuerza de destreza, se da descanso al furor. Si la ira es demasiado violenta, se le atacará por razones de pudor, á las que no resistirá, ó por el miedo. Si es más débil, se la distraerá con pláticas agradables, con relatos de cosas nuevas, excitando el deseo de aprender. Dícese que teniendo que curar un médico á la hija de un rey, y no pudiendo conseguirlo sin emplear el hierro, mien- tras bañaba ligeramente un tumor en un pecho, intro- dujo un escalpelo que llevaba oculto en la esponja. La joven hubiese rechazado la operación, si abiertamente se la hubiesen propuesto, y soportó el dolor porque no lo esperaba.

XL. Algunos no se curan sino con engaños. Al uno se dirá: «Cuida de que tu furor no regocije á tus enemigos.» Al otro: «Atiende á no perder la reputación de firmeza y elevación de ánimo que todos te reconocen. Me indigno, á fe mía, y no encuentro límites á la venganza; pero es necesario esperar la oportunidad: el castigo llegará. En- cierra tu indignación en tu pecho, y cuando puedas ven-

garte, nada habrás perdido con esperar.» Contrariar al iracundo, chocar con él de frente, es irritarle. Necesario es atacarle en diferentes puntos y con precauciones; como por acaso no seas tú persona de tal manera importante, que puedas imponer tu autoridad, como hizo el divino Augusto la noche en que cenaba en casa de Vedio Polión. Rompió un esclavo un vaso de cristal; Vedio mandó que le cogiesen y le diesen una muerte poco común en verdad; quería que lo arrojasen á las enormes lampreas que llenaban su vivero. ¿Quién no hubiese creído que las alimentaba por lujo? era por crueldad. El esclavo se escapó, refugióse á los pies de César y pidió por toda gracia morir de otra muerte y no convertirse en pasto de peces. Conmovióse César ante aquella cruel novedad, y mandó dar libertad al esclavo, romper ante sus ojos toda la cristalería y rellenar el vivero. De esta manera debía César castigar á su amigo; esto era usar bien de su autoridad. ¿Mandas sacar hombres del convite para desgarrarlos con nuevo género de tormentos? ¿quieres por una copa rota dislacerar las entrañas de un hombre? ¿en tanto te estimas que impones pena de muerte delante de César?

XLI. Si alguien es tan poderoso que puede contrarrestar la ira desde su elevada posición, trátela con dureza, pero solamente cuando es, como acabo de demostrar, feroz, cruel, sanguinaria, porque en estos casos es incurable si no teme algo superior á ella. Demos paz á nuestro ánimo, y la obtendremos por la constante meditación de enseñanzas saludables, por la práctica de buenas acciones, por la dirección del alma hacia el único deseo de lo honesto. Debemos satisfacer á la conciencia, sin trabajar para conseguir buena fama. Aceptémosla, aunque sea mala, con tal de que la merezcamos buena. «Pero el vulgo admira las pasiones enérgicas, honra á los audaces, y toma por débiles á los plácidos.» Tal vez en el primer momento;

pero cuando una vida constantemente igual atestigua que la placidez no es indolencia, sino paz del alma, ese mismo pueblo les ama y reverencia. Así, pues, esta pasión cruel y enemiga nada tiene de útil en sí misma, sino que, por el contrario, arrastra consigo todos los males, el hierro y el fuego; pisotea el pudor, se mancha las manos de sangre y dispersa los miembros de sus hijos. Nada deja al abrigo de sus crímenes; sin recuerdo de la gloria, sin temor de la infamia, hácese incorregible, cuando la ira se endurece hasta el odio.

XLII. Huyamos de este mal, purguemos nuestra mente, extirpemos este vicio hasta en sus raíces, que, por débiles que sean, donde nacieron vuelven á brotar: no procuremos calmar la ira, sino desterrarla por completo; porque, ¿qué temperamento ha de guardarse con una cosa mala? y así lo conseguiremos, si nos empeñamos en ello. Nada nos aprovechará tanto como el pensamiento de la muerte: dígame cada cual como si hablase á otro: «¿De qué sirve dar rienda suelta á la ira, como si hubiese nacido para la eternidad y disipar esta corta existencia? ¿de qué sirve trocar en dolor y tormentos de otros, días que pueden pasarse en honestas complacencias?» Estos bienes no permiten prodigalidad, ni tenemos tiempo que perder. ¿Por qué precipitarnos al combate? ¿por qué provocar el peligro? ¿por qué, olvidando nuestra debilidad, cargarnos con pesadas enemistades, y siendo tan frágiles, alzarnos para quebrantar á los otros? La fiebre, ó cualquiera otra enfermedad del cuerpo, impedirá muy pronto las violencias de estos odios que llevamos en implacable pecho: muy pronto se interpondrá la muerte entre los que luchan con más obstinación. ¿Por qué sublevarnos y perturbar nuestra vida con discordias? El hado se cierne sobre nuestra cabeza, registra los días perdidos y se va acercando de hora en hora. Ese momento que destinas á la muerte de otro, se encuentra tal vez muy cercano de la tuya.

XLIII. ¿Por qué no has de recoger más bien tu corta vida, y hacerla tranquila para tí y para los demás? ¿por qué no has de procurar más bien hacerte amar durante tu existencia y lamentar después de tu muerte? ¿por qué has de trabajar en la caída del que te trató con altivez? ¿por qué has de empeñarte en asustar con tus fuerzas á ese otro que ladra detrás de tí, y que, vil y despreciable, es molesto para sus superiores? ¿por qué irritarte contra tu esclavo, contra tu señor, contra tu patrono, contra tu cliente? Ten paciencia por un momento: he aquí la muerte que viene, y á todos nos hace iguales. Con frecuencia nos divertimos en los espectáculos matinales de la arena, al ver la lucha de leones y toros encadenados juntos: desgárranse mutuamente, y allí está esperando el que ha de rematarles. Lo mismo hacemos nosotros; atormentamos al que comparte nuestra cadena, mientras que igual fin amenaza á vencidos y vencedores, y tal vez en la primera mañana. Mejor es que pasemos en reposo y en paz los pocos días que nos quedan, y que nadie mire con odio nuestro cadáver. Más de una pendencia ha terminado á los gritos de los incendiados en las cercanías, y la presencia de una fiera ha separado al ladrón y al viajero. Imposible es luchar con un mal pequeño, cuando domina miedo mayor. ¿Qué tenemos que ver con los combates y emboscadas? ¿Puede tu ira desear al enemigo algo más grande que la muerte? permanece tranquilo, que morirá: pierdes el trabajo al querer hacer lo que ha de suceder. «No quiero precisamente matarlo, dices, sino condenarlo al destierro, á la deshonra, á la ruina.» Antes perdono al que desea la muerte al enemigo que el destierro, porque esto es propio de ánimo no solamente malo, sino vil. Ora pienses en penas graves, ora en leves, considera cuán corto tiempo soportará él su dolor, y experimentarás tú culpable placer en el padecimiento ajeno. Exhalamos vida á la vez que respiramos. Mientras permanezcamos entre los hombres,

respetemos la humanidad: no seamos para nadie causa de temor ó de peligro: despreciemos las pérdidas, las injurias, las ofensas, las murmuraciones, y soportemos con magnanimidad pasajeros contratiempos. Al volver la cabeza, como suele decirse, encontramos la muerte.

DE LA CLEMENCIA.

LIBRO PRIMERO.

I. Me he propuesto escribir de la clemencia, oh Nerón César, para servirte á manera de espejo, y, mostrándote á ti mismo, hacerte llegar al goce más eminente. Que si bien es cierto que el verdadero fruto de las buenas acciones está en haberlas realizado, y no se encuentra premio digno de la virtud fuera de ella misma, dulce es, sin embargo, la contemplación y examen de la buena conciencia, y después de dirigir la vista á esa multitud inmensa, discordante, sediciosa, desenfrenada, dispuesta á lanzarse tanto á la pérdida de otros como á la suya propia, si consiguiese romper su yugo, poder decirse: «Yo soy el preferido de todos los mortales, elegido para desempeñar en la tierra las veces de los dioses; yo soy el árbitro de la vida y la muerte en las naciones, teniendo en mi mano la suerte y condición de cada uno. Lo que la fortuna quiere dar á cada mortal, lo declara por mi boca; de mi respuesta depende la alegría de los pueblos y ciudades. Ninguna parte de la tierra florece sino por mi voluntad y mi favor. Esos millares de espadas que mi paz mantiene ociosas, brillarán á una señal mía: tales naciones quedarán des-

truidas, tales serán trasladadas, tales recibirán la libertad, aquellas la perderán, aquellos reyes serán esclavos, tales cabezas recibirán la real diadema, tales ciudades se destruirán y tales otras se edificarán; todo esto está en mi mano. Con este poder sobre las cosas, no me he visto arrastrado á mandar suplicios injustos, ni por la ira, ni por la fogosidad juvenil, ni por la temeridad y obstinación de los hombres, que frecuentemente destierran la paciencia de los pechos más tranquilos: ni tampoco por esa gloria cruel que consiste en ostentar el poder por el terror, gloria que con tanta frecuencia ambicionan los dueños de los imperios. Encerrada está por mí la espada, ó mejor dicho, cautiva; tan cuidadoso soy hasta de la sangre más humilde, y nadie hay á quien el título de hombre, á falta de otro, no le merezca mi favor. Mantengo oculta siempre la severidad y en ejercicio la clemencia; me observo como si hubiese de dar cuenta á las leyes que he sacado del polvo y la oscuridad á la luz. Me he conmovido por la juventud del uno y por la ancianidad del otro; perdóné á éste por su dignidad, á aquél por su humildad, y cuando no encontraba causa alguna de indulgencia, perdonaba por mí mismo. Hoy, si los dioses inmortales me llamasen á dar cuenta, dispuesto estoy á dársela del género humano.» Audazmente puedes proclamar, César, que de todas las cosas confiadas á tu fe, á tu tutela, nada has quitado á la república, ni secretamente ni por violencia. Has ambicionado una gloria rarísima y que nunca consiguió ningún príncipe: la de no hacer daño. No has perdido el trabajo, ni tan singular bondad ha encontrado apreciadores ingratos ó malévolos, sino que has conquistado el agradecimiento. Nunca fué tan querido un hombre de otro hombre, como lo eres tú del pueblo romano, que ve en tí su bien mayor y más duradero. Pero te has impuesto pesada carga: nadie habla ya del divino Augusto ni de los primeros tiempos de Tiberio César; nadie busca fuera de tí ejemplo que desee verte imitar. Lo que se

pide es que todo tu reinado corresponda á la dulzura del primer año. Cosa difícil sería ésta si esa bondad que te pertenece no fuese natural, si solamente la hubieses tomado para determinado tiempo, porque nadie puede llevar siempre la máscara. Todo lo fingido vuelve pronto á su naturaleza; todo lo que descansa en la verdad, todo lo que, por decirlo así, brota con solidez, crece y mejora con el tiempo. Grande era el azar que corría el pueblo romano, mientras ignoraba qué dirección tomaría tu generoso carácter. Las esperanzas públicas están seguras ya; porque no es creíble caigas de pronto en el olvido de tí mismo. Verdad es que la mucha felicidad hace exigentes, y que nunca son tan moderados los deseos que se contenten con lo que se obtiene: el gran bien es paso para otro mayor, y las esperanzas más desmedidas nacen de la felicidad inesperada. Sin embargo, hoy obligas á tus súbditos á confesar que son dichosos y que solamente falta á su felicidad el ser perpetua. Muchas cosas concurren á arrancarles esta confesión, la más tardía que hace el hombre: su completa seguridad, fuente abundante de bienes; sus derechos colocados fuera de todo ataque. Los ojos reposan en esta forma de república, á la que no falta para llegar á la libertad más completa sino la licencia que se destruye por sí misma. Pero lo que principalmente conmueve, tanto á los grandes como á los pequeños, es la admiración de tu clemencia: porque tus otras perfecciones cada cual las desea más grandes ó más pequeñas, en proporción de su fortuna, y de la clemencia todos esperan lo mismo. Nadie hay que esté tan satisfecho de su inocencia que no se regocije de tener delante de los ojos la clemencia, dispuesta á compadecer los errores humanos.

II. Bien sé que algunos creen que la clemencia es incentivo para la malignidad, porque es inútil sin el crimen, siendo la única virtud sin ejercicio entre los inocentes. Pero, en primer lugar, de la misma manera que los sanos

honran la medicina, á pesar de que solamente sirve á los enfermos, así también los inocentes veneran la clemencia aunque no la invoquen más que los culpables. En segundo lugar, puede ejercerse también hasta con los inocentes, porque algunas veces la fortuna se toma por culpa, y la clemencia acude en ayuda no solamente de la inocencia, sino que con frecuencia también en la de la virtud, cuando ocurre, según la condición de los tiempos, que acciones laudables corren riesgo de recibir castigo. Añade á esto, que considerable parte de los hombres puede volver á la inocencia. Sin embargo, no debe perdonarse á ciegas, porque cuando ha desaparecido toda diferencia entre los buenos y los malos, sobreviene la confusión y la irrupción de los vicios. Necesario es, pues, usar moderación y saber distinguir los caracteres que pueden curarse de los que no pueden recibir curación. La clemencia no ha de ser ciega, ni convencional, ni restringida, porque tanta crueldad puede haber en perdonar á todos como en no perdonar á ninguno. Necesario es conservar el término medio, y como el temperamento es muy difícil, si hemos de inclinarnos á algún lado, que sea al más humanitario.

III. Pero estas cosas se dirán mejor en su lugar. Ahora dividiré en tres partes toda la materia. La primera será la introducción; en la segunda demostraré la naturaleza y atributos de la clemencia, porque, como algunos vicios imitan la virtud, no se les puede distinguir sino marcando la virtud con señales que la hagan reconocer; en tercer lugar investigaremos cómo llega el alma á esta virtud, cómo se robustece en ella y se la apropia con el uso. Ahora bien: necesario es tener por constante que de todas las virtudes ninguna conviene más al hombre, porque ninguna es más humanitaria; y esta verdad no la reconocemos nosotros solamente, que queremos se considere al hombre como animal sociable, nacido para el bien común de todos, sino que también aquellos filósofos que le aban-

donan á la voluptuosidad y refieren á su utilidad todas sus acciones y palabras; porque si el hombre apetece la paz y el reposo, la virtud más conforme con su naturaleza es aquella que ama la paz y contiene el brazo. Sin embargo, á nadie conviene más la clemencia que á los príncipes y reyes. Una fuerza poderosa no tiene gloria ni honor sino en cuanto puede ser útil; y es azote un poder grande que solamente es apto para dañar. En una palabra, la grandeza no es estable ni está bien asegurada sino cuando saben todos que existe, no tanto sobre ellos como para ellos; cuando diariamente se demuestra que la solicitud del príncipe vela por el bien de cada uno y de todos; cuando al acercarse no se huye como de peligrosa y maligna fiera que se lanza de su antro, sino que, al contrario, de todas partes se sale á su encuentro como al de un astro resplandeciente y bienhechor; cuando se está dispuesto á lanzarse por él ante los puñales de los conspiradores, á hacerle una barrera de cadáveres, y, si lo exige la seguridad de su vida, á sembrar su camino de víctimas humanas. Los desvelos de sus súbditos protegen su sueño; agrupados en derredor suyo, defienden su pecho y forman una muralla contra los peligros que le amenazan. No sin razón los pueblos y ciudades se ponen de acuerdo para proteger y amar á sus reyes, para sacrificarse con todo lo que les pertenece, cuantas veces lo exige la salud del imperante. Y no es vileza ni demencia entregar al hierro tantos millares de cabezas por una sola, rescatar con tantas muertes una sola vida y á las veces la de un anciano enfermo. De la misma manera que todo el cuerpo sirve al alma, aunque es mucho más extenso, mucho más aparente, mientras el alma, por su sutileza, escapa á la mirada y ni siquiera se conoce en qué sitio se esconde, sin embargo, por ella trabajan las manos, los pies, los ojos; ella es la que protege nuestra parte exterior; por su mandato descansamos, por su orden corremos apresuradamente: cuando

manda, si este amo es avaro, surcamos el mar para adquirir riquezas; si es valeroso, no vacilamos en poner la mano en el fuego ó en precipitarnos voluntariamente al abismo; así también esa inmensa multitud agrupada en torno de una sola alma, se rige por su aliento y se gobierna por su razón, mientras que sucumbiría bajo el peso de sus propias fuerzas si no la sostuviese la prudencia de uno solo.

IV. Su propia tranquilidad aman los pueblos cuando se forman en batalla diez legiones, cuando se lanza el soldado á la primera fila, cuando presenta su pecho á las heridas para que no retrocedan las enseñas de su general. Porque él es el lazo de unión de la república; él es el aliento vital que respiran tantos millares de hombres que por sí mismos no serían otra cosa que carga inútil y presa fácil si desapareciese esta alma del Imperio.

Rege incolumi, mens omnibus una;

Amisso, rupere fidem (1).

Esta desgracia sería la destrucción de la paz romana y convertiría en ruinas la fortuna de un pueblo tan grande. Pero el pueblo permanecerá al abrigo de este peligro mientras sepa soportar el freno; mas si llega á romperlo; si por un acaso, relajado, se negase á recibirlo de nuevo, esta unidad, este haz de tan vasto Imperio, se fraccionaría en mil partes; y esta misma ciudad dejará de dominar el día que deje de obedecer. No es, pues, de extrañar que á los príncipes, reyes ó como quiera que se les llame, á esos guardianes de la fortuna pública, se les ame más allá de las afecciones privadas. Porque si para los hombres prudentes el interés público es preferible al particular, dedúcese que deben amar más á aquel en quien

(1) Vivo el rey, igual es el pensamiento de todos; muerto, todo lazo se rompe.

se ha transformado la república. Desde muy antiguo, de tal manera se ha identificado el César con la república, que no puede suprimirse al uno sin daño de los dos, porque el uno necesita brazos y la otra cabeza.

V. Parecerá que se aleja mucho del objeto propuesto mi oración, pero á fe mía que penetra en su fondo. Porque si, como acabo de demostrar, tú eres el alma de la república, ella es tu cuerpo, y creo que ves cuán necesaria es la clemencia, pues tú mismo te perdonas cuando perdonas á otro. Luego es necesario perdonar á los ciudadanos, hasta culpables, de la misma manera que lo harías con un miembro enfermo; y si alguna vez es indispensable derramar sangre, contén la mano, por miedo de que la incisión sea demasiado profunda. Es, pues, como decía, cona forme con la naturaleza de los hombres la clemencia; pero muy especialmente es gloriosa en los soberanos, porque por medio de ellos encuentra más que conservar y más campo para desarrollarse. ¿Produce mal pequeño la crueldad privada? La de los príncipes es una guerra. Aunque existe completa concordia entre las virtudes y no sea mejor ni más honrosa una que otra, algunas, sin embargo, convienen más á determinadas personas. Bien sienta á todo mortal la grandeza de alma, hasta aquel que no tiene superior. ¿Qué hay más grande ni más noble que vencer la adversa fortuna? Sin embargo, esta grandeza de alma tiene más anchura que la prosperidad, y se ve mejor en el tribunal que en la plaza. En cualquier casa en que penetre la clemencia, la hace feliz y tranquila; pero en la de los reyes, por ser más rara, es mucho más admirable. ¿Qué cosa más notable, en efecto, que ver á aquel cuya ira no encuentra obstáculos, cuyas sentencias, hasta las más rigurosas, reciben la sanción de los mismos que perecen, que no tiene que dar cuenta á nadie, ni siquiera de sus arrebatos más violentos, y al que nadie intentaría ablandar, ponerse freno por sí mismo y usar de su poder en ma-

nera más suave y mejor, diciéndose á sí mismo: Nadie puede matar contra la ley, nadie puede salvar mas que yo? La gran fortuna exige gran corazón, porque si no se eleva hasta ella, si no se coloca más alto, la humilla hasta más bajo de la tierra. Ahora bien: propias son de ánimo levantado la calma y serenidad, y contemplar desde lo alto de su desprecio las injurias y las ofensas. Los arrebatos de la ira son propios de mujeres, y solamente las fieras, y no ciertamente las más nobles, repiten sus ataques y mordeduras á los caídos. Los elefantes y leones abandonan al que han derribado; el encarnizamiento sólo es propio de las bestias innobles. No sienta bien al rey la ira cruel é inexorable, porque no se muestra superior á aquel hacia quien se rebaja irritándose contra él; pero si concede la vida á los amenazados por la muerte, si otorga dignidades á los que merecían perderlas, hace aquello que solamente puede hacer el que todo lo puede. La vida se arranca hasta á un superior, pero no puede darse sino al inferior. Propio es de elevada fortuna salvar, y nunca merece más admiración que cuando le acontece poder lo que pueden los dioses, á cuyo favor debemos todos, tanto los buenos como los malos, haber nacido. Inspírese, pues, el príncipe en los dioses, y entre sus súbditos contemple con amor á algunos porque son útiles y buenos; deje á los demás en la muchedumbre, regocíjese de la existencia de éstos y tolere la de aquellos.

VI. Piensa que te encuentras en esta ciudad cuya multitud, que incesantemente pasa por sus anchas calles, se asfixia en cuanto un obstáculo entorpece la carrera de tan rápido torrente; en la que se abre paso á la vez hacia tres teatros; en la que se consume cuanto se cultiva en toda la tierra; y ¿en qué soledad se convertiría si solamente quedasen los absueltos por juez severo? ¿Qué magistrado interrogador no sería reprehensible ante la ley misma á cuyo nombre interroga? ¿Qué acusador hay exento

de falta? Y no sé si se encuentra alguno más reacio para otorgar perdón que aquel que con más frecuencia necesita implorarlo. Todos hemos pecado; unos gravemente, otros con menos gravedad; unos con deliberado propósito, otros por impulso casual ó arrastrados por ajena maldad; algunos no han sabido persistir enérgicamente en las buenas resoluciones, y pierden la inocencia á su pesar y resistiendo. No solamente delinquimos, sino que continuaremos faltando hasta el fin de nuestra vida; y aunque existiese alguno que de tal manera hubiese purificado su ánimo que nada pudiese ya turbarle ni extraviarle, no ha llegado, sin embargo, á la inocencia sino pecando.

VII. Habiendo nombrado á los dioses, propondré al príncipe el mejor ejemplo que puede imitar, siendo para sus súbditos lo que quisiera que los dioses fuesen para él. ¿Le convendría que las divinidades fuesen inexorables con sus faltas y errores? ¿le convendría que le persiguiesen hasta el último castigo? ¿Qué Rey puede estar seguro de que los arúspices no recogerán sus restos? Y si los dioses, en su indulgencia y justicia, no castigan en el acto con el rayo los crímenes de los poderosos, ¿cuánto más justo es que el hombre colocado sobre los demás hombres ejerza su poder con dulzura, y se pregunte si el aspecto del mundo notiene más atractivo y encanto para los ojos en día despejado y sereno que en medio de los repetidos fragores del trueno que conmueven el espacio y de los relámpagos que brillan por todas partes? Ahora bien, el espectáculo de una autoridad apacible y moderada igual es al de un cielo sereno y despejado. El reinado cruel es tumultuoso y está lleno de tinieblas; los pueblos se estremecen y espantan ante repentino ruido, y ni el mismo que todo lo perturba puede permanecer tranquilo. Con más facilidad se excusa al hombre particular la obstinación en la venganza, porque puede encontrarse ofendido, y el resentimiento procede de la injuria; puede temer además el desprecio y

que parezca debilidad y no clemencia no devolver la ofensa al que le ultrajó. Mas aquel á quien es fácil la venganza, si renuncia á ella, obtiene seguramente fama de bondadoso. En posición humilde hay más libertad para levantar la mano, disputar, trabar pendencia y dejarse llevar de la ira: los golpes son ligeros entre iguales; en un Rey degradan la majestad hasta los gritos é intemperancias de lenguaje.

VIII. ¿Consideras cosa grave privar á los reyes de la facultad de hablar que hasta los más humildes tienen? «Esto es, dicen, servidumbre y no imperio.» Y bien; ¿no comprendes que el imperio nos pertenece, y á tí la servidumbre? Muy diferente es la condición de aquellos que permanecen ocultos entre la multitud de la que no sobresalen, porque sus virtudes necesitan combatir mucho para conseguir brillar, y sus vicios permanecen envueltos en la oscuridad. Pero tus acciones y palabras las recoge la fama, y nadie debe cuidarse tanto de la reputación que conseguirá, como aquel que ha de obtenerla grande, sean los que quieran los actos que se la merezcan. ¿Cuántas cosas no te están permitidas que gracias á tí nos lo están á nosotros? En cualquier parte de la ciudad puedo pasear libremente y sin temor, aunque nadie me acompañe, ni tenga en casa espadá, ni la lleve al costado: tú, en medio de tu tranquilidad necesitas vivir armado. No puedes separarte de tu fortuna, que te asedia, y á cualquier parte que vayas te persigue consu imponente aparato. La esclavitud de la grandeza suprema consiste en no poder rebajarse, pero esta necesidad te es común con los dioses, á quienes el cielo retiene cautivos, siéndoles tan imposible descender, como para tí poco seguro. Encadenado estás á tu grandeza. Pocos sienten nuestros movimientos: podemos ir, venir, cambiar de costumbres sin que el público se entere; á tí no te es más permitido que al sol el ocultarte. Resplandeciente luz te rodea y todos los ojos se fijan en ella. Crees salir y te elevas sobre el horizonte: no puedes hablar sin que resuene tu voz

en todas las naciones: no puedes irritarte sin que todo se estremezca: y de la misma manera, no puedes castigar á un hombre sin quebrantar todo lo que le rodea. Así como el rayo cae con peligro de corto número y con profundo miedo de todos, así también los arrebatos de los poderes supremos esparcen el terror mucho más lejos que el mal; y no sin razón, porque en quien todo lo puede, menos se atiende á lo que hace que á lo que podría hacer. Además, en los hombres privados la paciencia después de las injurias recibidas expone á recibir otras nuevas; pero la clemencia aumenta la seguridad de los reyes. Los rigores frecuentes reprimen el odio de corto número é irritan el de todos, siendo necesario que cese la voluntad de castigar con dureza antes de que cese la causa. No haciéndolo así, de la misma manera que en los árboles podados brotan numerosas ramas y ciertas plantas retoñan en matorral cuando se las ha cortado, la crueldad de los reyes aumenta el número de sus enemigos al destruirlos. Porque los padres y los hijos de los que fueron muertos, y sus parientes y sus amigos ocupan el puesto de cada uno de los que sucumbieron.

IX. Quiero demostrarte la verdad de lo que digo con un ejemplo doméstico. El divino Augusto fué emperador clemente no juzgándole sino desde el principio de su imperio. Mas cuando la república tuvo muchos amos, su mano empuñó la espada: á la edad en que te encuentras tú ahora, apenas salido de los diez y ocho años, ya había clavado su puñal en el seno de sus amigos; ya había amenazado por medio de emboscadas el pecho del cónsul M. Antonio y había sido compañero de los proscritos. Pero cuando hubo pasado de los cuarenta años, durante su permanencia en las Galias, recibió aviso de que L. Cinna, hombre de escaso ingenio, le tendía asechanzas. Dijéronle cómo y cuándo había de herirle, siendo el denunciador uno de sus cómplices. Decidió Augusto vengarse de él, y

reunió en consejo á sus amigos. Aquella noche la pasó con mucha inquietud, porque pensaba que iba á condenar á un joven noble, íntegro, exceptuando este delito, y nieto de Cn. Pompeyo. Ya no podía matar ni á un solo hombre; y sin embargo, con M. Antonio había dictado el edicto de proscripción en medio de una cena. Gemía y pronunciaba palabras entrecortadas y contradictorias: «¿Cómo! ¿consentiré que mi asesino marche tranquilo cuando yo estoy ansioso? ¿No habrá de ser castigado el que amenaza una cabeza tantas veces perdonada por las guerras civiles, que ha escapado de tantos combates navales y terrestres, y cuando la tierra y los mares están tranquilos pretende, no matarme, sino inmolarme?» porque se proponía herirle durante el sacrificio. Después con un intervalo de silencio, alzando más la voz, se irritaba más contra sí mismo que contra Cinna: «¿Por qué vives, si tantos desean tu muerte? ¿Cuándo terminarán los suplicios? ¿cuándo se detendrá la sangre? Para los jóvenes nobles soy una cabeza pregonada, contra la que aguzan sus lanzas. No vale tanto la vida que, por no morir yo, hayan de morir tantos.» Al fin, le interrumpió su esposa Libia. «Admites, le dijo, el consejo de una mujer? Haz lo que hacen los médicos: cuando no bastan los remedios ordinarios, emplean los contrarios. La severidad no te ha servido: á Salvidieno siguió Lepido; á Lepido, Murena; á Murena, Cœpión; á Cœpión, Egnatio; no menciono á los otros que se avergüenzan de haberse atrevido á tanto: emplea ahora la clemencia. Perdona á L. Cinna; está descubierto: ya no puede dañarte y puede ser útil para tu gloria.» Satisfecho por el hallazgo de abogado, dió gracias á la esposa, despidió á los amigos que había convocado á consejo y llamó á Cinna solo; hizo despejar su cámara, y después de mandar colocar un asiento para Cinna: «Lo primero que te pide, dijo, es que no me interrumpas, que no me interpeles mientras hablo: en seguida podrás hacerlo

tú libremente. Te encontré, oh Cinna, en el campo de mis adversarios, no por haberte hecho enemigo mío, sino porque como tal habías nacido: te concedí la vida y te devolví todo tu patrimonio. Hoy eres tan rico y feliz que el vencido causa envidia á los vencedores. Pides el sacerdocio, y rechazando muchos competidores, cuyos padres habían combatido á mi lado, te lo concedo. Cuando tanto he merecido de tí, has decidido asesinarame.» Al oír esto, exclamó Cinna que no se le había ocurrido tal demencia. «Mal cumples tu promesa, Cinna, dijo; habíamos convenido en que no me interrumpirías. Repito que quieres asesinarame.» En seguida indicó el paraje, los cómplices, el día, el plan de la conjuración y quién había de clavar el puñal. Viéndole en seguida con los ojos bajos y guardando silencio, no tanto por respeto á lo prometido como por la conciencia de su crimen: «¿Qué te propones? le dijo. ¿Ser príncipe tú? digno de compasión es, á fe mía, el pueblo romano si yo soy el único obstáculo entre el imperio y tú. Ni siquiera puedes defender tu casa; hace poco tiempo has sucumbido en un juicio privado ante la influencia de un liberto: ¿y te parece cosa fácil ahora litigar contra César? Consiento en ello, si soy el único impedimento para tus esperanzas; pero ¿te soportarán los Paulos, los Fabio Máximo, los Cosso, los Servilios, y esa larga lista de nobles, no de los que ostentan títulos vanos, sino de los honrados por las imágenes de sus mayores?» No repetiré todo su discurso, que ocuparía mucha parte de este escrito, siendo cosa averiguada que habló más de dos horas para prolongar aquel suplicio, que era el único que le preparaba. «Cinna, dijo, te concedo la vida por segunda vez; la primera fué á un enemigo, ahora á un traidor y parricida. Comience hoy nuestra amistad: luchemos en lealtad, yo al darte la vida, y tú al debérmela.» Después de esto, le ofreció espontáneamente el consulado, censurándole no haberse atrevido á pedirlo: y no tuvo amigo más fiel; fué

su único heredero, y en lo sucesivo nadie le tendió asechanzas.

X. Tu abuelo perdonó á los vencidos, porque de no perdonarlos, ¿sobre quiénes hubiese reinado? En los campos enemigos reclutó á Salustio, y á los Coceyos, y á los Delios, y á toda la cohorte de los que obtenian la primera admisión. Por su clemencia se había atraído ya á los Domicios, Mesalas, Asinios, Cicerones, y toda la flor de Roma. ¡Y cuán tarde dejó morir al mismo Lépido! Durante muchos años le permitió conservar las insignias del mando, y solamente después de su muerte consintió recibir el pontificado máximo, prefiriendo que se le llamase honor y no despojo. Esta clemencia le produjo seguridad y reposo: ella fué la que le hizo amable y amado, aunque impuso su yugo á cabezas que todavía no estaban acostumbradas á él, ella fué la que hoy le merece la fama que rara vez acompaña á los príncipes, ni siquiera mientras viven. Creemos, y no por mandato, que Augusto es un dios. Reconocemos que fué un buen príncipe, que mereció el nombre de padre, y no por otra razón sino porque los ultrajes, que para los príncipes son más sensibles casi siempre que los crímenes, jamás le provocaron á la crueldad; porque ante las palabras ofensivas se limitó á reír; porque parecía que se castigaba al castigar; porque después de condenar á los cómplices de los adulterios de su hija, en vez de mandarles á la muerte, los alejó dándoles órdenes escritas para garantir su seguridad. Ahora bien, si se considera cuántos hay dispuestos á secundar las iras de los príncipes y á obsequiarles con la sangre ajena, perdonar es algo más que salvar la vida; es asegurarla.

XI. Esto hizo Augusto, anciano, ó al menos cuando los años le inclinaban á la vejez. En la juventud fué impetuoso, iracundo, y mucho realizó que después consideraba con tristeza. Nadie se atrevería á comparar con tu clemencia la del divino Augusto, aunque se comparase su edad, más

que madura, con tus años juveniles. Fué, sin duda alguna, clemente y moderado, pero después de haber teñido con sangre romana las ondas del Accio, después de destrozár contra las costas de Sicilia su armada y las de sus enemigos, después de los sacrificios de Perusa y de las proscripciones. Por mi parte no llamo clemencia á la crueldad cansada. La verdadera clemencia, oh César, consiste, como la que tú ostentas, en no comenzar por arrepentirse de las crueldades pasadas, en no tener mancha alguna, en no derramar nunca la sangre de los ciudadanos. La verdadera templanza de ánimo en el poder supremo, la que merece el amor del género humano, de la patria común, que ahora te está consagrada, se reconoce en que, lejos de dejarse inflamar por las pasiones, arrastrar por la temeridad ó corromper por los ejemplos de los príncipes sus predecesores, hasta intentar experiencias para saber hasta qué punto se puede abusar de los súbditos, embota la espada del poder. Tú has hecho, oh César, que nuestra ciudad esté incruenta, y esta gloria de que se regocija tu alma generosa «de no haber derramado en todo el orbe ni una sola gota de sangre,» es tanto más grande, tanto más admirable, cuanto que nunca se confió la espada á manos tan juveniles. La clemencia, pues, lleva consigo no solamente mas honor, si que también mayor seguridad, siendo á la vez ornamento de los imperios y su apoyo más robusto. ¿Por qué, si no, envejecen los reyes y transmiten su trono á sus hijos y á sus nietos, mientras que el reinado de los tiranos es corto y execrado? ¿Qué diferencia media entre un tirano y un rey (su fortuna y su poder son iguales aparentemente), sino que el tirano es cruel por placer, y el rey por razón y necesidad?

XII. «¿Cómo! ¿no suelen matar los reyes?» Siempre que lo exige la utilidad; pero la crueldad está en el corazón de los tiranos. Así, pues, el tirano se diferencia del rey por las acciones, no por el nombre. Con mucha razón

puede preferirse Dionisio el viejo á muchos reyes, y muy bien puede llamarse tirano á L. Sila, que no dejó de matar hasta que le faltaron enemigos. ¿Qué importa que descendiese de la dictadura y recobrase la toga, cuando no hubo tirano más sediento de sangre humana que el que hizo degollar á la vez á siete mil ciudadanos romanos? Y cuando, cerca del campo de la matanza, sentado en el templo de Belona, escuchaba los gritos de tantos millares de hombres que caían bajo el filo de la espada, dijo al Senado estremecido: «Continuemos, padres conscriptos; están ejecutando por orden mía á un corto número de sediciosos,» no mentía; para Sila, aquel número era muy corto. Pero muy pronto se oyó á aquel mismo Sila exclamar: «Sepamos, por la manera de irritarse contra los enemigos, cómo debe tratarse á los ciudadanos que toman el nombre de enemigos y se han separado del cuerpo del Estado.» Indudable es que, como he dicho, la clemencia establece profunda diferencia entre el rey y el tirano: aunque uno y otro se encuentren rodeados de las mismas armas, el primero se sirve de ellas para asegurar la paz, el otro para reprimir intensos odios por medio de inmenso terror. Ni siquiera contempla sin miedo las mismas manos á que se ha confiado, y los excesos le llevan á los excesos contrarios; porque se le odia, porque se le teme y quiere que se le tema porque se le odia, citando aquel verso execrable que á tantos príncipes ha precipitado:

Oderint dum metuant... (1).

¡Desgraciado de aquel que no sabe hasta dónde llega la rabia cuando los odios rebasan la copa! El temor moderado contiene los ánimos; pero cuando es continuo y violento, cuando constantemente recuerda los últimos suplicios, despierta la audacia en los espíritus abatidos é impulsa á

(1) Que me odien con tal que me teman.

intentarlo todo. A los animales salvajes se les retiene en un cerco de cuerdas y plumas, pero si el jinete los acomete por la espalda con el hierro en la mano, intentarán la fuga á través de lo que antes temían, derribarán y pisotearán el espantajo. El valor más terrible es el desarrollado por la extrema necesidad. Conveniente es que el temor deje alguna seguridad y haga entrever más esperanza que peligro; de otra manera, si por ser tranquilos no han de temblar menos los hombres, prefieren lanzarse al peligro y sacrificar la vida de otro. El rey amable y templado tiene seguro apoyo en aquellos que emplea para el bien de todos; y el soldado, satisfecho de ver que se le dedica á la seguridad pública, soporta con gusto todos sus trabajos, porque custodia á un padre. En cuanto al tirano hosco y sanguinario, necesariamente han de odiarle hasta sus mismos satélites.

XIII. Nadie puede tener ministros fieles y de buena voluntad cuando los emplea como máquinas de tortura, potros y herramientas de suplicio, cuando les arroja hombres como á bestias feroces: cada vez más culpable en sus actos, más suspicaz porque teme á los hombres y á los dioses, testigos y vengadores de sus maldades, llega al punto de no poder cambiar de costumbres. Entre sus otros males, la crueldad tiene de pésimo que es necesario perseverar en ella, siendo imposible el regreso al bien. Los crímenes necesitan apoyarse en otros crímenes, ¿y quién más desgraciado que el que por necesidad ha de ser malo ya? ¡Oh, cuán digno es de compasión, al menos para sí mismo, porque sería crimen en los demás compadecer á aquel que ha señalado su poder con homicidios y rapiñas, para el que todo se ha hecho sospechoso en derredor, dentro y fuera de él; que teme las armas y ha de recurrir á las armas; que no cree ni en la fidelidad de sus amigos ni en el amor de sus hijos! Cuando contempla todo lo que ha hecho, todo lo que debió hacer; cuando examina su

conciencia llena de crímenes y de tormentos, frecuentemente teme la muerte, con más frecuencia la desea, siendo más odioso á sí mismo que á sus esclavos. Por el contrario, aquel á quien está encomendado el cuidado de todas las cosas, aunque vigile unas más que otras, alimenta todas las partes de la república como si formasen cuerpo con él; que inclinado á la clemencia, muestra su repugnancia á emplear remedios duros, hasta cuando es útil castigar; aquel en cuyo ánimo nada hay hostil y cruel; que tranquilamente ejerce un poder saludable; que quiere hacer amable su mando á los ciudadanos; que se estima dichoso si puede hacerles partícipes de su fortuna; afable en las palabras, fácilmente asequible, de cariñoso semblante á propósito para captarse los pueblos; que acoge plácidamente las peticiones justas, y contesta sin acritud las iniecuas, á éste le aman todos, le reverencian y defienden. Lo mismo que hablan de él en público se dice en particular. Deséanse hijos, y la esterilidad, señal de daño público, desaparece, creyendo cada cual que merece bien de sus hijos, mostrándoles tan hermoso siglo. Un príncipe así, protegido por sus beneficios, no necesita guardias; las armas solamente son adorno para él.

XIV. ¿Cuál es, pues, su deber? El de los buenos padres, que acostumbran á reprender á sus hijos, en tanto con dulzura, en tanto con amenazas, y algunas veces les corrigen con golpes. ¿Hay alguien con mente sana que desherede á su hijo á la primera falta? Necesario es que delitos graves y frecuentes agoten su paciencia; necesario es que las faltas que teme sean más grandes que las que castiga para que se decida á sentencia irrevocable. Primeramente intenta todos los medios para corregir un carácter indeciso, inclinado ya á lo peor, y solamente cuando todo está perdido recurre á las medidas extremas. No se llega á los castigos supremos sino después de agotar todos los remedios. Lo que hace el padre debe hacerlo el príncipe,

al que hemos llamado padre de la patria sin que nos moviese vana adulación, porque los demás títulos solamente son honoríficos. Les hemos llamado grandes, y felices, y augustos, aglomerando cuantos honores podíamos sobre su ambiciosa majestad, aunque estos epítetos solamente se dirigían á sus personas; pero llamamos al príncipe padre de la patria para que comprendiese bien que se le confiaba un poder completamente paternal, es decir, templado, previsor siempre para sus hijos y mirando constantemente sus intereses como los propios. Que el padre se decida con dificultad á separar un miembro suyo; que hasta después de separado desee colocarlo de nuevo en su lugar; que al cortarlo gima, después de haber vacilado mucho tiempo. El que condena pronto, está cerca de condenar con placer: el que castiga demasiado, está cerca de castigar injustamente. Recordamos á Erixon, caballero romano, que fué herido á puñaladas por el pueblo en el Foro, por haber matado á su hijo á latigazos, pudiendo apenas la autoridad de Augusto César sacarle de las manos de los padres y los hijos irritados.

XV. Habiendo T. Ario sorprendido á su hijo en flagrante delito de parricidio, le formó proceso y le condenó á destierro, admirando que se contentase con el destierro, y destierro muy dulce, porque le relegó á Marsella, concediéndole igual pensión anual que antes de su crimen. Por medio de esta generosidad consiguió que en una ciudad en la que hasta los mayores malvados encuentran siempre defensores, nadie dudara que el condenado fuese realmente culpable cuando le condenaba un padre que no podía odiar. Por este mismo ejemplo podrás comparar al buen príncipe con el buen padre. Cuando juzgó á su hijo, T. Ario invitó á su consejo á César Augusto, quien acudió á los penates privados y tomó asiento en el consejo de familia extraña. No dijo: «Que venga á mi palacio.» De hacerlo así, el juez hubiese sido César y no el padre. Oída la causa

y discutidas todas las pruebas, tanto las que presentó el joven como las que se alegaban en contra suya, pidió Augusto que cada cual diese por escrito su opinión, por temor de que la de César fuese la de todos. En seguida, antes de que se desplegasen los escritos, declaró que no aceptaría la herencia de T. Ario, que era muy rico. Dirá alguno que había debilidad de carácter en el temor de que se creyese que por medio de la condenación de un hijo quería abrir paso á sus esperanzas. Yo pienso lo contrario. Cualquiera de nosotros hubiese podido tener, contra las interpretaciones malignas, bastante confianza en el testimonio de buena conciencia; pero los príncipes deben conceder mucho á la fama. Juró, pues, que no aceptaría la herencia. Verdad es que Ario perdió en el mismo día otro heredero; pero César conquistó la libertad de su voto, y después de haber demostrado que su severidad era desinteresada, cosa que un príncipe debe tener presente siempre, dijo: «Que sea desterrado al punto que designe su padre.» No votó el saco, ni las serpientes, ni la prisión, atendiendo no al juzgado, sino al juicio á que asistía. Creyó que un padre debía contentarse con el castigo menos severo para un hijo, joven aún, que había sido excitado al crimen y que lo había intentado con timidez parecida á la inocencia: parecióle que bastaba alejarle de la ciudad y de la presencia de su padre.

XVI. ¡Oh, príncipe digno de ser llamado al consejo de los padres! ¡Digno de ser instituido heredero con los hijos inocentes! Esta es la clemencia que conviene al príncipe; esta es la que lleva la moderación á todas partes donde se ostenta. Que ninguno parezca tan vil que no sienta su pérdida el rey: sea como quiera, forma parte del Imperio. Pidamos á la autoridad inferior ejemplos para la autoridad soberana. Muchas maneras hay de mandar: el príncipe manda á sus súbditos, el padre á sus hijos, el preceptor á sus discípulos, el tribuno ó el centurión á sus soldados.

¿No se consideraría como padre pésimo aquel que castigase cruelmente á sus hijos hasta por la falta más ligera? ¿Quién será preceptor más digno de enseñar las ciencias liberales, aquel que sea verdugo de sus discípulos, si les es infiel la memoria, si su vista no es bastante rápida para leer sin vacilar, ó aquel que para instruirles y corregirles prefiere reprimirles y avergonzarles? Dame un tribuno ó un centurión cruel: hará desertores que merecerán perdón. ¿Acaso es justo mandar á los hombres con más rigor y dureza que á las bestias? Pues el domador no asusta con repetidos golpes á los caballos, que se harían asombradizos y reacios si no se les acariciase con blanda mano. Otro tanto hace el cazador cuando enseña perros jóvenes á seguir la pista, ó cuando después de haberles enseñado los emplea en levantar y perseguir la pieza. No les amenaza incesantemente, porque enfriaría su ardor y todo su fuego se extinguiría bajo la enervadora influencia del miedo; pero tampoco les deja libertad de separarse y correr al acaso. Añade á estos ejemplos el de las bestias de carga, hasta las más perezosas, que, aunque nacidas para los malos tratamientos, la crueldad excesiva las obliga á sacudir el yugo.

XVII. Ningún animal más arisco que el hombre; ninguno para cuya dirección se necesite mayor arte; ninguno que haya menester mayor indulgencia. ¿Qué hay, en verdad, más insensato que avergonzarse de mostrar indignación contra jumentos y perros y hacer que la condición peor sea la del hombre sometido al hombre? Curamos las enfermedades sin irritarnos contra ellas; ahora bien, el vicio es una enfermedad del alma que exige suave tratamiento y médico cariñoso con el enfermo. De mal médico es desesperar para no curar. Lo mismo debe hacer, en cuanto á la curación de las enfermedades del alma, aquel á quien está encomendada la salud de todos, no desvaneciendo toda esperanza ni declarando mortales los síntomas. Que luche contra los vicios, que resista, que afee á

los unos su enfermedad, que engañe á los otros con tratamiento suave y cúrelos más pronto y con mayor seguridad con medicamentos disfrazados. Cuide atentamente el príncipe, no sólo de sanar, sino de no dejar más que cicatrices honrosas. Ninguna gloria resulta al rey de la crueldad de los castigos: ¿quién duda de su poder? pero existe una muy grande, si domina su violencia, si arranca muchos á la ira ajena y no sacrifica ninguno á la suya.

XVIII. Laudable es mandar con moderación á los esclavos, y no debes pensar hasta qué punto puedas hacerles sufrir con impunidad, sino lo que te permiten sobre ellos la ley del bien y de la equidad, que manda perdonar hasta á los cautivos y comprados por dinero. ¿Y no es más justa aún cuando manda no abusar, como de un esclavo, del hombre libre, noble y honrado, sino tratarle como á ciudadano que dominas por tu rango y que te está entregado en tutela y no en servidumbre? Los esclavos encuentran asilo junto á la estatua del príncipe: aunque se puede todo con ellos, cosas hay que prohíbe contra el hombre el derecho común de los séres; porque todo hombre tiene la misma naturaleza que tú. ¿A quién no había de ser más odioso Vedio Polión que á sus mismos esclavos, cuando engordaba sus lampreas con sangre humana y hacía arrojar á los que le ofendían en un vivero lleno de verdaderas serpientes? ¡Hombre digno de mil muertes, ora reservase para su mesa las lampreas á que arrojaba sus esclavos para que les devorasen, ora no las tuviese sino para alimentarlas de esta manera! De la misma manera que se señalan en toda la ciudad los amos crueles como objetos de odio y execración, así también la injusticia é infamia de los reyes se despliega en vasto teatro, entregándose su nombre á la abominación de los siglos. ¡Cuánto mejor hubiese sido no nacer, que contarse entre los nacidos para desgracia de los demás!

XIX. Imposible es imaginar nada más bello para el im-

perante que la clemencia, sean los que quieran el modo y el derecho con que haya sido colocado sobre los demás. Confesaremos, sin embargo, que mayores son su brillo y grandeza cuando se ejerce en el poder soberano que no puede ser dañoso si sigue las leyes de la naturaleza. Esta, en efecto, estableció los reyes, como podemos comprender observando á los demás animales, entre otros, las abejas, cuyo rey ocupa la celdilla más espaciosa en el punto más céntrico y seguro. Exceptuado además de toda carga, examina el trabajo de los demás, y muerto, todo el enjambre se dispersa; nunca soportan más de uno, y buscan el más esforzado en los combates. Además, este rey se distingue por su forma, diferenciándose de las demás por su magnitud y belleza y distinguiéndose principalmente en esto. Las abejas son muy irascibles, y, con relación á su tamaño, muy ardientes en los combates; siempre dejan el aguijón en la herida; el rey, por el contrario, no tiene aguijón. La naturaleza no ha querido que fuese cruel ni que ejerciese venganzas que costarían muy caras; le quitó el dardo y dejó desarmada su ira. Grande ejemplo es este para los reyes. La naturaleza se revela en los detalles pequeños y ofrece en sus menores obras lecciones para las cosas grandes. Avergoncémonos de no llegar á la sabiduría de esos animalillos, cuando la moderación nos es mucho más necesaria por ser nuestra violencia mucho más desastrosa. ¡Ojalá estuviese el hombre sometido á la misma ley, que se rompiesen sus armas con su cólera, que no pudiese descargar más que un solo golpe ni ejercer su odio con fuerzas ajenas! Fácilmente se cansaría el furor si por sí mismo se satisficiese y no emplease su fuerza sino con peligro de muerte. Sin embargo, ni aun con los medios actuales se puede darle curso con seguridad; porque necesariamente ha de temerse tanto como se quiso ser temido; hay que vigilar todas las manos, creerse amenazado hasta cuando no existen conspiraciones y no tener momento libre de

terror. ¿Habrà alguno que consienta en soportar vida tan desdichada, cuando es posible, sin hacer daño á los demás y, por consiguiente, sin temor, ejercer con satisfacción de todos los saludables derechos del poder? Porque se engaña quien crea que existe seguridad para el rey allí donde nada hay seguro de él. La seguridad no se obtiene sino por seguridad recíproca. No es necesario construir elevados castillos, ni fortificar las escarpadas pendientes de las colinas, ni cortar á pico las montañas, ni encerrarse en parajes rodeados de múltiples torres y murallas; la clemencia da seguridad á los reyes en campo abierto. Un solo muro hay inexpugnable: el amor de los ciudadanos. ¿Qué cosa más bella que vivir rodeado de las bendiciones de un pueblo entero, que no alza sus plegarias bajo la vigilancia de satélites? ¿Cuando á la primera sospecha de enfermedad brota no esperanza sino temor; cuando nadie posee nada tan precioso que no esté dispuesto á cambiarlo por la salud del jefe; cuando cada cual está persuadido de que lo que ocurra al príncipe le alcanzará también á él? Con estos asiduos testimonios de bondad demostrará que la república no es suya, sino él de la república. ¿Quién se atrevería á tenderle asechanzas? ¿quién no querría separar, si pudiese, los reveses de la fortuna de aquel bajo el que reinan la justicia, la paz, el pudor, el orden y la dignidad, y la opulenta ciudad goza de todos los bienes en abundancia? A la presencia del soberano anímanse los ciudadanos con los mismos sentimientos que experimentaríamos ante los dioses inmortales si se dignaran mostrarse á nosotros para recibir nuestros homenajes y adoraciones. ¿Cómo no? ¿acaso no está muy cerca de los dioses aquel que se conforma, en su conducta, con su naturaleza, siendo benéfico, liberal, y poderoso para hacer bien? Esto hay que desear, esto hay que imitar; el más grande debe á la vez ser el mejor.

XX. Por dos razones suele castigar el príncipe: se ven-

ga ó venga á otro. Hablaré primeramente de la parte que le concierne, porque es más difícil moderarse cuando uno se venga por ira que cuando se venga para ejemplo. Superfluo es aquí recomendarle no creer fácilmente, profundizar la verdad, proteger la inocencia y demostrar que, á sus ojos, el asunto de que se trata no tiene menos importancia para el juez que para el acusado: todo esto pertenece más bien á la justicia que á la clemencia. Ahora exhortamos al príncipe, cuando la ofensa es manifiesta, á que sea dueño de su ánimo, á dilatar el castigo, si puede hacerlo sin peligro, y si no, á moderarlo; á mostrarse, en fin, más indulgente en cuanto á las injurias propias que en cuanto á las ajenas. Porque de la misma manera que no es generoso el que hace liberalidades con bienes ajenos, sino el que da de lo suyo; así también llamo clemente no al príncipe que perdona con facilidad las injurias ajenas, sino á aquel que cuando sufre sus propias heridas no se deja dominar por la ira; que comprende es de ánimo levantado soportar las injurias en la cumbre del poder, y que nada hay tan glorioso como un príncipe impunemente ofendido.

XXI. La venganza suele producir dos resultados: consuelo pasajero para el que recibió la injuria, ó seguridad para el porvenir. Ahora bien, la posición del príncipe está demasiado elevada para que necesite consuelo, y su poder es sobradamente manifiesto para que intente mostrar fuerza por medio del mal ajeno. Solamente hablo en el caso de que le hayan injuriado y atacado inferiores; porque si ve por debajo de él á los que en otro tiempo eran sus iguales, bastante vengado está. Un esclavo, una serpiente, una flecha, matan á un rey; mas para salvar á uno es necesario ser más poderoso que el salvado. El que puede dar y quitar la vida debe, pues, usar con nobleza de este magnífico presente de los dioses, sobre todo con aquellos que sabe ocuparon el mismo rango que él: desde el momento en que

es árbitro de su suerte, su venganza está satisfecha y les ha impuesto sin duda alguna verdadero castigo. Deber la vida es perderla, y todo aquel que desde lo alto de la grandeza cayó á los pies de su enemigo y tuvo que esperar la sentencia de otro sobre su cabeza y su corona, solamente vive para la gloria de su salvador, y más contribuye á su fama viviendo que si le hubiese hecho desaparecer. Diariamente sirve de trofeo á la virtud de otro; llevado en triunfo, hubiese pasado en seguida. Pero si el vencedor ha podido sin peligro dejarle también su reino y colocarle de nuevo en el trono de que cayó, ¡á qué inmensa altura se eleva la fama de aquel que se contentó con no tomar de un rey vencido más que la gloria! Esto es triunfar de su misma victoria y demostrar que nada ha encontrado entre los vencidos que fuese digno del vencedor. En cuanto á los ciudadanos, á los desconocidos y humildes, necesario es tratarlos con tanta mayor moderación cuanto menor es el mérito de haberles vencido. Perdona de buen grado á los unos, desdeña vengarte de los otros y retira tu mano como se hace de esos débiles insectos que la manchan al ser aplastados; pero en cuanto á aquellos cuyo castigo ó perdón lo aclamará la voz de toda la ciudad, espera para usar de la clemencia á que una ocasión la haga conocer.

XXII. Pasemos á las injurias ajenas, en cuyo castigo se ha propuesto la ley tres fines que debe proponerse también el príncipe: corregir al que castiga, hacer mejores á los demás con el ejemplo del castigo y asegurar la tranquilidad de los buenos reduciendo el número de los malos. A los culpables les corregirás mejor con penas moderadas, porque se cuida más de la propia reputación cuando aun queda en ella algo intacto. Nadie atiende á la dignidad destruída, y es manera de impunidad no perder ya nada por el castigo. Las costumbres públicas se corrigen mejor con sobriedad de penas, porque la multitud de delincuentes crea la costumbre del delito; la censura es menos sensible

cuando la atenúa la muchedumbre de censurados, y la severidad pierde, al prodigarse, la autoridad que constituye la eficacia del remedio. El príncipe asegura las buenas costumbres y extirpa los vicios cuando se muestra tolerante, no como quien aprueba, sino como quien no llega al castigo sino á pesar suyo y con mucho dolor. La misma clemencia del soberano avergüenza al delincuente, y el castigo parece mucho más severo cuando lo dicta un juez benigno.

XXIII. Verás, por otra parte, que los delitos que se cometen con más frecuencia son aquellos que más frecuentemente se castigan. Tu padre, en cinco años, hizo coser en el saco más parricidas que se habían cosido en todos los siglos anteriores: los hijos no se mostraron tan atrevidos para cometer el último de los crímenes mientras no existió ley contra esta maldad. Por altísima prudencia y conocimiento profundo de la naturaleza de las cosas, sapientísimos varones prefirieron pasar en silencio este delito, como crimen imposible y superior á los límites de la audacia, á mostrar, castigándolo, que era posible cometerlo. Así es que los parricidas comenzaron con la ley, y el castigo enseñó el delito, y el amor filial quedó muy malparado en cuanto vimos más sacos que cruces. En la ciudad en que se castiga rara vez, se establece un contrato de inocencia, cultivándose esta virtud como una propiedad pública. Júzguese inocente una ciudad, y lo será; más indignación causan los que se separan de la probidad común, cuando son en corto número. Es peligroso, créeme, demostrar á una ciudad en cuánta mayoría están los malvados.

XXIV. Un edicte del Senado dispuso en otro tiempo que un traje particular distinguiría á los esclavos de los hombres libres, y muy pronto se comprendió el peligro que nos amenazaba si nuestros esclavos comenzaban á contarnos. Ten presente que lo mismo puede temerse si no se perdona á nadie, porque en seguida se verá cuánto

mayor es la parte mala de la ciudad. No es menos deshonorosa para el príncipe la multitud de suplicios, que la multitud de funerales para el médico. Al que manda con dulzura se le obedece con mejor voluntad. El espíritu humano es naturalmente rebelde, y luchando contra los obstáculos y la contradicción, mejor sigue que se deja llevar. De la misma manera que se rige mejor al corcel noble y generoso cuando el freno es suave, así la inocencia marcha por impulso voluntario y espontáneo en pos de la clemencia, contemplándola la ciudad como tesoro digno de ser conservado: por este camino se obtiene indudablemente más. La crueldad es vicio que nada tiene de humano, y es indigna de la dulzura de nuestra naturaleza. Rabia de fiera es complacerse en la sangre y las heridas, y abdicar el hombre para convertirse en animal silvestre.

XXV. Yo te pregunto, Alejandro; ¿qué diferencia hay entre arrojar á Lisimaco á un león ó desgarrarle con tus propios dientes? Aquella boca ensangrentada es la tuya; la fiera eres tú. ¡Oh cuánto preferirías poseer tú mismo aquellas garras, aquellas fauces bastante anchas para tragar un hombre! No te pediremos que esa mano que lleva á los amigos muerte segura sea clemente para alguno, que ese espíritu cruel, insaciable azote de las naciones, se calme sin muertes y estragos; diremos que eres clemente si para matar á un amigo eliges verdugo entre los hombres. Lo que sobre todo hace execrable la crueldad, es que primeramente traspasa los límites ordinarios, y después los humanos. Busca nuevos suplicios, invoca el auxilio de la imaginación, inventa instrumentos para variar y aumentar el dolor, y se deleita en los sufrimientos de los hombres. Esta terrible enfermedad del ánimo llega al colmo de la demencia cuando la crueldad se ha convertido en voluptuosidad y es goce matar un hombre. Pero á un monstruo así le persiguen la ruina, el odio, el veneno y el puñal, siendo tan grande el número de peligros que le amenazan, como

es grande el número de los amenazados por él; viéndose rodeado en tanto por conjuraciones privadas, en tanto por la indignación pública. Una injuria leve é individual no subleva ciudades enteras; pero la que extiende á lo lejos sus estragos y á todos hiere, en todas partes irrita. Las serpientes pequeñas se escapan, y no se reúnen gentes para matarlas; pero si un reptil excede del tamaño ordinario, si por sus dimensiones llega á ser un monstruo, si envenena las fuentes donde bebe, si abrasa con su aliento, si destruye cuanto encuentra, se le ataca con balistas. Los males pequeños pueden excusarse y pasar desapercibidos; pero cuando el mal es muy grande se sale á su encuentro. Así un enfermo solo no perturba ni siquiera la casa; mas cuando se anuncia la peste por frecuentes defunciones, toda la ciudad gime, huye y pone mano hasta en los mismos dioses. Aparece el incendio en el techo de una casa sola, y la familia y vecinos lo extinguen arrojando agua; pero que el incendio sea grande, que haya devorado ya muchos edificios; derríbese para aislarle una parte de la ciudad.

XXVI. Para vengar crueldades privadas han bastado algunas veces las manos de un esclavo, no obstante el peligro cierto de la cruz; mas para la de los tiranos, las naciones y los pueblos, todos aquellos de quienes eran azote y todos aquellos para quienes amenazaban serlo, se han alzado para destruirla. En ocasiones, sus propios guardias se han sublevado, practicando en ellos las lecciones de perfidia, impiedad y ferocidad que habían recibido. ¿Qué puede esperarse de aquel á quien se enseñó á ser malo? La maldad no obedece por mucho tiempo, ni hace cuanto se le manda. Pero considera que la crueldad está segura: ¿cómo es su reino? como ciudad tomada por asalto, el terrible cuadro del terror público: por todas partes tristeza, alarmas, confusión: témesese hasta el placer. No hay seguridad ni en los festines, en los que la

misma embriaguez ha de cuidar mucho de sus palabras, ni en los espectáculos, en los que se buscan pretextos de crímenes y peligros. ¿Qué importa que, con grandes gastos, se ostente pompa real y aparezcan los nombres de artistas ilustres? ¿Quién se complace en espectáculos públicos dentro de una cárcel? ¿Qué delirio, oh dioses, matar, atormentar, gozar con el ruido de cadenas, decapitar ciudadanos, derramar por todas partes por donde se pasáran ríos de sangre, y ver, al presentarse, que todo tiembla y huye! ¿Qué otra vida se tendría si reinasen osos y leones, si las serpientes y los animales más dañinos tuviesen potestad sobre nosotros? Y es de notar que estos seres irracionales, á los que condenamos por el crimen de crueles, no dañan á los de su especie, siendo la semejanza salvaguardia entre las fieras. Mas la rabia del tirano no perdona á los suyos: extraños y propios son iguales para él: la muerte de los individuos es ejercicio que le dispone para el exterminio de las naciones. Lanzar la antorcha incendiaria sobre las casas y pasar su arado sobre ciudades antiguas, á esto llama poder: ordenar la muerte de uno ó de dos le parece poco real, y si multitud de desgraciados no tiende el cuello á la vez, cree que se cohibe su crueldad. La verdadera felicidad consiste en asegurar la suerte de muchos, traerles de la muerte á la vida, y merecer, por la clemencia, la corona cívica. No existe ornamento más digno de la majestad de un príncipe, que la corona que se concede por haber salvado ciudadanos; siéndoles inferiores las armas arrebatadas á enemigos vencidos, los carros teñidos con la sangre de los Bárbaros, y los despojos conquistados en la guerra. Salvar pueblos enteros, es poder divino; hacer morir á muchos y hasta al azar, es el poder del incendio y el estrago.

LIBRO SEGUNDO.

I. Impulsóme á escribir de la clemencia, oh Nerón César, una frase tuya, que no te oído pronunciar sin admiración, y que con ella también he repetido á los demás. Frase generosa inspirada á un alma grande por hermosa magnanimidad; que no fué estudiada ni pronunciada para oídos extraños, sino que brotó espontáneamente, poniendo de manifiesto la lucha de tu bondad con los deberes de tu posición. Tu prefecto Burrho, varón esclarecido y honrado con tu amistad, obligado á castigar á dos ladrones, te rogaba escribieses sus nombres y la causa de su condenación: después de muchas dilaciones, instaba para que se hiciese justicia, y cuando, á pesar suyo, te presentaba la sentencia, y á tu pesar la recibiste, lanzaste esta exclamación: «¡Quisiera no saber escribir!» ¡Oh palabras dignas de que las oyesen todos los pueblos que habitan el Imperio romano, y todos aquellos que en nuestras fronteras gozan de dudosa libertad, y todos aquellos que tienen bastante fuerza y valor para alzarse contra nosotros! ¡Oh palabras dignas de ser trasmitidas á la asamblea de todos los mortales, para llegar á ser fórmula del juramento de prin-

cipes y reyes! ¡Oh palabras dignas de la inocencia primitiva del género humano, dignas de resucitar aquellas edades antiguas! Ahora sin duda es cuando conviene caminar de acuerdo con lo justo y lo bueno, desterrar el deseo de los bienes ajenos, manantial de todos los malés del alma; despertar la piedad, la rectitud á la vez que la buena fe y la moderación; ahora es cuando tras el abuso de largo reinado, los vicios van á dejar paso á un siglo de pureza y felicidad.

II. Permitido nos es, oh César, esperar y vaticinar este porvenir que en gran parte nos está reservado: esta dulzura de tu alma se propagará, penetrará poco á poco todos los miembros del Imperio, y todos se formarán á tu semejanza. En la cabeza está el principio de la salud; de aquí procede que todo sea activo y vigoroso, débil y lánguido, según que el ánimo se encuentre sano ó enfermo. Y los ciudadanos y los aliados serán dignos de esa bondad, y en todo el orbe renacerán las buenas costumbres, en todas partes desaparecerá la violencia. Sufre que continúe aún hablando de tí, no para acariciar tu oído, que no es tal mi costumbre, porque preferiría ofenderte con la verdad, á lisonjearte con la adulación: ¿con qué objeto, pues? con el de familiarizarte todo lo posible con lo que has hecho, con lo que tan acertadamente has dicho, para trocar en principio reflexivo lo que hasta ahora solamente es arranque de buen carácter. Considero conmigo mismo que se han introducido entre los hombres máximas atrevidas, pero detestables, que por todas partes se han difundido, como ésta: «Que me odien con tal que me teman:» á la que se parece este verso griego: «Arda la tierra después de mi muerte;» y otras semejantes. No comprendo cómo ingenios monstruosos y execrables han podido crear, cuando la materia se prestaba tanto, términos tan enérgicos y violentos; mientras no había escuchado hasta hoy ninguna frase apasionada de lo dulce y benéfico.

Pues bien, esas sentencias que te han hecho odiosa la escritura y que rara vez firmas, sino á despecho y después de larga vacilacion, es sin embargo indispensable firmarlas algunas veces; pero también es necesario que lo hagas después de muchas dudas y largos aplazamientos.

III. Mas para evitar que nos engañe á las veces el seductor nombre de clemencia y nos lleve al defecto contrario, veamos en qué consiste esta virtud, cómo es y cuáles sus límites. Clemencia es la moderación de un alma que tiene poder para castigar; ó es la indulgencia de un superior para con el inferior en la aplicación de castigos. Más seguro es proponer muchas definiciones por temor de que una sola no abarque bien todo el asunto, y pequemos, por decirlo así, por vicio de fórmula: así pues, decirse puede también que la clemencia es inclinación del alma á la dulzura, cuando es necesario castigar. Otra definición existe que encontrará contradictores, aunque se acerca mucho á la verdad. Si decimos que la clemencia es la moderación que suprime algo del castigo debido y merecido, objetaráse que no hay virtud que haga menos de lo que es debido. Sin embargo, todos comprenden que la clemencia consiste en imponer menos castigo que podría imponerse en justicia. Los ignorantes creen que su opuesto es la severidad, pero no existe virtud que sea contraria á otra virtud.

IV. ¿Qué se opone, pues, á la clemencia? La crueldad, que no es otra cosa que la dureza de alma en la aplicación de castigos. Pero existen gentes que, sin aplicar castigos, son sin embargo crueles; como aquellos que matan á desconocidos y transeuntes no por provecho, sino por el placer de matar. Y no se contentan á las veces con matar, sino que quieren atormentar; como Sinis, como Procusto, como los piratas que abruman á golpes á los prisioneros y los arrojan vivos al fuego. Esta es la crueldad; pero como no es consecuencia de venganza (porque no ha habido ofensa), como no se ejerce sobre culpables (porque no le

ha precedido ningún crimen), encuéntrase fuera de nuestra definición, que solamente comprende el rigor excesivo en la aplicación de castigos. Podemos decir que no es crueldad, sino ferocidad, buscar goces en los tormentos ajenos; podemos decir que es locura, porque existen diferentes especies de locura, y ninguna es tan evidente como la que llega hasta la muerte y los tormentos. Llamo, pues, crueles á los que, con motivos justos para castigar, no guardan conveniente moderación. Así era Phalaris, á quien se censura, no á la verdad haber castigado inocentes, sino de haber excedido en sus castigos los límites de la humanidad y la justicia. Para huir de cavilaciones, podemos definir la crueldad, inclinación del alma hacia el rigor. Esto es lo que rechaza lejos de sí la clemencia: porque es cosa cierta que puede estar de acuerdo con la severidad. Pertinente es á nuestro asunto examinar aquí qué sea la misericordia. Muchos hay que la consideran como virtud, y llaman bueno al varón misericordioso; y sin embargo, es vicio del ánimo. La crueldad y la misericordia están muy cerca, una de la severidad, otra de la clemencia: debemos, pues, evitarlas por temor de que, bajo apariencia de severidad, caigamos en la crueldad, y bajo apariencia de clemencia, en la misericordia. En este último caso es menos peligroso el error, pero siempre hay error en separarse de la verdad.

V. Así como la religión honra á los dioses y la supersición les ofende, así también los varones buenos ejercerán clemencia y mansedumbre y evitarán la misericordia. Esta es el vicio del ánimo débil que sucumbe ante los males ajenos, por cuya razón es tan familiar hasta entre los malvados. Vense ancianas que se conmueven hasta llorar por los mayores culpables, y si pudiesen, derribarían la puerta de su prisión. La misericordia no considera la causa, sino solamente el infortunio; la clemencia va unida á la razón. Bien sé que los indoctos consideran mal á la es-

cuela de los estoicos, como demasiado dura, como incapaz de dar buenos consejos á los príncipes y reyes. Censúranla que niega al sabio el derecho de compadecer y el de perdonar. La doctrina expuesta de esta manera, sería repugnante, porque parecería que no dejaba esperanza á los errores humanos y entregaría á los castigos todos los delitos. Siendo esto así, ¿á qué esta filosofía que mandaría olvidar los deberes de humanidad, y que, prohibiéndonos el auxilio recíproco, nos cerraría el puerto más seguro contra la adversidad? Pero ninguna escuela es más benévola y dulce; ninguna más amiga de los hombres, más cuidadosa del bien general; porque enseña no solamente á ser caritativo, á ser útil á sí mismo, sino que también á vigilar los intereses de todos y de cada uno. La misericordia es dolor del ánimo ocasionado por la presencia de las miserias de otro; ó bien tristeza ocasionada por los males ajenos, que imagina no ser merecidos. Ahora bien; el dolor no alcanza al sabio: su mente está despejada siempre, sin que pueda oscurecerla ningún acontecimiento. Nada le conviene mejor que ánimo fuerte, y no puede ser fuerte su ánimo si el temor y la aflicción le blandean, le oscurecen y oprimen. Nada de esto acontecerá al sabio, ni siquiera en sus propias desgracias, sino que rechazará y verá romperse á sus pies todos los reverses de la fortuna. Constantemente conservará el mismo rostro sereno é impassible, lo cual no podría conseguir si se dejase dominar por la tristeza. Añade que el sabio es previsor y tiene vigilante siempre la razón, y nunca lo que es trasparente y puro procede de lo removido y turbado. Ahora bien; la tristeza es inhábil para distinguir los objetos, calcular lo útil, evitar los peligros y apreciar lo justo. Así, pues, no compadecerá las miserias ajenas, porque necesitaría para ello hacer miserable su mente; en cuanto á las demás cosas que suelen hacer los misericordiosos, las hará de buena voluntad, pero con distinto ánimo.

VI. Enjugará las lágrimas ajenas, pero sin llorar; ofrecerá su mano al náufrago, hospitalidad al desterrado, limosna al indigente; no esa limosna humillante que la mayor parte de los que quieren pasar por caritativos arrojan con desdén al desgraciado á quien socorren, y cuyo contacto les repugna, sino que dará como hombre á hombre del patrimonio común. Devolverá el hijo á las lágrimas de la madre, romperá las cadenas del esclavo, sacará de la arena al gladiador, y hasta enterrará el cadáver del criminal. Mas hará todo esto con tranquilidad de espíritu é inalterable semblante. Así, pues, el sabio nunca será misericordioso, pero será caritativo, será útil á los demás; porque ha nacido para servir de apoyo á todos, para contribuir al bien público, del que á cada cual ofrece una parte: su bondad alcanza hasta á los malvados, que, cuando hay ocasión, reprende y corrige. Pero en cuanto á los afligidos y á los que sufren con constancia, les auxiliará con mucha mejor voluntad. Cuantas veces pueda se interpondrá entre ellos y la fortuna; ¿qué mejor uso podrá hacer de sus riquezas y fuerzas que restableciendo lo que la fortuna ha destruído? Su rostro y su espíritu no se abatirán al ver la extenuación y harapos del mendigo, ni su ancianidad, que necesita el apoyo del bastón; pero socorrerá á cuantos lo merezcan, y de la misma manera que los dioses, dirigirá favorable mirada á su infortunio. La misericordia es vecina de la miseria, de la que tiene y toma algo. Nótase que los ojos son débiles cuando lloran al ver llorar; de la misma manera es señal de enfermedad y no de alegría reír siempre que se ve reír, como abrir la boca siempre que otro bosteza. La misericordia es enfermedad de almas demasiado sensibles á la miseria: exigirle del sabio es casi exigirle lamentaciones y gemidos en los funerales de un extraño.

VII. Diré por qué no perdona. Establezcamos primeramente qué es el perdón, para convencernos de que el sabio

no puede concederlo. Perdón es remisión de castigo merecido. ¿Por qué no debe concederlo el sabio? Ampliamente desarrolladas se encuentran las razones en los que han tratado de esto. Por mi parte, lo diré con brevedad, como refiriendo opinión ajena. Se perdona al que debería ser castigado: ahora bien, el sabio no hace nada de lo que no debe hacer, ni omite nada de lo que debe realizar: así, pues, no remite la pena que debe imponer, pero lo que quiere obtenerse por el perdón lo concede por camino mucho más honroso; porque el sabio tolera, aconseja y corrige. Hace lo mismo que si perdonara y no perdona, porque perdonar es confesar que se omite algo que debería hacerse. Reprenderá á uno, pero no le castigará, atendiendo á su edad, que le permite enmendarse: á otro, á quien su crimen expone al odio público, asegurará la salvación, porque delinquirá seducido ó embriagado. Despedirá á los enemigos con la vida salva, algunas veces con elogios, si empuñaron las armas por honroso motivo, por la fe jurada, por alianza, por la libertad. Estas cosas no serán obras de perdón, sino de clemencia. La clemencia tiene libre albedrío: no juzga por fórmulas, sino por el bien y la equidad. Permitido le está absolver y tasar los castigos en el precio que le conviene. Al obrar de esta manera no pretende anular la justicia, sino que sus sentencias se ciñan á lo más justo. Ahora bien, perdonar es no castigar lo que se juzga perdonable. Perdón es remisión del castigo debido: el primer efecto de la clemencia es declarar que los indultados no debían padecer otra pena. Es, por consiguiente, más completa y honrosa que el perdón. En mi opinión, esta es controversia de palabras; pero se está de acuerdo en cuanto al asunto. El sabio remitirá gran número de castigos; conservará considerable número de hombres de mente enferma, pero que pueden sanar. Imitará al diestro agricultor, que no cultiva solamente los árboles rectos y elevados, sino que aplica puntales para enderezar aquellos que una causa

cualquiera ha torcido. Poda los unos para que las ramas no detengan su crecimiento; abona á los débiles que languidecen en suelo empobrecido, y á aquellos que están cubiertos por extraña sombra, les abre el cielo. Siguiendo estos ejemplos, el sabio perfecto examinará de qué manera debe tratarse cada espíritu para atraer al bien á los que se han pervertido.

CUESTIONES NATURALES.

LIBRO PRIMERO.

PREFACIO.

Tanto como se diferencia la filosofía de las demás artes, óptimo Lucilio, otra tanta diferencia encuentro yo en la filosofía misma, entre la parte que se ocupa del hombre y la que se refiere á los dioses. Más elevada y atrevida ésta, se ha permitido mucho: no contentándose con lo que se ofrece á nuestra vista, sospechó que la naturaleza había colocado más allá de lo que se ve algo más grande y más bello. En una palabra; entre una y otra filosofía media tanto como entre Dios y el hombre. Enseña la primera lo que debe hacerse en la tierra; la segunda, lo que se hace en el cielo. Una desvanece nuestros errores y trae la luz que ilumina los engañosos caminos de la vida; la otra se eleva sobre esta densa niebla en que nos agitamos, y sacándonos de la oscuridad, nos lleva al manantial de la luz. Gracias doy en verdad á la naturaleza cuando, no contento con su parte pública, penetro hasta en sus misterios más secretos; cuando aprendo de qué elementos se compone el universo; quién es el arquitecto ó conservador; qué es Dios; si está absorto en su propia contemplación, ó si al-

gunas veces inclina hasta nosotros sus miradas; si crea diariamente, ó ha creado una vez sola; si forma parte del mundo ó es el mundo mismo; si todavía hoy puede dar nuevos decretos y modificar las leyes del destino, ó si le es imposible retocar su obra sin descender de su majestad y reconocer que se ha engañado: necesario es sin duda que ame siempre las mismas cosas aquel que solamente puede amar las perfectas, no siendo por esto menos libre ni menos poderoso, porque él mismo es su necesidad. Si no pudiese elevarme á todo esto, para nada habría nacido. ¿A qué regocijarme en este caso por encontrarme en el número de los vivos? ¿por digerir comidas y bebidas? ¿por cuidar este débil y miserable cuerpo que perece en cuanto ceso de rellenarlo? ¿por desempeñar toda mi vida el cargo de enfermero, y temer la muerte para la cual nacemos todos? Quitame este inestimable placer, y no vale la existencia que me extenúe por ella entre fatigas y sudores. ¡Oh, qué pequeño es el hombre mientras no se eleva por encima de las cosas humanas! ¿Qué hacemos de admirable mientras luchamos con nuestras pasiones? La misma victoria, si llegamos á conseguirla, ¿tiene algo de sobrenatural? ¿Debemos gloriarnos porque no nos parecemos á los seres más depravados? No veo por qué razón haya de admirarse nadie al encontrarse más robusto que un enfermo. Mucha distancia hay de la robustez á la salud perfecta. Has escapado de los vicios del alma; no finge tu frente; la voluntad ajena no te hace sujetar la lengua, ni disimular tus sentimientos; huyes de la avaricia, que lo arrebatara todo á los demás para negárselo todo á sí misma; el libertinaje, que prodiga vergonzosamente el dinero que gana por caminos más vergonzosos todavía; la ambición, que no lleva á las dignidades sino por indignas bajezas. Pero nada has hecho hasta ahora; has escapado de muchos escollos, pero no has escapado de tí mismo. La virtud á que aspiramos es magnífica, no porque sea propiamente un bienestar exento

de todo vicio, sino porque engrandece el alma, la prepara al conocimiento de lo celestial y la hace digna de asociarse al mismo Dios. La plenitud y consumación de la felicidad para el hombre, consiste en hollar todo lo malo, elevarse y penetrar en el seno de la naturaleza. ¡Cuánto agrada desde en medio de esos astros entre los que vaga su pensamiento, mirar con desprecio las grandezas de los ricos y la tierra entera con todo su oro, no solamente aquel que ha arrojado de su seno y entregado á los cuños de nuestra moneda, sino también el que guarda en sus entrañas para la codicia de las edades venideras! Para desdeñar esos pórticos, esos artesonados resplandecientes de marfil, esos bosques recortados, esos ríos obligados á pasar por palacios, necesario es haber abarcado todo el ámbito del mundo, y dejado caer desde lo alto una mirada sobre este pequeño orbe terráqueo, cuya mayor parte cubren los mares, y la que sobresale, helada ó abrasada, ofrece espantosas soledades. ¡He aquí, se dirá el sabio, el punto que tantos pueblos se disputan con el hierro y el fuego! ¡Oh, qué ridículos son los confines humanos! El Dacio no pasará el Ister; el Strymon limitará la Tracia; el Éufrates detendrá á los Parthos; el Danubio separará la Sarmática del Imperio romano; el Rhin será el límite de la Germania; el Pirineo dividirá las Galias y las Españas; inmensos desiertos de arena se extenderán entre el Egipto y la Etiopía! Si se concediese á las hormigas la inteligencia del hombre, ¿no harían como él muchas provincias del suelo de una granja? Cuando te hayas elevado á las cosas verdaderamente grandes, siempre que veas marchar ejércitos á banderas desplegadas, y, como si se tratase de algo importante, correr jinetes á la descubierta ó desplegarse sobre las alas, te sentirás movido á decir:

Il nigrum campis agmen..... (1)

(1) La negra legión camina por los campos.

Evoluciones son esas propias de hormigas que se agitan mucho en pequeño espacio. ¿Qué otra cosa las distingue de nosotros sino la pequeñez de su cuerpo? Un punto es este en que navegáis, en que trabáis guerras, en que distribuís imperios, exiguos, aunque no tengan otros límites que los dos Océanos. Allá arriba existen espacios sin término, á cuya posesión se admite nuestra alma, con tal de que solamente lleve consigo la parte más pequeña posible de su envoltura material, y que, purificada de toda mancha, libre de toda traba, sea bastante ligera y bastante parca en sus deseos para volar hasta ellos. En cuanto los toca, se alimenta de ellos y en ellos se desarrolla, encontrándose como libre de sus cadenas y devuelta á su origen. El alma reconoce su divinidad en el deleite que le producen las cosas divinas, que no contempla como ajenas, sino como propias. Con serenidad contempla allí la salida y ocaso de los astros, y las diversas órbitas que recorren sin confusión. Observa desde dónde comienza cada estrella á brillar para nosotros, su grado más alto de elevación, la carrera que recorre y la línea hasta que desciende. Espectadora curiosa, nada hay que no examine é investigue. ¿Por qué no hacerlo? Sabe que todo esto le pertenece. ¡Cuánto desprecia entonces la estrechez de su anterior domicilio! ¿Qué vale el espacio que media entre las costas más apartadas de España y las Indias? Navegación de poquísimos días si hincha las velas buen viento. ¡Pero la región celestial abre carrera de treinta años al astro más rápido de todos que, sin detenerse jamás, camina siempre con igual velocidad! Allí aprende al fin el hombre lo que por tanto tiempo ha buscado, allí aprende á conocer á Dios. ¿Qué es Dios? El alma del universo. ¿Qué es Dios? Todo lo que ves y todo lo que no ves. Si se le concede al fin toda su grandeza, que es mucho mayor de cuanto puede imaginarse, si él solo es todo, toda su obra está llena de él tanto en el interior como en el exterior. ¿Qué diferencia existe, pues, entre la

naturaleza de Dios y la nuestra? Que nuestra parte mejor es el alma, y en Dios nada hay que no sea alma. Dios todo es razón, y en los mortales, por el contrario, tal es su ceguera, que á sus ojos este universo tan bello, tan regular y constante en sus leyes, solamente es obra y juguete del acaso, que rueda entre los fragores del trueno, nubes, tempestades y demás azotes que agitan la tierra y lo inmediato á la tierra. Y esta locura no queda entre el vulgo, sino que se extiende á muchos que quieren pasar por sabios. Hay quienes, reconociendo en sí mismos un espíritu, y espíritu previsor, capaz de apreciar en sus detalles más pequeños lo que les afecta, tanto á ellos como á los demás, niegan á este universo, de que formamos parte, toda inteligencia, suponiéndole arrastrado por fuerza ciega, ó por naturaleza inconsciente de lo que hace. ¿Y no consideras cuán útil es conocer estas cosas y determinar con exactitud sus términos? ¿Hasta dónde alcanza el poder de Dios? ¿Forma él la materia que necesita, ó no hace más que usarla? ¿Es anterior la idea á la materia ó la materia á la idea? ¿Hace Dios todo lo que quiere ó en muchos casos falta objeto á la ejecución, y en repetidas ocasiones salen de manos del Supremo artífice obras defectuosas, no por falta de arte, sino porque los elementos que emplea son contrarios al arte?—Admirar, meditar, estudiar estas grandes cosas, ¿no es elevarse de la esfera de la propia mortalidad y pasar á mundo mejor? Mas ¿para qué, dirás, te servirán estos estudios? Si no para otra cosa, al menos para saber que todo es limitado cuando haya medido á Dios. Pero de esto hablaré después.

I. Vengamos ahora al asunto. Escucha lo que quiere la filosofía que se piense de los fuegos que el aire hace mover en sentido transversal. La oblicuidad de su carrera y su extraordinaria velocidad demuestran la fuerza con que son lanzados. Vese que no se mueven por sí mismos, sino por extraño impulso. Estos fuegos tienen muchas y variadas

formas. A cierto género de éstos les llama Cabra Aristóteles. Si me preguntas por qué, antes habrás de decirme por qué les llaman también Carneros. Si por el contrario, lo que es mejor, suprimimos nosotros estas cuestiones sobre lo que han dicho otros, adelantaremos más investigando la causa de los fenómenos, que extrañando que Aristóteles llamase Cabra á un globo de fuego. Tal fué la forma del que, durante la guerra de Paulo Emilio contra Perseo, apareció tan grande como la luna. Nosotros mismos hemos visto más de una vez llamas que presentaban la figura de enorme globo, pero que se desvanecían en su carrera. Por el tiempo en que murió Augusto se presentó este prodigio; también lo vimos cuando la catástrofe de Seyano, y presagio igual anunció la muerte de Germánico.—¡Cómo! me dirás, ¿tan imbuido estás en los errores que llegas á creer que los dioses mandan señales precursoras de la muerte y que existe algo tan grande en la tierra cuya caída resuene en todo el universo?—Ya hablaremos de eso en otro lugar. Veremos si todos los acontecimientos se desarrollan en orden necesario; si de tal manera se encuentran enlazados, que el precedente sea causa ó presagio del que le sigue. Veremos si los dioses cuidan de las cosas humanas; si la misma serie de las causas revela por señales ciertas cuáles serán los efectos. Entre tanto creo que los fuegos que estamos considerando nacen de violenta compresión del aire, arrojado, sin disiparse, hacia un lado y luchando consigo mismo. De esta reacción nacen vigas, globos, antorchas, incendios. Si la lucha es más débil y el aire solamente se encuentra rozado, por decirlo así, brotan luces más pequeñas y *las estrellas, al correr, arrastran su cabellera*. En estos casos, tenues centellas trazan en el cielo imperceptible y prolongada raya. Así es que no hay noche que no ofrezca este espectáculo, porque no se necesita para él violenta conmoción del aire. En fin, para decirlo brevemente, estos fuegos tienen la misma causa que el rayo,

siendo menos enérgicos. Las nubes que chocan ligeramente producen el relámpago; si el choque es mayor, el rayo. Aristóteles le explica de esta manera: «El globo terrestre exhala muchos y diferentes vapores, unos secos, otros húmedos, algunos helados y otros inflamables.» No es de extrañar que las emanaciones de la tierra tengan naturaleza tan diferente y varia, cuando los mismos cuerpos celestes no se presentan siempre del mismo color, siendo más rubicundo el de la cáncula que el de Marte, y Júpiter solamente tiene el resplandor de luz pura. Necesario es que de esta multitud de corpúsculos que la tierra lanza de su seno y manda á las regiones superiores, lleguen á las nubes alimentos del fuego, capaces de inflamarse por el mutuo choque y hasta por el calor de los rayos solares. Nosotros vemos que la paja embadurnada de azufre se enciende á distancia del fuego. Verosímil es, por consiguiente, que una materia análoga, reconcentrada en las nubes, se inflame fácilmente, produciendo fuegos más ó menos considerables, según que tienen más ó menos fuerza. Nada tan absurdo como imaginar que son estrellas que caen, ó que corren, ó partículas que se elevan y separan de los astros: de ser así, ya hace mucho tiempo que no habría estrellas; porque no hay noche en que no se vean correr muchos fuegos de éstos, arrastrados en diversas direcciones. Ahora bien, cada estrella ocupa su puesto y conserva su magnitud. Dedúcese de aquí que los mencionados fuegos brotan por debajo de ellas y solamente se disipan en su caída porque no tienen foco ni segura parada. ¿Por qué no cruzan también durante el día? ¿Qué pensarían si dijese yo que durante el día no hay estrellas porque no se ven? De la misma manera que desaparecen éstas oscurecidas por el resplandor del sol, así también los fuegos que cruzan el cielo, pero cuyo brillo absorbe la claridad del día. Sin embargo, cuando estallan con bastante fuerza para vencerla, entonces son visibles. Indudable es que nuestra

edad ha visto muchos de éstos, dirigiéndose unos de Oriente á Occidente y otros de Occidente á Oriente. Los marinos consideran presagio de tempestad la abundancia de estrellas errantes; y para que anuncien viento, es necesario que se formen en la región de los vientos, es decir, en el aire, que ocupa el espacio entre la tierra y la luna. En las grandes tempestades aparecen como estrellas adheridas á las velas. En estos casos creen los que peligran que pueden ayudarles Cástor y Pólux; pero lo único que puede tranquilizarles es que aparecen cuando calma la tempestad y decae el viento. Algunas veces estos fuegos giran sin posarse. Navegando Gylipo hacia Siracusa, vió adherirse uno al hierro de su lanza. En los campamentos romanos hanse visto haces de armas como inflamados por el contacto de estas estrellas, que á las veces hieren como el rayo animales y arbustos. Lanzadas blandamente, se deslizan y caen poco á poco sin herir ni dañar. Brotan estos fuegos, en tanto de las nubes, en tanto del aire más tranquilo, si este contiene bastantes partículas inflamables. También truena algunas veces con cielo tranquilo, lo mismo que en medio de la tempestad, y solamente por el choque del aire. Por trasparente y seco que éste sea, siempre es susceptible de compresión y puede formar cuerpos análogos á las nubes que produzcan sonido al chocar. Las vigas, escudos de fuego y cielo inflamado proceden de causas iguales, pero más fuertes obrando sobre la misma materia.

II. Veamos ahora cómo se forman los círculos luminosos que algunas veces rodean á los astros. Dícese que el día en que Augusto regresó de Apolonia á Roma, vióse alrededor del sol un círculo de los variados colores del arco iris: los Griegos llaman *Halo* á este fenómeno, al que nosotros podemos muy bien llamar corona. Expondré de qué manera dicen que se forma. Cuando se arroja una piedra á un estanque, vese que el agua se separa formando muchos círculos, siendo el primero muy pequeño, los otros

más grandes y sucesivamente mayores, hasta que se pierde y desvanece el impulso en la inmóvil superficie de las aguas. Iguales movimientos debemos suponer en el aire cuando, encontrándose condensado, puede experimentar percusión, obligándole los rayos del sol, de la luna ó de cualquier astro á separarse circularmente. El aire, como el agua, como todo lo que recibe una forma y un choque cualquiera, toma la de aquello que la hiera. Es así que todo cuerpo luminoso es redondo; luego el aire herido por la luz tomará la forma redonda. De aquí el nombre de Áreas que dan los Griegos á estos resplandores, porque generalmente son redondos los lugares destinados á macear el grano. No hay razón para creer que estos círculos, llámense áreas ó coronas, se formen en la inmediación de los astros, sino que distan mucho de ellos, aunque parezca que los rodean y coronan. Estas apariciones tienen lugar cerca de la tierra; pero nuestra vista, engañada por su ordinaria debilidad, las coloca alrededor de los mismos astros. Nada de esto puede formarse en torno del sol y de las estrellas donde reina el éter más tenue, porque las formas no pueden imprimirse mas que sobre materia densa y compacta, no teniendo subsistencia ni adherencia en los cuerpos sutiles. En nuestros mismos baños se observa efecto parecido alrededor de las lámparas, por la oscura densidad del aire, y sobre todo por el viento del Mediodía que pone el cielo denso y pesado. Algunas veces se apagan y disuelven insensiblemente estos círculos; otras se rompen en un punto, y los navegantes esperan el viento del lado donde se rompe la corona: el Aquilón, si desaparece por el Septentrión; Favonio, si es en el Occidente. Esto demuestra que estas coronas se forman en la misma parte del cielo en que suelen brotar los vientos. Más allá no se forman las coronas, porque tampoco se forman los vientos. Añade á estas razones que las coronas no se forman sino con aire inmóvil, no viéndose jamás si la atmósfera no se encuentra

en tal estado. El aire tranquilo puede recibir un impulso, tomar una figura cualquiera; el aire agitado escapa hasta á la acción de la luz. No teniendo forma ni consistencia, su primer parte herida desaparece en el acto. Estos círculos, pues, que rodean á los astros nunca podrán formarse sino dentro de un aire denso é inmóvil, y por lo tanto á propósito para retener la línea de luz que la hiere circularmente: así es, en efecto. Repite el ejemplo que cité poco antes. Lánzase una piedra á un estanque, lago ó paraje lleno de agua tranquila, y produce en ella innumerables círculos, efecto que no causa en un río. ¿Por qué? porque corriendo el agua impide que se forme cualquier figura. Lo mismo sucede en el aire: tranquilo, puede recibir una forma; impetuoso y agitado, no presta resistencia y confunde todas las impresiones que recibe. Cuando las coronas se disipan por igual en todos los puntos, desvaneciéndose por sí mismas, acusan quietud del aire; la tranquilidad es igual entonces y puedes esperar agua. Cuando se rompen por un solo lado, el viento sopla de aquel punto. Si se rasgan por muchas partes, sobreviene tempestad. Todos estos casos se explican por lo que expuse más arriba. Porque si toda la figura de la corona se descompone á la vez, queda demostrado el equilibrio, y por consiguiente la tranquilidad del aire. Si se rompe por un lado solo, es que el aire pesa más en aquel punto, y de allí debe venir el viento. Y si la corona se rompe y se fracciona en muchos lados, evidente es que sufre el choque de varias corrientes que agitan el aire en todas direcciones. Esta agitación de la atmósfera, esta lucha y movimiento en todos sentidos, anuncian la tempestad y el inminente combate de los vientos. Las coronas solamente aparecen de noche en derredor de la luna y de otros astros; de día rara vez, por lo que algunos filósofos griegos pretenden que no se forman jamás, á pesar de que consta lo contrario en la historia. Es causa de esta rareza que el sol, teniendo intensa fuerza,

agita, calienta y volatiliza mucho el aire: la acción de la luna no es tan enérgica, y por tanto puede resistirla mejor el aire, y lo mismo puede decirse de los demás astros, que son igualmente incapaces para agitarlo. Imprímese, por consiguiente, su figura en esta materia más consistente y menos fugaz. Debe, por tanto, el aire, ni estar tan compacto que aleje ó rechace la inmersión de la luz, ni tan sutil y tenue que no retenga ningún rayo. Tal es la temperatura de las noches, cuando los astros, cuya densa luz no hiere bruscamente al aire, se retratan en él, porque se encuentra más condensado de lo que ordinariamente lo está durante el día.

III. El arco iris, por el contrario, no aparece de noche, como no sea muy rara vez, porque la luna no tiene bastante fuerza para penetrar las nubes y derramar en ellas los colores que reciben cuando las hiere el sol. La forma de arco y su variedad de colores proceden de que en las nubes hay partes salientes y partes hundidas, unas demasiado densas para dejar pasar los rayos, y otras demasiado diáfanas para cerrarles el paso. De estas desigualdades resultan esos diferentes matices de sombra y de luz y la admirable variedad del iris. También se asigna otra causa á este arco. Cuando se rompe un tubo, vemos que el agua que brota por estrecha abertura presenta los colores del iris, si los rayos del sol la hieren oblicuamente. Lo mismo puede observarse en el trabajo del batanero, cuando, llena la boca de agua, hace llover sobre la tela estirada en marcos tenue rocío, en el que aparecen todos los colores del iris. No dudará que la causa de esto reside en el agua, porque nunca aparece el arco sino en las nubes. Pero investiguemos cómo se forma. Según algunos, existen en las nubes ciertas gotitas penetrables á los rayos del sol, y otras más densas que estos rayos no pueden atravesar: las primeras reflejan la luz, las segundas quedan en la sombra, y por su interposición se forma

un arco, del cual una parte brilla y recibe la luz, mientras que la otra la rechaza y cubre con su oscuridad los puntos inmediatos. Otros niegan que sea así. Podrían pasar por causas únicas la sombra y la luz si el arco tuviese solamente dos colores, si solamente lo formasen luz y sombra.

Sed nunc diversi niteant quam mille colores,
 Transitus ipse tamen spectantia lumina fallit;
 Usque adeo quod tangit idem est, tamen ultima distat (1).

En el iris vemos el rojo, el amarillo, el azul y otras tintas tan delicadamente matizadas como la pintura, que, como dice el poeta, para distinguir entre ellas los colores es necesario comparar las primeras con las últimas, porque la transición es inapreciable, y el arte de la naturaleza es de tal modo maravilloso, que colores que empiezan por confundirse, concluyen por ser diferentes. ¿De qué sirven aquí vuestros dos elementos de luz y sombra, cuando hay que explicar innumerables efectos? Otros explican de esta manera la formación del arco: en la región donde llueve, todas las gotas son otros tantos espejos, pudiendo reflejar la imagen del sol; estas imágenes, reproducidas por modo innumerable, se confunden en su precipitada caída, naciendo el arco de la confusión de multitud de imágenes del sol. Fundan esta opinión en lo siguiente. Expón al sol en día sereno millares de vasijas llenas de agua, y todas reflejarán la imagen de este astro: supón una gota de rocío en cada hoja de un árbol, y cada gota presentará una imagen del sol. Por el contrario, en el estanque más grande solamente aparecerá una imagen. ¿Por qué? porque toda su superficie, circunscrita en sus límites, forma un solo espejo. Divide este inmenso estanque, por medio de

(1) Pero si diferentes colores, engañando á la vista, mezclan el que cesa al que le sigue, ya no es el mismo matiz, y sin embargo todavía parece igual.

paredes, en varios recipientes, y reproducirá tantas imágenes del sol como recipientes haya. Deja el estanque entero, y nunca ofrecerá mas que una imagen. Nada importa que sea un charco ó un lago; estando limitado, es un espejo solo. Así, pues, esas innumerables gotas que se precipitan en lluvia, son otros tantos espejos, otras tantas imágenes del sol. El que mira de frente, solamente ve confuso conjunto, desapareciendo por la distancia el espacio que media entre ellas; así es que, en vez de gotas separadas, solamente se percibe confusa niebla formada por todas ellas. De esta misma manera opina Aristóteles. «Toda superficie lisa, dice, refleja los rayos que la hieren. Es así que nada hay tan liso como el agua y el aire; luego el aire condensado nos devuelve los rayos que le envían nuestros ojos. Nuestra vista es débil, y la repercusión más pequeña del aire la turba. Padecen algunos la enfermedad que consiste en figurarse que siempre salen al encuentro de sí mismos, viendo su imagen en todas partes. ¿Por qué? porque la escasa fuerza de sus ojos no puede penetrar siquiera el aire inmediato, sino por el contrario, éste la resiste. Así, pues, lo que el aire denso hace en todos, en éstos lo hace el débil, bastando el más tenue para rechazar su pobre rayo visual; mientras que para rechazar la vista ordinaria necesitase que el aire sea bastante denso, bastante impenetrable para detener y obligar á la visual á volver á su punto de partida. Las gotas de lluvia son otros tantos espejos, pero tan pequeños, que solamente pueden reproducir el color sin la figura del sol. Ahora bien, cuando estas innumerables gotas cayendo sin intermisión reflejan un mismo color, no deben reproducir multitud de imágenes distintas, sino una sola prolongada y continua.—¡Cómo! dirás, ¿supones muchos miles de imágenes donde no veo ninguna? ¿Y por qué teniendo el sol un color solo tienen sus imágenes matices tan diferentes?—Para rechazar estas objeciones y otras que también es necesario desvanecer, conviene

que diga lo siguiente: nada hay tan engañoso como la vista, no solamente en cuanto á los objetos que, por la distancia, no son claramente perceptibles, sino que también en cuanto á los que tiene más cercanos. En el agua más trasparente parece quebrada la rama más derecha. Las manzanas vistas debajo de un vaso parecen mucho mayores. El intervalo entre las columnas desaparece al final de un pórtico largo; y, volviendo á mi asunto, el mismo sol, que la razón nos demuestra ser mucho mayor que la tierra, tan pequeño aparece á nuestros ojos, que algunos sabios solamente le han dado un pie de diámetro. Ninguno ve moverse el astro que sabemos es más rápido de todos, y no se creería que avanza, si no viésemos los progresos de su carrera. Este mundo que gira inclinado sobre sí mismo, con tanta velocidad, que en un momento va de Oriente á Occidente, ninguno de nosotros lo siente caminar. No asombre, pues, si nuestra vista no percibe los intervalos de las gotas de lluvia, y no puede distinguir á tanta distancia esa infinidad de imágenes diminutas. No cabe duda en que el arco iris es imagen del sol recibida en nube cóncava y cargada de lluvia, demostrándolo así el hecho de no aparecer nunca sino opuesto al sol, en lo alto del cielo ó en el horizonte, según que el astro descende ó asciende y alternativamente. Muchas veces se encuentra la nube lateral al sol, y no recibiendo directamente su imagen no forma arco. La variedad de colores depende de que unos proceden del sol y otros de la misma nube: la nube presenta líneas azules, verdes, purpúreas, amarillas y encendidas, variedades que proceden de dos tintas solas, una clara y otra oscura. Así también, la misma concha no da siempre á la púrpura el mismo tinte, dependiendo las diferencias de maceración más ó menos larga, de los ingredientes más espesos ó más líquidos con que se ha impregnado la tela, del número de inmersiones y cocciones á que se la ha sometido y, en fin, si se la ha teñido una ó muchas

veces. No es, pues, extraño que dos cosas, el sol y una nube, es decir, un cuerpo y un espejo, encontrándose uno enfrente de otro, reflejen tan grande variedad de colores que pueden repartirse en mil matices más fuertes ó mas suaves; porque uno es el color del rayo ígneo y otro el del pálido y débil. En otras muchas cosas investigamos á tientas cuando no encontramos nada que pueda coger la mano, y nuestras conjeturas tienen que ser aventuradas: aquí vemos claramente dos causas, el sol y la nube; y como el arco nunca aparece en cielo despejado ni bastante cubierto para ocultar al sol, necesariamente ha de ser efecto de estas dos causas, porque en faltando una, no existe.

IV. Síguese de esto, y no con menor evidencia, que la imagen es devuelta como por un espejo, porque siempre lo es por oposición, es decir, cuando enfrente del objeto visible se encuentra el que refleja. Los geómetras nos dan razones que no persuaden, sino que obligan al convencimiento, y para nadie es dudoso que si el arco reproduce mal la imagen del sol, es por defecto del espejo y de su configuración. Aduzcamos nosotros algunos raciocinios que fácilmente puedan comprenderse. Entre las pruebas del defectuoso desarrollo del arco, enumero la rapidez de su formación: un momento despliega en el espacio este vasto cuerpo, este tejido de espléndidos matices, y otro momento lo destruye; ahora bien, nada se reproduce tan rápidamente como la imagen en el espejo, porque el espejo no hace el objeto, sino que lo muestra. Artemidoro Pariano determina cómo debe ser la nube para reproducir de esta manera la imagen del sol. «Si hacéis, dice, un espejo cóncavo de una esfera partida por la mitad, colocándoos fuera del foco veréis en él á todos los que estén á vuestro lado más cerca de vosotros que del espejo. Lo mismo sucede cuando vemos por de lado una nube redonda y cóncava: destácase la imagen del sol, se nos acerca y se vuelve

de nuestro lado. El color de fuego procede, pues, del sol, y el azul de la nube; la mezcla del uno y del otro produce todos los demás.»

V. En contra de esto se dice: Hay dos opiniones acerca de los espejos: según unos, lo que se ve en ellos son simulacros, es decir, figuras de nuestros cuerpos; según otros, la imagen no está en el espejo, sino que vemos los cuerpos mismos por la reflexión del rayo visual, que vuelve atrás. Pero no importa nada para el asunto saber cómo vemos lo que vemos, sino que la imagen debe ser igual al objeto cual si la reflejase un espejo. ¿Qué hay menos parecido que el sol y un arco que no representa ni el color, ni la figura ni el tamaño de este astro? El arco es más largo, más ancho; la parte radiante tiene color rojo más intenso que el sol, y el resto presenta colores muy diferentes de los de aquél. Además, si comparas al aire con un espejo, debes mostrarme una superficie igualmente pulida, igualmente plana, igualmente brillante. Pero ninguna nube se parece á un espejo; con frecuencia pasamos por medio de ellas y no nos vemos. Los que suben á la cumbre de las montañas, ven debajo las nubes, y sin embargo no ven su imagen. Concedo que cada gota de agua sea un espejo; pero niego que la nube esté formada de gotas. Contiene sin duda con qué formarlas, pero no están realmente formadas; ni tampoco tienen agua las nubes, sino materia que se convertirá en agua. Te concederé también que existen innumerables gotas en la nube y que reflejan los objetos; pero no reflejan todas el mismo, sino cada una el suyo. Reune muchos espejos y no confundirán sus reflejos en uno solo, sino que cada espejo parcial reproducirá la imagen del objeto opuesto. Existen espejos formados por multitud de espejitos; si enfrente de él colocas un hombre, te parecerá ver un pueblo, porque cada espejito reproduce una imagen. En vano se cuida de adaptar bien estos espejitos; no por esto deja cada cual de reflejar una figura y de

un hombre solo hacer una multitud. Pero no en confuso montón, sino que las figuras están repartidas una á una en cada fragmento, mientras que el iris es un arco único, continuo, presentando en su conjunto una figura sola. —¡Cómo! dirán, ¿el agua que escapa de un tubo roto ó que levanta el remo, no ofrece algo de los colores del iris?— Cierto es, más no por la razón que aduces, es decir, que cada gota de agua reciba la imagen del sol. Las gotas caen con demasiada rapidez para poder reproducir esta imagen. Necesario es que se detengan para que reciban la impresión y la reproduzcan. Pero ¿qué sucede? que reproducen el color y no la imagen. Además, como elegantemente ha dicho Nerón César:

Colla Cytheriacæ splendent agitata columbæ (1);

y también el del pavo real, al menor movimiento resplandece con matices irisados. ¿Habremos de dar el nombre de espejos á plumas cuya naturaleza es tal que á cada nueva inclinación producen nuevos colores? Ahora bien, no son menos diferentes las nubes de los espejos que las aves que cito, que los camaleones y otros animales que cambian de color, bien por sí mismos, cuando les inflama la cólera ó el deseo, y el humor derramado por debajo de la piel les llena de manchas, bien por la dirección de la luz, que hiriendoles de frente ú oblicuamente les cambia el color. ¿En qué se parecen las nubes á los espejos, no siendo éstos diáfanos y dejando aquéllas pasar la luz? Los espejos son densos y compactos, las nubes vaporosas; los espejos están formados por completo de la misma materia, las nubes de elementos diferentes reunidos al azar, y por tanto discordes sin duradera cohesión. Además, á la salida del sol vemos enrojecer una parte del cielo; algunas veces contemplamos nubes de color de fuego. ¿Por qué, si pueden to-

(1) El cuello de las palomas de Citerea brilla al moverse.

mar del sol este color, no han de poder tomar también otros muchos, aunque no tengan las propiedades del espejo? —Poco ha, añadirán, aducías entre tus razones para probar que el arco aparece siempre enfrente del sol, la de que el espejo mismo solamente refleja los objetos que tiene delante.—En esto estamos conformes. Porque así como es necesario oponer al espejo aquello de que queremos reciba la imagen, de la misma manera para que la nube quede coloreada es necesario que el sol ocupe posición conveniente: no se produciría el efecto si la luz brillase por todas partes, siendo indispensable para que tenga lugar determinada dirección de los rayos solares. Esto dicen los que quieren que se admita la coloración de la nube. Posidonio y los demás que creen que el efecto se produce como en un espejo, responden: «Si en el arco existiese algún color, sería permanente y aparecería tanto más intenso cuanto más cerca de él se estuviese. Mas la imagen del arco, brillante desde lejos, se apaga á medida que nos acercamos.» No admito esta contestación, aunque apruebo el fondo de la idea. ¿Por qué? Lo diré. Verdad es que la nube se colora, pero de tal manera que el color no es visible por todas partes, como tampoco lo es la nube misma; los que están dentro de ella no la ven. ¿Puede extrañar que no vea el color aquel que no ve tampoco la nube? Es así que la nube existe aunque no se vea; luego también el color. No es, pues, argumento para demostrar la no existencia del color el que no aparezca cuando nos acercamos, porque lo mismo sucede con las nubes, que no dejan de ser reales porque no se vean. Cuando te dicen también que el sol da color á la nube, no has de entender que el color la penetra como cuerpo duro, estable y permanente, sino como cuerpo fluido y tenue que solamente recibe pasajera impresión. Existen además algunos colores que solamente son perceptibles á distancia. Cuanto más bella es y mejor saturada está la púrpura de Tiro, más alta se ha de colocar

para que ostente todo su esplendor. Y no puede decirse que carezca de color porque su brillantéz no aparece en cualquier sentido en que se muestre. Opino lo mismo que Posidonio, esto es, que el arco se forma en una nube que tiene figura de espejo cóncavo y redondo, cuya figura sea semiesférica. Sin el auxilio de los géómetras es imposible demostrarlo, y éstos enseñan, con argumentos que no dejan duda, que es la imagen del sol desemejante. No todos los espejos son fieles. Los hay que no nos atrevemos á mirarlos: tanto alteran y descomponen el rostro de los que en ellos se contemplan, afeando la semejanza. Mirando otros, podría formarse elevada idea de las propias fuerzas: tanto abultan los músculos y aumentan más allá de lo natural las proporciones de todo el cuerpo. Algunos colocan á la derecha lo que está á la izquierda, otros contornean las cosas ó las invierten. ¿Puede asombrar que un espejo de este género, que solamente reproduzca una imagen imperfecta del sol, pueda formarse también en una nube?

VI. Entre las demás pruebas debe mencionarse la de que el arco nunca forma más que un semicírculo, que es tanto menor cuanto más alto se encuentra el sol. Nuestro Virgilio dice:

.....Et bibit ingens
Arcus (1),

pero esto sucede cuando es inminente la lluvia; no anunciando iguales pronósticos en cualquier parte en que se encuentre. A mediódía anuncia lluvias abundantes que no puede disipar el sol en toda su fuerza por ser demasiado considerables. Si brilla á Poniente, debe esperarse rocío, ó menuda lluvia. Si aparece al Oriente ó cerca de él, promete tiempo sereno. Mas, ¿por qué, si el arco es un reflejo del

(1) Y bebe el inmenso arco...

sol, se muestra mucho mayor que este astro? Porque hay tales espejos que tienen la propiedad de reproducir los objetos mucho más grandes que los ven, y dar á las formas extraordinario desarrollo, mientras que otros las disminuyen. Díme tú por qué se encorva en semicírculo si no es porque responde á un círculo. Explicarás quizá de dónde procede la diversidad de colores, pero no explicarás su forma si no presentas un modelo á que se ajuste. Es así que no existe otro que el sol, al que confiesas debe el color; luego también la forma. Finalmente, convienes conmigo en que las tintas con que se colora una parte del cielo proceden del sol. Una sola cosa nos separa: tú crees que esas tintas son reales; yo creo que son aparentes. Pero sean reales ó aparentes, del sol proceden, y no explicarás por qué desaparecen de pronto cuando todos los colores no desaparecen sino insensiblemente. De mi parte están esta aparición y desaparición repentinas, porque es propio del espejo no reproducir la imagen poco á poco y por detalles, sino en conjunto y de pronto, no siendo menos rápida la imagen para desaparecer que para presentarse; porque para que aparezca ó se disipe basta presentar ó retirar el objeto. El arco no es sustancia, cuerpo esencial de las nubes, sino una ilusión, una apariencia sin realidad. ¿Quieres la prueba? Desaparecerá el arco si se vela el sol. Que otra nube oculte el sol, el arco se borra. Pero el iris es algo más grande que el sol. He dicho poco ha, que hay espejos que aumentan todo lo que reproducen. Añadiré que todos los objetos vistos á través del agua, parecen mucho más grandes. La escritura menuda y embrollada, leída á través de un globo de cristal lleno de agua, aparece mayor y más clara. Las frutas nadando en cristal, parecen más bellas de lo que son; los astros, más grandes á través de una nube, porque los rayos visuales, flotando en un flúido, no pueden apreciar exactamente la figura de los objetos. Esto aparece manifiesto

si llenas de agua un vaso y arrojas dentro un anillo, que por más que permanezca en el fondo, su imagen está siempre en la superficie. Todo lo que se ve á través de un líquido cualquiera, es mucho más grande que el natural. ¿Puede, pues, extrañar que aumente de la misma manera la imagen del sol, visto en la humedad de una nube, puesto que concurren á ello dos causas á la vez? porque en la nube hay algo de vítreo que es trasparente, y algo de agua, que si aun no existe en ella, tiene sin embargo sus elementos en los que ha de resolverse.

VII. Puesto que has mencionado el vidrio, me dirás, tomaré argumento de él para contradecirte. Fabricarse suelen baquetas de vidrio estriadas ó con muchos ángulos salientes á manera de clava retorcida, las cuales, si reciben transversalmente los rayos del sol, presentan los colores del iris, lo que prueba que no es la imagen solar, sino la imitación de los colores por repercusión.—En este argumento hay mucho que me favorece. En primer lugar, demuestra que se necesita un cuerpo bruñido y análogo á un espejo que retrata el sol; además que no son los colores los que se forman entonces, sino manera de falsos colores como aquellos que, según dije antes, aparecen y desaparecen en el cuello de las palomas, según se vuelven en este ó en aquel sentido: esto mismo sucede en el espejo, que, como se ve, no tiene color en sí mismo, sino como semejanza de color ajeno. Una sola cosa queda por explicar, y es que en la varilla no se ve la imagen del sol, porque no está bien dispuesta para reproducirla. Verdad es que tiende á reproducirla, puesto que está formada de materia pulida y apropósito para ello; pero no puede, porque su forma es irregular. Si se construyera convenientemente, reproduciría tantos soles cuantas faesen sus facetas; pero no estando éstas bastante separadas, ni teniendo bastante brillo para producir el efecto de un espejo, inician solamente la imagen sin reproducirla por completo, y en-

contrándose todas las imágenes muy próximas, se confunden, presentando sólo una línea coloreada.

VIII. Mas ¿por qué no forma el arco círculo completo y solamente deja ver la mitad en su mayor prolongación? Algunos opinan así sobre esto. Estando el sol mucho más alto que las nubes, solamente las ilumina por la parte superior, de lo que se sigue que la luz no alcanza á la interior. No recibiendo el sol mas que por una parte, solamente puede reproducir una parte de la imagen, que nunca pasa de la mitad. Esta razón no es muy poderosa. ¿Por qué? porque por alto que se encuentre el sol siempre ilumina toda la nube, y por consiguiente la colora. ¿Cómo no, si sus rayos la traspasan y penetran en toda su densidad? Estos que así opinan dicen una cosa que les perjudica. Porque si el sol se encuentra alto, y por tanto solamente ilumina la parte superior de la nube, el arco no bajará jamás hasta la tierra, cuando en realidad llega á ella. Por otra parte, el arco está siempre en oposición con el sol, encuéntrese éste más alto ó más bajo, porque hiere todo lo que tiene enfrente. Además, el sol poniente suele producir arcos, y ciertamente en estos casos recibe la luz la parte inferior de la nube, por encontrarse el astro muy cerca de la tierra. Sin embargo, solamente aparece un semicírculo, aunque la nube reciba los rayos solares en su parte inferior y más densa. Los nuestros que pretenden que la nube refleje el sol como un espejo, la suponen cóncava y como segmento de esfera, que no puede reproducir el círculo entero, puesto que él mismo no pasa de ser parte de círculo. Admito la idea, pero rechazo la conclusión; porque si un espejo cóncavo puede representar toda la imagen de un círculo, nada impide que la mitad de este espejo reproduzca un globo entero. Ya hemos hablado de círculos que aparecen alrededor del sol y de la luna en forma de arcos: ¿por qué son completos estos círculos y nunca lo es el arco iris? Además, ¿por qué reciben siempre

el sol nubes cóncavas y nunca planas ó convexas? Aristóteles dice que después del equinoccio de otoño, puede formarse el arco á cualquier hora del día, pero que en estío solamente se forma al amanecer ó al declinar el sol. Manifiesta es la razón de esto. En primer lugar, en medio del día, encontrándose el sol en toda su fuerza, disipa las nubes cuyos elementos dispersos no pueden reflejar la imagen del astro. Por el contrario, al amanecer y cuando declina al ocaso, tiene menos fuerza, y por tanto pueden resistir las nubes y reflejar. Además, el arco no se forma ordinariamente sino cuando el sol está enfrente de la nube, y en los días cortos se encuentra siempre oblicuo. Así, pues, en cualquier hora del día y por alto que se encuentre, nubes tiene que puede herir directamente. En estío es vertical con relación á nosotros, y á mediodía especialmente se encuentra muy alto y en línea muy recta para que puedan presentarse nubes de frente, estando todas entonces debajo de él.

IX. Hablemos ahora de esas *varas* no menos brillantes y matizadas que el iris y que consideramos también como señales de lluvia. Como no son otra cosa que arcos imperfectos, no son difíciles de explicar. Tienen sin duda coloreado aspecto, pero no se encorvan, sino que se prolongan en línea recta, formándose comúnmente cerca del sol, en alguna nube húmeda que comienza á lieuarse. Tienen por tanto iguales colores que el arco, diferenciándose solamente en la figura, porque es diferente la de nubes en que se extienden.

X. La misma variedad existe en las *coronas*; pero estas coronas se forman en todas partes y alrededor de todos los astros: el iris solamente aparece en oposición del sol, y las varas luminosas en su inmediatez. También puedo establecer de este modo las diferencias: la corona dividida será un arco; reducida á la línea recta será una vara. En todos estos fenómenos es múltiple el color, resultando de

la combinación del azul y del amarillo. Las varas están siempre cerca del sol; el arco es necesariamente solar ó lunar; las coronas pueden formarse alrededor de todos los astros.

XI. Otra especie de varas existen, y son rayos luminosos que atraviesan las nubes por los intervalos que las separan, escapando en líneas rectas y divergentes y siendo también señales de lluvia. ¿Qué haré ahora? ¿cómo les llamaré? ¿imágenes del sol? Los historiadores les llaman soles, y refieren que se han visto dos y tres á la vez. Los Griegos les llaman *parelios*, porque ordinariamente aparecen en la cercanía del sol, ó porque tienen cierta semejanza con este astro, aunque no completa, limitándose á la imagen y figura. Por lo demás, nada tienen de su calor, siendo rayos apagados y lánguidos. ¿Qué nombre les daremos? Haré como Virgilio, que dudando acerca de un nombre, adopta al fin aquel sobre que dudaba:

.....et quo te nomine dicam
Rhetica? nec cellis ideo contende Falernis.

Nada, pues, impide que se les llame *parelios*. Son éstos imágenes del sol que se refleja en nube densa, próxima al astro y dispuesta en forma de espejo. Algunos definen el *parelio* diciendo que es una nube redonda, brillante y parecida al sol. Esta nube sigue al astro, conservando constantemente la distancia á que apareció. ¿Nos sorprende acaso ver la imagen del sol en una fuente, en un lago tranquilo? Creo que no. Pues bien, su imagen puede ser reflejada así en lo alto como aquí bajo, si se encuentra materia idónea que la refleje.

XII. • Cuando queremos observar un eclipse de sol, colocamos en el suelo recipientes llenos de aceite ó de pez, porque un líquido denso no se agita con facilidad y retiene mejor las imágenes que reproduce. Las imágenes no pueden reflejarse sino en líquido tranquilo é inmóvil.

Entonces observamos cómo se interpone la luna entre nosotros y el sol; como este astro, siendo mucho más pequeño que aquél, colocándose delante, le oculta en parte unas veces, si solamente le opone un lado, y otras por completo. Llámase eclipse total el que hace aparecer las estrellas interceptando la luz, y tiene lugar cuando el centro de los dos astros se encuentra en la misma línea con relación á nosotros. Así como la imagen de estos dos cuerpos se ve en la tierra, puede verse también en el aire, cuando es bastante denso, bastante trasparente para recibir esta imagen, como la recibe cualquier nube, pero que no refleja si es demasiado móvil, demasiado tenue ó demasiado negra. Móvil, dispersa los rasgos de la imagen; tenue, la deja pasar, cargada de vapores impuros y sórdidos, no recibe la impresión, de la misma manera que los espejos deslustrados no reflejan los objetos.

XIII. Algunas veces suelen presentarse dos parelios, y esto por la misma razón. ¿Qué impide que se presenten tantos como nubes haya capaces de reflejar el sol? Algunos opinan que cuando se presentan dos parelios el uno lo produce el sol, el otro la imagen; de la misma manera que muchos espejos colocados de modo que uno esté enfrente de otro nos ofrecen otras tantas imágenes, aunque uno solo reproduce el objeto real, siendo las demás copias de la primera. Poco importa qué sea lo que se pone delante del espejo, porque refleja cuanto ve. Lo mismo sucede en las altas regiones, si la casualidad dispone dos nubes de manera que se miren la una á la otra, esta refleja la imagen del sol, y aquélla la imagen de la imagen. Mas para producir este efecto necesitanse nubes densas, lisas, brillantes, de naturaleza análoga á la del sol. Todos estos fenómenos tienen color blanco y se parecen á los círculos lunares, porque lucen con rayos que el sol les manda oblicuamente. Si la nube está cerca del sol y debajo de él, la disipa el calor; si está demasiado lejos, no refleja los rayos

y no se produce la imagen. Lo mismo sucede con nuestros espejos: demasiado lejanos, no nos devuelven nuestra imagen, no teniendo el rayo visual fuerza bastante para volver á nosotros. Estos soles, por emplear el lenguaje de los historiadores, anuncian también la lluvia, sobre todo si aparecen al Austro, de donde vienen las nubes más densas y cargadas. Cuando se muestran á derecha é izquierda del sol, si hemos de creer á Aratro, amenaza tempestad.

XIV. Tiempo es ya de que examinemos los demás fuegos, tan variados en sus formas. Algunas veces brillan repentinamente estrellas, en ocasiones ardientes llamas, fijas y estacionarias unas y movibles otras. Obsérvanse de muchos géneros. Los Bothynos son cavidades ígneas del cielo, rodeadas interiormente de una especie de corona y parecidas á la entrada de una caverna horadada circularmente. Los Pithytes tienen forma de enorme tonel de fuego, móvil unas veces y consumiéndose otras en el mismo punto. Llámanse Chasmata las llamas que el cielo, al entreabrirse en algunos puntos, deja ver en sus profundidades. Los colores de estos fuegos son extraordinariamente variados: en tanto, rojo intenso ó llama ligera pronta á extinguirse; algunas veces luz blanquecina, otras brillantez deslumbradora, ó bien luz amarillenta y uniforme que no irradia ni centellea. Así vemos,

Stellarum longos a tergo albescere tractus (1).

Estas pretendidas estrellas parten, cruzan el espacio, y, á causa de su inmensa rapidez, parece que dejan detrás largo rastro de fuego, y nuestra vista, siendo demasiado débil para distinguir cada punto de su paso, nos hace creer que todo el camino que recorren es una línea de fuego. Porque la rapidez de sus movimientos es tal, que no es posible seguir su carrera, teniendo que apreciarla en conjunto.

(1) Blanquear largos rastros detrás de las estrellas.

Más bien vemos la aparición que la marcha de la estrella, y parece que marca toda su carrera con una línea inflamada, porque nuestra vista, demasiado lenta, no puede seguir los diferentes puntos de su marcha y percibe de una vez el punto de partida y el término. Así se nos presenta también el rayo: creemos que traza larga línea de fuego, porque termina su carrera en un momento, abarcando á la vez nuestra mirada todo el espacio que recorre en su caída. Pero este cuerpo no ocupa toda la línea que describe; llama tan prolongada y débil no tiene tanta consistencia en su carrera. Pero ¿cómo brillan estas estrellas? El frotamiento del aire las enciende y el viento acelera su caída: sin embargo, no proceden siempre de frotación y viento. En las regiones superiores abundan corpúsculos secos, calientes, terrosos, entre los cuales nacen estos fuegos, y corriendo hacia las sustancias que los alimentan, se precipitan con tanta rapidez. ¿Y por qué tienen diversos colores? Esto depende de la naturaleza de la materia inflamable y de la vehemencia del principio que inflama. Estos fenómenos presagian viento y vienen de la región de donde parten.

XV. ¿Preguntas cómo se forman los fuegos que llamamos Fulgores y los Griegos Sela? De muchas maneras, como suele decirse. Puede producirlos la violencia de los vientos, como también el calor de las regiones superiores. Porque estos fuegos, que desde allí se diseminan á lo lejos, pueden dirigirse abajo, si en esta dirección encuentran alimentos. El movimiento de los astros en su curso puede excitar los elementos inflamables y propagar el incendio á la parte inferior. ¿Qué diremos? ¿no puede suceder que el aire lance hasta el éter partículas ígneas que produzcan ese resplandor, esa llama ó especie de estrella fuera de su centro? De estos fulgores, unos se precipitan como estrellas errantes; otros permanecen en lugar fijo, brillando bastante para disipar las tinieblas y formar una manera de día, hasta que, faltos de alimentación, se oscurecen, y

como llama que se extingue por sí misma, en constante disminución, se reducen á nada. Algunas veces aparecen estos fuegos en las nubes, y en ocasiones encima: en estos casos los forman corpúsculos ígneos, alimentados cerca de la tierra por aire denso que les hace subir hasta los astros. También los hay que no pueden ser duraderos, sino que pasan y se extinguen casi en el momento mismo en que se inflaman. Estos son los fulgores propiamente dichos, porque su aparición es corta y fugaz; su caída es peligrosa, y á las veces tan desastrosa como la del rayo, hiriendo las casas, que los Griegos llaman entonces *plecta*. Aquellos cuya llama tiene más fuerza y duración y sigue el movimiento del cielo ó una marcha que les es propia, los de nuestra escuela les llaman cometas, de los que hablaremos más adelante. A este género pertenecen las pogonias (1), lámparas, ciparisas (2) y todos los demás cuyo cuerpo termina en llama esparcida. Dúdase si se deberán colocar en este grupo las vigas y las pithitas, cuya aparición es muy rara y que exigen considerable aglomeración de fuego para formar un globo, con frecuencia más grueso que el disco del sol nascente. Entre los de este género pueden colocarse esos fenómenos tantas veces citados en la historia, tales como el cielo inflamado, elevándose á las veces tanto el fuego que parece confundirse con los astros, y bajando otras hasta parecer lejano incendio. En tiempos de Tiberio César corrieron cohortes en auxilio de la colonia de Ostia, que creían ardiendo, engañados por un fenómeno de esta clase que por mucha parte de la noche proyectó la opaca luz de llama intensa y humeante. Nadie duda de la realidad de las llamas que se ven en estos casos: ciertamente son verdaderas llamas; pero discrepan las opiniones relativamente á los primeros de que hablé, es decir, el arco

(1) Cometa barbado.

(2) Cometa en forma de ciprés.

y las coronas, dudándose si serán apariencias engañosas ó realidades. En opinión nuestra, el arco y las coronas no tienen cuerpo, así como en el espejo solamente vemos simulacro y mentira en la representación del objeto exterior; porque en el espejo no existe lo que nos muestra: de otro modo la imagen quedaría en él y no la reemplazaría otra en un momento, ni se verían innumerables formas aparecer y desvanecerse sucesivamente. ¿Qué se deduce de esto? Que son simulacros y vanas representaciones de objetos reales. Existen además espejos contruidos para desfigurar los objetos; algunos, como dije, representan al través el semblante del espectador; otros lo aumentan desmedidamente y dan á su persona proporciones sobrehumanas.

XVI. En este lugar quiero narrarte una historia, para que veas que la lujuria no desprecia ningún artificio que provoque al placer, y que es por demás ingeniosa para estimular más y más su propio furor. Hostio Quadra tuvo tal obscenidad que hasta se reprodujo en la escena. Fué este rico avaro, aquel esclavo de millones de sextercios á quien asesinaron sus siervos y á quien el divino Augusto consideró indigno de venganza, á pesar de que no declaró justa su muerte. No limitaba éste á un solo sexo sus impurezas, sino que fué tan ávido de hombres como de mujeres. Había hecho construir espejos como los que acabo de mencionar, que reproducían los objetos mucho mayores de lo que eran, pareciendo el dedo más grueso y más largo que el brazo; y de tal manera colocaba estos espejos, que, cuando se entregaba á un hombre, veía, sin volver la cabeza, todos los movimientos de éste, gozando como de una realidad de las enormes proporciones que reflejaba el engañoso espejo. Recorría todos los baños para reclutar sus hombres, eligiéndolos en conveniente medida; y sin embargo, tenía que recurrir todavía á la ilusión para satisfacer su insaciable lubricidad. ¡Dígase ahora que se debe

la invención del espejo á las exigencias del tocado! No puede recordarse sin repugnancia lo que aquel monstruo, digno de ser desgarrado con su propia boca, osaba decir y ejecutar, cuando rodeado de todos sus espejos se hacía espectador de sus propias torpezas: aquello que, aunque secreto, pesa sobre la conciencia; lo que todo acusado niega, lo traía á la boca y lo tocaba con los ojos. ¡Cuándo el crimen, oh dioses, retrocede ante su propio aspecto! Los hombres sin honor y entregados á todas las humillaciones, conservan aún el pudor de los ojos. Pero aquél, como si fuese poco soportar cosas inauditas, desconocidas, invitaba á sus ojos á verlas; y no contento con contemplar toda su degradación, tenía los espejos para multiplicar las repugnantes imágenes y agruparlas en derredor suyo; y como no podía verlo todo bien cuando se entregaba á los brutales abrazos del uno, y, con la cabeza baja, dedicaba la boca á los placeres de otro, se presentaba á sí mismo, por medio de las imágenes, el cuadro de su trabajo. Repartido algunas veces entre un hombre y una mujer, y pasivo en todo su cuerpo, contemplaba aquellas abominaciones. ¿Qué podía reservar para la oscuridad aquel hombre impuro? En vez de temer la luz, se mostraba á sí mismo sus monstruosas uniones, admirándose en ellas. ¿Cómo? ¿dudarás que deseó le pintasen en aquellas actitudes? Hasta en la prostituta queda alguna modestia, y esas desgraciadas, entregadas á la lubricidad pública, colocan en su puerta algún velo que oculte su triste docilidad; tan cierto es que hasta en el asilo del vicio se conserva algún pudor. Pero aquel monstruo había convertido en espectáculo su obscenidad, contemplándose en actos que la oscuridad más profunda no vela bastante. «A la vez gozan de mí el hombre y la mujer, se dijo; sin embargo, con la parte que me queda libre imprimo mancha más hedionda aún que las que recibo. Todos mis miembros están prostituidos; que mis ojos tomen parte también en la orgía, que sean testigos y

apreciadores. Muéstreme el arte lo que la posición de mi cuerpo me impide ver, y no se crea que ignoro lo que hago. En vano dió la naturaleza al hombre débiles medios de gozar, habiéndose mostrado más generosa con otros animales. Encontraré medio de asombrar y satisfacer mi frenesí. ¿Para qué me servirá mi malicia si me limito á lo que la naturaleza quiere? Me rodearé de esos espejos que aumentan de un modo increíble las imágenes de los objetos. Si pudiese, las convertiría en realidades; pero no pudiendo, alimentémonos de ilusiones. Que mi obscenidad vea más de lo que recibe y se admire de lo que puede soportar.» ¡Indigno delito! Tal vez le herirían de pronto y sin que viese venir la muerte. Delante de sus espejos debieron inmolarlo.

XVII. Búrlense ahora de los filósofos que disertan acerca de las propiedades del espejo; que investigan por qué se presenta en ellos nuestra imagen vuelta hacia nosotros; con qué objeto ha querido la naturaleza, á la vez que creaba cuerpos reales, que viésemos también sus simulacros; por qué, en fin, dispuso materias aptas para recibir la imagen de los objetos. No fué ciertamente para que contemplásemos delante de un espejo cómo nos arreglan la barba y la cara puliendo nuestro rostro de hombres. En nada quiso favorecer á nuestra molicie; pero en esto atendió á que, no pudiendo nuestra débil vista soportar el resplandor del sol, hubiésemos ignorado su verdadera forma, de no tener medio para aminorar su brillo. A pesar de que es posible contemplarlo cuando sale ó en el ocaso, sin embargo, la figura del astro mismo, tal como es, no de color rojo encendido, sino blanco deslumbrador, nos sería desconocida si no se mostrase á través de un líquido más elara y fácil de observar. Además, este encuentro de la luna y el sol, que á las veces intercepta la claridad del día, no sería para nosotros perceptible ni explicable si, al inclinarnos hacia la tierra, no viésemos con mayor comodi-

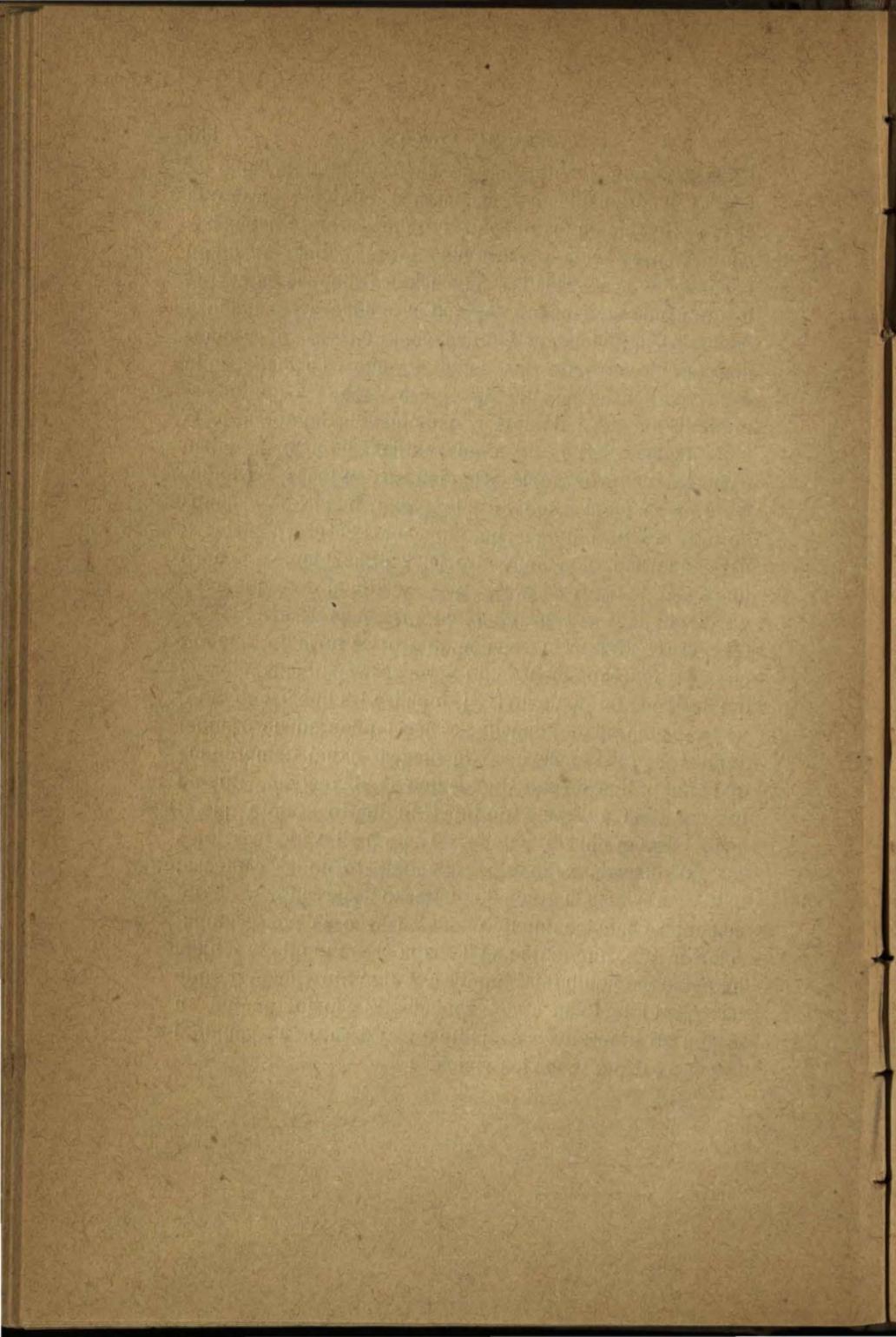
dad la imagen de los dos astros. Inventáronse los espejos para que el hombre se viese á sí mismo. De aquí resultan muchas ventajas; en primer lugar, el conocimiento de su persona, y además, en algunas ocasiones útiles consejos. A la hermosura, que evitase la infamia; á la fealdad, que necesitaba adquirir por medio del mérito los atractivos de que carece; á la juventud, que la primavera de la vida es el momento propicio para los estudios asiduos y empresas enérgicas; á la vejez, que debe renunciar á lo que sienta mal á las canas y pensar algo en la muerte. Con este objeto nos ha suministrado la naturaleza medios para vernos. La tranquila fuente, la bruñida superficie de una piedra reflejan á cada cual su imagen.

..... Nuper me in litore vidi
Quum placidum ventis staret mare (1).

¿Cómo crees que fué el tocado cuando se contemplaban en tales espejos? En aquella edad de sencillez, contentos con lo que les ofrecía el acaso, no empleaban todavía los hombres los beneficios de la naturaleza en provecho del vicio. La casualidad les mostró primeramente la reproducción de su semblante; en seguida, como el amor propio, innato en todos, les hizo agradable este espectáculo, volvieron frecuentemente al objeto en que se vieran por primera vez. Cuando una generación más corrompida penetró en las entrañas de la tierra para sacar lo que debería sepultarse en ella, el hierro fué el primer metal que se utilizó; é impunemente le hubiesen extraído los hombres si le hubiesen extraído solo. Todos los otros males de la tierra le siguieron: el pulimento de los metales ofreció al hombre su imagen, encontrándola éste en un vaso y aquél en el bronce preparado para otro uso; y poco después se cons-

(1) Poco ha me contemplé en el agua, cuando la calma del viento dejaba tranquilo el mar.

truyeron espejos redondos, no de bruñida plata, sino de frágil y despreciable materia. Entonces también, durante la ruda existencia de los pueblos antiguos, creíase haber hecho bastante por la limpieza cuando se habían lavado en la corriente de los ríos las manchas ocasionadas en el trabajo; cuando se habían arreglado la cabellera y peinado la lengua barba; haciendo todo esto uno mismo, ó prestándose recíprocamente dos estos servicios. La mano de la esposa desenredaba aquella espesa cabellera que acostumbraban á dejar flotante y que aquellos hombres, bastante bellos á sus ojos sin los auxilios del arte, agitaban como los animales nobles sacuden sus melenas. Más adelante, habiéndolo invadido todo el lujo, hicieronse espejos de toda la altura del cuerpo, cincelados en oro y plata, y hasta adornándolos con pedrería, y alguna mujer compró un espejo de éstos en precio que excedía al dote que antiguamente daba el tesoro público á las hijas de los generales pobres. ¿Tendrían espejos de oro las hijas de Scipión, cuyo dote fué una moneda de bronce? ¡Afortunada pobreza que les valió tal distinción! Si su padre las hubiese dotado, no lo recibieran del Senado; y fuese quien quisiese aquel á quien el Senado sirviera de suegro, debió comprender que tales dotes no son de los que se devuelven. Hoy no bastaría para el espejo de hijas de liberto el dote que el pueblo romano dió á Scipión. El lujo ha llevado más lejos sus exigencias, excitado por el aumento de las riquezas; todos los vicios han tenido inmenso desarrollo, y de tal manera se han confundido todas las cosas por criminal refinamiento, que lo que se llamaba el mundo de la mujer, ha pasado al equipo del hombre; y digo muy poco, porque ha pasado también al del soldado. El espejo, que en su origen se empleaba solamente en el ornato, ha venido á ser necesario á todos los vicios.



LIBRO SEGUNDO.

I. Todo el estudio del universo se refiere al cielo, á la región sublime y á la tierra. La primera parte considera la naturaleza de los astros, su magnitud, la forma de los fuegos que rodean al mundo; si el cielo es cuerpo sólido, materia firme y compacta ó tejido sutil y tenue; si recibe ó imprime movimiento; si tiene los astros debajo ó adheridos á su propia sustancia; como ordena el sol la vuelta de las estaciones; si retrocede en su carrera, y otras muchas cuestiones semejantes. La segunda trata de lo que ocurre entre el cielo y la tierra: las nubes, las lluvias, las nieves, «los truenos que espantan á los hombres» y cuantas revoluciones experimenta ó produce el aire. Llamamos sublime á esta región, porque se encuentra más elevada que el globo. La tercera se ocupa del campo, de las tierras, de los árboles, de las plantas, y, por hablar como los jurisconsultos, de todo lo que se adhiere al suelo. ¿Por qué, dirás, colocas la cuestión de los terremotos en la parte en que hablas de los truenos y relámpagos?—Porque siendo causa de los terremotos el viento, que solamente es aire agitado, aunque este aire circule por debajo de

tierra, no es en este punto donde se le debe considerar, sino que es necesario verle con el pensamiento allí donde la naturaleza lo ha colocado. Diré también, y esto parecerá más extraño, que á propósito del cielo, se deberá hablar también de la tierra.—¿Por qué? dices.—Porque cuando examinamos en su sitio las cuestiones referentes á la tierra; si es un plano ancho, desigual, indefinido, ó si tiene forma redonda y refiere todas sus partes á la esfera; si sirve de sujeción á las aguas, ó si estas la sujetan á ella; si es un sér vivo, ó masa inerte é insensible, llena de aire, però de aire extraño; cuando se discuten estos puntos y otros semejantes, entran en la historia de la tierra y deben colocarse en la tercera parte. Pero cuando se investiga cuál es la situación de la tierra; en qué punto del universo está fija; como está colocada relativamente al sol y á las estrellas, esta cuestión pertenece á la primera parte y merece, por decirlo así, puesto más distinguido.

II. Habiendo hablado de las divisiones que comprenden el conjunto de cuanto forma la naturaleza, deberé hacer algunas consideraciones generales, asegurando en primer lugar que el aire pertenece al número de los cuerpos dotados de unidad. Qué signifique esta palabra y por qué he empezado por esto, lo sabrás cuando, tomando las cosas desde más arriba, haya distinguido entre cuerpos continuos y cuerpos conexos. Continuidad es la unión no interrumpida de las partes entre sí. Unidad es continuidad sin conexión, el contacto de dos cuerpos juxtapuestos. ¿Puede dudarse que entre los cuerpos que vemos y tocamos, que sienten ó que sentimos, los hay compuestos? Pues bien, lo son por textura ó por aglomeración; por ejemplo, una cuerda, un montón de trigo, una nave. Los hay que no son compuestos, como el árbol, la piedra. Luego has de conceder que hasta algunos cuerpos de aquellos que escapan á nuestros sentidos y que solamente puede cogerlos el pensamiento, están dotados de unidad. Considera

cuánto cuidado de tus oídos: podría proceder con más desembarazo usando el término filosófico *unita corpora*: siendo generoso contigo, debes pagarme en la misma moneda. ¿Qué quiere decir esto? que cuando emplee la palabra uno, recuerdes que no me refiero al número, sino á la naturaleza del cuerpo que, sin auxilio alguno exterior, es coherente por su propia unidad. A estos cuerpos pertenece el aire.

III. El mundo comprende todos los cuerpos que conocemos ó podemos conocer. Entre ellos, unos forman parte del mundo, y otros son materiales guardados en reserva. Toda la naturaleza necesita materiales, de la misma manera que todo arte manual. Así, pues, para mayor claridad, llamo parte de nuestro cuerpo á las manos, los huesos, los nervios, los ojos; y materiales, á los jugos de los alimentos que se derraman por estas partes y se asimilan á ellas. La sangre es á su vez como parte nuestra, á pesar de contactarse entre los materiales, porque sirve para formar las otras partes, sin dejar por esto de ser una de las sustancias de que se compone el cuerpo.

IV. De esta manera es el aire parte del mundo, y parte necesaria; porque el aire es lo que une á la tierra con el cielo, y separa las regiones elevadas de las bajas, pero reuniéndolas; las separa como intermediario; las reúne, puesto que por su mediación se comunican. Transmite á la parte superior cuanto recibe de la tierra, y recíprocamente trae á la tierra la virtud de los astros. Llamo al aire parte del mundo, de la misma manera que á los animales y las plantas, que forman parte del universo, puesto que entran como complementos en el gran conjunto, no existiendo el universo sin ellos. Pero un animal solo, un solo árbol, no es, por decirlo así, más que una cuasi parte; porque á pesar de que perezca, la especie, no obstante esta pérdida, continúa entera. El aire, como he dicho, toca al cielo lo mismo que á la tierra. Ha sido creado para los dos. Ahora

bien, tiene unidad todo aquello que fué creado parte esencial de una cosa; porque nada nace sin unidad.

V. La tierra es á la vez parte y material del mundo. Creo no preguntarás por qué es parte, pues equivaldría á preguntar por qué es parte suya el cielo; y en efecto, el universo no existiría sin el uno y sin la otra, puesto que el universo existe por medio de las cosas que, como el cielo y la tierra, suministran los alimentos que dan vida á todos los animales, todas las plantas y todos los seres, obteniendo de ellos su fuerzas todos los individuos, y el mundo con qué satisfacer á sus múltiples necesidades. De aquí procede lo que sostiene á tantas estrellas, tan activas, tan ávidas, que no descansando de día ni de noche, necesitan continuo pasto; y de aquí toma la naturaleza lo que exige el mantenimiento de todas sus partes. El mundo, pues, se hizo su provisión para la eternidad. Te pondré pequeño ejemplo de cosa tan grande: el huevo encierra tanto líquido cuanto es necesario para la formación del animal que ha de nacer de él.

VI. El aire está contiguo á la tierra, y de tal manera cerca, que ocupa en el acto el espacio que ésta deja. Forma parte del mundo, y sin embargo, todo lo que la tierra suministra de alimentos lo recibe él, debiéndosele considerar por esto como uno de los materiales y no como parte del gran todo. De aquí su extrema inconstancia y tumultuosas agitaciones. Algunos lo consideran formado de corpúsculos diferentes, como el polvo, lo cual está muy lejos de la verdad. Porque nunca un cuerpo compuesto puede desarrollar esfuerzos sino por la unidad de sus partes, debiendo concurrir todas á darle impulso uniendo sus fuerzas. Si el aire estuviese dividido en átomos, quedaría desparramado, y, como toda cosa diseminada, no podría formar cuerpo. La intensidad del aire la demuestra el globo henchido que resiste á los golpes; la demuestran los objetos pesados transportados á lo lejos por la fuerza del viento,

y la demuestra, en fin, la voz que se debilita ó se eleva según el impulso del aire. ¿Qué otra cosa, en verdad, es la voz, sino el aire puesto en movimiento por la percusión de la lengua para producir sonido? ¿No se debe la facultad de correr, de moverse, á la acción del aire respirado con más ó menos fuerza? El aire también da fuerza á los nervios y velocidad á los corredores. Cuando se agita y forma violento torbellino, arranca los árboles y los bosques, y derriba y destruye los edificios. El aire levanta el mar, tranquilo y quieto por sí mismo. Pasemos ahora á cosas menos importantes. ¿Qué sería el canto sin la compresión del aire? Los cuernos, las trompetas y esos instrumentos que por la introducción del agua producen sonido más fuerte que podría producir nuestra boca, ¿no deben sus efectos al aire comprimido? Consideremos la inmensa aunque oculta fuerza que desarrollan gérmenes casi imperceptibles, que, por su pequeñez encuentran alojamiento en las junturas de las piedras, y que consiguen al fin separar enormes sillares y destruir monumentos; las raíces más sutiles y delicadas hienden peñascos y rocas. ¿Qué otra razón puede haber para esto que la potencia del aire, sin el cual no hay fuerza, y contra el que ninguna fuerza es bastante poderosa? En cuanto á la unidad del aire, puede deducirse claramente de la cohesión de las partes de nuestro cuerpo. ¿Quién las mantiene unidas sino el aire? ¿Quién da movimiento al principio vital en el hombre? ¿Cómo hay movimiento sin elasticidad? ¿De dónde procede la elasticidad sino de la unidad? ¿De dónde la unidad sino del aire mismo? ¿Quién hace brotar del suelo las mieses, la espiga, tan débil en su nacimiento; quién hace crecer los frondosos árboles, que extienden sus ramas ó las alzan al cielo, sino la fuerza y unidad del aire?

VII. Pretenden algunos que el aire se divide y reparte en partículas, entre las que suponen el vacío. Esto demuestra, según ellos, que no es cuerpo lleno, sino que hay

en él muchos intesticios, á los que se debe la facilidad que encuentran las aves, tanto grandes como pequeñas, para moverse en él y recorrerlo. Pero se engañan los que tal sostienen, porque el agua ofrece igual facilidad, y no existe duda en cuanto á la unidad de este líquido, que no recibe los cuerpos sino refluyendo en sentido contrario á la inmersión. Este movimiento, que llamamos nosotros *circumsantia*, y los Griegos περιστασις, se realiza en el aire lo mismo que en el agua. El aire rodea todos los cuerpos que le impulsan, no siendo necesaria la existencia del vacío. Pero ya hablaremos de esto.

VIII. Necesario es deducir de todo esto que en la naturaleza existe un principio activo dotado de inmensa fuerza. No hay, en efecto, cuerpo cuya elasticidad no aumente su energía, y no es menos cierto, á fe mía, que ningún cuerpo puede desarrollar en otro elasticidad que no le sea propia: de la misma manera que decimos que nada puede ser movido por acción extraña que no tenga en sí tendencia á la movilidad. ¿Y qué podremos considerar más elástico por sí mismo que el aire? ¿Quién podrá negarle esta cualidad al ver cómo trastorna la tierra y las montañas, las casas, los muros, las torres, las grandes ciudades y sus habitantes, los mares y toda la expansión de sus orillas? Su rapidez y extraordinaria extensión demuestran su elasticidad. El ojo extiende instantáneamente á muchas millas su rayo visual; un sonido solo se propaga á la vez en ciudades enteras; la luz no penetra poco á poco, sino que baña de una vez toda la naturaleza.

IX. ¿De qué manera podría moverse el agua sin el aire? ¿Dudas que esos surtidores que desde el centro de la arena se alzan hasta lo más alto del anfiteatro, los produzca la fuerza del agua? Ahora bien, no hay manos ni máquina que pueda hacer subir al agua más alto que lo hace el aire. Este se acomoda á todos los movimientos del agua, que por la mezcla y presión de este flúido, se levanta, lucha

de mil maneras con su propia naturaleza y sube á pesar de su tendencia á caer. ¡Cómo! ¿La nave que se hunde á medida que se la carga, no demuestra que no es el agua la que le impide sumergirse, sino el aire? Porque el agua cedería sin poder resistir ningun peso, si ella misma no estuviese sostenida. El disco que se arroja al estanque desde paraje elevado, no se sumerge, sino que flota; ¿cómo sucedería esto si el aire no lo sacase á la superficie? ¿Y cómo pasaría la voz á través del espesor de las paredes, si hasta en las materias sólidas no hubiese aire para recibir y transmitir el sonido que viene del exterior? El aire no obra solamente en la superficie de los cuerpos, sino que penetra en su interior, siéndole fácil esto, porque sus partes no están nunca separadas y conserva su coherencia á través de todo lo que parece dividirlo. La interposición de paredes, de las montañas más altas, es obstáculo entre el aire y nosotros, pero no entre sus elementos, cerrándonos solamente los caminos por donde pedíamos seguirle.

X. El aire pasa á través de aquello mismo que le divide, y no solamente se derrama en derredor y circunscribe los cuerpos, sino que los penetra: extiéndese desde el éter más trasparente hasta nuestro globo, siendo más móvil, tenue y elevado que la tierra y el agua, pero más denso y pesado que el éter. Frío por sí mismo y oscuro, recibe de otra parte el calor y la luz. Mas no es igual en todo el espacio que ocupa, modificándole lo que tiene inmediato. Su parte superior es sumamente seca y cálida, y por lo mismo muy tenue, á causa de la proximidad de los fuegos eternos, de los múltiples movimientos de los astros y la continua revolución del cielo. La parte del aire más baja y más inmediata al globo es densa y nebulosa, porque recibe las emanaciones de la tierra. La región media es más temperada si se la compara con las otras dos en cuanto á sequedad y tenuidad, pero la más fría de las tres; porque la superior experimenta los efectos del calor y proximidad de los as-

tros; la baja también se tempera, en primer lugar por las emanaciones terrestres, que le llevan muchos elementos cálidos; en segundo lugar, por la reflexión de los rayos solares que, en toda la extensión á que pueden subir, suavizan su temperatura doblemente calentada; y en fin, por el aire mismo que respiran los animales y vegetales de toda especie, que lleva consigo calor, puesto que sin calor nada puede vivir. Añade á esto los fuegos, no solamente artificiales, sino los que se ocultan bajo la tierra, que brotan en algunos parajes é incesantemente arden escondidos en sus innumerables é invisibles focos. Añade también las emanaciones de tantas zonas fértiles, que deben tener cierto calor, siendo el frío principio de esterilidad, y el calor de reproducción. Síguese de esto que la parte media del aire, libre de estas influencias, conserva su propia frialdad, puesto que por su naturaleza el aire es helado.

XI. Dividido de esta manera el aire, la parte inferior es la más variable, inconstante y mudable. Cerca de la tierra, el aire es más activo y más pasivo á la vez, causa y experimenta mayores agitaciones, sin encontrarse, sin embargo, igualmente conmovido en todas partes, sino que cambia según los parajes, siendo parciales la turbación y desorden. Débense las causas de estos cambios é inconstancias algunas veces á la tierra, cuyas diversas posiciones influyen por modo efficacísimo en la temperatura del aire; otras al curso de los astros, y principalmente al sol, porque éste ordena las estaciones y trae con su aproximación ó alejamiento, el estío ó el invierno. Síguese en influencia la luna. Las estrellas por su parte no influyen menos en la tierra que en el aire que las rodea, produciendo su salida y su ocaso contrariados, fríos, lluvias y otros efectos en la tierra. Necesarios eran estos preliminares antes de hablar del trueno, del rayo y de los relámpagos, y puesto que en el aire se presentan estos fenómenos, indispensable era explicar la naturaleza de

este elemento para que se comprenda más fácilmente su actividad ó pasividad en su formación.

XII. De tres cosas tratamos ahora: relámpago, rayo y trueno, que si bien simultáneos en su formación, los percibimos sucesivamente. El relámpago muestra el fuego: el rayo lo lanza. El primero sólo es, por decirlo así, amenaza, conato sin efecto; el otro es el golpe que hiera. Todos están conformes relativamente á algunos puntos de su origen; en cuanto á otros, difieren las opiniones. Conviénese en que estos fenómenos se forman en las nubes y por las nubes, y además en que el relámpago y el rayo son, ó parecen ser, fuego. Pasemos ahora á lo que se discute. El fuego, dicen unos, reside en las nubes; según otros, se forma en el momento de la explosión y no existe antes. Los primeros divergen además en cuanto á las causas productoras del fuego: éste le hace proceder de la luz; aquél de los rayos del sol, que, por sus cruzamientos y sus rápidos y multiplicados retrocesos sobre sí mismos, hacen brotar la llama. Anaxágoras pretende que este fuego procede del éter, y que de sus altas regiones incandescentes cae en infinidad de partículas ígneas que permanecen por mucho tiempo encerradas en las nubes. Cree Aristóteles que no se aglomera el fuego mucho antes, sino que estalla en cuanto se forma, pudiéndose resumir así su pensamiento: Dos partes del mundo, la tierra y el agua, ocupan la inferior del espacio, y cada una de ellas tiene sus emanaciones. El vapor de la tierra es seco y parecido al humo, produciendo los vientos, truenos y rayos; el agua exhala humedad, produciendo las lluvias y las nieves. El vapor seco de la tierra que da origen á los vientos, escapa lateralmente por efecto de la violenta compresión de las nubes, yendo á formar á distancia las nubes próximas, y esta percusión produce un ruido análogo al que hace la llama en nuestros hogares al devorar leña demasiado verde. En la leña verde procede el ruido de burbujas de

aire húmedo que estallan por la acción de la llama; en lo alto, el vapor que escapa, como acabo de decir, de las nubes comprimidas, va á chocar con las otras nubes, no pudiendo romper ni escapar sin producir mucho ruido. Este ruido es diferente según es diferente el choque con las nubes; porque las nubes presentan senos mayores ó menores. Por lo demás, la explosión del vapor comprimido es el fuego que llamamos relámpago, que es más ó menos intenso y se enciende por ligero choque. Vemos el relámpago antes de oír el sonido, porque el sentido de la vista es mucho más veloz y se adelanta en gran manera al del oído.

XIII. Por muchas razones puede colegirse que es falsa la opinión de aquellos que pretenden que el fuego está depositado en las nubes. Si este fuego cae del cielo, ¿cómo no cae diariamente, puesto que siempre están abrasadas sus regiones? Además, ninguna razón dan acerca de la caída del fuego, que por su naturaleza tiende á subir. Porque este fuego etéreo es muy diferente del que nosotros encendemos, del que caen pavesas que tienen peso sensible. Así, pues, el fuego no cae, antes bien es arrastrado y precipitado. Nada de esto sucede en aquel fuego purísimo, que nada contiene que lo arrastre hacia abajo, y si de él se desprendiese la parte más pequeña, encontraríase en peligro el todo; porque lo que cae por partes puede caer también en conjunto. Además, este elemento, al que su ligereza impide caer diariamente, si constase de partes pesadas, ¿cómo hubiese podido permanecer en aquella altura de la que naturalmente debía caer?—Pero qué, ¿no vemos caer todos los días fuegos, aunque no sean otros que el rayo mismo de que ahora tratamos?—Desde luego, pero estos fuegos no se mueven por sí mismos, sino que son arrastrados. La fuerza que los arrastra no está en el éter, porque allí no hay potencia que comprima ó que rompa, ni ocurre nada que no sea ordinario. Reina en

aquella región orden perfecto, y este fuego depurado, colocado en aquella altura para su conservación, circunda brillantemente todo lo creado; y no puede desamparar su puesto, ni ser lanzado por fuerza extraña, porque en el éter no hay lugar para cuerpos heterogéneos. Lo ordenado é inmutable no admite lucha.

XIV. Vosotros decís, me contestarán, cuando queréis explicar la formación de las estrellas errantes, que tal vez algunas partes del aire atraigan el fuego de las regiones superiores y se inflamen por su contacto. Pero es muy diferente decir que el fuego cae del éter contra su tendencia natural, á pretender que de la región ígnea pase el calor á las inferiores y produzca en ellas un incendio; porque es imposible que el fuego caiga del éter, sino que se forma en el aire mismo. En nuestras ciudades vemos, cuando se propaga un incendio, edificios aislados, calentados durante mucho tiempo, inflamarse espontáneamente. Luego es verosímil que la región superior del aire, que tiene la propiedad de atraer el fuego, se inflame en algun punto por el calor del éter colocado encima. Necesariamente ha de existir alguna analogía entre la capa inferior del éter y la superior del aire, y no puede haber semejanza entre el uno y el otro, porque no se verifica ninguna transición brusca en la naturaleza. En el punto de contacto se mezclan insensiblemente las dos cualidades; de manera que no puedes decir dónde termina el aire y comienza el éter.

XV. Juzgan algunos de nuestra escuela que, pudiendo convertirse el aire en fuego y en agua, no adquiere de extraño origen elementos nuevos de inflamación, en vista de que se enciende por su propio movimiento; y cuando rompe los densos y compactos senos de las nubes, necesariamente ha de acompañar á la explosión de cuerpos tan grandes intenso ruido. Ahora bien, esta resistencia de las nubes, que difícilmente ceden, contribuye á hacer más enérgico el fuego, de la misma manera que la mano

ayuda al hierro á cortar aunque el hierro sea el que corte.

XVI. ¿Pero en qué se diferencian el rayo y el relámpago? Lo diré. El relámpago es fuego ampliamente desarrollado; el rayo es fuego comprimido y violentamente lanzado. Si cogemos agua en el hueco de nuestras dos manos reunidas y comprimimos las palmas, el líquido brota como de un sifón. Algo así sucede en la atmósfera. De nubes fuertemente comprimidas entre sí escapa el aire interpuesto, inflamándose al choque, porque recibe impulso como el que le imprimiría una máquina de guerra. Las balistas y escorpiones lanzan ruidosamente los dardos.

XVII. Creen algunos que al atravesar el aire nubes frías y húmedas produce sonido, á la manera que el hierro enrojecido silba cuando se le sumerge en agua. Así como el metal incandescente no se extingue en el agua sino después de prolongado murmullo, así también, dice Anaximenes, el aire que penetra en la nube produce el trueno, y luchando con los girones que le detienen, enciende el fuego por su misma fuga.

XVIII. Anaximandro lo atribuye todo al viento. El trueno, dice, es el sonido que produce el choque de una nube. ¿Por qué son desiguales? Porque es desigual el choque. ¿Por qué truena hasta con cielo sereno? Porque también en estos casos atraviesa el viento al aire, agitándolo y desgarrándolo. ¿Mas por qué truena algunas veces sin relámpago? Porque el viento, demasiado tenue y débil para producir llama, pudo al menos producir ruido. ¿Qué es, pues, el relámpago? Una conmoción del aire que se separa, que se comprime sobre sí mismo y abre paso á un fuego lánguido que no hubiese brotado por sí mismo. ¿Qué es el rayo? La veloz carrera de un viento más duro y enérgico?

XIX. Dice Anaxágoras que todo se verifica así cuando el éter envía algún principio activo á las regiones inferiores, y lanzado entonces el fuego contra una nube fría, produce el trueno. Si rasga la nube, brilla el relámpago,

produciendo la mayor ó menor fuerza de este fuego el rayo ó el relámpago.

XX. Diógenes Apoloniato dice que el trueno lo produce el fuego unas veces y otras el viento. El fuego precede y anuncia á los que de él proceden, y el viento da lugar á los que resuenan sin relámpago. Concedo que puede presentarse un fenómeno de estos sin el otro, sin que existan por esto dos fuerzas distintas, pudiendo producir lo mismo una que otra. ¿Quién negará que violento impulso del aire puede producir la llama como produce el sonido? ¿Quién no concederá, por otra parte, que algunas veces el fuego, después de romper las nubes, no brotará, si cuando ha rasgado algunas lo ahoga considerable aglomeración de otras? En estos casos el fuego se disipa en forma de viento y pierde el brillo que lo revela, mientras que inflama lo que pudo romper en el interior. Añade que, necesariamente, el rayo en su impulso lanza al aire delante de él, y que el viento le precede y le sigue cuando hiende el aire con tan inmensa violencia. Por esta razón, todos los cuerpos, antes de que les hiera el rayo, se conmueven por la vibración del viento que lanza delante.

XXI. Abandonando aquí á los maestros, comencemos á movernos por nosotros mismos, y de los hechos conocidos pasemos á los dudosos. Ahora bien, ¿qué es lo conocido? Que el rayo es fuego, de la misma manera que el relámpago llama, que llegaría á ser rayo si tuviese mayor fuerza. Estos dos fenómenos no se diferencian por su naturaleza, sino por su grado de impetuosidad. El rayo es fuego, según demuestra el calor que lo acompaña; y, á falta de calor, lo demostrarían sus efectos, puesto que con harta frecuencia ha ocasionado el rayo vastos incendios, abrasando bosques, calles de nuestras ciudades, y algunas veces hasta aquello mismo que no recibió su herida presenta señales de fuego, dejando en ocasiones color como de hollín. ¿Qué diremos del olor sulfuroso que exhalan todos los cuerpos

heridos por el rayo? Es, pues, indudable que el rayo y el relámpago son fuego, y que solamente se diferencian por el camino que recorren. El relámpago es rayo que no desciende hasta la tierra, y recíprocamente puede decirse: el rayo es relámpago que llega á toear el suelo. No prolongo esta distinción como vano ejercicio de palabras, sino para probar mejor la afinidad é igualdad de naturaleza de los dos fenómenos. El rayo es algo más que el relámpago. Invertimos los términos. El relámpago es algo menos que el rayo.

XXII. Puesto que está demostrado que los dos son fuego, veamos cómo se enciende el fuego entre nosotros; porque del mismo modo se inflama en las regiones superiores. De dos maneras se enciende aquí bajo: por la percusión, como cuando se le hace brotar de la piedra, ó por frotamiento, como el que se verifica con dos pedazos de madera. Sin embargo, no toda clase de madera te dará fuego por este medio, sino que hay que elegirla á propósito, como laurel, hiedra, y otras que los pastores conocen para este uso. Puede suceder, pues, que las nubes se inflamen también por percusión ó por rozamiento. Consideremos con cuánta fuerza se lanzan las tempestades, con qué impetuosidad giran los torbellinos, destrozando, arrastrando, dispersando á lo lejos todo lo que encuentran á su paso. ¿Puede admirar que con tanta fuerza hagan brotar fuego, bien sea de materias extrañas, ó bien de su propia sustancia? Considérese qué intensidad de calor deben experimentar los cuerpos que trituran á su paso. Sin embargo, no debe atribuirse á estos fenómenos acción tan enérgica como á los astros, cuya fuerza es tan vehemente como incontestable.

XXIII. Puede ocurrir también que impulsadas unas nubes contra otras por ligero viento, produzcan fuego que brille sin estallar; porque se necesita menos fuerza para dar ocasión al relámpago que al rayo. Hace un momento

hemos considerado á qué grado de calor pueden elevarse algunos cuerpos por medio del rozamiento. Ahora bien, cuando el aire, que puede convertirse en fuego, obra sobre sí mismo con toda su fuerza, es verosímil que, por frotación, produzca una llama pasajera y pronta á disiparse, porque no brota de materia sólida que la dé consistencia. Pasa, por consiguiente, impulsada sin alimento, sin tener más duración que la del camino que recorre.

XXIV. Me preguntarás «cómo atribuyendo nosotros al fuego tendencia hacia las regiones superiores, el rayo, sin embargo, se dirige hacia la tierra. ¿Es por ventura falso lo que has dicho del fuego? Es evidente que el fuego sube con tanta facilidad como baja.» Los dos movimientos son posibles, porque el fuego naturalmente surge en pirámide y, no habiendo obstáculo, tiende á subir, como naturalmente también el agua tiende á bajar; sin embargo, si interviene una fuerza extraña que la rechace en sentido contrario, se eleva hacia el mismo lugar de donde cayó en lluvia. El mismo poderoso impulso que le arrastra hace que caiga el rayo. Sucede en estos casos con el fuego lo mismo que con los árboles, cuya copa, tierna aún, puede encorvarse hasta tocar el suelo, pero que, abandonada á sí misma, recobra su posición con un solo movimiento. No deben contemplarse las cosas en estado contrario á su propia naturaleza. Deja su libre dirección al fuego y ascenderá al cielo, asiento de los cuerpos ligeros; si otra causa lo arrastra y desvía de su curso, ya no sigue su naturaleza, sino que queda en servidumbre.

XXV. Decís además, replican, que la frotación de las nubes produce el fuego, cuando están húmedas ó cargadas de agua: ¿cómo pueden engendrarlo estas nubes que no parecen más capaces de ello que el agua misma?

XXVI. En primer lugar, diré que las nubes que producen el fuego no son agua, sino aire condensado dispuesto á formar agua; no se ha verificado aún la transformación,

pero está próxima y preparada. No debe creerse que el agua se aglomera en las nubes para derramarse en seguida, porque su formación y caída son simultáneas. Contestaré además que, aun cuando concediese que una nube está húmeda y llena de agua formada, nada impediría que el fuego brotase de lo húmedo, y hasta, lo que es más extraño, del agua misma. Hay quienes han sostenido que nada puede trocarse en fuego sin haberse convertido primero en agua. Posible es, pues, que una nube, sin que cambie de naturaleza el agua que contiene, lance fuego por alguna parte, como la madera, que algunas veces arde por un lado y suda por otro. No digo que los dos elementos no sean incompatibles, y que el uno no destruya al otro, pero cuando el fuego es más fuerte que el agua, vence, como también cuando el agua es relativamente más abundante, queda sin efecto el fuego. Por esta razón no arde la leña verde. Lo que hay que tener en cuenta es la cantidad de agua, que si es débil no resiste ni impide la acción del fuego. ¿Cómo no? En tiempo de nuestros mayores, según refiere Posidonio, mientras surgía una isla en el mar Egeo, espumaba el agua durante el día y brotaba humo de su seno: esto revelaba la existencia de fuego, que no se mostró continuo, sino que estallaba por intervalos como el rayo, siempre que la energía del foco interior levantaba el peso de las aguas que lo cubrían. En seguida vomitaba piedras, rocas enteras, unas intactas y lanzadas por el aire antes de calcinarse, otras corroídas y reducidas á la ligereza de la piedra pómez, y al fin apareció sobre el agua la cumbre de una montaña abrasada, que después aumentó de altura y ensanchó hasta formar una isla. En nuestro tiempo, bajo el consulado de Valerio Asiático, se reprodujo este fenómeno. ¿Por qué cito estos casos? Para hacer ver que ni el mar ha podido extinguir el fuego sobre que pesa, ni la enorme masa de las aguas impedirle que se abra paso. Según dice Asclepiodoto, discípulo de Posidonio, desde

doscientos pasos de profundidad, surgió el fuego separando el obstáculo de las olas. Si este inmenso volumen de aguas no pudo ahogar una columna de fuego que surgía del fondo del mar, ¿cuánto menos podrán extinguir el fuego en el aire el tenue vapor y las gotitas de las nubes? Tan débil obstáculo ofrecen á la formación de los fuegos, que solamente se ve brillar el rayo en cielo cargado de agua, sin que estalle en tiempo sereno. En día despejado no hay que temerlo, de la misma manera que en las noches que no estén oscurecidas por las nubes.—¿Cómo? ¿no vemos algunas veces relámpagos en cielo estrellado y noche tranquila?—Sí, pero ten por seguro que hay una nube en el punto donde brotan los relámpagos, aunque no podemos verla á causa de la convexidad de la tierra. Añade á esto que es posible que nubes bajas y próximas á la tierra hagan brotar por su choque un fuego que, lanzado más alto, aparece en la parte despejada y serena del cielo; pero siempre brota en punto turbado.

XXVII. Hanse distinguido los truenos en varias clases; los hay que parecen sordo rumor como el que precede á los terremotos y el que produce el viento encerrado estremeciéndose. Diré cómo creen algunos que se forman. Cuando el aire se encuentra encerrado en una aglomeración de nubes, rodando de seno en seno, deja oír como mugido ronco, uniforme y continuo. Y como si las nubes están cargadas de humedad, le cierran la salida, esta clase de truenos anuncian inminente lluvia. Otra especie de truenos hay cuyo sonido es agudo, acre, por decir mejor, como el ruido que oímos cuando rompea una vejiga sobre la cabeza de alguno. Ocurren estos truenos cuando una nube que rueda en torbellino revienta y deja escapar el aire que la henchía. Llámase este ruido fragor; y tan repentino como vehemente, derriba y mata á los hombres; algunos, sin perder la vida, quedan aturdidos y sin conocimiento; llamando nosotros atontados á los que la explosión del fuego

celeste quitó el sentido. Esta explosión puede proceder también del aire encerrado en el hueco de una nube y que, enrarecido por su mismo movimiento, se dilata, y, buscando después mayor espacio, resuena contra las paredes que le rodean. ¿Cómo no? ¿si golpeando nuestras manos resuenan con fuerza, no han de producir des nubes ruido mucho mayor, siendo muy grandes masas las que chocan?

XXVIII. Vemos, me dirán, nubes que chocan con montañas sin que brote ningún ruido.—En primer lugar, todo choque de nubes no produce rumor, necesitándose para producirlo aptitud especial. No puede aplaudirse chocando el reverso de las manos, sino chocando palma con palma, resultando también mucha diferencia según se golpee con las manos huecas ó extendidas. Además, no basta que las nubes se muevan, es necesario que las empuje violentamente una tormenta. Por otra parte, la montaña no rompe la nube, sino que solamente cambia su dirección, embotando á lo sumo las partes salientes. No basta que el aire salga de una vejiga henchida para que produzca sonido: si la divide el hierro, escapa sin ruido, siendo necesario para que haya explosión, no cortarla, sino romperla. Lo mismo digo de las nubes: á menos de choque brusco y violento, no resuenan. Añade que las nubes empujadas contra una montaña no se rompen, sino que se amoldan alrededor de algunas partes de la misma montaña, de los árboles, de los arbustos, de las rocas escarpadas y salientes: de esta manera se diseminan y dejan escapar por muchos puntos el aire que contenían, y que, á menos de estallar en considerable volumen, no produce explosión. Así lo demuestra el viento que, dividiéndose al cruzar entre las ramas de los árboles, silba y no truena. Necesítase un golpe que hiera extensamente y disperse á la vez toda la nube, para que resuene el estallido que se oye cuando truena.

XXIX. Además de esto, el aire es apto por su naturaleza para transmitir los sonidos. ¿Cómo no, si el sonido no es

otra cosa que percusión del aire? Necesario es, pues, que las nubes que se rompen estén huecas y dilatadas; porque ves que hay mucha mayor sonoridad en espacio vacío que en lleno, en un cuerpo dilatado que en el que no lo está. Así, pues, los tímpanos y címbalos no resuenan sino porque el aire que resiste es rechazado contra las paredes interiores, y no resonarían á no estar huecos.

XXX. «Opinan algunos, entre ellos Aselepiodoto, que puede producir el trueno y el rayo el encuentro de dos cuerpos cualesquiera. En otro tiempo vomitó el Etna, en una de sus grandes erupciones, considerable cantidad de arenas incandescentes. Una nube de polvo eclipsó la luz, y repentina oscuridad espantó á los pueblos. Al mismo tiempo estallaron muchos truenos y rayos formados por el concurso de cuerpos áridos y no por las nubes, que verosímilmente habríanse alejado de aquel aire abrasador. Cambises mandó contra el templo de Júpiter Ammón un ejército que quedó primeramente envuelto y después sepultado bajo las arenas que levantaba el Austro y dejaba caer después á manera de nieve. Probablemente estallarían entonces también rayos y truenos por el choque y frotación de las arenas.» Esta opinión no repugna á nuestra teoría, porque hemos dicho que la tierra exhala corpúsculos de dos clases, secos y húmedos, que circulan por todo el aire. Así, pues, en el caso citado, formaríanse nubes más densas y compactas que si las hubiese formado sencilla aglomeración de vapores. Estas pueden romperse con ruido; pero las otras aglomeraciones que llenan el aire de materias inflamadas ó de vientos que han barrido la superficie de la tierra, necesariamente han de formar la nube antes que el sonido. Pero las nubes pueden formarse tanto de elementos secos como de elementos húmedos, puesto que, como dijimos, no son otra cosa que aglomeración de aire denso.

XXXI. Para el observador son maravillosos los efectos del rayo y no permiten dudar que hay en él energía sobre-

natural, inapreciable á nuestros sentidos. Funde el dinero en una bolsa que deja intacta; líquidase la espada en la vaina, que queda entera, y el hierro de la lanza corre fundido á lo largo del asta, que no ha tocado. Rómpanse los toneles sin que se derrame el vino, pero esta consistencia del líquido solamente dura tres días. Obsérvase además otro hecho, y es que los hombres y animales heridos por el rayo quedan con la cabeza vuelta hacia el lado por donde salió, y las ramas que derriba de los árboles quedan derechas en la misma dirección. En fin las serpientes y demás animales cuyo veneno es mortal, una vez tocadas por el rayo, pierden toda la ponzoña.—¿Cómo lo sabes? diran.— Porque en los cadáveres venenosos no nacen gusanos, y en los de estos animales que caen bajo el rayo, pululan á los pocos días.

XXXII. ¿Qué diremos de la virtud del rayo para anunciar el porvenir? y no una ú otra vez, sino que frecuentemente anuncia el orden y serie entera de los destinos, y esto con caracteres ciertos y mucho más claros que si estuviesen escritos. Nos diferenciamos de los Toscanos, consumados en la ciencia de la interpretación de los rayos, en lo siguiente: creemos nosotros que estallan por el choque de dos nubes, y ellos dicen que ocurre choque porque hay explosión. Como todo lo refieren á Dios, están persuadidos de que el rayo no anuncia el porvenir porque se forma, sino que lo forman porque ha de anunciarlo. Pero sea el pronóstico la causa ó la consecuencia, fórmanse de la misma manera. Mas ¿cómo anuncia el rayo lo porvenir, sino es Dios mismo quien lo envía? De la misma manera que las aves, que no emprenden expresamente su vuelo para presentarse á nuestra vista, ofrecen auspicios favorables ó contrarios. Dios las mueve, dicen aquellos. Muy ocioso se le supone para que se ocupe de tan pequeños detalles, si se cree que ordene ensueños para tal hombre, y arregle las entrañas de las víctimas para tal otro. Intervención di-

vina hay sin duda en nuestros destinos, pero no es Dios quien dirige las alas de las aves y quien dispone las entrañas de los animales bajo el cuchillo del sacerdote. La serie de los fastos se desarrolla de otra manera: manda de antemano y por todas partes indicios precursores, de los que unos nos son familiares y desconocidos otros. Todo acontecimiento es vaticinio de otro acontecimiento, y solamente las cosas fortuitas que ocurren fuera de toda regla no dejan lugar á la adivinación. Todo lo que procede de determinado orden puede desde luego predecirse. Preguntarás por qué tiene el águila el privilegio de anunciar los sucesos importantes, lo mismo el cuervo y otras aves en corto número, mientras que la voz de las demás no anuncia nada. Porque no han entrado en la ciencia todos los hechos, y otros ni siquiera pueden entrar porque se realizan muy lejos de nosotros. Por lo demás, no hay animal cuyo movimiento y presencia no anuncie algo. Si todos los indicios no son observados, lo son algunos. El auspicio necesita observador, determinándolo el hombre que fija en él su atención; los que pasan desapercibidos no por eso dejan de tener valor. Observación de los Caldeos es la influencia de las cinco estrellas. ¿Y crees tú que en vano brillan en el cielo tantos millares de astros? ¿Qué es lo que engaña á los vaticinadores sino su sistema de unir nuestro destino á cinco astros solamente, cuando ni uno de los que resplandecen sobre nuestra cabeza carece de influencia en nuestro porvenir? Los más cercanos obran tal vez más inmediatamente sobre el hombre, como también aquellos que por la frecuencia de sus movimientos nos impresionan de una manera y de otra á los demás animales. Pero aquellos mismos que están inmóviles, ó que su rapidez, igual á la del mundo, les hace aparecer sin movimiento, no dejan de tener derecho y dominio sobre nosotros. Considera otras cosas además de las estrellas; considéralo todo, y el vaticinio será completo. Pero no es

más fácil saber cuánto pueden, que dudar de su poder.

XXXIII. Volvamos ahora á los rayos, cuya ciencia se divide en tres partes: observación, interpretación y conjuración. La primera supone una regla particular; la segunda constituye la adivinación; la tercera tiene por objeto hacerse propicios á los dioses, rogándoles manden bienes y libren de males, es decir, que confirmen las promesas ó retiren sus amenazas.

XXXIV. Créese que el rayo tiene virtud soberana, porque cuando se presenta quedan anulados todos los demás presagios. Lo que él anuncia es irrevocable y no puede modificarlo ninguna otra señal. Todo lo que puede verse de amenazador en las entrañas de las víctimas ó en el vuelo de las aves, lo borra el rayo propicio; mientras que nada de lo que él presagia podría desmentirlo el vuelo de las aves ni las entrañas de las víctimas. Parece que esto no es exacto. ¿Por qué? porque nada hay más verdadero que lo verdadero. Si las aves han predicho lo porvenir, es imposible que este auspicio quede anulado por el rayo; y si puede anularse, es que no predijeron el porvenir. No comparo aquí las aves y el rayo, sino señales de verdad: si las dos profetizan lo verdadero, lo mismo vale la una que la otra. Si pues la intervención del rayo destruye las indicaciones del sacrificador ó del augur, es que inspeccionaron mal las entrañas ó no interpretaron bien el vuelo de las aves. Lo esencial no consiste en saber cuál de estas señales tiene mayor fuerza y virtud; si las dos dicen lo verdadero, bajo este punto de vista son iguales. Si se dice: la llama tiene más fuerza que el humo, eierto es; pero como señal de fuego, el humo vale tanto como la llama. Así, pues, si se dice que siempre que las víctimas anuncian una cosa y el rayo otra, debe creerse más á éste, tal vez lo concedería; pero si se pretende que habiendo anunciado la verdad las primeras señales, un rayo lo anule todo y obtenga exclusivamente fe, se engañan. ¿Por qué?

porque no importa nada el número de los auspicios: el destino es único; si el primer auspicio lo interpretó bien, el segundo no puede destruirlo, porque es el mismo. Lo repito: importa poco que se interrogue el mismo presagio ú otro, puesto que se les interroga sobre una cosa misma.

XXXV. El rayo no puede cambiar el destino. ¿Por qué no? porque el rayo forma parte del destino mismo. ¿Para qué sirven, pues, las expiaciones y sacrificios si el destino es inmutable? Permíteme defender la rígida escuela de aquellos que excluyen estas ceremonias y solamente ven en los votos que se dirigen al cielo consuelos de mentes enfermas. Por otros caminos se realiza el destino; ninguna plegaria llega hasta él, ni hay piedad ni ruego que le ablande. Irrevocablemente sigue su carrera, continuando el impulso primero hasta el término que se le ha prescrito. Así como las rápidas aguas del torrente no retroceden, ni se detienen jamás, porque las que vienen detrás empujan á las que van delante, así también la cadena de los acontecimientos obedece á la rotación eterna del destino, cuya primera ley es permanecer fiel á sus decretos.

XXXVI. ¿Qué entiendes por destino? Entiendo la necesidad constante de las cosas y de los hechos, que ningún poder sería bastante á destruir. Si crees que los sacrificios, que la inmolación de un cordero blanco podrá desarmarlo, desconoces las leyes divinas. Niegas que sean mudables hasta las decisiones del varón sabio, ¿cuánto más lo serán las de Dios? El sabio no conoce lo mejor sino en el momento presente, y todo es presente para la divinidad. Sin embargo, quiero defender la causa de aquellos que creen que puede conjurarse el rayo y que no dudan que algunas veces tengan las expiaciones virtud para apartar los peligros, disminuirlos ó suspenderlos.

XXXVII. Más adelante me haré cargo de las consecuencias de estos principios. Entre tanto, estamos de

acuerdo con los Etruscos en creer que los votos son útiles sin que el destino pierda nada de su acción y poder; porque existen probabilidades que los dioses inmortales han dejado en suspenso, de tal suerte que, para hacerlas favorables, bastan algunas preces y sacrificios. Estos votos no salen al encuentro del destino, sino que forman parte del destino mismo.—La cosa, dices, debe realizarse ó no realizarse: si debe realizarse, aunque no pronuncies preces se realizará; si no debe ocurrir, en vano rogarás, porque no tendrá lugar.—Este argumento es falso, porque existe un medio entre los dos extremos, este es, que el acontecimiento puede realizarse si formas votos para ello. Pero, siguen objetando, en el destino entra también que se formen ó no se formen votos.

XXXVIII. Considera que te ayudo y que concedo que los votos mismos entran también en el destino, de lo cual se deduce que estos votos son inevitables. Destino es de éste ser sabio si estudia: es así que este mismo destino quiere que estudie; luego estudiará. Aquél será rico, si cruza los mares: es así que este destino que le promete grandes riquezas quiere que recorra los mares; luego los recorrerá. Otro tanto digo de las expiaciones. Este hombre se librá del peligro si, por medio de sacrificios, aplaca las amenazas del cielo; pero también lleva en su destino hacer estos sacrificios; luego los hará. De esta manera se nos arguye ordinariamente para demostrarnos que no se ha dejado nada al arbitrio humano, quedando todo á merced del destino. Cuando tratemos esta cuestión explicaré cómo, sin falsear el destino, conserva el hombre su libre albedrío. Ahora he explicado cómo, continuando invariable la marcha del destino, las expiaciones y sacrificios pueden conjurar los pronósticos siniestros, puesto que, sin combatir, todo esto entra en el cumplimiento de sus leyes.—¿Para qué sirve entonces, dirás, el arúspice? La expiación es inevitable aunque él no la aconseje.—Te sirve el arús-

pice como ministro del destino. De la misma manera que la curación, aunque anunciada por el destino, no se debe menos al médico, porque por sus manos recibimos el beneficio del destino.

XXXIX. Según Cæcinna, hay tres clases de rayos: de consejo, de autoridad y el llamado de estación. El primero se presenta antes del acontecimiento, pero después de formado el propósito; así, pues, cuando meditamos una acción cualquiera, nos determina ó nos separa de ella un rayo. El segundo sigue al acontecimiento realizado, é indica si es favorable ó nefasto. El tercero sobreviene al hombre en pleno reposo, cuando no realiza ni proyecta ninguna acción; éste amenaza, promete ó aconseja. Llámasele monitorio, pero no sé por qué no ha de ser el mismo de consejo. La advertencia es consejo también, si bien existe alguna diferencia entre la una y el otro. El consejo anima ó disuade; la advertencia se limita á hacer evitar un peligro que avanza; cuando hemos de evitar un incendio, una traición de nuestros parientes ó una trama de nuestros esclavos. Otra distinción veo también: el consejo se da al que proyecta hacer algo; la advertencia al que no tiene proyecto alguno. Las dos cosas tienen caracteres propios: aconséjase al que ya ha deliberado, y se advierte espontáneamente.

XL. Debemos decir, ante todo, que los rayos no se diferencian por su naturaleza, sino por su significación. Existe el rayo que taladra, el que derriba y el que abrasa. El primero es un fuego penetrante, que escapa por la abertura más pequeña, gracias á la pureza y tenuidad de su llama. El segundo tiene forma de globo y encierra una mezcla de aire condensado y tempestuoso. Así es que el primero entra y escapa por el agujero que formó; y la fuerza del segundo, extendiéndose á lo largo, rompe en vez de taladrar. El rayo que abrasa contiene muchas partículas terrestres; es fuego más bien que llama, por cuya

razón deja intensas señales de incendio en los cuerpos que hiera. No existe ningún rayo sin fuego, pero se llama propiamente ígneo al que imprime manifiestas señales de incendio, quemando ó ahumando. Quema de tres maneras: por soplo, en cuyo caso daña y perjudica muy poco; por combustión, y por inflamación. Estos tres modos de quemar solamente se diferencian por el grado y la forma. Toda combustión supone ustiún, pero no toda ustiún supone combustión, como tampoco toda inflamación, porque el fuego puede no haber obrado mas que de paso. ¿Quién ignora que los objetos arden sin inflamarse, mientras que nada se inflama sin arder? Una sola cosa añadiré: puede haber combustión sin inflamación, de la misma manera que puede haber inflamación sin combustión.

XLI. Paso ahora al género de rayos que ennegrecen los objetos que tocan. Estos dan color, ó decoloran. Precisaré la distinción diciendo: decolorar es disminuir el color sin cambiarlo: colorar es dar otro color; como, por ejemplo, azular, ennegrecer, palidecer. Hasta aquí los Etruscos y los filósofos están de acuerdo, pero disienten en que los Etruscos dicen que Júpiter lanza el rayo, siendo éste de tres clases. El primero es de aviso y de paz, y lo lanza Júpiter por su única voluntad. También envía el segundo este dios, pero mediante el consejo de los doce dioses mayores: este rayo es saludable, pero ocasiona algún daño. El mismo Júpiter lanza el tercer rayo, mas después de consultar los dioses que se llaman superiores y envueltos: este rayo destruye, arrolla y desnaturaliza implacablemente todo cuanto encuentra, sea público ó particular. Este fuego no deja subsistir nada en su primitivo estado.

XLII. Si consideramos el fondo de estas cosas, vemos que se equivocó la antigüedad. Porque ¿puede haber algo más absurdo que figurarse á Júpiter en medio de las nubes lanzando rayos sobre columnas, árboles, y á las veces sobre sus propias estatuas; dejando impunes á los sacríle-

gos, para herir corderos, incendiar altares, destruir inofensivos rebaños, y en fin aconsejándose de otros dioses como incapaz de consultarse á sí mismo? ¿Habré de creer que el rayo es propicio y pacífico cuando lo lanza Júpiter solo, y funesto cuando lo envía la asamblea de los dioses? Si me preguntas mi opinión, te diré que no creo que nuestros antepasados fuesen tan ignorantes que supusieran á Júpiter injusto, ó por lo menos impotente. Porque, una de dos: al lanzar esos rayos que han de herir cabezas inocentes, y no pueden tocar á los culpables, ó no quiso dirigir mejor sus golpes, ó no consiguió dirigirlos. ¿Qué se propusieron al decir estas cosas? Aquellos sapientísimos varones consideraron que el miedo era necesario para poner freno á la ignorancia, y quisieron que el hombre temiese á un sér superior á él. Útil era, sin duda, cuando el crimen lleva tan lejos su audacia, que existiese un poder ante el cual considerasen todos impotentes sus esfuerzos. Así, pues, para aterrar á aquellos que solamente por temor se abstienen del mal, hicieron cernerse sobre nosotros un dios vengador y armado constantemente.

XLIII. Mas ¿por qué pueden conjurarse los rayos que manda Júpiter por sí mismo, y solamente son funestos los que ordena el consejo de los dioses deliberando con él? Porque si Júpiter, es decir, el rey, debe realizar por sí solo el bien, no puede causar daño si á ello no le determina el consejo de muchos. Aprendan aquellos que son grandes entre los hombres, que el cielo no lanza sus rayos ciegamente: consulten, pesen las opiniones diversas, templen el rigor de las sentencias, y no olviden que para herir legítimamente, el mismo Júpiter no cree bastante su propia autoridad.

XLIV. Tampoco eran nuestros mayores tan sencillos que creyesen que Júpiter cambiaba de rayos; licencia que han pedido permitirse los poetas:

Est aliud levius fulmen, cui dextra Cyclopum

Sævitiæ flammæque minus, minus addidit iræ:
Tela secunda vocant superi (1).

Pero la sabiduría de aquellos doctísimos varones no cayó en el error de creer que Júpiter usaba algunas veces rayos ligeros, sino que quisieron advertir á los encargados de lanzar rayos sobre los culpables, que no debe castigarse á todos de igual manera, que hay rayos para destruir, otros para tocar y rozar y otros para advertir.

XLV. Tampoco creyeron que el Júpiter que adoramos en el Capitolio y en otros templos fuese el que lanza el rayo; sino que consideran á Júpiter como nosotros, guardador y moderador del universo, del que es alma y espíritu, señor y artífice de esta obra, y al que todos los nombres convienen. ¿Quieres llamarle Destino? no te equivocas; de él dependen todos los acontecimientos; en él están las causas de las causas. ¿Quieres llamarle Providencia? bien le llamas: su providencia vela por las necesidades del mundo, para que nada altere su marcha, y realice su ordenado fin. ¿Prefieres llamarle Naturaleza? no errarás: de él ha nacido todo; de su aliento vivimos. ¿Quieres llamarle Mundo? no te engañas: él es todo lo que ves, está todo entero en cada una de sus partes y se sostiene por su propio poder. De la misma manera que nosotros pensamos los Etruscos, y si dicen que el rayo procede de Júpiter, es porque nada se hace sin él.

XLVI. ¿Y por qué deja impune algunas veces Júpiter al culpable y hiere al inocente? Propónesme una cuestión muy importante, á la que debemos asignar tiempo y lugar. Contestaré solamente que el rayo no parte de la mano de Júpiter, sino que lo ha dispuesto todo de tal manera que las cosas mismas que no hace él directamente, no se realicen sin embargo sin razón, procediendo de él esta razón.

(1) Hay otro rayo más suave al que los Cíclopes mezclaron menos fuego y menos ira: los dioses le llamaron favorable.

Las causas segundas obran con su licencia, y aunque los hechos se realicen sin él, él ha querido que se realicen. No preside á los detalles, pero dió forma, fuerza y vida al conjunto.

XLVII. No admito la división de que los dicen que los rayos son perpetuos, determinados ó prorrogados. Perpetuos son aquellos cuyo pronóstico abraza una existencia entera, y en vez de anunciar un hecho parcial, comprenden la cadena completa de los acontecimientos que se suceden en la vida. Tales son los rayos que aparecen el día en que se toma posesión de un patrimonio y cuando un hombre ó una ciudad acaba de cambiar de estado. Los rayos determinados se refieren á un día marcado. Los prorrogados son aquellos que pueden diferirse, pero no suprimirse.

XLVIII. Diré por qué no admito esta división. El rayo que llaman perpetuo es igualmente determinado, respondiendo también á un día marcado y no dejando de ser determinado por el hecho de aplicarse á plazo más largo. El que parece prorrogado es determinado también; porque según confiesan los mismos que esto sostienen, se sabe hasta dónde puede obtenerse ó aplazarse el efecto. Según ellos, la dilación solamente es de diez años para los rayos particulares, y de treinta para los públicos. Luego estos rayos son determinados en cuanto llevan consigo el término de su prórroga. Así, pues, todos los rayos y todos los acontecimientos tienen su día señalado, porque á lo ineierto no puede señalarse límites. En cuanto á la observación de los relámpagos, el sistema es vago y sin cohesión, pudiendo seguirse sin embargo la división del filósofo Atalo, que habia adoptado este método: observar su aparición, el tiempo, la persona, la circunstancia, la cualidad y la cantidad. Si quisiera tratar separadamente cada una de estas partes, ¿qué haría sino empeñarme en una obra sin fin?

XLIX. Hablaré ahora de los nombres que Cæcinna da á los rayos, y daré mi opinión acerca de ellos. Dice que los hay postulatorios, los cuales exigen se comience de nuevo el sacrificio interrumpido ó hecho en contra de los ritos. Monitorios, que indican las cosas de que debemos guardarnos. Pestíferos, que vaticinan muerte ó destierro. Falaces, que producen daño mostrándose como de buen agüero. Estos dan consulado malo al que debe ejercerlo; herencia cuya posesión se pagará muy cara. Deprecativos, que anuncian peligro que no se realiza. Perentales, que neutralizan las amenazas de otros rayos. Atestantes, que confirman amenazas anteriores. Atorráneos, que caen en un paraje cerrado. Soterrados, que hieren sitio herido ya anteriormente y no purificado por expiaciones. Reales, que caen ora en los comicios, ora en los puntos donde se ejerce la soberanía de una ciudad libre: la significación de éstos es amenazar la soberanía de la ciudad. Infernales, cuyos fuegos brotan de la tierra. Hospitalarios, que llaman, ó, por usar la expresión más respetuosa que ahora se emplea, invitan á Júpiter á nuestros sacrificios, quien, si está irritado contra aquel que los ofrece, viene con mucho peligro para él. Auxiliares, que favorecen á quienes los invocaron.

L. ¡Cuánto más sencilla es la división de Attalo, aquel varón eminente que había unido á la ciencia de los Etruscos la sutileza de los Griegos! «Entre los rayos, decía, los hay que significan cosas que nos atañen, y otros ó no significan nada, ó nos está vedada su inteligencia. De los que tienen significación, nos son propicios ó adversos, y algunos ni lo uno ni lo otro. Los adversos son de cuatro clases: presagian males inevitables ó evitables, que pueden amonarse ó diferirse: los rayos propicios anuncian sucesos duraderos ó transitorios. Los mixtos tienen bueno y malo, ó mal que se trueca en bien, ó bien que cambia en mal. Los que no son ni adversos ni favorables anuncian alguna

empresa en la que debemos entrar sin miedo ni regocijo, como un viaje en el que nada tenemos que temer, como tampoco que esperar.»

LI. Volvamos á los rayos que significan algo, pero que no nos atañen: de esta clase es el que vaticina que en el mismo año caerá otro rayo de la misma clase. Los que nada significan ó cuya significación no alcanzamos, son, por ejemplo, los que caen á lo lejos en el mar ó en los desiertos, y cuyo pronóstico es nulo ó se pierde para nosotros.

LII. Poco añadiré acerca de la fuerza del rayo, que no obra de la misma manera en todos los cuerpos. Los más fuertes, los que resisten, se rompen con estrépito, y á las veces atraviesa sin daño los que ceden. Lucha contra la piedra, el hierro y las sustancias duras, porque necesita penetrarlas por fuerza y abrirse paso en ellas, mientras que no perjudica á las blandas y porosas por inflamables que parezcan, porque su violencia es menor cuando el paso es más fácil. Por esta razón, como antes dije, funde, sin ofender á la bolsa, el dinero que contiene, porque siendo sutilísimos sus fuegos, atraviesan los poros hasta imperceptibles. Pero las partes sólidas de la madera le oponen resistencia que vence. Como ya dije, no tiene un solo modo de dañar, revelándose la naturaleza de su acción por el estrago, pero siempre se conoce la obra del rayo. Algunas veces produce efectos diversos en diferentes puntos del mismo cuerpo: así, pues, en un árbol, quema las partes más secas, rompe y horada las más sólidas y duras, arranca la corteza exterior, rompe y desgarrá la interior y arruga y contrae las hojas; congela el vïo, y funde el hierro y el cobre.

LIII. Cosa digna de admiración es que el vino congelado por el rayo y vuelto á su primer estado, es bebida mortal ó que hace dementes. Preguntándome la razón de esto, he aquí lo que se me ocurre. Existe en el rayo algo

venenoso, de lo que verosímilmente quedan partículas en el líquido condensado ó congelado, que, desde luego, no podría congelarse si no se le añadiese algo que aumentara su cohesión. Por otra parte, el aceite y todos los perfumes tocados por el rayo exhalan olor repugnante, de lo que se deduce que este fuego tan sutil, cuya dirección es contra naturaleza, encierra un principio pestilente que mata, no sólo por el choque, sino que también por la aspiración. En fin, es cosa cierta que allí donde cae el rayo queda olor de azufre, y este olor, naturalmente fuerte, respirado con frecuencia puede producir la locura. Pero esto lo examinaremos más despacio. Tal vez tendremos que demostrar que esta teoría procede inmediatamente de aquella filosofía, madre de las artes, que es la primera que ha investigado las causas, observado los efectos, y, lo que es mucho mejor que el examen de los rayos, relacionado los resultados con los principios.

LIV. Vuelvo á la opinión de Posidonio. De la tierra y de los cuerpos terrestres brotan vapores, húmedos unos, y los otros secos y semejantes al humo; éstos alimentan el rayo y aquéllos las lluvias. Las emanaciones secas y húmedas que suben al aire, no permiten que las encierren las nubes y rompen sus barreras, de donde procede el ruido que llamamos trueno. En el aire mismo existen partículas que se secan y calientan. Estas partículas, si están encerradas, buscan salida y escapan ruidosamente. La fuga es algunas veces general y produce violento fragor, y á veces parcial y menos sensible. El aire, modificado de esta manera, hace brotar el rayo, bien rasgando las nubes, bien atravesándolas. Pero la causa más violenta de inflamación es la agitación giratoria del aire encerrado en la nube.

LV. El trueno no es otra cosa que el sonido producido por aire seco, y no puede tener lugar más que de dos modos: por rozamiento ó por explosión. Posidonio dice que el choque de las nubes produce también detonación, pero

ne general, porque no chocan grandes masas, sino partes separadas. Los cuerpos blandos no resuenan como no choquen con cuerpos duros, por cuya razón no se oyen las olas como no se rompan. Dirás que el fuego cuando se sumerge en el agua resuena al extinguirse. Juzga que así es, y me favorecerás; porque el sonido no lo produce el fuego, sino el aire que escapa del agua en que se extingue el fuego. Concediéndote que el fuego nace y se extingue en las nubes, siempre nace del aire y por frotación. ¡Cómo! dirán, ¿no puede acontecer que una de esas estrellas errantes de que has hablado caiga en una nube y se extinga en ella? Supongamos que pueda ocurrir así alguna vez; pero ahora buscamos causa natural y constante, y no rara y fortuita. Considera que concedo lo que dices, que se ve algunas veces, después del trueno, brillar fuegos parecidos á las estrellas que corren oblicuamente y que parecen caer: seguiríase de aquí que estos fuegos no habían producido el trueno, sino que se habían producido á la vez estos fuegos. Según Clidemo, el relámpago no es más que vana apariencia, y no fuego: tal es la luz que durante la noche produce en el mar el movimiento de los remos. El ejemplo es inexacto: este fuego aparece dentro de la misma agua, y el que se forma en el aire brota y escapa.

LVI. Heráclito cree que el relámpago es como los primeros conatos del fuego que se enciende en nuestros hogares, esa llama incierta que en tanto se apaga y en tanto brilla. Los antiguos les llamaban *fulgetra*, nosotros decimos *tonitrua* en plural; aquéllos llamaban al singular *tonitruum* ó *tonum*. Esta última palabra la encuentro en Cœcinna, escritor elegante, que hubiese tenido nombre en la elocuencia de no oscurecerle la sombra de Cicerón. Notemos también que en el verbo que expresa la erupción de repentina claridad de las nubes, los antiguos hacían breve la sílaba que nosotros hacemos larga. Nosotros decimos *esplendére* y *fulgére*, y ellos *fulgere*.

LVII. • ¿Preguntas qué opino yo? porque basta ahora no he hecho más que prestar la mano á las opiniones ajenas. Te lo diré: el relámpago es una luz repentina que brilla á lo lejos. Tiene lugar cuando el aire enrarecido de las nubes se convierte en fuego que no tiene fuerzas para avanzar más. Creo que no te sorprenderá que el movimiento enrarezca el aire y que el enrarecimiento lo inflame. Así se licúa el plomo lanzado por la honda, fundiéndolo el rozamiento del aire como lo fundiría el fuego. Los rayos son más frecuentes en estío, porque el aire está más caldeado, y la inflamación es más rápida cuando se verifica entre cuerpos muy calientes. De la misma manera se forma el relámpago que tanto brilla, y el rayo que descarga el golpe; pero el relámpago tiene menos fuerza, porque no está tan alimentado. En fin, para decir brevemente mi opinión, el rayo es el relámpago con más intensidad. Cuando los vapores cálidos y humeantes de la tierra han penetrado en las nubes y rodado durante algún tiempo en su seno, concluyen por escapar: si tienen poca fuerza, no producen más que luz; pero si el relámpago ha encontrado más alimentos y se ha inflamado con mayor violencia, ya no aparece como llama, sino que cae el rayo.

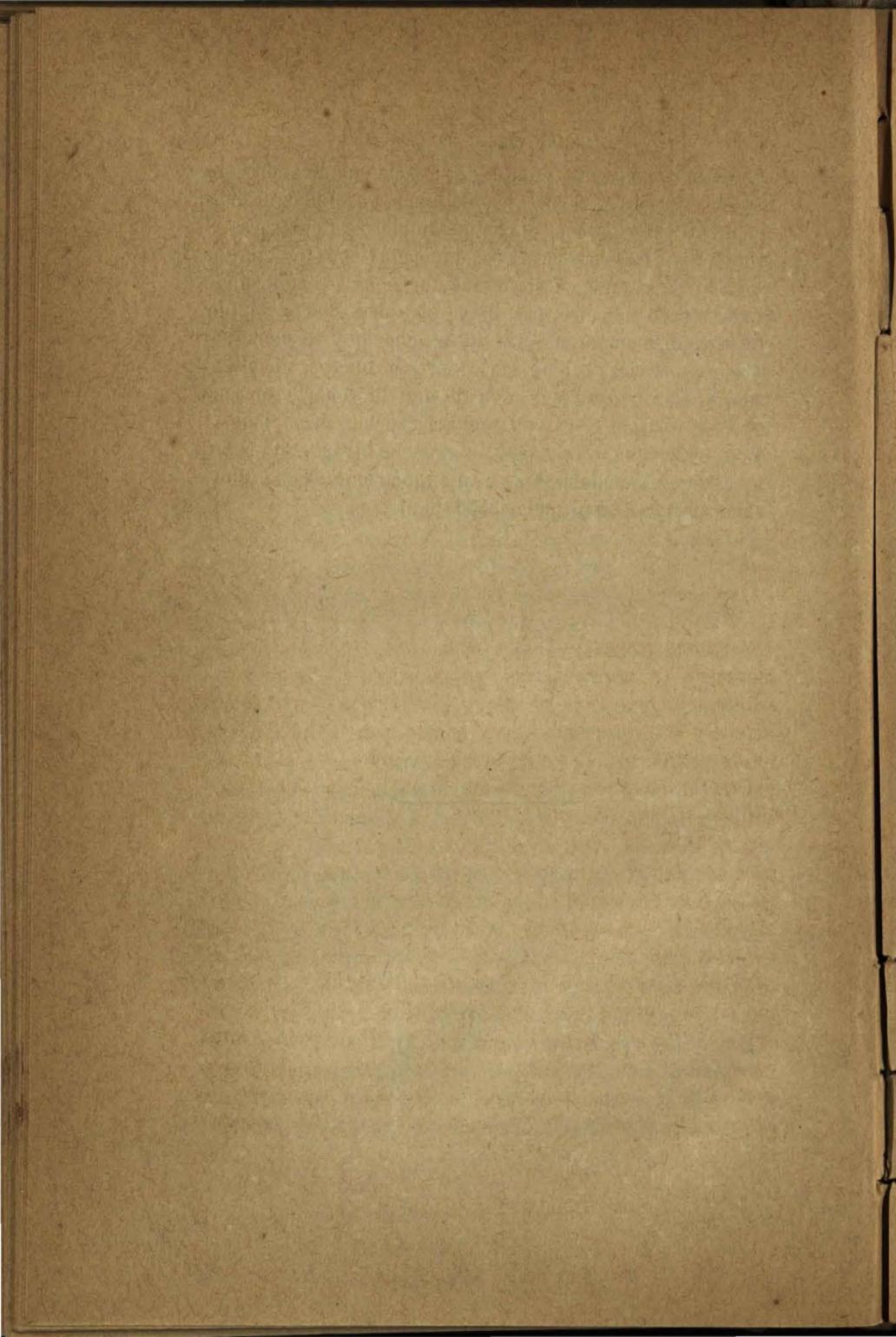
LVIII. Creen algunos que el rayo después de caer vuelve á subir; otros que queda sobre el suelo cuando está recargado de alimentos y no ha podido descargar sino débil golpe. ¿Pero de qué depende que el rayo aparezca tan bruscamente y su fuego no sea más duradero y continuo? Porque nada hay que se mueva con más rapidez, rompiendo las nubes é inflamando el aire simultáneamente. Después se apaga la llama en cuanto cesa el movimiento, porque el aire no forma corrientes bastante continuas para que se propague el incendio; y una vez inflamado por la misma violencia de sus movimientos, todo su esfuerzo es para escapar. En cuanto ha podido huir y ha cesado la lucha, el mismo impulso en tanto le empuja hacia la tierra.

en tanto le disuelve, según es más ó menos grande la fuerza de depresión. ¿Por qué camina en sentido oblicuo? Porque se forma en el aire cuyas corrientes son oblicuas y tortuosas; ahora bien, como la tendencia natural del fuego es subir, cuando algún obstáculo le comprime y hace bajar, toma dirección oblicua. Algunas veces se neutralizan estas dos tendencias; y el fuego sube y baja alternativamente. ¿Por qué caen los rayos con más frecuencia en las cumbres de las montañas? Porque están más cerca de las nubes, y al caer el rayo ha de encontrarlas.

LIX. Estoy oyendo lo que hace mucho tiempo estás deseando con impaciencia.—Prefiero, dices, no temer el rayo, á conocerlo. Enseña á otro cómo se forma. Quítame el miedo que me infunde antes de explicarme su naturaleza.—Acudo á tu deseo; porque debe añadirse alguna lección útil á todo lo que se dice ó se hace. Cuando investigamos los secretos de la naturaleza, cuando tratamos de las cosas divinas, atendemos á nuestra alma para libertarla de sus debilidades, y por consiguiente fortalecerla: así sucede también con los sabios cuyo único objeto es el estudio, y no para evitar los reveses de la fortuna, porque sus dardos vuelan por todas partes, sino para soportarlos con valor y resignación. Podemos ser invencibles, pero no inatacables, y sin embargo, algunas veces abrigo la esperanza de que podríamos serlo. ¿Preguntas cómo? Desprecia la muerte y despreciarás á la vez todo lo que lleva á la muerte; guerras, naufragios, mordedura de fieras, derrumbamiento de edificios. ¿Pueden hacer algo más estas cosas que separar el alma del cuerpo? Esta separación ningún cuidado la evita, ninguna felicidad la aplaca, ningún poder la imposibilita. Todo lo reparte desigualmente la fortuna, pero la muerte nos llama á todos y es igual para todos. Séannos propicios ó adversos los dioses, es necesario morir: saquemos valor de nuestra propia desesperación. Los animales más cobardes, que la naturaleza ha criado para la fuga, cuando

se les cierra toda salida, intentan el combate á pesar de su debilidad. No hay enemigo más terrible que el que debe su audacia á la imposibilidad de escapar: la imposibilidad provoca siempre esfuerzos más irresistibles que el valor. El hombre valeroso que lo ve todo perdido, se excede á sí mismo, ó por lo menos permanece igual. Pensemos que, en cuanto á la muerte, todos estamos vendidos, y lo estamos. Así es, oh Lucilio. Todo ese pueblo que ves, cuantos hombres imaginas viviendo sobre la tierra, serán llamados muy pronto por la naturaleza y empujados á la tumba: seguros estamos de esto; lo único inseguro es el día, pero tarde ó temprano hemos de llegar al mismo término. Ahora bien, ¿no te parecerá suprema cobardía y demencia solicitar con tanta instancia un instante de aplazamiento? ¿No despreciarías al hombre que, en medio de gentes condenadas á muerte como él, pidiese como gracia presentar el último la cerviz? Pues esto hacemos todos; consideramos como gran ventaja morir tarde. Contra todos está decretada la pena capital, y decretada con equidad suma. Porque, y este es el principal consuelo del que va á sufrir la sentencia fatal, aquellos cuya causa es igual, tienen la misma suerte. Entregados al verdugo por el juez ó el magistrado, le seguiremos sin resistencia y presentaremos la cabeza; si vamos á la muerte, ¿qué importa que sea de grado ó por fuerza? ¡Oh demente, cuánto olvidas tu fragilidad si sólo temes á la muerte cuando truena! ¿Consiste en eso tu seguridad? ¿Vivirás si evitas el rayo? Te atacarán el hierro, ó la piedra ó la fiebre. No es el rayo el peligro mayor, sino el que aturde más. ¡Sin duda serás tratado inicuamente si la infinita celeridad de tu muerte te roba el sentimiento, si tu fallecimiento es expiado, si hasta muriendo no eres inútil al mundo, si llegas á ser para él señal de algún acontecimiento grande! ¡Mal sin duda te tratarán si te sepultan con el rayo! Pero tiemblas al fragor del cielo, una nube vana te estremece, y espiras siempre que

brilla un relámpago. ¡Cómo! ¿te parece mejor morir de miedo que bajo un rayo? Levántate con intrepidez cuando te amenacen los cielos, y aunque hubiese de abrasarse el mundo por todas partes, piensa que nada tienes que perder de su inmensa mole. Y si piensas que contra tí se dispone ese trastorno del aire, esa lucha de tempestades; si por causa tuya se amontonan las nubes, chocan y resuenan; si para que perezcas brillan tan poderosos fuegos, acepta al menos como consuelo la idea de que tu muerte merece todo ese aparato. Pero no tendrás espacio para pensar; estos trastornos sobrecogen. Entre sus otras ventajas, el rayo tiene la de adelantarse á tu expectación. Nadie temió jamás al rayo sino el que escapó de él.



LIBRO TERCERO.

PREFACIO.

No se me oculta, óptimo Lucilio, que pongo los fundamentos de grandes edificios, y siendo ya viejo, quiero recorrer el círculo del universo y descubrir el principio de las cosas y sus secretos, para ponerlos en conocimiento de los demás. ¿Cuándo podré terminar tantas investigaciones, reunir tanta cosa desparramada y penetrar tantos misterios? La vejez me empuja por la espalda y me censura tantos años empleados en vanos estudios; nueva razón para apresurarme y reparar por medio del trabajo los vacíos de una vida mal ocupada. Añádase la noche al día, aléjense cuidados inútiles y abandonemos las ocupaciones de un patrimonio demasiado lejano de su dueño; que el espíritu se entregue por completo á sí mismo y á su propio estudio, y que en el momento en que la edad huye con mayor rapidez, nuestra atención se fije al menos en nosotros mismos. Así lo haré con asiduidad, y diariamente podré medir la brevedad del tiempo. Por el escrupuloso empleo del presente, podré recuperar cuanto he perdido.

Fidelísimo es al bien aquel que vuelve á él por el arrepentimiento. Con mucho placer exclamaré con un poeta ilustre:

Tollimus ingentes animos, at maxima parvo
Tempore molimur (1).

Así hablaría si todavía fuese niño ó joven, porque no hay porvenir tan dilatado que no sea demasiado corto para tan grandes cosas. Pero yo empiezo después del mediodía de mi vida esta carrera tan grave, difícil é infinita. Hagamos lo que se hace en viaje; cuando se parte tarde se recobra lo perdido aumentando la rapidez. Seamos diligentes y prosigamos este trabajo, tan grande ya, que tal vez quedará sin concluir, sin dar por excusa la edad. Engrandécese mi ánimo en presencia de tamaña empresa; contempla lo que debe hacer aún, y no lo que le queda de vida. Algunos se consumieron escribiendo la historia de reyes extranjeros, refiriendo los males que los pueblos han hecho ó padecido alternativamente. ¿Cuánto más prudente es sofocar las propias pasiones que referir á la posteridad las de otros? ¿Cuánto mejor es celebrar las obras de la divinidad que los latrocinios de Filipo, Alejandro y otros parecidos, famosos por la ruina de las naciones, azotes tan funestos para la humanidad como aquel diluvio que cubrió todas las llanuras, como aquel incendio general en que perecieron casi todos los seres vivientes? Escríbese cómo atravesó los Alpes Anníbal; cómo trajo á Italia imprevista guerra, que las desgracias de España hacían más temible todavía; cómo, encarnizado contra los Romanos, después de sus reveses, después de la ruina de Cartago, vagó de rey en rey, ofreciéndose por general, pidiendo un ejército y no cesando, ne obstante su vejez, de buscarnos guerra en todos los rincones del mundo, como si hubiese podido resignarse á

(1) Noble impulso nos arrebató, y tenemos muy poco tiempo para obra tan grande.

vivir sin patria, pero no sin enemigos. ¿No será mejor que inquiramos nosotros lo que debe hacerse y no lo que se hace, y enseñemos á aquellos que entregan su suerte á la fortuna, que nada hay estable en sus favores y que todos huyen con la rapidez del viento? Porque la fortuna no sabe parar y se complace en arrojar los males sobre los bienes, en confundir las risas con las lágrimas. Que nadie confie, pues, en la posteridad; que nadie desaliente en la desgracia; triste ó risueña, la suerte tiene sus alternativas. ¿Por qué tanta alegría? Ignoras dónde te abandonará el poder que tan alto te sube, y que no se detendrá á tu gusto sino al suyo. ¿Por qué te abates? Te encuentras en lo más profundo; ahora debes levantarte. De la adversidad se pasa á la mejor suerte, y del objeto apetecido á estado menos agradable. Necesario es que tu pensamiento contemple estos cambios comunes no solamente á las casas particulares que leve causa abate ó levanta, sino que también á las públicas y soberanas. Hanse visto gentes salidas del polvo dominar desde los tronos, y caer antiguos imperios en medio de su esplendor. Nadie podría enumerar los poderes mutuamente quebrantados; en el mismo momento hace Dios brotar éste y caer aquél; y no caen muellemente, sino que les arroja desde la cumbre sin que ni restos queden de ellos. Grande consideramos esto porque somos pequeños; pues frecuentemente nuestra pequeñez y no la naturaleza misma de las cosas nos las hace contemplar grandes. ¿Qué hay grande en las cosas humanas? No lo es llenar de armadas los mares, ni clavar los estandartes en las orillas del mar Rojo, ni cuando falta tierra para nuestras devastaciones, vagar por el Océano buscando playas desconocidas: nada de esto es grande, pero sí lo es haber contemplado el mundo con los ojos del espíritu y conseguido la mejor victoria, el dominio sobre los vicios. Innumerables son los que han dominado ciudades y naciones enteras; pero ¡cuán pocos son los que se han dominado á

sí mismos! ¿Qué hay grande aquí bajo? Elevar el ánimo sobre las amenazas y promesas de la fortuna; no esperar de ella nada que sea digno de nosotros. ¿Qué tiene la fortuna digno de nuestros deseos, si cuando de la contemplación de las cosas celestes pasan nuestros ojos á las de la tierra, encontramos en ellas tanta oscuridad como cuando se pasa de la brillante luz del sol á las tinieblas de los calabozos? ¿Qué hay grande aquí bajo? El ánimo firme y sereno en la adversidad que recibe todos los reveses como si los hubiese deseado. Y en efecto, ¿no deberíamos desearlos al saber que todo sucede por decreto de Dios? Llorar, gemir, quejarse, es rebeldía. ¿Qué hay de grande? El ánimo fuerte é inquebrantable contra los reveses, que rechaza las voluptuosidades y hasta las combate con ahinco; que no busca ni huye el peligro; que sabe formar su suerte sin esperarla; que sale al encuentro de los bienes como de los males sin turbación ni inquietud, y que no le conmueve la fortuna favorable ni la adversa. ¿Qué hay de grande? Cerrar el ánimo al mal consejo, levantar las manos puras al cielo, y en vez de aspirar á bienes que, para llegar á tí, otros tienen que dar ó perder, desear un solo tesoro que nadie te disputará, la sabiduría; y si la casualidad te lleva esas demás ventajas tan apreciadas por los mortales, considerarlas debes como cosas que huyen por el mismo camino que vienen. ¿Qué hay de grande? Levantar el ánimo por encima de las cosas fortuitas, recordar que somos hombres; si somos felices, considerar que no lo seremos por mucho tiempo; si desgraciados, que no lo somos desde el momento en que creemos no serlo. ¿Qué hay de grande? Tener el alma en el extremo de los labios dispuesta á marchar. De esta manera es libre el hombre, no por derecho de ciudadano, sino por derecho de naturaleza. Libre es el que no es esclavo de sí mismo; el que ha rechazado esta servidumbre constante, que no admite resistencia y pesa sobre nosotros día y noche. El que es esclavo de sí mismo sufre el yugo

más pesado de todos; pero es fácil sacudirlo, si dejas de pedirte muchas cosas á tí mismo, si no te envaneces con tu propio mérito, si recuerdas tu condición de hombre y tu edad, y te dices, aunque seas joven: ¿Por qué esta locura? ¿por qué este anhelo? ¿por qué este trabajo? ¿por qué trastorno el suelo? ¿por qué asedio el foro? ¿Necesito tan poco y por tan corto tiempo!—Para esto nos servirá el estudio de la naturaleza, que, separándonos primeramente de objetos indignos de nosotros, da en seguida al alma la grandeza, la elevación que necesita, sustrayéndola al dominio del cuerpo. Además, la inteligencia que se ejercita en sondear los misterios de las cosas no se rebajará á cuestiones más humildes. Y nada hay más fácil que estas reglas saludables que nos robustecen contra nuestra perversidad y locura, que condenamos y no abandonamos.

1. Ocupémonos ahora de las aguas é investiguemos de qué manera se forman: sea como dice Ovidio,

Fons erat illimis nitidis argenteus undis (1),

ó como dice Virgilio,

*Unde per ora novem vasto cum murmure montis
It mare præruptum, et pelago premit arva sonanti (2),*

ó bien como encuentro en tus escritos, caro Junior,

Elæus Siculis de fontibus exsilit amnis (3);

¿por qué medio se suministran estas aguas á la tierra? ¿de qué manera alimentan día y noche su caudal esos ríos tan inmensos? ¿por qué aumentan algunos en invierno y otros crecen en la época en que el mayor número disminuye?

(1) Límpida fuente en ondas de plata se derrama.

(2) Por nueve bocas brotan del monte olas poderosas, mar rugiente que oprime inmensa llanura.

(3) Brotó en Sicilia un río de Elida.

Separemos desde luego el Nilo, en vista de que su naturaleza es singular y propia; aplazaremos lo que le concierne, y trataremos de las aguas comunes, así frías como calientes, investigando en cuanto á estas últimas si tienen calor natural ó adquirido. También nos ocuparemos de las que su sabor ó utilidad ha hecho célebres. Porque las hay que alivian los nervios, otras los ojos; algunas sanan por completo de males inveterados y de cuya curación desesperaban los médicos. Algunas cicatrizan las llagas; otras, bebiéndolas, fortalecen los órganos interiores y suavizan las enfermedades del pulmón y de otras vísceras; estas contienen las hemorragias, siendo en fin tan diferentes en sus empleos como en sus sabores.

II. Todas las aguas son estancadas ó corrientes, reunidas en masas ó repartidas en venas. Las hay dulces y de todas clases, encontrándose acres, saladas, amargas y medicinales, entre las cuales contamos las sulfurosas, ferruginosas y aluminosas. El sabor revela su cualidad. Otras muchas diferencias tienen que se reconocen por el tacto, son frías ó calientes; por el peso, son pesadas ó ligeras; por el color, son claras ó turbias, azuladas ó transparentes; en fin, por la salubridad, siendo saludables y útiles ó mortales y petrificantes. Las hay extraordinariamente ligeras; otras son crasas; unas alimenticias, otras pasan sin alimentar el cuerpo, y algunas reproducen la extinguida fecundidad.

III. Que el agua esté estancada ó corra, depende de la disposición de los lugares: en los planos inclinados corre, y en la llanura queda inmóvil; algunas veces la impulsa el viento delante de sí, y en estos casos no corre, sino que se ve obligada á ello. La aglomeración de aguas depende de las lluvias; las corrientes naturales nacen de manantiales. Pero suceder puede que las aguas nazcan y se aglomeren en el mismo paraje, como vemos en el lago Fucino, al que van á parar todos los arroyos que bajan de las mon-

tañas inmediatas. Pero también encierra en su interior abundantes manantiales, por cuya razón no cambia de aspecto cuando penetran en él los torrentes del invierno.

IV. Consideremos ante todo cómo puede bastar la tierra al alimento continuo de los ríos y de dónde salen tantas aguas. Admirase que los ríos no aumenten los mares, y no debe admirarse menos que tanta pérdida de agua no empobrezca la tierra. ¿Cómo se llenan sus depósitos secretos para que corra siempre y supla incesantemente las pérdidas? La razón que demos para los ríos será igualmente aplicable á los arroyos y fuentes.

V. Creen algunos que la tierra absorbe de nuevo todas las aguas que derrama, y que si no aumentan los mares es porque en vez de conservar las corrientes que reciben, las restituyen en seguida. Conductos invisibles las llevan debajo de tierra, y habiendo salido á la vista, vuelven secretamente, filtrándose en el tránsito el agua del mar, que pierde su amargor á fuerza de agitarse en las innumerables sinuosidades de la tierra, y á través de las variadas capas del suelo dejan su sabor desagradable, pasando á completo estado de pureza.

VI. Otros juzgan que la tierra solamente emite por los ríos el agua que recibe de las lluvias, dando como prueba la escasez de ríos en las regiones donde llueve rara vez. La aridez de los desiertos de la Etiopía y el escaso número de manantiales que ofrece el interior de Africa, atribúyenla á la abrasadora naturaleza de aquel cielo, en el que reina casi siempre el verano. De aquí esas tristes llanuras de arena sin árboles, sin cultivo, apenas regadas de tarde en tarde por lluvias que el suelo absorbe en el acto. Sábese, por el contrario, que la Germania, la Galia, y después de éstas Italia, abundan en arroyos y ríos porque su cielo es húmedo y ni siquiera carece de lluvias el estío.

VII. Comprendes que se puede decir mucho en contra de esto. En primer lugar te diré en mi calidad de diligente

viticultor que ninguna lluvia, por grande que sea, penetra en la tierra á más de diez pies de profundidad. La primera corteza absorbe toda el agua y no descende más. ¿Cómo podría alimentar ríos esta lluvia que solamente moja la superficie del suelo? La mayor parte de ella va al mar por el cauce de los ríos, siendo muy poca la que absorbe la tierra que no la guarda, porque ó está sedienta y bebe cuanta cae, ó está saciada y no recibe más de la que necesita. Por esta razón las primeras lluvias no aumentan el caudal de los ríos, absorbiéndolas por completo la tierra, que se encuentra muy seca. ¿Cómo explicar, por otra parte, esos ríos que brotan de los peñascos y montañas? ¿Qué pueden recibir de las lluvias que corren por piedras desnudas sin encontrar tierra que las detenga? Añade que cuando se abren pozos en parajes muy secos, á doscientos ó trescientos pies se encuentran veneros abundantes, no penetrando jamás el agua de las lluvias á tanta profundidad, lo cual demuestra que aquellas aguas no han caído del cielo ni son masas estancadas, sino lo que ordinariamente se llama aguas vivas. También se combate la opinión expuesta reflexionando que brotan manantiales en la cumbre de algunas montañas, manantiales evidentemente impulsados por fuerza ascendente ó formados en el paraje mismo, porque todas las aguas pluviales corren hacia abajo.

VIII. Otros opinan que de la misma manera que en la superficie de la tierra existen vastas lagunas y grandes lagos navegables, extendiéndose los mares que cubren todos los parajes bajos; así también el interior del globo está lleno de aguas dulces, estancadas, como vemos el Océano y sus golfos, pero mucho más abundantes, por ser las cavidades interiores más profundas que las del mar. De estos inmensos depósitos brotan los grandes ríos, y cómo admirarse de que la tierra no quede empobrecida por ellos cuando los mares no experimentan aumento?

IX. Esta explicación agrada más á otros. El interior de la tierra, dicen, encierra profundas cavernas y mucho aire que necesariamente se enfría en la densa oscuridad que le comprime. Este aire inerte é inmóvil, no pudiendo conservar su naturaleza, concluye por convertirse en agua. De la misma manera que en la parte superior del aire así modificado nace la lluvia, así se forman debajo de la tierra los arroyos y los ríos. El aire no puede permanecer inmóvil mucho tiempo y pesar sobre la atmósfera; de tiempo en tiempo lo dilata el sol ó lo enrarecen los vientos, por cuya razón media largo intervalo entre una lluvia y otra. Cualquiera que sea la causa que obra sobre el aire subterráneo para cambiarlo en agua, obra sin cesar: la oscuridad perpetua, el frío continuo, la inercia y densidad del aire; luego los manantiales y ríos estarán perpetuamente alimentados.—En nuestra opinión la tierra es susceptible de cambios. Todo cuanto exhala, no habiendo nacido al aire libre, se condensa y convierte prontamente en agua.

X. Esta es la primera causa de la formación de las aguas en el interior de la tierra. Conviene añadir que unas cosas nacen de otras: el agua se cambia en aire, el aire en agua; el fuego se forma del aire y el aire del fuego. ¿Por qué el agua no había de producir la tierra y la tierra el agua? Si la tierra puede convertirse en aire y en fuego, con mayor razón puede trocarse en agua. La tierra y el agua tienen igual naturaleza; las dos son pesadas, densas y están relegadas á la parte inferior del mundo. El agua produce tierra, ¿por qué la tierra no había de producir agua?—Pero los ríos son muy grandes.—Si te parecen muy grandes, considera de qué cuerpo tan grande salen. Te sorprende que los ríos que no cesan de correr, y algunos con rapidez suma, encuentren siempre agua nueva y dispuesta para alimentarles. ¿Y por qué no te sorprende que el aire, á pesar de los vientos que le empujan en todas sus

partes, no solamente no se agote, sino que corra día y noche con igual volumen? Y sin embargo, no corre como los ríos en cauce determinado, sino que abraza en su potente vuelo el inmenso espacio de los cielos. ¿Por qué no te sorprende que vengan siempre nuevas olas después de tantas como se rompen en la playa? Lo que vuelve sobre sí mismo no se agota jamás. Todos los elementos están sujetos á estos regresos alternativos. Lo que uno pierde, enriquece á otro, y parece que la naturaleza mantiene sus diferentes partes en la balanza por temor de que, destruido el equilibrio, el universo caiga en el caos. Todos están en todos. No solamente el aire se trueca en fuego, sino que jamás existe sin fuego: quítale el calor, y se condensa, queda inmóvil y endurecido. El aire pasa á ser agua, y nunca existe sin ella. La tierra se convierte en aire y en agua, pero nunca se encuentra sin agua, como tampoco sin aire. Y estos cambios son tanto más fáciles, cuanto que el elemento que ha de nacer está ya mezclado al primero. Así, pues, la tierra contiene agua y la hace brotar; contiene aire que la oscuridad y el frío condensan y convierten en agua. Ella misma es susceptible de licuación, y obra por consiguiente según su propia naturaleza.

XI. «¿Cómo! me dirás, si son permanentes las causas que dan origen á los ríos, ¿por qué se secan éstos algunas veces ó aparecen en sitios donde no se veían antes?» Frecuentemente un terremoto cambia su dirección; un derrumbamiento les cierra el paso, y les obliga, estrechándoles, á buscar otra salida, que abren en cualquier punto por medio de una irrupción; ó bien la misma sacudida de la tierra los traslada á otra parte. En nuestro país suele acontecer que algunos ríos, habiendo perdido su cauce, refluyen primeramente y en seguida se abren paso para reemplazar el cauce perdido. Theofrasto dice que así sucedió en el monte Coryco, del que, después de un terremoto, se vieron brotar manantiales desconocidos antes.

Algunos opinan que intervienen también ciertas causas accidentales que se suponen capaces de hacer brotar manantiales ó que alteran y varían su carrera. En otro tiempo estaba desprovisto de agua el monte Hemus; mas cuando una muchedumbre gala, acosada por Cassandro, se refugió en aquella montaña y destruyó sus bosques, descubriose abundante agua que sin duda absorbían los árboles para alimentarse, y una vez cortados, el agua que ya no absorbían, apareció en la superficie del suelo. El mismo escritor dice que igual descubrimiento tuvo lugar en los alrededores de Magnesia. Pero con perdón de Theofrasto, me atreveré á decir que el hecho no es verosímil; porque los parajes más umbríos son generalmente los más abundantes en agua, lo cual no sucedería si los árboles la absorbiesen: éstos se alimentan de la humedad de las capas superiores, mientras que los manantiales brotan de las interiores, demasiado profundas para que las raíces de los árboles puedan llegar hasta ellas. Además, los árboles cortados necesitan más agua, no solamente para vivir, sino que también para conseguir nuevo desarrollo. También refiere Theofrasto que en las inmediaciones de Arcadia, ciudad que existió en la isla de Creta, se secaron los lagos y las fuentes porque dejaron de cultivar el terreno después de la destrucción de la ciudad; y más adelante, cuando volvieron los cultivadores, volvieron también las aguas. Considera como causa de esta desecación el endurecimiento del suelo, que no estando removido, no podía ya dar paso á las lluvias. Siendo esto así, ¿por qué vemos fuentes numerosas en los parajes más desiertos? Existen muchos más terrenos cultivados á causa de sus aguas, que terrenos en que el agua ha aparecido á causa del cultivo. No es agua pluvial la que corre en caudalosos ríos, navegables desde su nacimiento; demostrándolo evidentemente el hecho de que sus manantiales arrojan igual cantidad en verano como en invierno. La lluvia puede formar un torrente y no esos

ríos que corren entre sus riberas con igual y permanente caudal: no los forma sin duda la lluvia, pero los aumenta.

XII. Remontemos más si te parece, y verás que nada debe preocuparte, si examinas de cerca el verdadero origen de los ríos. Forma el río una cantidad de agua que corre sin interrupción. Ahora bien, si me preguntas cómo se forma este agua, te preguntaré á mi vez cómo se forma el aire ó la tierra. Si existen cuatro elementos, no puedes preguntar de dónde procede el agua, puesto que es uno de los cuatro elementos. ¿Por qué te has de admirar si parte tan grande de la naturaleza basta para perpetuos derrames? De la misma manera que el aire, que es también uno de los cuatro elementos, produce los vientos y tempestades, así el agua produce los arroyos y los ríos. Si el viento es corriente de aire, el río es corriente de agua. Mucha fuerza atribuyo al agua cuando digo, es un elemento, y comprenderás que lo que procede de tal fuente no puede agotarse.

XIII. El agua, dice Thales, es el elemento más poderoso: le considera como el más antiguo y del que han tomado origen los demás. Lo mismo pensamos nosotros, al menos en cuanto á lo último. Y á la verdad, pretendemos que el fuego ha de apoderarse del mundo entero y convertirle todo en su propia sustancia: en seguida ha de evaporarse, calmarse y no dejar otra cosa en la naturaleza que el agua, encerrando por consiguiente el agua la esperanza del mundo futuro. De esta manera el fuego será el fin de este mundo de que el agua es principio. ¿Puede admirarte que broten incesantemente ríos de un elemento que ha dado origen á todo y del que todo ha salido? Cuando fueron separados unos de otros los elementos, el agua quedó reducida á la cuarta parte del universo y colocada de manera que bastase para el mantenimiento de los ríos, arroyos y fuentes. Pero he aquí una idea absurda del mismo Thales. Dice que la tierra está sostenida por el agua, en la

que navega como una nave, y que á la movilidad de tal punto de apoyo se deben las fluctuaciones llamadas terremotos. No es, pues, extraño que haya agua para alimentar los ríos, si el mundo entero está en el agua. Esta ruda y antigua opinión es digna de risa. No es posible que admitas que el agua penetra en el globo por los intersticios y que la sentina esté entreabierta.

XIV. Los Egipcios admiten cuatro elementos, que en seguida reducen á dos: masculino y femenino. El aire masculino es el viento; el femenino es el nebuloso é inerte. El agua del mar es masculina, y todas las otras femeninas. Fuego masculino es el que arde y brilla; la parte luminosa inofensiva al tacto es femenina. La parte resistente de la tierra, como las rocas y las piedras, son masculinas; dando el nombre de femenina á la que se presta al cultivo.

XV. No hay más que un mar, y existe desde el principio, teniendo venas que dan lugar á sus corrientes y flujos. El agua dulce tiene, como el mar, inmensos canales subterráneos que no agotará ningún río. No conocemos la razón de sus fuerzas, pero no arroja al exterior más que su parte superflua. Podemos admitir algunas afirmaciones de estas, pero las amplío de esta manera. Paréceme que la naturaleza ha organizado el globo como el cuerpo humano, que tiene venas y arterias para contener una sangre y otras aire; así también la tierra tiene canales diferentes para el aire y para el agua que circulan por ella, siendo tan grande la semejanza entre la tierra y nuestro cuerpo, que los antiguos usaron las palabras venas de agua. Pero así como la sangre no es el único líquido que hay en nosotros, sino que se encuentran otros humores muy diferentes, esenciales á la vida unos, otros viciados, otros más densos, como en el cráneo el cerebro, en los huesos la médula, y además las mucosidades, la saliva, las lágrimas y ese licor lubricante que da rapidez y facilidad al movimiento de las articulaciones; así también la tierra encierra mucha variedad

de humores, de los que algunos se endurecen con el tiempo. De aquí todo lo que es tierra metálica, de la que la avidéz extrae el oro y la plata; de aquí todos los líquidos que se convierten en piedra. En algunos parajes la tierra se disuelve en el agua, trocándose en betún ú otras sustancias análogas. Así se forman las aguas según las leyes y el orden naturales. Por lo demás, estos humores, como los de nuestro cuerpo, están sujetos á viciarse: un choque, una sacudida cualquiera, el empobrecimiento del suelo, el frío, el calor, alteran su naturaleza, ó el azufre, mezclándose á ellos, los congelará más ó menos pronto. En el cuerpo humano, una vez abierta la vena, corre la sangre hasta que se agota ó se cierra la incisión, ó la sangre se detiene por otra causa cualquiera. De la misma manera, una vez rasgadas y abiertas las venas de la tierra, brotan arroyos ó ríos, según la magnitud de la abertura y los medios de derrame. En tanto sobreviene un obstáculo que agota la fuente; en tanto la abertura se cicatriza, por decirlo así, y queda cerrada la salida; unas veces la tierra, que ya hemos dicho es mudable, cesa de suministrar materias propias para la licuación; otras veces también las pérdidas se reparan ó por fuerzas naturales ó por socorros venidos de otras partes; porque frecuentemente un sitio vacío, colocado junto á otro lleno, atrae el líquido; y con frecuencia la tierra, propensa á cambiar de estado, se funde y convierte en agua. En el interior de la tierra ocurre lo mismo que en las nubes; el aire se condensa, y desde este momento, pesando demasiado para no cambiar de naturaleza, se convierte en agua. Muchas veces también se reúnen las gotitas desparramadas de un fluido sutil como el rocío, y se aglomeran en depósito común. Los fontaneros llaman sudor á las gotitas que hace brotar la presión del terreno, ó que hace transpirar el calor. Pero estas débiles expansiones apenas bastan para formar una fuente. Necesítanse causas poderosas y vastos depósitos para for-

mar un río, que brota tranquilo si el agua marcha arrasada por su propio peso; con ímpetu y ruidosamente si la impulsa el aire que se encuentra mezclado con ella.

XVI. Pero ¿de qué depende que algunas fuentes están llenas seis horas y vacías otras seis? Superfluo sería enumerar todos los ríos que aumentan durante algunos meses y el resto del tiempo llevan muy poca agua, ó buscar las causas de cada hecho, cuando puede aplicarse la misma á todos. Así como la fiebre cuartana tiene sus horas marcadas, la gota sus épocas fijas, los menstruos, si nada les detiene, su regreso periódico, y el niño nace en el mes en que se espera; así también las aguas tienen sus intervalos para desaparecer ó presentarse. A las veces estos intervalos son más cortos, y por lo mismo más sensibles; en otras son más largos, pero siempre regulares. ¿Y cómo admirarse de esto cuando se contempla el orden del universo y la marcha invariable de la naturaleza? Nunca se equivoca de época el invierno; el estío derrama sus calores en el tiempo prescrito; el otoño y la primavera los reemplazan á los dos oportunamente; y el solsticio y el equinoccio vuelven en día fijo. La naturaleza rige el mundo subterráneo por medio de leyes que conocemos menos, pero igualmente constantes. Hemos de admitir para el interior del globo lo mismo que vemos en la superficie. También existen allí vastas cavernas, abismos inmensos y anchos valles abiertos entre montañas suspendidas. Allí existen simas sin fondo, en las que frecuentemente desaparecen ciudades enteras y en las que quedan sepultadas ruinas enormes. Estas cavidades están llenas de aire porque no existe el vacío, y ocupan estanques su tenebrosa extensión. También nacen en ellas animales, pero informes y pesados por razón del aire denso y oscuro en que son concebidos y de las aguas estancadas en que viven; la mayor parte de estos animales son ciegos, como los topos y ratones subterráneos, que no tienen ojos, porque les serían inútiles. En fin,

Theofrasto asegura que en algunos países se sacan de la tierra peces.

XVII. Muchas objeciones te sugerirá la inverosimilitud de este hecho que por urbanidad calificarás de fábula: imposible es creer que se pesque sin redes ni anzuelos, sino con el azadón.—Espero, dirás, que se vaya de caza al mar.—Mas ¿por qué no han de pasar los peces á nuestro elemento? ¿No pasamos nosotros al suyo? Esto no sería otra cosa que un cambio. ¿Te admiras de ello! ¿pues no es mucho más increíble lo que hace el lujo cuando imita ó sobrepuja á la naturaleza? Nadan peces en la sala del festín y se les eoge debajo de la misma mesa para servirles un momento después. El barbo no es bastante fresco si no muere en la mano del convidado. Preséntase en vasijas de barro, se observa su color en la agonía, porque por numerosos matices le hace pasar esa lucha de la vida que se extingue; otras veces se les hace morir en el *garum* (1) y hasta se les condimenta vivos. ¿Después de esto, que se trate de fábula la existencia de peces subterráneos que se exhuman y no se pescan! ¿No es más inverosímil que los peces naden en la salsa, que se maten en medio de la comida aquellos mismos que no se quieren servir, que se deleiten largo espacio los ojos contempládoles morir y se alimente antes la vista que el paladar?

XVIII. Permite que abandone por un momento el asunto que trato para censurar la sensualidad. Nada tan bello, dicen, como un barbo muriendo. En esta lucha en que exhala la vida tíñese de color rojo intenso que palidece poco después: ¿qué serie de matices y cuántas veces cambia de color entre la vida y la muerte! Largo y letárgico ha sido el sueño de la sensualidad. ¿Qué tarde despertó y qué tarde ha echado de ver las restricciones que le privaban de tantas delicias! Este espectáculo, tan grande y maravilloso,

(1) Salsa formada con los intestinos y sangre de los peces.

solamente había servido hasta ahora para el placer de los pescadores. ¿Para qué quiero el pez cocido? ¿para qué le quiero muerto? que muera en la misma salsa. Admirábamos en otro tiempo que hubiese personas bastante delicadas que no tocasen á un pez sino era del mismo día y, como se suele decir, que todavía oliese á mar. Así es que los traían apresuradamente, y á los portadores de la pesca, que corrían sin aliento lanzando gritos, se les franqueaba el camino separándose todos los viajeros. ¿Pero hasta dónde se ha llevado el refinamiento? El pez de hoy, si ha muerto, es ya inútil para ellos. Se le ha pescado hoy mismo: no puedo fiar de tí en asunto tan grave. No puedo creer más que á mis propios ojos; que lo traigan aquí, que muera á mi vista. El paladar de nuestros gastrónomos ha llegado á tal punto de delicadeza, que no pueden gustar los pescados si no los ha visto nadar y palpitar en la misma comida. Todos los nuevos recursos que adquiere un lujo que pronto agotará sus invenciones, se prodigan en combinaciones más sutiles cada día, en elegancias extravagantes, despreciando lo común. Ayer se nos decía: «Nada tan sabroso como un barbo de roca;» hoy se nos dice: «Nada tan bello como un barbo moribundo. Dame el vaso de cristal para que le vea estremecerse y palpitar.» Después de prolongado y pomposo elogio, se le saca de aquel trasparente vivero, y entonces algún inteligente conocedor señala las observaciones. Mira cómo se cubre de brillante púrpura, más viva que el mejor carmín; contempla esas venas que corren á lo largo de sus costados; observa ese vientre que parece ensangrentado y ese azulado reflejo que brilló como un relámpago: ya se pone rígido y palidece; todos sus colores se confunden en uno. Ningún espectador de esos asiste á la agonía de un amigo; ninguno tiene valor para presenciar la muerte de un padre, esa muerte que ha deseado. ¡Cuán pocos acompañan hasta la pira al cadáver del pariente! ¡Abandónase al hermano, al deudo en la última

hora, y acuden en tropel á presenciar la muerte de un barbo! ¿Existe en verdad algo más bello? No puedo menos de emplear algunas palabras que tal vez parezcan temerarias: no bastan ya para la orgía los dientes, el vientre y la boca; necesítase también saciar los ojos.

XIX. Pero volviendo á nuestro objeto, he aquí una prueba de que los subterráneos nos ocultan grandes cantidades de aguas fértiles en peces inmundos. Si esta agua brota de la tierra, trae consigo prodigiosa multitud de animales repugnantes á la vista como al paladar, y funestos para quien los come. Es cosa cierta que en la Caria, cerca de la ciudad de Hydisso, vióse surgir de pronto enorme cantidad de agua subterránea, y que todos cuantos comieron de los peces de aquel nuevo río que corría á la luz del sol y desconocido hasta entonces para ellos, murieron. Y no es de extrañar. Aquellos peces eran masas de carne pesada y tumificada por largo reposo, privada además de ejercicio y engrasada en las tinieblas, puesto que aquellos animales habían carecido de luz, origen de toda salubridad. Demuestra que los peces pueden nacer debajo de tierra y á grande profundidad, el hecho de que nacen anguilas en los agujeros que se abren en el barro, y que la misma falta de ejercicio las hace tanto más difíciles de digerir, cuanto más profundos son los agujeros en que se ocultan. La tierra encierra, pues, venas de agua cuya reunión puede formar ríos, y ríos inmensos, de los que unos continúan su invisible carrera hasta el abismo que los absorbe, y los demás desaguan en algún lago. ¿Quién ignora que existen lagos sin fondo? ¿Qué deduciré de esto? Que es indudable tienen manantiales permanentes las corrientes más abundantes, siendo tan incalculables sus límites como la duración de los ríos y las fuentes.

XX. Mas ¿por qué no tienen igual sabor todas las aguas? Esto depende de cuatro causas. En primer lugar, del suelo que atraviesan; en segundo lugar, de la conversión de ese

mismo suelo en agua; después, del aire, que habrá experimentado igual transformación, y últimamente de la alteración que con frecuencia producen cuerpos extraños. Estas son las causas que dan á las aguas sabores diferentes, virtudes medicinales, fuerte olor, emanaciones mortales, ligereza ó pesadez, calor ó frío glacial. Modificanse según pasan por suelo cargado de azufre, de nitro ó de betún. El agua viciada de este modo puede ocasionar la muerte si se bebe. De aquí que diga Ovidio:

Flumen habent Cicones, quod potum saxea reddit
Viscera, quod tactis inducit marmora rebus (1).

Este rio contiene una sustancia y un limo de tal naturaleza que condensa y endurece los cuerpos. La arena puzzolana se convierte en piedra al contacto del agua, y por efecto contrario, el agua de este río, al tocar un cuerpo sólido, se adhiere y fija en él. De esto procede que cuantos objetos se sumergen en este lago se sacan convertidos en piedra. Así ocurre también en algunos puntos de Italia, en los que una rama ú hoja sumergida en el agua se cambia, al cabo de algunos días, en piedra formada por el limo que se deposita alrededor adhiriéndose insensiblemente á ella. Menos extraño te parecerá esto si reflexionas que el Albula y casi todas las aguas sulfurosas revisten de una capa sólida sus canales y orillas. Igual propiedad tienen los lagos cuyas aguas, según dice el mismo poeta,

Aut furit, aut patitur mirum gravitate soporem (2).

Estas obran como el vino, pero con mayor fuerza. De la misma manera que la embriaguez, mientras no se disipa, es una demencia ó extraordinario peso que lleva al sopor,

(1) Tienen un río los Cicones cuyas aguas petrifican las entrañas y convierten en piedras cuanto en ellas se sumerge.

(2) Enloquecen, ó sumergen en profundo sopor.

así también estas aguas sulfurosas, impregnadas de un aire viciado y letal, exaltan al hombre hasta el delirio ó le aletargan. Las aguas del Lyncesto tienen esta dañosa influencia:

Quem quicumque parum moderato gutture traxit
Haut aliter titubat, quam si mera vina bibisset (1).

XXI. Abismos existen que es imposible mirar sin morir, siendo tan letales los miasmas que exhalan que matan las aves que pasan volando. Así es el aire, así son los parajes de donde escapan esas aguas que producen la muerte. Si no fuese tan enérgica la pestilencia del aire y del suelo, su malignidad es menor, limitándose á atacar los nervios y á producir el entorpecimiento de la embriaguez. No me admira que el suelo y el aire corrompan el agua y la comuniquen algo de los parajes de donde viene y por los que corre. En la leche se encuentra el sabor de los pastos; y el vino, convertido en vinagre, conserva aún su fuerza; no existiendo ninguna sustancia que no conserve algun rastro de aquello que la produjo.

XXII. Otro género de aguas hay que consideramos tan antiguas como el mundo. Si éste es eterno, existieron siempre; si tuvo principio, existen desde su creación. ¿Preguntas cuáles son? El Océano y los mares mediterráneos que nacen de él. Creen algunos que aquellos ríos cuya naturaleza no puede explicarse, datan también del origen del mundo; tales son el Ister, el Nilo, inmensas corrientes demasiado grandes para que pueda asignárseles el mismo origen que á las otras.

XXIII. Esta es la división de las aguas que algunos establecen. Además de éstas, llaman celestes á las que derraman las nubes; y de las terrestres distinguen las que lla-

(1) Quien bebe sin moderación vacila cual si hubiera bebido vino en demasía.

maré supernatantes, que corren sobre la tierra, y las ocultas de que ya hemos hablado.

XXIV. A muchas causas se atribuye la existencia de aguas calientes, de las que algunas lo son tanto que no pueden usarse como no se las deje evaporar al aire libre ó se las mezcle cierta cantidad de agua fría. Según Empedocles, el fuego que se oculta en muchos puntos de la tierra calienta el agua que atraviesa las capas que lo cubren. Diariamente se construyen serpentinaes, cilindros y vasos de varias formas, en cuyo interior se disponen delgados tubos de cobre que describen muchas vueltas en declive; por este medio, replegándose repetidas veces el agua sobre el mismo fuego, recorre bastante espacio para calentarse al pasar. Entra fría y sale hirviendo. Empedocles cree que lo mismo sucede debajo de tierra, y no dejarán de creerle los que saben calentar sus baños sin fuego. En un paraje donde el calor es ya intenso, se introduce aire calentado que, circulando por canales, obra como el fuego mismo sobre las paredes y vasos del baño. Toda el agua, de fría que era, se torna en caliente, y la evaporación no la quita su sabor propio porque corre encerrada. Opinan otros que el agua, entrando ó saliendo en canales llenos de azufre, toman calor de la materia misma por la que corre, lo cual atestiguan el color y sabor de estas aguas, que adquieren las cualidades de la sustancia que las calienta. No debe admirarte que suceda así, porque el agua que se arroja sobre cal viva hierve en el acto.

XXV. Existen aguas mortíferas que no son notables por el olor ni el sabor. Cerca de Nonacrin, en Arcadia, un manantial, que los habitantes llaman Styx, engaña á los viajeros porque no tiene aspecto ni sabor sospechosos; así como las composiciones de los envenedadores hábiles solamente se revelan por el homicidio. Este agua da la muerte en el acto, y no hay remedio posible, porque se coagula en cuanto se bebe; cuájase como yeso mojado y

pega las visceras. Existe también agua mortífera en Thesalia, cerca de Tempe, agua de que huyen los animales y toda especie de ganado: este agua pasa por hierro y bronce, y tanta fuerza posee que ablanda los cuerpos más duros: no alimenta ningún árbol, y mata las hierbas. Algunos ríos tienen propiedades maravillosas: los hay que cambian el color de la lana á las ovejas que beben en ellos; los vellores negros se truecan á poco en blancos y los blancos resultan negros. Dos ríos hay en Beocia que producen estos efectos, llamándose por este motivo, uno de ellos negro, saliendo los dos del mismo lago con tan opuestas propiedades. Segun Theofrasto, también existe en Macedonia un río al que llevan las ovejas cuya lana quieren que sea blanca, y cuando han bebido durante algún tiempo de este agua, cambian de color como si acabasen de salir del tinte. Si desean lana negra, preparado tienen un tintorero gratuito: llevan el rebaño á las orillas del Peneo. Tengo obras de autores modernos que dicen hay un río en Galicia que produce este efecto en todos los cuadrúpedos; que otro en Capadocia, solamente tiene acción en los caballos, cuya piel cubre de manchas blancas. Sabido es que existen lagos cuyas aguas sostienen á los que no saben nadar. Véase en Sicilia, y vese hoy en Siria un lago en el que flotan los ladrillos y en el que no pueden sumergirse los cuerpos pesados. La razón de esto es obvia. Pesa un cuerpo cualquiera y compara su peso con el del agua, con tal de que los volúmenes sean iguales; si el agua pesa más, sostendrá al cuerpo más ligero que ella, y le elevará tanto dentro de ella cuanto corresponda á su ligereza; si el cuerpo es más pesado, bajará. Si el agua y el cuerpo comparados tienen igual peso, ni descenderá ni subirá, quedando á nivel del agua, flotando sin duda, pero casi sumergido y sin elevarse de la superficie. Por esta causa vense flotar los maderos unos casi completamente fuera del agua, otros semisumergidos y algunos á nivel con ella.

Porque cuando el cuerpo y el agua tienen igual peso, ninguno de ellos cede al otro; si el cuerpo es más pesado, se sumerge; si es más ligero, flota. La mayor ó menor pesantez no se aprecia por estimación nuestra, sino por comparación con la del líquido que ha de sostenerlo. Así, pues, cuando el agua es más pesada que el cuerpo de un hombre ó una piedra, impide la inmersión del cuerpo que no puede vencerla. Así sucede que en algunos lagos, ni las piedras pueden llegar al fondo. Hablo de piedras duras y compactas, porque existen muchas porosas y ligeras que en Lydia forman islas flotantes. Así lo dice Theophrasto. Una isla de este género he visto en Cutilias; otra existe en el lago Vadimón, y otra en el Statón. La isla de Cutilias está plantada de árboles y produce hierbas, y sin embargo la sostiene el agua; llevándola de un lado á otro, no solamente el viento, sino que también la brisa más leve, sin quedar parada de día ni de noche: tal es su movilidad al sopro más ligero. Dos causas concurren á esto: la densidad de un agua cargada de materias extrañas, y la naturaleza de un suelo que fácilmente cambia de lugar, no formándolo sustancia compacta, á pesar de que alimenta árboles. Tal vez no es otra cosa esta isla que un conjunto de troncos ligeros y hojas diseminadas por el lago, reunidos por algún humor viscoso. Hasta las piedras que en ella se encuentran son porosas y fistulosas, como esos depósitos que el agua forma endureciéndose, especialmente en las orillas de los manantiales medicinales, donde la espuma reúne y consolida las impurezas del líquido. Aglomeración de esta naturaleza, en la que existe aire y vacíos, necesariamente ha de ser ligera. Hechos hay cuyas causas no podemos explicar: ¿por qué hace el agua del Nilo tan fecundas á las mujeres, que hasta aquellas á quienes prolongada esterilidad obstruyó pueden concebir? ¿Por qué algunas aguas en Licia tienen la virtud de sostener el feto, por lo que las visitan las mujeres pro-

pensas al aborto? Por mi parte, considero temerarias estas ideas del vulgo. Hase creído que algunas aguas producen la sarna, la lepra, cubrían de manchas el cuerpo de quien las bebía ó se lavaba con ellas, vicio que se atribuye al agua recogida del rocío. ¿Quién no cree que las aguas más pesadas son las que forman el cristal? Pues sucede todo lo contrario; fórmanlo las más ligeras, que por su misma ligereza se hielan con más facilidad. Cómo se forma esta piedra lo indica el nombre que la dan los Griegos: la palabra *κρυσταλλον* designa la piedra diáfana y el hielo de que se forma, según se cree. No conteniendo casi nada de partículas terrestres el agua del cielo, cuando se endurece se condensa más y más por la continuidad del frío, hasta que, completamente purgada de aire, se comprime por completo sobre sí misma, y lo que fué líquido se hace piedra.

XXVI. Algunos ríos crecen en verano, como el Nilo, cuyos fenómenos explicaremos en otro lugar. Según Theophrasto, en el Ponto hay ríos que crecen en esta época, haciéndose depender esto de cuatro causas: ó porque la tierra está más dispuesta entonces para convertirse en agua; ó porque caen en los manantiales abundantes lluvias, que por conductos subterráneos é invisibles van á alimentar los ríos; ó porque su desembocadura se encuentra más combatida por los vientos, que hacen refluir el agua y detienen la corriente, pareciendo que aumenta porque no se derrama. La cuarta razón es que los astros hacen sentir en algunos meses con más fuerza su acción absorbente á los ríos, mientras que en otras épocas, encontrándose más distantes, atraen y consumen menos agua; así es que la que antes se perdía, produce una manera de crecida. Vense algunos ríos que caen en un abismo y desaparecen á la vista; otros disminuyen poco á poco, se pierden, y á cierta distancia reaparecen y recobran su nombre y su curso. La causa de esto es obvia: encuentran cavidades subterráneas,

y el agua se dirige naturalmente hacia los sitios más bajos y á donde la atraen los huecos. Recibidos en estos parajes, continúan su carrera invisible; pero en cuanto un cuerpo sólido les obstruye el paso, lo rompen en el punto más débil y recobran de nuevo su antiguo curso.

Sic ubi terreno Lycus est opotus hiatu
 Existit procul hinc, aliosque renascitur ore;
 Sic modo combibitur, tacito modo gurgite lapsus
 Redditur Argolicis ingens Erasinus in indis (1).

Lo mismo acontece con el Tigris en Oriente; absórbele la tierra y desaparece por largo espacio, mostrándose de nuevo á tan considerable distancia que se duda sea el mismo río. Algunos manantiales arrojan en determinadas épocas las impurezas que contienen: como el Arethusa en Sicilia, cada cinco años, en la época de los juegos olímpicos. De aquí la opinión de que el Alfeo penetra y corre por debajo del mar de Acaya hasta Sicilia, y no sale á tierra hasta las playas de Siracusa; y que por esta razón, durante los juegos olímpicos, lleva el estiércol de las víctimas que se han arrojado á su corriente. Tú, caro Lucilio, has hablado de esto en un poema, y también Virgilio, que dice á Arethusa:

Sic tibi, cum fluctus subterlabere Sicanos,
 Doris amara suam non intermisceat undam (2).

Existe una fuente en el Quersoneso de Rodas que, después de conservarse límpida mucho tiempo, se enturbia y hace subir desde el fondo á la superficie gran cantidad de impurezas, de las que no cesa de desprenderse hasta que vuelve á quedar trasparente. Otros manantiales se purgan

(1) Así el Lycus por largo espacio sepultado, en extraña tierra renace lejos de su fuente; así el Erasino oculto y perdido en un abismo, aparece regando los campos argólicos.

(2) Así el Doris en las playas sicilianas, no se atreve á mezclar con las tuyas sus amargas aguas.

por el mismo medio, no solamente del barro, sino que también de las hojas, guijarros y cualquiera materia putrefacta que se encuentre en ellos: el mar hace otro tanto en todas partes, porque es propio de su naturaleza arrojar á las orillas todo lo inmundo y corrompido. En algunas playas este trabajo se realiza en tiempo determinado, como en los alrededores de Mesina y Mylas, donde agita y arroja una especie de estiércol fétido, por lo que la fábula ha colocado allí el establo de los caballos del Sol. Difícil es explicar la causa de estos hechos, especialmente cuando los periodos están mal observados y son inciertos; así es que no puede darse razón directa y especial; pero en general puede decirse que toda agua estancada é inmóvil se purga naturalmente. En las aguas corrientes no pueden detenerse las impurezas, arrojándolas y llevándolas á lo lejos el movimiento. Las que no se purgan de esta manera tienen flujo más ó menos violento. El mar eleva desde el fondo cadáveres, vegetales y objetos semejantes á restos de naufragio, y esta limpieza se verifica, no solamente cuando la tempestad agita las olas, sino que también en medio de plácida calma.

XXVII. Pero aquí me siento invitado á investigar cómo quedará sepultada debajo de las aguas la mayor parte de la tierra, cuando llegue el día fatal del diluvio. ¿Acaso el Océano con toda su mole y el mar exterior se alzarán contra nosotros, caerán interminables torrentes de lluvia, ó, sin dar tregua al verano, un invierno pertinaz rompiendo las nubes abrirá paso á la masa inmensa de las aguas del cielo? ¿Acaso brotarán más caudalosos los ríos del seno de la tierra, que abrirá manantiales desconocidos, ó más bien en vez de una causa sola de tan terrible suceso, no concurrirá todo á la vez, la caída de las lluvias, el desbordamiento de los ríos y los mares arrancados de su asiento, reuniéndose todas las aguas para el exterminio del género humano? Así sucederá. Nada es difícil para la naturaleza,

sobre todo cuando se apresura á destruirse por sí misma. Para crear usa con parsimonia de sus fuerzas, empleándolas con insensible aumento; mas para destruir su obra, despliega repentinamente todo su poder. ¡Cuánto tiempo es necesario para que el niño, una vez concebido, se conserve hasta el nacimiento, y cuánto trabajo para dirigir la tierna edad! ¡cuántos cuidados para alimentarle, para guiar su débil cuerpo hasta la adolescencia! ¡y qué poco basta para destruirlo! Una edad es necesaria para edificar una ciudad: una hora para devastarla. En un momento queda reducido á cenizas un bosque secular. Inmenso cuidado sostiene y preserva todas las cosas que pueden destruirse y caer de un solo golpe. Si la naturaleza rompe alguno de sus resortes, esto basta para que todo perezca. Así, pues, cuando llegue esta necesidad de los tiempos, el destino hará surgir muchas causas, no ocurriendo tan grande revolución sin trastorno general del mundo, según opinan muchos, entre los que se encuentra Fabiano. En primer lugar, caen lluvias excesivas; desaparece el sol, quedando oscurecido y lleno de nubes el cielo; nieblas permanentes, saliendo de húmedas y densas tinieblas que ni el viento más ligero llega á disipar. De aquí la corrupción de la semilla en la tierra, y sin jugo las mieses dan espigas estériles. Desnaturalízase cuanto se siembra, y en los campos crece la hierba de los pantanos, propagándose en seguida el mal á vegetales más robustos. Desarraigado el árbol, arrastra á la vid en su caída; ningún arbusto se mantiene en un suelo blando y fluido, pereciendo los céspedes y pastos por exceso de agua. Propágase el hambre y se extiende la mano hacia los alimentos de nuestros primeros padres; sacúdense el roble, la encina y los árboles cuyas raíces implantadas en la masa pétreo de las montañas han resistido á la inundación. Derrúmbanse las casas, corroidas por las aguas que han penetrado hasta sus entreabiertos cimientos y que hacen de la tierra un pantano: en vano se

intenta apuntalar los edificios, que caen deslizándose el puntal sobre el terreno en que apoya, sin quedar nada firme en el barro. Entre tanto las nubes se amontonan sobre las nubes; las nieves, aglomeradas por los siglos, se tornan en torrentes, y precipitándose desde lo alto de las montañas, arrancan las selvas descuajadas ya, y hacen rodar peñascos que han perdido la trabazón. La inundación arrebatada rebaña y cabañas, y de la humilde choza que destruye á su paso, se lanza con violencia al ataque de masas más resistentes. Arrastra ciudades, y sus habitantes, prisioneros dentro de sus muros, quedan sin saber si les amenaza más la muerte bajo las ruinas, ó la muerte bajo las aguas, cayendo sobre ellos á la vez lo que aplasta y lo que ahoga. Aumentada la inundación con los torrentes inmediatos que recibe, extiéndose, devastando las llanuras, hasta que al fin, cargada con los inmensos despojos de las naciones, triunfa y domina á lo lejos. A su vez, los ríos que la naturaleza hizo caudalosos, aumentados considerablemente con las lluvias, rebasan sus orillas. ¿Qué serán el Ródano, el Rhin, el Danubio, que sin abandonar su lecho son ya torrentes, cuando desbordados rasguen el terreno para formarse nuevas riberas fuera de su cauce? ¿Cuál será la impetuosidad del Rhin cuando derramado por los campos, más ancho y no menos rápido, aglomere sus aguas como por estrecho canal? ¿Cuál la fuerza del Danubio cuando no combata los fundamentos ó laderas de las montañas, sino su cima, arrastrando inmensos peñascos, rocas arrancadas y vastos promontorios que levantados de su base se apartan vacilando del continente, y que no encontrando al fin salida, porque todas se las ha cerrado él mismo, se repliega circularmente y sepulta en la misma sima inmensa extensión de tierras y ciudades? Pero las lluvias continúan, las nubes se condensan, y unas con otras se hacen más fuertes las causas de destrucción. Lo que antes era niebla, es noche ahora, noche de horror y es-

panto, interrumpida por siniestros resplandores, porque no cesa de estallar el rayo; las tempestades desordenan el mar, que por primera vez aumentado por los ríos que penetran en él, estrecho ya en sus límites, tiende á ensanchar sus orillas; no conteniéndole ya las playas, sino los torrentes que le presentan obstáculo y hacen refluir sus olas: ellos en seguida refluyen también como detenidos en desembocadura demasiado estrecha, y convierten la llanura en inmenso lago. Cuanto la vista puede alcanzar, está invadido por las aguas. Todas las alturas están profundamente sumergidas, y solamente puede ponerse el pie en la cumbre de las montañas más altas. Allí se han refugiado los hombres con sus hijos, sus mujeres y rebaños que llevan delante: ya no hay comunicación entre estos desgraciados, porque todo lo que se encontraba por debajo de ellos lo ha cubierto el agua. En los puntos más elevados se refugian las reliquias del género humano, cuya única felicidad consiste en haber pasado del miedo al estupor; la sorpresa no deja lugar á la angustia; ni siquiera es posible el dolor, que pierde su fuerza cuando se sufre más de lo que se puede sentir. Surgen á manera de islas las cimas de las montañas, formando nuevas Cícladas, como dice el ingeniosísimo poeta, que añade con magnificencia digna del cuadro:

Omnia pontus erant; deerant quoque litora ponti (1);

aunque el poderoso impulso de su ingenio y la grandeza del asunto le llevasen á pueriles nimiedades:

Nat lupus inter oves, fulvos vehit unda leone (2).

No es de talentos sobrios hacer gala de ingenio sobre

(1) Todo era mar: el mar no tenía orillas.

(2) En medio de las ovejas nada con el lobo, el terrible león.

un orbe que desaparece. Grande era y describía bien esta escena de universal confusión, al decir:

Expatriata ruunt per apertos flumina campos...

....Pressæque labant sub gurgite turres (1).

Magnífico era esto si no se hubiese cuidado de lo que hacían los lobos y las ovejas. ¿Puede nadarse en un diluvio que todo lo arrastra á la vez? ¿La misma impetuosidad que arrastra á los animales no les sumerge? Concebiste como debías la imagen imponente de este globo sepultado bajo las aguas y el mismo cielo cayendo sobre la tierra: mantente á esa altura, y sabrás lo que debes decir, si piensas que es el orbe terráqueo el que nada. Ahora volvamos al asunto.

XXVIII. Opinan algunos que las excesivas lluvias pueden devastar el globo, pero no sumergirlo: que se necesitan golpes muy grandes contra tan enorme masa: que la lluvia puede agitar las mieses, el granizo derribar el fruto, y los arroyos aumentar los ríos, pero que muy pronto vuelven á su cauce. Otros aseguran que el mar se moverá, y esta será la causa de tan grande catástrofe; porque no hay torrentes, ni lluvias, ni ríos desbordados capaces de producir tan inmenso naufragio. Cuando llega la hora de la destrucción y se ordena la renovación del género humano, caen sin interrupción las aguas del cielo, formando torrentes que nada detiene; concedo esto; han cesado los aquilones y todos los vientos que secan; los austros multiplican las nubes, las lluvias y los ríos:

....Sed adhuc in damno profectum est.

Sternuntur segetes, et deplorata coloni

Vota jacent, longique perit labor irritus anni (2).

(1) Desbordados los ríos barren los campos, y vacilan y caen las torres en el abismo de las aguas.

(2) El mal aumenta incesantemente; destrúyense las cosechas; vanas son las esperanzas del labrador, quedando perdido el trabajo del año.

Pero no se trata de dañar á la tierra sino de sumergirla, y al fin, después de este comienzo, crecen los mares á extraordinaria altura, levantando sus olas á nivel mucho más elevado que el que alcanza en las tempestades más furiosas. En seguida las empujan los vientos, llevando inmensas capas de agua que van á romperse lejos de las antiguas playas. Cuando el mar ha llevado más lejos sus riberas, fijándose en suelo extraño, presentando más inmediata la devastación, violenta corriente se alza de su fondo. El agua es tan abundante como el aire y el éter, y más abundante aún en las impenetrables profundidades. Cuando la pone en movimiento, no el flujo, sino el destino del que el flujo solamente es instrumento, se alza, se extiende más y más y todo lo arrolla, alcanzando en su prodigiosa elevación lo que el hombre consideraba como inaccesibles abrigos. Esto es fácil para el agua, cuya altura sería la de la tierra si se tuviesen en cuenta los puntos donde ella es lo más elevado. El nivel de los mares es igual, como también lo es el general de las tierras. Los parajes huecos y llanos son los más bajos en todas partes; y esto es lo que regulariza la redondez del globo, del que forman parte los mismos mares, contribuyendo á su inclinación. Pero así como en los campos las pendientes suaves escapan á la vista, así también escapan á nuestra apreciación las curvaturas del mar, apareciendo plana toda la superficie visible, aunque tiene el mismo nivel que la tierra. Por esta razón no necesita grande alzamiento para desbordar, y le basta para cubrir una altura igual á la suya elevarse un poco, empezando el flujo no en las orillas sino en el centro, donde el agua se encuentra amontonada. Y así como la marea del equinoccio, durante la conjunción del Sol y de la Luna, es mas intensa que todas las otras, de la misma manera la enviada para invadir la tierra será más poderosa que las mareas ordinarias más grandes, trayendo mayores masas de agua, y no retrocederá hasta después de

rebasar la cumbre de los montes que debe cubrir. En algunos puntos la marea avanza cien millas sin causar daño y con marcha regular, porque crece y decrece con medida. En el día del diluvio, destruidas las leyes, ningún freno moderará su impulso.—¿Por qué razón, dices?—Por la misma que en la futura conflagración. El diluvio de agua ó fuego tiene lugar cuando place á Dios crear un mundo mejor y terminar lo antiguo. El agua y el fuego someten la tierra á sus leyes, estando en ellas la vida y la muerte. Así, pues, cuando esté decretada la renovación de todas las cosas, el mar ó las llamas devoradoras serán desenchadenadas sobre nosotros, según el género de destrucción que se determine.

XXIX. Otros creen que, además de esto, las conmociones del globo entreabrirán el suelo, brotando nuevos manantiales que producirán ríos tales como deben surgir de depósitos intactos aún. Baroso, que interpretó á Belo, atribuye estas revoluciones á los astros y de un modo tan terminante, que designa la época de la conflagración y del diluvio. «El globo, dice, se incendiará cuando todos los astros que ahora tienen tan diferente curso, se reunan en Cáncer, colocándose de tal manera unos sobre otros, que una línea recta podría atravesar todos los centros. El diluvio tendrá lugar cuando igual reunión se verifique en Capricornio. El primero de estos signos rige el solsticio de invierno; el otro, el de verano. La influencia de los dos es grande, puesto que determinan los dos cambios principales del año.» Admito también esta doble causa, porque más de una ha de concurrir á tan extraordinario suceso; pero creo debo añadir la que los de nuestra escuela hacen intervenir en la conflagración del mundo. Que el universo sea alma ó cuerpo gobernado por la naturaleza, como los árboles y las plantas, todo cuanto ha de hacer ó sufrir, desde su principio hasta su fin, entra de antemano en su constitución, como en el germen está contenido todo el

futuro desarrollo del hombre. El principio de la barba y de las canas se encuentra en el niño que no ha nacido aún, existiendo en pequeño é invisible el bosquejo de todo el hombre y de las edades sucesivas. Así también, en el origen del mundo, además del sol, de la luna, de las revoluciones de los astros y reproducción de los animales, estaba dispuesto el principio de todos los cambios terrestres, como también de este diluvio, que lo mismo que el invierno y el verano, lo exige la ley del universo. Tendrá, pues, lugar, no por las lluvias solamente, sino por las lluvias también; no por la irrupción del mar, sino por la irrupción también del mar; no por la conmoción del globo, sino que también por esta conmoción. Todo ayudará á la naturaleza para que el decreto de la naturaleza se realice. Pero la causa más poderosa de la inmersión la suministrará la misma tierra, que ya hemos dicho es mudable y se convierte en agua. Así, pues, cuando llegue el día supremo de la humanidad, en el que las partes del gran conjunto deban disolverse y destruirse por completo para renacer completas, nuevas y de tal manera purificadas que no exista ya ninguna influencia corruptora, se formará más agua de la que se haya visto hasta entonces. Hoy están repartidos los elementos en justa proporción, y es necesario que se altere esta proporción para que desaparezca el equilibrio del mundo. El agua aumentará con exceso; ahora solamente puede rodear la tierra y no sumergirla. El crecimiento deberá impulsarla por tanto á la invasión; y la tierra habrá de ceder á un elemento más poderoso que ella. Empezará por ablandarse; en seguida se empapará, se desleirá y no cesará de correr en forma de líquido. Entonces, socavadas las montañas, surgirán ríos que escaparán en seguida sordamente por mil grietas. Por todas partes devolverá el suelo el agua que recibe; en la cumbre de las montañas brotarán manantiales; y de la misma manera que la corrupción

se propaga á las carnes sanas, y las partes inmediatas á una úlcera concluyen por ulcerarse poco á poco, las tierras en disolución lo disolverán todo en torno suyo, saliendo en seguida el agua por hilos y después por arroyos; y de las rocas, por todos lados entreabiertas, se precipitarán torrentes al seno de los mares, que, reuniéndose, formarán uno solo. Ya no habrá Adriático, estrecho de Sicilia, Caribdis ni Scila: el mar nuevo suprimirá todos estos nombres mitológicos, y el Océano, límite y cinturón del mundo hoy, ocupará su centro. ¿Qué más? el invierno invadirá los meses de las otras estaciones; ya no habrá estío, y los astros que desecan la tierra perderán su actividad y calor. Desaparecerán todos esos nombres de mar Rojo, mar Caspio, golfo de Abracia y de Creta, Propóntida y Ponto. Quedarán olvidadas todas las distinciones, y entonces se confundirán las diferentes partes que dispuso la naturaleza. Ni murallas ni torres protegerán ya á nadie; no habrá asilo en los templos ni en las ciudades más elevadas; el agua alcanzará á los fugitivos y los barrerá de las alturas. Vendrá por masas del Occidente, por masas del Oriente, y en un día sepultará al género humano. Todo lo que la fortuna con tanto tiempo y complacencia ha edificado, todo lo que ha hecho superior al resto del mundo, todo lo más bello y famoso, grandes naciones, grandes reinos, será anegado.

XXX. Como ya he dicho, todo es fácil á la naturaleza, y especialmente cuando son cosas que decretó desde el principio, y á las que llega no de repente sino con la necesaria preparación. Desde el primer día del mundo, cuando para formar el orden actual se desprendían todas las cosas del informe conjunto, quedó fijada la época de la sumersión de la tierra; y por temor de que la tarea fuese demasiado difícil para los mares, si era completamente nueva, la ensayan desde muy antiguo. ¿No ves como choca la ola con la orilla y parece que quiere invadirla? ¿No ves

la marea llegar más allá de sus límites y llevar el mar á la posesión de la tierra? ¿No ves esa incesante lucha de las aguas contra sus barreras? Mas ¿por qué tanto temor á esas ruidosas irrupciones, y á ese mar y á esos impetuosos desbordamientos de los ríos? ¿Dónde colocó la naturaleza el agua de tal manera que no pueda invadirnos por todas partes cuando quiera? ¿No es cierto que cavando la tierra se encuentra agua? Cuantas veces la codicia ó cualquiera otra causa nos impulsa á horadar profundamente el suelo, el agua pone fin á la perforación. Añade que en el interior del globo existen lagos inmensos, y más de un mar escondido, y más de un río que corre debajo de nosotros. En todas partes, pues, abundarán los elementos del diluvio, puesto que hay aguas que corren en el seno de la tierra, sin contar aquellas que la rodean, y que, si contenidas largo tiempo, triunfarán al fin, reuniendo los ríos con los ríos y los lagos con los lagos. El mar subterráneo llenará los depósitos de los manantiales, formando en ellos abismos inmensos. De la misma manera que puede extenuarse nuestro cuerpo por medio de continuo flujo, y perderse nuestras fuerzas por excesiva traspiración, se licuará la tierra, y aunque no contribuyese otra causa á ello, en sí misma encontrará en qué sumergirse. Comprendo de esta manera la reunión de todas las grandes masas de agua, y no necesitará mucho tiempo para realizarse la destrucción. Perturbaráse y quedará destruída la armonía del mundo en cuanto la naturaleza prescinda de su benéfica vigilancia; y en un momento, de la superficie y del interior de la tierra, de arriba y de abajo surgirán las aguas. Nada tan violento, tan precipitado en su carrera, tan terrible para lo que le resiste como inmensa mole de agua: usando de la libertad que la naturaleza misma le concederá, cubrirá todo lo que ahora separa y rodea. Así como el fuego que estalla en varios puntos, se confunde muy pronto en vasto incendio, tanta prisa tienen por reunirse las llamas; así

tambien en un momento los mares desbordados formarán uno solo. Pero la libertad de las olas no será perpetua, sino que despues de realizada la extinción del género humano y de las fieras cuyas costumbres había tomado el hombre, la tierra absorberá de nuevo las aguas; la naturaleza mandará á los mares que queden inmóviles, ó que encierren en sus límites sus enfurecidas ondas, y arrojado de nuestros dominios, el Océano será relegado á sus abismos, quedando restablecido el antiguo orden. Realizáse otra creación de todos los animales, y se dará á la tierra otro hombre, igaorante del mal y nacido bajo mejores auspicios. Pero su inocencia no durará más que la infancia del nuevo mundo. La perversidad se sobrepone muy pronto; la virtud se encuentra con dificultad, necesitándose director y guía para dirigirse á ella, mientras que el vicio se aprende sin maestro.

LIBRO CUARTO.

PREFACIO.

Según escribes, óptimo Lucilio, te deleitan la Sicilia y los ocios que te permite tu cargo de prefecto. Te deleitarán siempre si cuidas de permanecer en los límites de tu cargo, y piensas que eres ministro del príncipe y no el príncipe mismo. No dudo que así lo harás. Sé cuán extraño eres á la ambición y cuán amigo del retiro y de las letras. Deseen la agitación de las cosas y de los hombres aquellos que no pueden soportarse á sí propios. Tú, por el contrario, te encuentras perfectamente contigo mismo. No me extraña que ocurra esto á muy pocos, porque somos nuestros propios tiranos, nuestros perseguidores, desgraciados unas veces por amarnos demasiado, otras por el tedio; teniendo el espíritu en tanto hinchado por la soberbia ó excitado por la avaricia; abandonándonos á los placeres ó consumiéndonos en inquietudes, y para colmo de desdicha, nunca solos con nosotros mismos. En una morada donde tantos vicios habitan, necesariamente ha de haber perpetua lucha. Haz, pues, caro Lucilio, lo que acostumbras hacer. Sepárate cuanto puedas de la muchedumbre, y no prestes oídos á los aduladores, que son muy diestros para

asediar á los grandes, y por mucho que te guardes, apenas podrás resistirles. Créeme, dejarte adular es entregarte á la traición. Tal es el atractivo natural de la adulación, hasta cuando se la rechaza, que agrada: por largo tiempo excluída, concluye por conseguir se la admita, elogiándonos porque no se la admite, y ni las repulsas pueden desanimarla. Es increíble lo que voy á decir, y sin embargo es verdadero. Cada uno de nosotros es vulnerable precisamente en el punto en que le atacan; y tal vez se le ataca por lo mismo que es vulnerable. Defiéndete bien, por lo tanto; pero ten presente que no estás al abrigo de las heridas: cuando todo lo hayas previsto te herirán por las uniones de la armadura. Uno usará la adulación disfrazada y cautelosa; otro francamente, cara á cara, y fingiendo ruda sencillez como si fuese franqueza y no artificio: Planco, el maestro más hábil en este género, antes de Vitelio, decía que no debía emplearse misterio ni disimulo en la adulación. Pierde, decía, su trabajo si se oculta: afortunado el aludador sorprendido en el hecho, y mucho más si se le reprende, si se le obliga á ruborizarse. Persona como tú debe temer encontrar muchos Plancos, y el remedio para tamaño mal no es rechazar la alabanza. Crispo Pasieno, el hombre más sutil en todo que he conocido, principalmente en la distinción y curación de los vicios, decía con frecuencia: «Ponemos la puerta entre nosotros y la adulación, pero no la cerramos; obramos con ella como con una amante: gusta que empuje la puerta, y gusta más que la violente.» Demetrio, varón esclarecido, decía según recuerdo, al hijo de un liberto poderoso que le sería fácil enriquecerse el día en que se arrepintiera de ser hombre de bien. «No te ocultaré el medio; enseñaría á los que necesitan atesorar, cómo sin exponerse á los rigores del mar, ni á las dificultades de la compra-venta, sin acudir á los inseguros productos de la agricultura ni á los más inciertos aún del foro, encontrarán medio de hacer fácil y alegremente fortuna y agradar á los hombres despojándolos.»

En cuanto á tí, juraría que eres más alto que Fido Anneo y que Apolinio Pycta, aunque tu estatura sea tan reducida como la de los Tracios. Diría que nadie es más liberal que tú, y no mentiría, porque puede suponerse que das á los hombres todo aquello que les dejas». Así acontece, querido Junior, cuanto más franca es la adulación, más atrevida es, cuanto más se ha endurecido su frente y más ha hecho ruborizar la de los demás, más rápido es su triunfo. Porque hemos llegado á tal punto de demencia que el que nos alaba poco nos parece envidioso. Solía decirte que mi hermano Galión, aquel á quien se amaba poco cuando se le amaba cuanto amarse puede, era extraño á todos los vicios, y además aborrecía la adulación: tú le probastes en todos sentidos. En primer lugar, admiraste su genio, el mayor y más digno, creado para el cielo, decías, y no para un profano vulgar: el elogio le hizo retroceder. Quisiste alabar la moderación, que establece entre él y las riquezas una distancia tal que parece que ni las goza ni las rechaza: desde el principio te cortó la palabra. Celebrabas su afabilidad, el agrado y sencillez de sus modales, que encantan hasta á aquellos de quienes no se cuida, y obligan, sin que le cueste trabajo, á aquellos mismos que solamente ve al pasar, porque nunca mortal alguno supo agradar á uno solo tanto como él agrada á todos, y esto con un carácter tan dulce y simpático que nada revela en él artificio ni afectación. Todos se dejan atribuir con gusto un mérito públicamente reconocido; pues bien, también resistió en esto tus lisonjas, y exclamaste que habías encontrado un hombre invencible á las seducciones á que todos abren su corazón. Confesaste que su prudencia y perseverancia en evitar un mal inevitable te maravillaban tanto más, cuanto que esperabas encontrarle sensible á los elogios, que si bien dichos para lisonjear el oído, no dejaban de ser verdades. Pero por la misma razón los consideró más dignos de repulsa, porque siempre ataca la mentira á la verdad con la ayuda de lo verdadero.

Pero no quiero que estés descontento de tí mismo, como el actor que hubiese desempeñado mal su papel y como si Galión hubiese sospechado la comedia y el lazo: no te descubrió, te rechazó. Esto puede servirte de ejemplo. Cuando se acerque á tí algún adulator, dile: «¿Quieres llevar esas felicitaciones, que pasan de un magistrado á otro con los lictores, á alguno que te pague en la misma moneda y esté dispuesto á escucharte hasta el fin? Por mi parte, no quiero engañar ni ser engañado; tus elogios me tentarían si no los dedicaras también á los malvados.» ¿Acaso hay necesidad de descender tanto que puedan los aduladores medirse de cerca con nosotros? Que ancho espacio te separe de ellos. Cuando desees francos elogios, ¿por qué has de deberlos á otro? Elógiate tú mismo. Dí: Me he dedicado á los estudios liberales, aunque la pobreza me impulsaba á otros caminos, y llamaba mi ingenio á trabajos cuyo precio no se hace esperar. Me he dedicado á la poesía, sin esperanza de recompensa, y á las saludables meditaciones de la filosofía. He demostrado que la virtud puede entrar en todos los corazones; he triunfado de las trabas de mi nacimiento, y midiendo mi grandeza, no por mi fortuna, sino por la elevación de mi alma, me he visto igual á los más grandes. Mi cariño á Getulico me hizo traidor á Cayo; Mesala y Narciso, enemigos públicos no mucho antes de serlo recíprocamente no pudieron destruir mi cariño á otros personajes que era funesto amar. He ofrecido mi cabeza por conservar mi fe. No se me ha arrancado ni una palabra que no pueda salir de una conciencia pura. Todo lo he temido por mis amigos, nada por mí, y lamento no haberles amado bastante. De mis ojos no han brotado lágrimas indignas, ni he besado suplicando las manos á nadie. Nada he hecho impropio de un hombre honrado y valeroso. Más grande que mis peligros, dispuesto á salir al encuentro de los que me amenazaban, he agradecido á la fortuna que haya querido experimentar qué valor daba á mi palabra. Cosa muy grande era ésta para

que me costase poco. No vacilé mucho tiempo, porque no estaban iguales los platillos de la balanza; ¿era mejor sacrificar la vida al honor ó el honor á la vida? No adopté con ciego arrebató la resolución extrema que debía arrancarme al furor de los poderosos del día. Al lado de Cayo veía tormentos, veía hogueras. Sabía que desde muy antiguo, bajo este monstruo, se estaba reducido á considerar la muerte como una gracia. Sin embargo, no me arrojé sobre la punta de una espada, ni me lancé con la boca abierta al mar por temor de que se creyese que no sabía morir mas que por mi fe.» Añade que nunca han podido corromperte los regalos y que en esta lucha tan general de la codicia, jamás se tendieron tus manos hacia el lucro. Añade también tu frugalidad, la modestia de tus palabras, tu consideración á los inferiores, tu respeto á los superiores. Y después pregúntate si todos estos méritos son verdaderos ó falsos: si son verdaderos, te habrás alabado ante importantísimo testigo; si falsos, nadie habrá escuchado la ironía. En este momento podría creerse que pretendo yo captarte ó probarte. Piensa tú lo que quieras, y empieza en mí á temer á todos. Medita aquello de Virgilio.

Nusquam tuta fides..... (1).

ó lo que dijo Ovidio:

.....Qua terra patet, fera regnat Erinys.
In facinus jurasse putes..... (2).

ó esta frase de Meneandro (porque no hay ingenio que no se haya conmovido en este punto, para reprobear ese detestable concierto del género humano que le lleva al mal). «Malos somos mientras vivimos,» exclama el poeta, que

(1) En ninguna parte queda fe...

(2) En toda la tierra reina la cruel Erinis. Todos parecen juramentados para el mal.

arroja esta sentencia á la escena con rudeza de campesino. No exceptúa al anciano, ni al niño, ni á la mujer, ni al hombre; y añade: «No es individualmente ni en corto número, sino en masa, como se trama el crimen.» Necesario es, pues, huir, recogerse en sí mismo, ó mejor aún, escapar de sí mismo. Intentaré, aunque nos separa el mar, hacerte un favor: estás poco seguro de tu camino; te cogeré de la mano para llevarte á fin mejor; y para que no echés de ver tu aislamiento, hablaré desde aquí contigo. Quedaremos reunidos por la parte mejor de nuestro sér; mutuamente nos daremos consejos que el semblante del oyente no modificará. Te llevaré lejos de tu provincia, para impedirte que prestes mucha fe á las historias, y llegues á complacerte siempre que digas: Tengo bajo mi autoridad esta provincia que sostuvo el choque y deshizo los ejércitos de las dos ciudades más grandes del mundo, cuando entre Cartago y Roma era precio de gigantesca lucha; cuando vió las fuerzas de cuatro generales romanos, es decir, de todo el imperio, reunidas en un solo campo de batalla; cuando aumentó la inmensa fortuna de Pompeyo, fatigó la de César, hizo pasar á otra parte la de Lépido, y cambió la de todos los partidos: testigo de aquel prodigioso espectáculo, en el que los mortales pudieron ver claramente con cuánta rapidez se cae desde la cumbre á lo más bajo, y por qué diversos caminos destruye la fortuna el edificio de la grandeza. Porque al mismo tiempo vió precipitados á Pompeyo y Lépido, desde el pináculo supremo al abismo; Pompeyo huyendo de ajeno ejército, Lépido del suyo.

I. Así, pues, para sustraerte á estos recuerdos, y aunque la Sicilia tiene en sí y en derredor suyo muchas cosas admirables, pasaré en silencio todo lo que á ella se refiere y fijaré tus meditaciones en otro punto. Voy á ocuparme contigo de una cuestión que no he querido tratar en el libro precedente, á saber: por qué crece tanto el Nilo en los meses de estío. Algunos filósofos han dicho que el Danu-

bio tiene la misma naturaleza que este río, porque se desconocen las fuentes de uno y otro, y son más caudalosos en verano que en invierno. Ambos asertos han sido reconocidos como falsos, descubriéndose que las fuentes del Danubio están en la Germania; y si comienza á crecer en estío, es cuando el Nilo está encerrado aún en su cauce, en los primeros calores, cuando el sol, más intenso al final de la primavera, blanda las nieves que licúa antes de que empiece la crecida del Nilo. En el resto del estío disminuye, vuelve á sus dimensiones de invierno y hasta queda inferior á ellas.

II. Pero el Nilo crece antes de comenzar la canícula, en medio del estío, hasta después del equinoccio. Este río, el más noble de los que la naturaleza ofrece á los ojos de los hombres, de tal manera lo formó, que inundase el Egipto en la época en que la tierra, abrasada por el sol, absorbe más profundamente sus aguas, habiendo de retener bastante para bastar á la sequía del resto del año. Porque en las regiones que se extienden hacia la Etiopía, las lluvias son nulas ó raras, ni aprovechan á un suelo que no está acostumbrado á recibir las aguas del cielo. Como sabes, toda la esperanza del Egipto está en el Nilo, siendo el año estéril ó abundante según que el río haya sido avaro ó liberal de sus aguas. Jamás atiende el labrador al estado del cielo. Mas ¿por qué no hablar poéticamente con un poeta, y citarle á su Ovidio, que dice:

...Nec pluvio supplicat herba Jovi? (1)

Si pudiera descubrirse dónde comienza á crecer este río, se conocerían las causas de su aumento. Pero lo único que se sabe es, que después de extraviarse en dilatadas solitudes, en las que forma inmensos pantanos, repartiéndose entre veinte pueblos, reúne primeramente alrededor de

(1) Ni las hierbas imploran á Júpiter pluvioso.

Philas sus desparramadas y errantes aguas. Philas es una isla de difícil acceso, escarpada por todas partes, rodeándola dos ríos que en su confluencia forman el Nilo y llevan su nombre. El Nilo rodea toda la ciudad; y más ancho allí que impetuoso, acaba de salir de la Etiopía y de los arenales por los que hace pasar el comercio del mar de las Indias. Después encuentra las cataratas, famoso paraje por la grandeza del espectáculo que se goza en él. Allí, en presencia de peñascos agudos, entreabiertos por muchas partes, el irritado Nilo ostenta todas sus fuerzas; roto por las masas que encuentra, lucha en estrechos desfiladeros, y vencedor ó rechazado, su violencia permanece igual: allí por primera vez se agitan sus aguas, que llegan sin ruido y con tranquilo curso; fogoso, se precipita como torrente por aquellos estrechos pasos, no siendo ya igual á sí mismo. Hasta allí corre turbio y fangoso, pero una vez entrado en aquellas gargantas pedregosas, lanza espumas y toma color que no es propio de su naturaleza, sino del paraje por donde pasa con dificultad. Triunfa al fin de los obstáculos; mas de pronto le falta el terreno y cae desde inmensa altura, haciendo resonar su estrépito en las comarcas inmediatas. Una colonia fundada en estos ásperos parajes, no pudiendo soportar el continuo y ensordecedor ruido, marchó á buscar en otro punto domicilio más tranquilo. Entre las maravillas de este río, se ha citado la increíble audacia de sus moradores. Montan dos en barquillas, uno para guiarla y el otro para arrojar el agua, y después de marchar agitados por la furiosa rapidez del Nilo y de sus reflujos, llegan al fin á los estrechos canales, entre peñascos cercanos que consiguen evitar; deslízanse llevados por el río entero, dirigiendo la barquilla en la caída, y con profundo terror de los espectadores caen de cabeza, creyéndose que han perecido, que quedan sepultados bajo la espantosa masa de las aguas, cuando reaparecen muy lejos de la catarata cortando las olas como saeta lanzada por

máquina de guerra. La catarata no les ahoga, no haciendo otra cosa que llevarles á corriente más llana. La primera crecida del Nilo se muestra en las inmediaciones de la mencionada isla de Philas. Pequeño espacio la separa del río, espacio que los Griegos llaman ἄβατον, y que nadie, exceptuando los sacerdotes, puede pisar; allí comienza á ser sensible la crecida. A larga distancia de este punto surgen dos escollos, llamados en la comarca venas del Nilo, de donde sale considerable cantidad de agua, aunque no la suficiente para inundar el Egipto. En estas bocas, en la época del sacrificio anual, arrojan los sacerdotes la ofrenda pública, y los prefectos presentes de oro. Desde este paraje, visiblemente aumentado el Nilo, avanza por hondo cauce, no pudiendo extenderse porque está encajado entre montañas. Pero libre al fin cerca de Memfis y ensanchándose en los campos, divídese en muchos ríos, y por canales artificiales, que dan á los ribereños cuanta agua quieren, corre á extenderse por todo el Egipto. Desparado al principio, muy pronto forma una capa inmensa semejante á un mar cenagoso y estancado: la extensión de las comarcas que cubre paraliza la violencia de su carrera, porque á derecha é izquierda abraza todo el Egipto. Cuanto más crece el Nilo, mayor es la esperanza del año. Este cálculo no engaña al labrador; tan exacta medida es la elevación de las aguas de la fertilidad que traen. La inundación cubre aquel terreno arenoso y sediento con sus aguas y tierra nueva, porque llegando las ondas muy removidas, depositan el limo en los parajes donde forma grietas la sequía, y cuanto contiene de abono lo deja en las partes áridas, fecundizando los campos de dos maneras, porque los riega y abona. Todo lo que no visita queda estéril y desolado. Sin embargo, la crecida excesiva perjudica. El Nilo tiene además la maravillosa virtud de que, á diferencia de los demás ríos que barren y horadan las entrañas del suelo, éste, á pesar de su enorme masa, lejos

de corroer ni de arrebatarse nada, aumenta las fuerzas del terreno, siendo su menor beneficio el riego. El limo que deposita empapa las arenas y las da cohesión, debiéndole el Egipto no tan solamente la fertilidad de sus tierras, sino sus tierras mismas. Magnífico espectáculo es el desbordamiento del Nilo sobre los campos. La llanura queda cubierta, los valles han desaparecido, y las ciudades sobresalen de las aguas como islas. Los habitantes del interior no pueden comunicar más que en barcas, y cuantas menos ven de su territorio, mayor es la alegría de los pueblos. Hasta cuando el Nilo permanece encerrado en sus riberas, penetra en el mar por siete bocas que son otros tantos mares. En una y otra orilla deposita innumerables ramas que no tienen nombre. Alimenta monstruos que no son más pequeños ni menos terribles que los del mar, pudiéndose juzgar su importancia por el hecho de que animales enormes encuentran en su lecho pasto y espacio suficientes. Babilón, aquel varón excelente, cuya instrucción en todo género de literatura era tan rara, dice haber visto, durante su prefectura de Egipto, en la boca Heracleótica del Nilo, la más ancha de las siete, delfines que venían del mar y cocodrilos que llegaban del río para presentar batalla en regla á los delfines: los cocodrilos quedaron vencidos por sus pacíficos adversarios, cuya mordedura es inofensiva. Los cocodrilos tienen el dorso duro é impenetrable hasta para el diente de los animales más vigorosos, pero su vientre es blando y tierno. Los delfines, sumergiéndose, se los partían con la sierra que les sobresale de la espina, remontando rápidamente á la superficie. Habiendo perecido de esta manera muchos cocodrilos, los restantes no se atrevieron á combatir y huyeron. Este animal escapa ante enemigo atrevido, y es muy audaz cuando se le teme. Los Tentiritas lo vencen, no por virtud especial de su raza, sino por lo que le desprecian y por su temeridad. Persiguenle con intrepidez, y en su fuga lanzan

un lazo y le arrastran hacia ellos; muchos perecen por faltarles serenidad en el ataque. El Nilo en otro tiempo llevaba agua del mar, según dice Theofrasto, y consta que, por dos años sucesivos, el décimo y el undécimo del reinado de Cleopatra, no creció, presagiando esto, según decían, la caída de dos poderes; viendo desaparecer el suyo Antonio y Cleopatra. En siglos más lejanos, el Nilo estuvo diez años sin salir de su cauce, según asegura Calímaco. Pero examinemos ahora las causas que hacen crecer el Nilo en esto, y comencemos por los escritores más antiguos. Anaxágoras atribuye esta crecida á la licuación de las nieves que desde las montañas de la Etiopía bajan hasta el Nilo. Esta es la opinión de toda la antigüedad. Esquilo, Sófocles, Eurípides refieren lo mismo; pero multitud de razones acreditan la falsedad del aserto. En primer lugar, que el clima de la Etiopía sea abrasador, lo prueba el color negro y quemado de sus habitantes y las moradas subterráneas de los Trogloditas. Las piedras que man allí como al salir del fuego, no solamente al mediodía, sino que también al ocultarse el sol; la arena está calcinada y el pie humano no podría resistirla; la plata se separa del plomo; las soldaduras de las estatuas se derrieten, y desaparecen los dorados y plateados. El austro, que sopla de aquel punto, es el mas cálido de todos los vientos. Los animales que se ocultan en la época del frío, no desaparecen allí en ningún tiempo, y hasta en invierno están las serpientes en la superficie del suelo y al aire libre. En Alejandría, muy lejana ya de estos excesivos calores, no nieva, y hasta en parajes más altos no se conocen las lluvias. ¿Cómo una comarca donde reinan tales calores podía tener nieves que durasen todo el estío? Aunque hubiese montañas para recibirlas, no recibirían más que el Cáucaso ó las de la Tracia. Ahora bien, los ríos de estas montañas crecen en primavera y á principios de verano, pero muy pronto bajan hasta hacerse menores

que en invierno. Las lluvias de primavera comienzan á fundir las nieves, que los primeros calores hacen desaparecer. Ni el Rhin, ni el Ródano, ni el Danubio, ni el Caisstro están sujetos á este inconveniente, no aumentando en verano, aunque existen muy abundantes nieves en las cumbres del Septentrión. El Phaso y el Boristhenes tendrían también crecidas en estío, si, á pesar del calor, las nieves pudieran aumentar su caudal. Y además si esta fuese la causa del aumento del Nilo, la crecida tendría lugar al principio del estío; porque hasta esta época se conservan las nieves en toda su intregridad, siendo la capa más blanda la que se licúa primero. La crecida del Nilo durante cuatro meses siempre es constante. Si hemos de creer á Thales, los vientos etesios rechazan al Nilo en su salida al mar y suspenden su curso haciéndole refluir hacia sus bocas. Rechazado de esta manera, retrocede sin aumentar; pero cerrada su salida, se detiene, y muy pronto se abre por donde puede el paso que se le obstruye. Eutymenes Marsellés dice como testigo: «He navegado en el mar Atlántico. Este produce el desbordamiento del Nilo mientras se sostienen los vientos etesios, porque su soplo es el que entonces empuja este mar fuera de su lecho. En cuanto ceden, el mar recobra su tranquilidad, y el Nilo encuentra menos obstáculos en su salida. Además, el agua de este mar es dulce y alimenta animales semejantes á los del Nilo.» Mas si los vientos etesios hacen subir el Nilo, ¿por qué comienza la crecida antes de la época de estos vientos y dura más que ellos? Además, el río no aumenta á medida que los vientos soplan con más violencia. Su mayor ó menor elevación no está relacionada con la fuerza de los etesios, como lo estaría si su influencia lo levantara. Además, si la crecida dependiese de estos vientos, ¿no sería necesario que el río corriese en el mismo sentido que ellos, cuando por el contrario sale á su encuentro, puesto que azotan las costas del Egipto? Por otra parte,

del mar saldría puro y azulado y no enturbiado como se encuentra. Añade que multitud de testimonios combaten el de Euthimenes. La mentira podía abrirse paso cuando eran desconocidas las playas lejanas, pudiendo enviarnos fábulas desde ellas. Pero hoy recorren todas las orillas del Mar Exterior traficantes, de los que ninguno refiere que el Nilo sea azulado, ni dulce el agua del mar. La misma naturaleza impide creer esto, porque el sol evapora las partes más ligeras y dulces del agua. Además, ¿por qué no crece el Nilo en invierno? Porque en esta época pueden agitar el mar vientos más fuertes que los etesios, que son ligeros. Si el movimiento viniese del Atlántico, cubriría de pronto el Egipto, y la inundación es gradual. Oenopidas de Chío dice que en invierno el calor está reconcentrado en la tierra, por cuya razón las cavernas están calientes y templada el agua de los pozos, quedando secas las venas de la tierra por efecto de este calor interno. Pero en otras comarcas, las lluvias hacen desbordar los ríos. El Nilo, al que ninguna lluvia alimenta, disminuye en invierno y crece en verano, tiempo en que la tierra vuelve a quedar fría en el interior y frescas las fuentes. Si fuese esta la verdadera causa, todos los ríos deberían crecer, y elevarse los pozos durante el verano. Además el calor no aumenta en el interior de la tierra durante el invierno. El agua, las cavernas, los pozos parecen más calientes porque no penetra en ellos el aire frío del exterior. Así, pues, no están calientes, sino que excluyen el frío. La misma razón les hace frescos en verano, porque el aire caldeado de fuera no puede penetrar hasta ellos. Diógenes Apolonio dice: «El sol atrae la humedad; la tierra desecada la recobra del mar y de las otras aguas. Ahora bien, no puede suceder que una tierra esté seca y otra húmeda, porque todas las partes del globo están llenas de huecos asequibles al agua. Los terrenos secos toman algunas veces de los húmedos. Si la tierra no recibiese

nada, no sería más que polvo. El sol atrae, pues, las aguas, pero las regiones á que se dirigen son principalmente las meridionales. La tierra desecada atrae entonces mayor humedad: así como en las lámparas afluye el aceite al punto en que se consume, así también el agua acude á los parajes á donde la llaman intenso calor y tierra sedienta. Pero ¿de dónde acude? De los puntos donde reina perpetuo invierno, del Septentrión, donde es superabundante. Por esta razón el Ponto Euxino se descarga incessantemente en el Mar Inferior y con tanta rapidez, no como los otros mares por flujo y reflujo, sino por pendiente siempre igual y á manera de torrente. Si no siguiera ese camino y por él diese á tal región lo que le falta y á tal otra la aliviase de lo que le sobra, hace ya mucho tiempo que todo estaría seco ó inundado.»—Preguntaría yo á Diógenes: ¿por qué, si los mares y sus afluentes pasan unas á otros, no son más caudalosos los ríos en todas partes durante el verano? En esta época abrasa el sol de Egipto con mayor fuerza; he aquí por qué crece el Nilo. Pero en otros parajes también crecen algo los ríos. Además, ¿por qué existen comarcas privadas de agua, puesto que todas la atraen de otras, llamándole tanto más, cuanto más caldeadas se encuentran? En fin, ¿por qué es dulce el Nilo, si su agua procede del mar? Porque no la hay más dulce al paladar que la de este río.

III. Si yo te asegurase que el granizo se forma en el aire, de la misma manera que el hielo entre nosotros, por la congelación de una nube entera, sería excesiva temeridad. Colócame, pues, en la clase de esos testigos secundarios que niegan haber visto, pero que dicen han oído. O haré lo que hacen los historiadores: éstos, cuando sobre considerable número de hechos han mentido á su placer, citan alguno del que no responden, añadiendo que remiten al lector á las fuentes. Si, pues, te encuentras poco dispuesto á creerme, Posidonio prestará su autoridad, no sólo á lo

que acabo de decir, sino que también á lo que añadiré. Afirmará, como si lo hubiese presenciado, que el granizo procede de nubes llenas de agua, ó trocadas ya en agua. Por qué tienen forma redonda los granizos, puedes averiguarlo sin maestro, si observas que una gota de agua se redondea siempre sobre sí misma. Vese esto en los espejos que retienen la humedad del aliento, en los vasos mojados y en todo lo bruñido, y hasta en las hojas de los árboles y en las hierbas, las gotas que se adhieren quedan redondas.

*¿Quid magis est saxo durum? ¿quid mollius nuda?
Dura tamen molli saxa cavantur aqua (1).*

O, como dice otro poeta:

Stillicidi casus lapidem cavat (2);

y el agujero es redondo. De aquí puede deducirse que el agua que lo forma es redonda también, haciéndose lugar según su forma y figura. Además, podría suceder que, aunque los granizos no tuviesen esta forma, se redondeasen en su caída, y que, precipitados á través de tantas capas de aire, el rozamiento les trasformase en esferas y de una manera igual. No podría suceder lo mismo con la nieve, que no es tan sólida y está demasiado dilatada, ni cae de grande elevación, sino que se forma cerca de la tierra. No atraviesa largo espacio en los aires, sino que cae de punto muy inmediato. Mas ¿por qué no he de permitirme lo mismo que Anaxágoras, cuando entre nadie como entre filósofos debe existir igual libertad? El granizo no es otra cosa que hielo suspendido; la nieve es una congelación flotante, de la naturaleza de la escarcha. Ya dijimos que entre el agua y el rocío media la misma diferencia que entre la escarcha y la nieve, la nieve y el granizo.

(1) ¿Qué hay más duro que la piedra? ¿qué más blando que el agua? Sin embargo, el agua horada la dura piedra.

(2) El agua que cae gota á gota horada la piedra.

IV. Resuelta así la cuestión, podía dejarla; pero quiero darte buena medida, y puesto que he comenzado á molestarte, te diré todo lo que se investiga en esta materia. Pregúntase en primer lugar por qué nieva en invierno y no graniza; y por qué en primavera, cuando han desaparecido los fríos intensos, cae el granizo. Porque con peligro de que me engañe tu ciencia, la verdad me persuade fácilmente, siendo tan crédulo, que me presto hasta á ligeras mentiras, asaz fuertes para cerrar la boca, pero que no lo son bastante para cerrar los ojos. En invierno el aire está congelado por el frío, y por lo tanto no se convierte en agua sino en nieve, encontrándose más próximo á ella. Con la primavera comienza á dilatarse, y estando más caliente, produce gotas mayores. Por esta razón, como dice nuestro Virgilio,

..... quum ruit imbriferum ver (1),

la transformación del aire es más activa, porque se desprende y dilata por todas partes, ayudándole la misma temperatura. Así es que en esta época las lluvias son más frecuentes y abundantes que continuas. Las de invierno son más lentas y finas, así es que se ve por intervalos caer raras gotas mezcladas con nieve. Llamamos día de nieve aquel en que el frío es intenso y el cielo está oscuro. Además, cuando sopla el aquilón y domina en el cielo, solamente cae menuda lluvia: durante el austro son más permanentes y las gotas más gruesas.

V. Aquí encuentro una afirmación de nuestra escuela, que no me atrevo á citar porque me parece poco segura, ni á pasar en silencio. Pero ¿qué mal hay en solicitar alguna vez la indulgencia del juez? Y ciertamente, si quisiéramos pesar escrupulosamente todas las pruebas, tendríamos que reducirnos al silencio, porque hay muy pocas opiniones

(1) Cuando llega la lluviosa primavera.

sin contradictor. Hasta cuando triunfan no es sin combate. Dicen, pues, los estoicos que cuantos hielos hay aglomerados hacia la Scitia, el Ponto y las comarcas septentrionales, se licúan en primavera; que entónces recobran su curso los ríos helados, y que las nieves bajan fundidas de las montañas. Es, pues, creíble que de allí arrancan corrientes de aire frío que se mezclan al aire de primavera. A esto añaden una cosa, de que no trato hacer experiencia, y te aconsejaré también que no intentes hacerla tú, si tuvieses deseos de cerciorarte de la verdad. Dicen que los pies se enfrían menos removiendo nieve dura, que nieve blandeada por el deshielo. Luego, si no mienten, todo el frío que produce en las regiones septentrionales la nieve en disolución y los hielos que se rompen, viene á apoderarse y á condensar el aire templado y húmedo ya de las comarcas del Mediodía. Por esta razón, lo que debía ser lluvia se convierte en granizo por la influencia del frío.

VI. No puedo menos de exponerte todas las locuras de los nuestros. ¿No aseguran que algunos observadores saben predecir, según las nubes, cuándo granizará, y que han podido aprenderlo por experiencia notando el color de aquellas á que sigue siempre el granizo? Hecho increíble es que en Cleona hubiese prepósitos públicos, llamados *χαλαζοφύλακας*, ó vaticinadores del granizo. A la señal que daban de la aproximación del azote, ¿qué crees que hacían las gentes? ¿que corrían en busca de mantos y cubiertas? No; cada cual, según sus medios, inmolaba un cordero ó un gallo, y en cuanto bebían algunas gotas de sangre, se alejaba la nube. ¿Ríes? pues vas á reir más todavía. Los que no tenían cordero ni gallo, se extrañan sangre propia para economizar gastos. No creas que las nubes fuesen ávidas ó crueles: picábanse solamente un dedo con punzón bien afilado, y de esta manera hacían la libación, y el granizo no se retiraba menos del campo de éste, que del que le conjuraba con ricos sacrificios.

VII. Algunos preguntan la razón de esto. Otros, como verdaderos sabios, dicen que es de todo punto imposible á quienquiera que sea hacer pacto con el granizo y liberarse de la nube por medio de ligeras ofrendas, aunque los presentes venzan hasta á los dioses. Los hay que suponen en la sangre virtud particular que separa las nubes y las rechaza. Mas ¿cómo en tan corta cantidad de sangre puede existir virtud bastante para penetrar tan alto y obrar sobre las nubes? ¿No era más sencillo decir: todo esto es fábula, mentira? Pero en Cleona se procesaba á los que estaban encargados de vaticinar la tempestad, cuando por su negligencia habían sufrido los viñedos ó quedaban tendidas las mieses en el suelo. Y entre nosotros, las Doce Tablas han previsto el caso en que alguno perjudicase con encantamientos la cosecha de otro. Nuestros rudos antepasados creían que las lluvias se atraían ó rechazaban por medio de encantos, cosas tan evidentemente imposibles, que no es necesario, para convencerse de ello, entrar en la escuela de ningún filósofo.

VIII. Una cosa añadiré aún que te agrada aceptar y aplaudir. Dícese que la nieve se forma en la parte del aire que está cerca de la tierra, en vista de que esta parte es más cálida por tres motivos. Primero, porque toda evaporación de la tierra, conteniendo muchas partículas ígneas y secas, está tanto más cálida, cuanto más reciente es. Segundo, porque los rayos del sol, reflejados por la tierra, se replegan sobre sí mismos. Esta reflexión calienta todos los objetos cercanos á la tierra, que reciben más calor porque sienten dos veces el sol. Tercero, porque las regiones elevadas están más expuestas á los vientos, y las más bajas se libran de su azote.

IX. Añádese á esto la razón de Demócrito. Cuanto más sólido es un cuerpo, más pronto recibe el calor y por más tiempo lo conserva. Si expones al sol un vaso de bronce, otro de vidrio y otro de plata, el calor se comunicará más

pronto al primero y permanecerá más tiempo en él. He aquí por qué cree este filósofo que sucede así. Los cuerpos más duros, más compactos y densos que los otros, tienen necesariamente, dice, los poros más pequeños, y el aire penetra menos. Por consiguiente, lo mismo que los tubos y baños pequeños se calientan más pronto, así también estas cavidades ocultas que escapan á la vista sienten con más rapidez el calor, y por su misma pequeñez son más lentas en devolver lo que recibieron.

X. Estos largos preliminares nos llevan á lo que queremos investigar. Cuanto más cercano á la tierra está el aire, más denso es. Así como en el agua y en todos los líquidos el limo está en el fondo, así también las partículas más densas del aire se precipitan hacia abajo. Ahora bien, acaba de demostrarse que la materia más densa y compacta conserva mejor el calor que ha reconcentrado; pero cuanto más elevado está el aire y lejano de las emanaciones del suelo, más puro y sin mezcla se encuentra. Así es que no retiene ya el calor del suelo, sino que lo deja pasar como á través del vacío, y por tanto se calienta menos.

XI. Otros dicen que las cimas de los montes deben estar tanto más calientes, cuanto más cerca se encuentran del sol. Pero se engañan á mi juicio, si creen que el Apennino, los Alpes y las otras montañas conocidas por su extraordinaria elevación, son bastante altas para experimentar los efectos de esta vecindad. Altas son relativamente á nosotros; pero comparadas con el conjunto del globo, su pequeñez es patente para todos. Pueden sobrepajar unas á otras, pero nada es bastante grande para que hasta la grandeza más colosal no desaparezca en el conjunto: siendo así, no podríamos decir que el orbe terráqueo es una bola. Propiedad de la bola es la redondez casi igual en todas sus partes, como lo ves en las pelotas de juego. Sus hendiduras y costuras no tienen grande importancia, ni

impiden que se diga que es igualmente redonda por todos lados. De la misma manera que en la pelota las arrugas no afectan á la redondez, así también en la superficie del globo las dimensiones de las montañas más elevadas nada son comparadas con el todo. Los que digan que las montañas más elevadas, recibiendo el sol más de cerca, se calientan más, pueden decir también que el hombre de estatura más alta debe experimentar más pronto el calor que el de pequeña estatura, y antes en la cabeza que en los pies. Pero el que estime al mundo con su verdadera medida, y reflexione que la tierra no es más que un punto en el espacio, comprenderá que no puede haber en su superficie altura tal que experimente con mayor intensidad la acción de los cuerpos celestes, como estando más cerca de ellos. Esas montañas tan altas para nosotros, esas cumbres cubiertas de nieves perpetuas, no dejan de encontrarse en lo profundo: sin duda está más cerca del sol el monte que el llano y el valle, pero de la misma manera que un cabello es más grueso que otro cabello, un árbol que otro árbol y una montaña que otra montaña. No siendo así, podría decirse que tal árbol está más cerca del cielo que tal otro, lo cual no sucede, porque no pueden existir grandes diferencias entre las cosas pequeñas, á menos de compararlas entre sí. Cuando se toma lo inmenso por punto de comparación, importa poco cuánto es más grande una de las cosas comparadas que la otra; porque por grande que sea la diferencia, siempre es entre cosas exiguas.

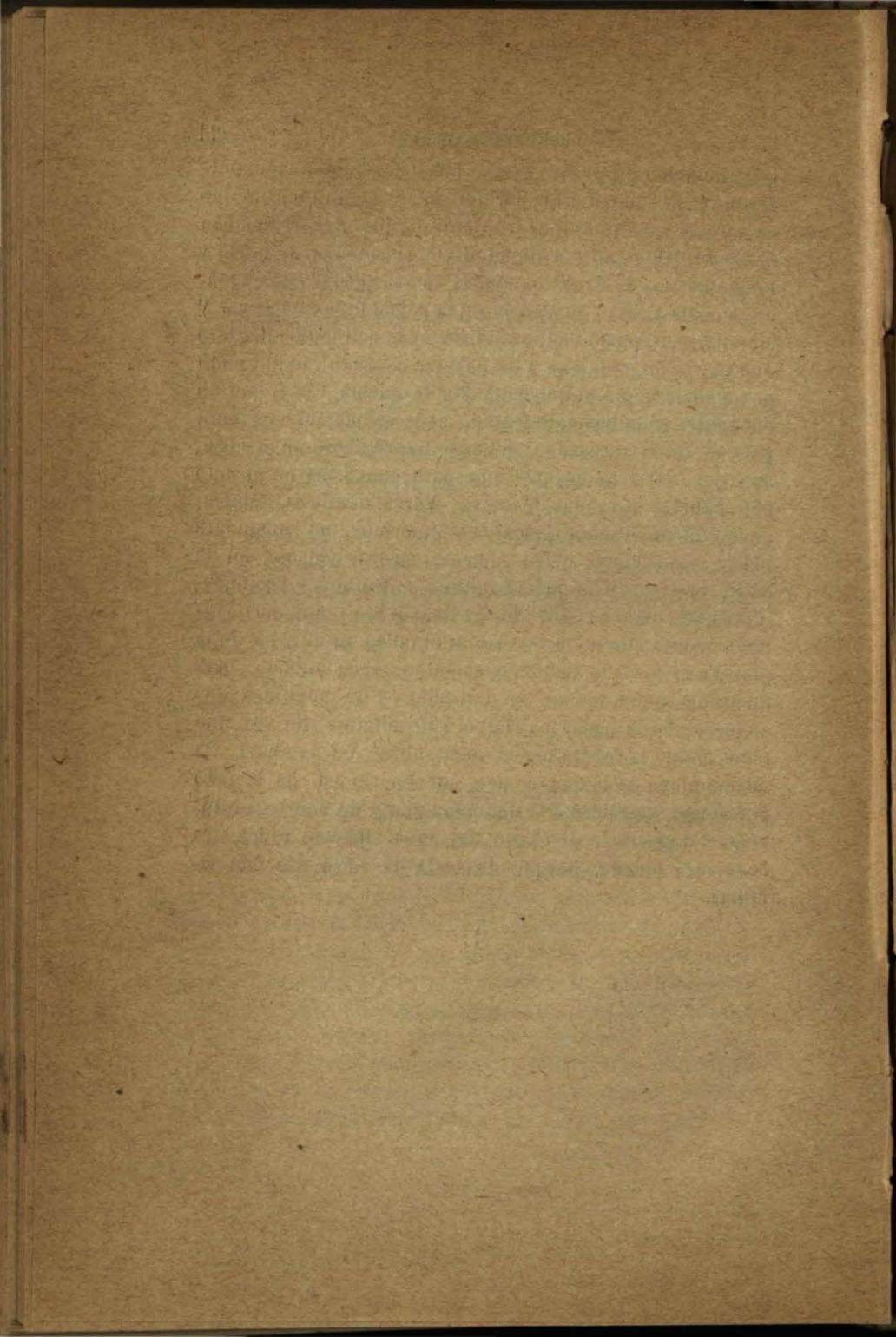
XII. Pero volviendo al asunto, las razones expuestas han hecho creer generalmente que la nieve se forma en la parte del aire cercana á la tierra, y que sus partículas tienen menos cohesión que las del gránizo, porque frío menos intenso produce la congelación de aquélla. Y verdaderamente, esta parte del aire es demasiado fría para convertirse en agua y en lluvia; pero no lo es bastante para endurecerse en granizo. Este frío mediano, que no tiene

excesiva intensidad, produce la nieve por la congelación del agua.

XIII. ¿Para qué, dirás, persistes penosamente en estas frívolas investigaciones que nunca harán al hombre más instruído ni mejor? Dices cómo se forma la nieve; mucho más útil sería que nos dijese por qué no debe comprarse la nieve.—Me mandas litigar con el lujo: litigio diario y sin resultado. Litiguemos, pues, y si el lujo ha de vencer, al menos que no sea sin combate ni resistencia por parte nuestra. Pero ¿cómo? ¿acaso crees que la observación de la naturaleza no lleva al objeto que me propones? Cuando investigamos cómo se forma la nieve, cuando decimos que tiene la misma naturaleza que la escarcha y que contiene más aire que agua, ¿no crees que censuramos á aquellos que se avergonzarían de comprar agua y compran menos que agua? Investiguemos nosotros más bien cómo se forma la nieve que la manera de conservarla, porque no contentos con trasegar en ánforas vinos centenarios y clasificarlos según su sabor y antigüedad, hemos encontrado medio de condensar la nieve para hacerla resistir el estío y defenderla en nuestras heleras de los ardores de la estación. ¿Qué hemos ganado con esta industria? Transformar en mercancía el agua que se tenía de balde. Laméntase que no pueda comprarse el aire y el sol, que este ambiente que se respira llegue hasta los voluptuosos y los ricos naturalmente y sin costar nada. ¡Oh qué desgracia que la naturaleza haya dejado algo común! Lo que pone al alcance de todos para que todos puedan aspirar vida, lo que prodiga con tanta liberalidad así al hombre como á las fieras, á las aves como á los animales menos astutos, la ingeniosa mollicie lo reduce á precio. ¡Tan cierto es que nada le agrada si no es caro! En un solo punto descendían los ricos al nivel vulgar y el más pobre no era inferior al más opulento. Pero aquellos á quienes molesta su riqueza imaginaron hacer del agua objeto de lujo. Diré cómo hemos llegado á

no encontrar ningún agua fluída bastante fresca. Mientras el estómago se encuentra sano y se acomoda á cosas saludables, mientras se le satisface sin sobrecargarle, bástanle las bebidas naturales. Pero cuando diarias indigestiones le alteran, no por el calor de la estación, sino por un fuego interior; cuando embriaguez continua se ha apoderado de las vísceras, se ha convertido en bilis que devora las entrañas, es necesario buscar algo para apagar el ardor que el agua aumenta aún y que excitan los remedios mismos. He aquí por qué se bebe la nieve no solamente en estío, sino que también en lo más recio del invierno. ¿Cuál sería la razón de este extraño gusto sino un mal interior, órganos alterados por excesivos placeres, y que sin haber tenido jamás un solo momento de descanso, están fatigados por comidas seguidas de cenas que se prolongan hasta el día; órganos dilatados ya por el número y variedad de manjares, y que nuevas orgías acaban de arruinar? Esta continua intemperancia hace que muy pronto rechace el estómago lo que antes digería con facilidad, y se encienda más y más su sed de refrescos, cada día más enérgica. En vano se rodean las salas de tapices y piedras refractarias; en vano se triunfa del invierno á fuerza de fuego: el estómago empebrecido, y al que su propio ardor consume, no deja de buscar algo que lo alivie. Así como se arroja agua fresca sobre el hombre desvanecido y privado de sentimiento para hacerle recobrar la vida, así las entrañas, embotadas por largos excesos, quedan insensibles á todo si un frío penetrante no las impresiona y abrasa. De aquí resulta, lo repito, que no les baste la nieve y pidan hielo como más consistente y por lo mismo más conservador del frío. Disuélvenlo en el agua, que beben con frecuencia, y no se toma de la parte superior de las heleras, sino que, para que el frío sea más intenso y persistente, se extrae del fondo. Así es que no tiene todo igual precio; el agua no solamente tiene vendedores, sino que ¡oh vergüenza!

tiene también diferentes tasas. Los Lacedemonios expulsaron de su ciudad á los perfumistas y les intimaron que se apresurasen á pasar la frontera porque desperdiciaban el aceite. ¿Qué habrían dicho al ver almacenes de nieve y tantas bestias de carga ocupadas en trasportar esta agua, cuyo color y sabor se alteran en la paja que la conserva? Y sin embargo, ¡cuán fácil es satisfacer la sed natural! ¿Pero qué puede impresionar á un paladar cansado, endurecido por manjares que lo queman? Por la misma razón que no encuentra nada bastante fresco, nada es bastante caliente para él. Setas abrasando, mojadas ligeramente en la salsa, son devoradas humeantes aún para apagarlas en el acto con bebidas cargadas de nieve. Verás hombres débiles, envueltos en el manto, pálidos y enfermos, no solamente beber, sino comer nieve y hacerla caer á pedazos en la copa, por temor de que se entibie entre dos libaciones. ¿Crees que esto es sed? No, es una fiebre tanto más violenta cuanto que no la revelan ni el pulso ni el calor de la piel. Es el corazón mismo consumido por la molicie, mal incurable, que á fuerza de delicadeza y de languidez nos endurece hasta hacernos fácil el sufrimiento. ¿No ves que todo pierde la fuerza por la costumbre? Así también esa misma nieve de la que comes, por decirlo así, ha llegado por el uso, y gracias á la docilidad diaria de vuestros estómagos, á producir el efecto del agua. Buscad ahora otra cosa más helada, porque de nada os sirve ese frío familiar.



LIBRO QUINTO.

I. El viento es una corriente de aire. Algunos lo definieron diciendo: El viento es aire que corre hacia un punto. Esta definición parece más exacta, porque el aire no está nunca tan inmóvil que no experimente alguna agitación. De la misma manera se dice que el mar está tranquilo cuando se mueve ligeramente y no carga todo de un lado. Así, pues, si lees

Quum placidum ventis staret mare... (1)

ten presente que no se trata de olas de todo punto inmóviles, sino levemente movidas, y que se llama tranquilo el estado de un mar que no se mueve más en un sentido que en otro. Lo mismo hemos de decir del aire, que nunca está inmóvil, ni cuando se encuentra tranquilo. Fácilmente comprenderás esto. Cuando penetra el sol en un lugar cerrado, vemos sutiles partículas que salen á su encuentro, subiendo, bajando y cruzándose en mil sentidos. Luego no expresaría bien el pensamiento quien dijese: Las olas son una agitación del mar; porque esta agitación existe hasta cuando el mar se encuentra tranquilo. Para hablar con

(1) Cuando el mar y los vientos se adormecen...

exactitud, es necesario decir: Las olas son una agitación del mar impulsado en un sentido. De la misma manera, en el asunto que tratamos, se evitará toda oposición, si se dice: El viento es aire que corre hacia un punto; ó corriente impetuosa de aire; ó un esfuerzo del aire hacia un solo lado; ó corriente más impetuosa que de ordinario. Sé que puede decirse en favor de la primera opinión: ¿Qué necesidad hay de añadir que corre hacia un punto? Lo que corre, necesariamente ha de correr hacia un punto. Nadie dice que el agua corre cuando se mueve sobre sí misma, sino cuando se dirige hacia alguna parte. Puede por consiguiente existir movimiento sin que haya corriente, y, por el contrario, no puede haber corriente sin que se dirija á alguna parte. Si esta breve definición se encuentra al abrigo de contradictores, empleémosla; pero si se desea mayor escrupulosidad, no regateemos una palabra, cuya adición evitaría las cavilaciones. Ahora tratemos de la cosa misma, porque ya hemos hablado bastante de las palabras.

II. Demócrito dice que se forma el viento cuando en un vacío pequeño se encuentran reunidos considerable número de corpúsculos, á los que llama átomos; y que por el contrario, el aire está quieto y tranquilo cuando en vacío considerable estos corpúsculos son escasos. Mientras hay poca gente en una plaza ó en una calle, se circula con holgura; pero si se aglomera la multitud en paraje estrecho, caen unos sobre otros promoviéndose riñas: así sucede también en el espacio que nos rodea; cuando en paraje exiguo se reúne considerable número de átomos, necesariamente han de caer unos sobre otros, impulsándose y rechazándose, entrelazándose y comprimiéndose, de lo que nace el viento, cuando estos átomos que luchaban comienzan á ceder y á huir después de prolongada fluctuación. Cuando en espacio dilatado flotan pocos corpúsculos, no podrán chocar ni impulsarse.

III. Todo esto es falso, y lo demuestra así el hecho de no reinar ni el viento más ligero en ocasiones en que el aire está completamente cargado de nubes. Sin embargo, en estos casos existen muchísimos corpúsculos aglomerados en un espacio estrecho, lo que da lugar al espesor y gravedad de las nubes. Añade que sobre los ríos y lagos se elevan frecuentemente nieblas producidas por la aglomeración de átomos condensados, sin que por esto reine viento allí. Algunas veces también es tan densa la niebla, que impide ver los objetos inmediatos, lo cual no sucedería sin la aglomeración de multitud de corpúsculos en paraje estrecho. Sin embargo, nunca corre menos viento que en tiempo nebuloso. También combate esta doctrina el hecho de que el sol de la mañana disipa los vapores húmedos que espesan el aire. Entonces se levanta viento cuando la masa de estos átomos pierde su cohesión, se disuelve y disemina.

IV. ¿De qué manera, pues, se forman los vientos, dirás, puesto que no niegas que se forman?—De más de una. En tanto, es la tierra misma que exhala y lanza con gran fuerza el aire de su interior; en tanto, cuando abundante y continua evaporación ha impulsado de abajo arriba estas exhalaciones, de su modificación y mezcla con el aire nacen los vientos. Porque no puedo decidirme á admitir ni á omitir la idea de que, de la misma manera que en el cuerpo humano la digestión da origen á vientos que no se emiten sino con grave injuria del olfato, y de los que se descarga el vientre unas veces con ruido y otras en silencio; así también el inmenso cuerpo de la naturaleza engendra vientos cuando digiere. Felices nosotros si las digestiones son buenas; de no ser así, podríamos temer grandes males. ¿No sería más verdadero decir que de todos los puntos de la tierra se alzan continuamente cantidades de corpúsculos que, aglomerados primero, enrarecidos después por la acción del sol, exigen, como todo lo

comprimido cuando se dilata, espacio más extenso, y dan lugar al viento?

V. ¡Cómo! ¿Consideras causa única del viento las evaporaciones de la tierra y de las aguas, que después de haber pesado sobre el aire, se separan impetuosamente, y habiendo sido compactas, se enrarecen, y por necesidad se extienden en mayor espacio?—Admito también esta causa. Pero la más verdadera y poderosa es que el aire tiene naturalmente la propiedad de moverse, que no toma de otra parte, sino que está en él como otras muchas facultades. ¿Puedes creer que el hombre haya recibido la facultad de moverse, y que solamente el aire permanezca inerte é incapaz de movimiento, cuando el agua tiene el suyo, hasta en ausencia de todo viento? No siendo así, no produciría ningún sér animado, y no solamente vemos ovas en su interior, sino que también hierbas flotando en su superficie.

VI. Existe, pues, algo vital en el agua. ¿Qué digo en el agua? El fuego, por el que todo se consume, es también creador, y, cosa inverosímil y sin embargo verdadera, algunos animales le deben su origen. Tiene, por lo tanto, el aire virtud análoga; y por esta razón, en tanto se condensa, en tanto se dilata y purifica; unas veces aproxima sus elementos, otras los separa y disemina. Existe, pues, entre el aire y el viento la misma diferencia que entre el lago y el río. Algunas veces el sol por sí solo produce el viento, enrareciendo el aire condensado, que pierde, al dilatarse, su densidad y cohesión.

VII. Hemos hablado de los vientos en general; examinémosles ahora en particular. Tal vez conoceremos cómo se forman, si investigamos cuándo y de dónde proceden. Examinemos primeramente los que soplan antes de la aurora y que vienen de los ríos, de los valles ó de los golfos. Ninguno de éstos es persistente, y ceden en cuanto toma fuerza el sol, y no remontan sino á muy corta distancia de la tierra. Los vientos de esta clase comienzan en primavera

y no duran más allá del estío, viniendo especialmente de los parajes donde hay muchas aguas y muchos montes. Las llanuras, aunque abunden en agua, carecen de auras: me refiero á las que merecen el nombre de vientos.

VIII. ¿Cómo se forma ese viento que los Griegos llaman *έγκολπιαν*? Quanto exhalan los pantanos y los ríos, y es mucho y continuo, alimenta al sol durante el día; por la noche deja de ser absorbido, y encerrado en las montañas se reconcentra en una región. Cuando ésta queda llena y no puede contener más, escapan las emanaciones por donde pueden, dirigiéndose todas al mismo punto; de aquí el viento. El viento, pues, se dirige á donde encuentra salida más libre y espacio mayor para recibir este conjunto de vapores. Prueba de ello es que durante la primera parte de la noche no hay vientos, porque entonces es cuando comienzan á acumularse estos vapores que rebosan ya al amanecer y buscan salida dirigiéndose al punto que presenta más vacíos y donde se abre campo más vasto y libre. Añade que el sol naciente les estimula, hiriendo el aire frío. Porque antes de que despunte, su luz obra ya; todavía no impresionan sus rayos al aire, y ya su luz le provoca é irrita. Pero en cuanto aparece, atrae hacia arriba una parte de estos vapores y disuelve la otra con su calor. Así es que estas corrientes de aire no pueden durar después de la aurora; toda su fuerza desaparece ante el sol; las más violentas aflojan al mediodía, y nunca se prolongan hasta la tarde. Los otros vientos son más débiles, menos continuos y siempre están en relación con las causas más ó menos energicas que los originan.

IX. ¿Por qué son estos vientos más fuertes en primavera y verano? En el resto del año son tan débiles que no pueden hinchar las velas. Consiste en que la primavera es estación húmeda, y la considerable cantidad de aguas y de parajes saturados y empapados por la humedad natural del aire aumenta la evaporación. ¿Y por qué soplan lo mismo

en verano? Porque después de ocultarse el sol, dura aún el calor del día y persevera por mucha parte de la noche, facilitando la salida de los vapores, atrayendo fuertemente todas las emanaciones espontáneas de la tierra, y faltándole después fuerzas para consumirlas. Así, pues, la duración de las emanaciones y exhalaciones de la tierra y de las aguas es más prolongada que en tiempos ordinarios, por lo cual el sol, al salir, produce vientos, no solamente por su calor, sino que también por percusión. Porque la luz que, como ya dije precede al sol, no calienta todavía el aire, sino que lo hiere. Herido así, el aire escapa lateralmente. Sin embargo, no podría conceder yo que la luz exista por sí misma sin calor, puesto que el calor la produce. Tal vez no tenga tanto calor como haría creer su acción, pero no por eso deja de producir su efecto separando y disipando los vapores condensados. Los parajes mismos que la celosa naturaleza hizo impenetrables al sol, quedan calentados por una luz triste y nebulosa, siendo menos fríos de día que de noche. Además, propio es del calor expulsar y rechazar lejos de él las nieblas. El sol, por consiguiente, debe hacer lo mismo, por lo que algunos han creído que el viento parte del mismo punto que el sol. Que esto sea falso, lo demuestra el hecho de que el viento empuja por todos lados y se navega á velas desplegadas hacia Oriente. Esto no sucedería si el viento procediese siempre del lado del sol.

X. Los vientos etesios, de los que algunos quieren sacar argumento, no prueban lo que se pretende. Diré primero lo que sostienen, y después por qué lo rechazo. Los vientos etesios, dicen, no soplan en invierno; siendo entonces muy cortos los días, desaparece el sol antes de vencer el frío, pudiendo aglomerarse y endurecerse las nieves. Estos vientos no comienzan hasta el verano, cuando los días son más largos y el sol nos manda sus rayos en línea perpendicular. Es, pues, verosímil que las nieves,

heridas por un calor más penetrante, exhalen mayor humedad, y que las tierras á su vez libres de ella, puedan respirar más fácilmente. Así, pues, de la parte septentrional del cielo se desprende mayor cantidad de corpúsculos que refluyen á las regiones bajas y templadas. De aquí los etesios; y si comienzan en el solsticio y no duran más allá de la canícula, es porque ya ha sido rechazada hácia nosotros gran parte de las emanaciones septentrionales, mientras que cuando el sol, cambiando de dirección, se encuentra más perpendicular sobre nosotros, atrae á sí una parte del aire y rechaza la otra. De esta manera el aliento de los vientos etesios templó el verano y nos preserva del calor abrumador de los meses más ardientes.

XI. Ahora, como he prometido, debo explicar por qué estos vientos etesios no ayudan en nada ni suministran ninguna prueba á mis adversarios. Decimos que la aurora excita al viento, que decae en cuanto los rayos del sol tocan el aire. Ahora bien, los marineros llaman á los etesios dormilones y perezosos, porque, como dice Galión, no se levantan temprano y no comienzan á presentarse hasta la hora en que han cesado los vientos más persistentes, lo cual no sucedería si el sol los absorbiese como á los otros. Añade á esto, que si fuese su causa la duración del día, deberían soplar antes del solsticio, época en que los días son más largos y más activa la licuación de las nieves. En el mes de julio el suelo está ya despejado, ó al menos muy pocos terrenos están cubiertos aún por la nieve.

XII. Hay vientos que salen de nubes que se rompen y disuelven al bajar. Llamen los Griegos á estos vientos *ἐξνεφλάς*, y he aquí cómo se forman, según mi opinión. Lanzando al aire la evaporación terrestre multitud de corpúsculos diferentes y desiguales en tamaño, secos unos y húmedos otros, cuando todas estas materias heterogéneas que se repelen entre sí quedan reunidas en un solo conjunto, es verosímil que se formen nubes huecas, entre las

que queden intervalos cilíndricos, estrechos, á manera de flautas. En estos intervalos queda encerrado un aire sutil, que tiende á dilatarse cuando el rozamiento de un paso angosto le calienta y aumenta su volumen; entonces rasga su envoltura y escapa, formando viento rápido casi siempre huracanado, en vista de la altura de que desciende y de la energía que le da su caída; porque no marcha libremente, sino que se encuentra comprimido y se abre paso con violencia. Esta fuérza ordinariamente dura poco. Como rompe las nubes que le aprisionaban, llega con impetuosidad, acompañándole algunas veces el trueno y el rayo. Esta clase de vientos son mucho más fuertes y duran mucho más cuando absorben en su carrera otros vientos nacidos de la misma manera, formando todos ellos uno solo: á la manera que los torrentes tienen módica anchura mientras corren solos, pero aumentados con la reunión de otras aguas, llegan á ser mucho mayores que los grandes ríos que corren constantemente. Puede creerse que lo propio sucede con los huracanes: duran poco mientras soplan aislados; pero cuando se asocian fuerzas, y el aire expulsado de muchas partes del cielo se reúne en uno solo, aumentan en ímpetu y duración.

XIII. La nube que se disuelve produce viento, y las nubes se disuelven de muchas maneras. Algunas veces el viento que encierra este globo de vapores, y que pugna por salir, lo rompe; otras por el calor del sol ó por el que produce el choque y rozamiento de cuerpos enormes. Aquí podemos investigar, si te place, cómo se forman los torbellinos. Suele suceder con los ríos, que cuando corren sin obstáculo, su curso es regular y recto: si encuentran un peñasco que avanza desde la orilla al cauce, retroceden las aguas por falta de paso y se repliegan circularmente, girando y absorbiéndose hasta formar torbellino. Así también el viento, mientras nada le contraría, dilata sus fuerzas; pero rechazado por algún promontorio ó estrechado

por la angostura de dos montañas que forman estrecho canal, gira sobre sí mismo muchas veces y forma un torbellino semejante á los que se ven en los ríos, conforme acabamos de decir. Este viento, pues, movido circularmente, que gira sin cesar en derredor del mismo centro y se irrita en su mismo vértigo, se llama torbellino. Con más fuerza y persistencia en sus giros, se inflama y se convierte en lo que los Griegos llaman *πρηστῆρα*. Este es el torbellino de fuego. Estos torbellinos son casi tan peligrosos como el viento que escapa de las nubes; arrebatan las jarcias de las naves, y levantan las naves mismas. Vientos hay que engendran otros muy diferentes y que empujan al acaso en los aires en dirección muy diferente á la que ellos siguen. Diré en este punto lo que se me ocurre: así como la gota de agua que ya se inclina y va á caer, no cae sin embargo hasta que se le reúnen otras y aumentan su peso, que al fin la desprende y precipita; así también, mientras los movimientos del aire son ligeros y están repartidos por muchos puntos, no existe todavía viento, el cual no comienza hasta el momento en que todas estas tendencias parciales se reúnen en un solo impulso. El soplo y el viento solamente se diferencian en la intensidad: el soplo vehemente se llama viento; y por el contrario, la corriente muy leve de aire es soplo.

XIV. Repetiré ahora lo que antes dije: hay vientos que salen de las cavernas y grietas interiores de la tierra. El globo no es sólido y macizo en su interior, sino que está hueco en mucha parte,

..... et cæcis suspensa latebris (1)

Algunas cavidades de éstas se encuentran completamente vacías y sin agua; y aunque ninguna claridad deja ver las modificaciones del aire, diré sin embargo que en

(1) Y suspendido sobre oscuros abismos.

estas tinieblas hay nubes y nieblas. Porque las que hay sobre la tierra, no existen porque se ven, sino que se ven porque existen. No existen menos, por consiguiente, las nubes subterráneas por ser invisibles. Sabes sin duda que debajo de tierra corren ríos semejantes á los nuestros: unos tranquilamente, otros ruedan y se precipitan con estrépito contra fragosos parajes. ¿No me concederás también la existencia de lagos subterráneos, de aguas estancadas y privadas de salida? Si todo esto existe, el aire en estas cavidades ha de cargarse necesariamente de emanaciones que, pesando sobre las capas inferiores, dan origen al viento por efecto de la misma presión. Indispensable es, pues, admitir que las nubes subterráneas alimentan vientos que se nutren en la oscuridad, y que después de reunir bastantes fuerzas, vencen el obstáculo que les opone el terreno, ó se apoderan de cualquier camino que se ofrece á su salida, para lanzarse sobre nosotros desde estas cavernas. Sabido es también que existen bajo tierra enormes cantidades de azufre y de otras sustancias igualmente inflamables. Cuando el viento penetra en estos parajes buscando salida, necesariamente enciende la llama con el rozamiento. Propágase extensamente el incendio; el aire que se encuentra bajo su acción se dilata, se agita y busca salida con terrible estramecimiento é impetuosos esfuerzos. Pero de esto trataré detalladamente cuando me ocupe de los terremotos.

XV. Permite que ahora te narre un suceso. Según refiere Asclepiodoto, Filipino hizo bajar un día considerable número de obreros á una mina antigua, abandonada desde mucho tiempo, para reconocer su riqueza y situación y ver si la avidez de sus antepasados había dejado algo para la posteridad. Bajaron los obreros provistos de antorchas para muchos días, y después de largo y fatigoso camino descubrieron ríos inmensos, enormes depósitos de aguas estancadas, parecidos á nuestros lagos, y sobre los cuales,

en vez de declinar el terreno, se prolongaba en forma de bóveda, espectáculo que les infundió terror. Leí este relato con grande interés, y por él ví que los vicios de nuestra edad no son recientes, sino que, por deplorable tradición, remontan á los tiempos más apartados, y que no solamente en nuestros días registrando la avaricia las venas de la tierra y de las rocas, busca tesoros que la oscuridad no consigue ocultarnos. También nuestros mayores, á los que tanto celebramos, quejándonos de haber degenerado de ellos, con la esperanza de enriquecerse horadaron montañas, colocándose entre el lucro y la muerte. Antes de Filipo el Macedonio, existieron reyes que persiguiendo la riqueza hasta en los abismos más profundos, penetraban en esos ántros á los que nada llega que pueda distinguir el día de la noche, dejando muy lejos á la espalda la luz. ¿Cuál era su esperanza? ¿Qué imperiosa necesidad ha encorvado tanto al hombre, formado para mirar al cielo, que pudo hundirlo, sepultarlo en el seno mismo, en las entrañas de la tierra para que sacase el oro, tan peligroso de buscar como de poseer? ¡Por el oro abrió esas inmensas galerías, se arrastró en el barro en persecución de presa incierta, olvidó el sol, olvidó esta hermosa naturaleza de que se desterraba! Sobre ningún cadáver pesa tanto la tierra como sobre esos desgraciados que la inhumana avaricia arroja bajo masas gigantescas, privadas del cielo, sepultados en las profundidades que guardan ese veneno fatal. ¡Atreviéronse á bajar á un orden de cosas tan nuevo para ellos, entre aquellos terrenos suspendidos que amenazaban sus cabezas; atreviéndose á arrostrar los vientos que soplaban á lo lejos en el vacío, esos espantosos manantiales de aguas que no corren para nadie, y densa y eterna noche! ¡Y después, cuando esto hicieron, temen los infiernos!

XVI. Pero vuelvo á la cuestión de que tratamos: los vientos son cuatro, divididos en Levante, Poniente, Mediodía y Septentrión. Todos los demás, calificados con nom-

bres tan diferentes, están contenidos en estos cuatro.

Eurus ad auroram Nabathæaque regna recessit,
 Persidaque, et radiis juga subdita matutinis.
 Vesper et occiduo quæ litora sole tepescunt,
 Proxima sunt Zaphiro. Scythiam septemque triones
 Horrifer invasit Boreas. Contraria tellus
 Nubibus assiduis, pluvioque madescit ab Austro (1).

Ó enumerándolos en menos palabras, congégalos, lo cual es de todo punto imposible, en una sola tempestad:

Una Eurusque Notusque ruunt, creberque procellis
 Africus, (2)

y también el cuarto, el Aquilón, aunque no tomase parte en la lucha. Otros cuentan doce vientos, subdividiendo en tres cada parte del cielo y añadiendo á cada viento dos subalternos. Este es el orden que establece el juicioso Varrón, orden que está muy justificado; porque el sol no sale ni se oculta siempre por los mismos puntos. En el equinoccio, que tiene lugar dos veces al año, su salida y ocaso no es igual á los del solsticio de invierno ó al del verano. El viento que sopla del Oriente equinoccial, se llama entre nosotros Subsolano, y los Griegos le dan el nombre de ἀφελιώτην. Del Oriente de invierno sopla el Euro, al que llamamos Vulturno. Tito Livio le da este nombre en el relato de aquella batalla funesta á los Romanos, en la que Annibal supo poner á nuestro ejército de cara á la vez al sol saliente y al Vulturno, y nos venció ayudado por el viento y aquella luz que deslumbraba á sus adversarios. Varrón le aplica también el mismo nombre. Pero el euro ha obtenido ya el derecho de ciudadanía y no interviene

(1) El Euro oriental reina en Arabia; el impetuoso Bóreas invade la Scitia; las regiones en que el sol estingue sus rayos cerca están del Céiro, y el Austro nebuloso lleva las lluvias al Mediodía.

(2) El Euro, el Noto y el tempestuoso Africo, todos se lanzan á la vez.

en nuestro idioma como extranjero. Del Oriente solsticial viene el que los Griegos llaman Καταιαν y que entre nosotros no tiene nombre. El Occidente equinoccial nos manda el Favonio, que hasta los que ignoran el griego te dirán se llama Zéfiro. El Occidente solsticial da origen al Corus, al que algunos llaman Argestes, lo que no me parece exacto; porque el Corus es viento fuerte que no tiene más que una dirección, mientras que el Argestes es de ordinario suave, y es sensible para los que van como para los que vuelven. Del Occidente de invierno viene el Africo, viento furioso y rápido al que los Griegos llaman ΑΨ. Del lado septentrional del mundo, de la parte más elevada, sopla el Aquilón; de la que ocupa el medio, el Septentrión, y de la más baja el Trácio. Éste carece de nombre entre nosotros. En el Mediodía se forma el Euronoto, el Noto, llamado en latín Auster, y el Libonoto, que no tiene nombre en nuestra lengua.

XVII. Acepto esta división en doce vientos, no porque existen siempre tantos, puesto que la inclinación de las tierras excluye con frecuencia algunos, sino porque en ninguna parte hay más: de la misma manera que cuando decimos que hay seis casos, no es porque todo nombre tenga seis casos, sino porque ninguno tiene más de seis. Los que han sostenido que hay doce vientos se fundan en análoga división del cielo. El cielo se divide en cinco círculos que pasan por el eje del mundo. Estos son, el septentrional, el solsticial, el equinoccial, el brumal y el opuesto al septentrional. Añádese el sexto que separa la región superior del cielo de la inferior. Porque, como sabes, siempre tenemos una mitad del mundo sobre nuestras cabezas y otra bajo los pies. Ahora bien; los Griegos llaman οριζόντια esta línea que pasa entre la parte visible y la invisible, dándola nosotros el nombre de *finitor* ó *finiens*. Debe añadirse á estos círculos el meridiano, que corta el horizonte en ángulos rectos. Algunos círculos de éstos corren

transversalmente y cortan los otros en su encuentro, y necesariamente las divisiones del cielo han de ser tantas como estas intersecciones. Así, pues, el horizonte ó círculo terminal, al cortar los cinco círculos que he mencionado, forma diez partes, cinco al Oriente y cinco al Occidente. El meridiano, que también corta al horizonte, da dos regiones más. Resulta, por tanto, que el aire admite doce divisiones y produce en consecuencia otros tantos vientos. Algunos son peculiares de determinadas comarcas y no salen de ellas, ó no pasan de las inmediaciones. Estos no soplan de las partes laterales del mundo. El Atabulo azota la Apulia, el Japix la Calabria, el Scirón Atenas, el Categis la Pamfilia, el Circius la Galia; y aunque éste llega á derribar edificios, los habitantes le dan las gracias, porque creen deberle la salubridad de su cielo. Y es cierto que mientras permaneció Augusto en la Galia le dedicó un templo que mandó construir. Sería interminable si quisiera nombrar todos los vientos; porque casi no existe país que no tenga alguno que nazca en su territorio y desaparezca en sus inmediaciones.

XVIII. Entre las otras obras de la Providencia, esta merece mucha admiración, porque no por una causa sola dispuso los vientos en todas las regiones, sino que atendió en primer lugar á que el aire no se aglomerase, dándole con esta movilidad constante la propiedad vital indispensable á los que respiran. Hizolo así también para mandar á la tierra las aguas del cielo, y prevenir á la vez su excesiva abundancia: porque en tanto amontonan las nubes, en tanto las dispersan, á fin de repartir las lluvias en todo el orbe. El Austro las lleva á Italia; el Aquilón las rechaza al África; los vientos etesios no las dejan estacionar sobre nosotros. Estos mismos vientos, y en la misma época, derraman continuo riego sobre la India y la Etiopía. Habré de añadir que las cosechas quedarían perdidas para el hombre, si el viento no separase la paja superflua del grano

que ha de conservarse, si no ayudase al desarrollo de la espiga y no diese al trigo fuerza para romper la envoltura que lo cubre, á la que los labradores llaman folículo? ¿No es con el auxilio del viento como los pueblos comunican entre sí y se reúnen razas que había separado la distancia? ¡insigne beneficio de la naturaleza si el hombre en su locura no lo volviese en daño! Lo que Tito Livio y tantos otros han dicho de César, esto es, que ignoraba si hubiese sido mejor para la república su existencia ó no existencia, puede decirse también de los vientos, porque su utilidad y necesidad no llegan á compensar todo lo que de ellos obtiene para su daño la demencia humana. Pero el bien no cambia de naturaleza, por culpa de los que abusan para perjudicar. Es indudable que cuando la Providencia, Dios, el gran artífice del universo, entregó el aire á los vientos que soplan de todos lados, para que nada pereciese por falta de movimiento, no fué para que flotas cargadas de armas y soldados recorriesen casi todas nuestras costas y marchasen al Océano ó más allá del Océano buscándonos enemigos. ¿Qué demencia nos agita y lleva á esta mutua destrucción? Corremos á velas desplegadas al encuentro de las batallas, y buscamos peligros que llevan á otros peligros. Arrostramos la incierta fortuna, el furor de esas tempestades que el hombre no puede vencer, y la muerte sin esperanza de sepultura. ¡Ni la paz misma debería perseguirse por tales caminos! Y nosotros que hemos escapado de tantos escollos invisibles, del peligro de los bajos sembrados por do quiera, de esos cabos tan temibles contra los que empujan los vientos á los navegantes, de esas tinieblas que velan el día, de esas noches espantosas más oscuras, aún que solamente ilumina el rayo, de esos torbellinos que destrozan las naves, ¿qué fruto conseguiremos de tantas fatigas y terrores? Extenuados por tantos males, ¿qué puerto nos recibirá? La guerra, una playa cubierta de enemigos, naciones que destruir y que arrastra-

rán en mucha parte al vencedor en su ruina, ciudades antiguas que incendiar. ¿Por qué armamos á los pueblos? ¿por qué formamos esos ejércitos y los ponemos en orden de batalla sobre las olas? ¿por qué inquietamos los mares? ¡Tan pequeña es la tierra para nuestras discordias! La fortuna nos trata con excesiva dulzura; nos da cuerpos demasiado robustos y salud demasiado feliz! ¡El destino no nos diezma con bastante rapidez, y cada cual puede fijar á su gusto la medida de sus años y llegar suavemente á la vejez! Debemos ir al mar y desafiar allí al destino, demasiado lento para alcanzarnos. ¡Desgraciados! ¿que buscáis? ¿La muerte que en todas partes está? De vuestro mismo lecho os arrancará, y al menos, que os arranque inocente; os cogerá en vuestro mismo hogar, pero que no os coja meditando el daño. ¿De qué otra manera hemos de llamar, sino locura, esa propensión á propagar el estrago, á caer furiosamente sobre desconocidos, á devastarlo todo al pasar sin ser provocados, y á herir sin odio, como la fiera? Esta al menos no muerde jamás como no sea para vengarse ó satisfacer su hambre; pero nosotros, pródigos de la sangre ajena y de la propia, surcamos los mares, los llenamos de armadas, entregamos nuestra vida á las tempestades, imploramos vientos favorables, y son favorables los que nos llevan á la matanza. Siendo malos, ¿hasta dónde nos ha llevado nuestra maldad? La tierra era pequeña para nuestros furiosos. Así aquel necio rey de Pérsia invadió la Grecia, á la que no pudo vencer su ejército aunque la llenó. Así Alejandro atravesó la Bactris y las Indias, quiso conocer lo que había más allá del mar grande, y se indignó de que el mundo tuviese límites para él. Así la avidez hace á Craso víctima de los Parthos, no conmoviéndole ni las imprecaciones del tribuno que le llama, ni las tempestades de tan larga navegacion, ni los rayos proféticos que estallan cerca del Eufrates, ni los dioses que le rechazan. A pesar del enojo de los dioses y de los hombres, irá al-

país del oro. Luego no se diría sin razón que mejor fuera para nosotros que la naturaleza hubiese encadenado el soplo de los vientos, poniendo coto á tantas carreras insensatas y obligando á cada uno á permanecer en el suelo en que nace. No ganando nada en otra parte, limitaríanse á hacerse daño á sí mismos y á los suyos. Pero nó tenemos bastantes males con los domésticos; debemos padecer también en tierra extraña. No hay comarca, por lejana que sea, que no pueda enviar á otra parte los males que encierra. ¿Quién puede decirme si hoy mismo el jefe de algun pueblo desconocido, colmado de los favores de la fortuna, no aspira á llevar sus armas más allá de sus fronteras y equipa flotas con ocultos destinos? ¿Quién puede decirme si tal ó cual viento me traerá la guerra? ¡Parte importantísima era para la paz humana que los mares nos estuviesen cerrados! Sin embargo, como antes dije, no podemos quejarnos de Dios, autor nuestro, cuando corrompemos sus beneficios usándolos en sentido contrario á sus designios. Nos dió los vientos para mantener la temperatura del cielo y de la tierra, para atraer ó retrasar las lluvias, para poder alimentar las mieses y los frutos de los árboles; la misma agitación que producen apresura, en compañía de otras causas, la madurez; ellos también hacen subir la savia, cuya aglomeración se impide con el movimiento. Nos ha dado los vientos para descubrir lo que hay más allá de los mares; porque el hombre sería el más ignorante de los animales y sería el que tendría menos experiencia de las cosas, si quedase circunscrito al suelo natal. Nos ha dado los vientos para que lo bueno de cada comarca fuese común á todas, y no para trasladar legiones, caballería y las armas más perniciosas de los pueblos. Si apreciásemos los dones de la naturaleza por el uso perverso que de ellos se hace, todos los habríamos recibido para nuestro daño. ¿Para qué sirve ver? ¿ó para qué hablar? ¿Para quién no es la vida misma un tormento? Nada

encontrarás tan útil bajo todos conceptos, que el crimen no pueda convertirlo en arma peligrosa. También formó la naturaleza los vientos con el designio de que fuesen un bien: nosotros hemos hecho de ellos lo contrario. No tienen todos las mismas razones para navegar, pero ninguno las tiene legítimas; diversos deseos nos llevan á tentar el peligroso camino, pero siempre para satisfacer algún vicio. Platón dijo admirablemente, y al terminar aducimos su testimonio: «Cosas mínimas son las que el hombre compra con su vida.» Así, pues, caro Luelio, si aprecias bien la locura de los hombres, es decir, la nuestra, porque en el mismo torbellino giramos, mucho reirás cuando nos veas preparar para vivir aquello en que se consume la vida. •

LIBRO SEXTO.

I. Pompeya, célebre ciudad de la Campania, rodeada de un lado por las playas de Sorrento y Stabia, y de otro por la de Herculano, entre las que el mar se abrió ameno golfo, quedó sepultada, como sabemos, por un terremoto que devastó todas las comarcas inmediatas, y esto, óptimo Lucilio, en invierno, estación exenta de estos peligros, según decían nuestros mayores. Este terremoto ocurrió el día de las nonas de febrero, siendo cónsules Régulo y Virginio. La Campania, que nunca había estado segura de estas catástrofes, aunque no había pagado al azote otro tributo que el del miedo, quedó ahora terriblemente assolada. Además de Pompeya, Herculano fué destruído en parte, y lo que queda de él no está muy seguro. La colonia de Nueria, más respetada, tiene también de qué quejarse. En Nápoles muchos edificios particulares, aunque ninguno público, quedaron destruídos, alcanzándole, si bien ligeramente, el espantoso desastre. De las quintas que cubren la montaña, algunas se estremecieron, sin experimentar otro daño. Dícese que pereció un rebaño de seiscientas ovejas, que se rompieron estatuas, y que después del terremoto se vieron vagar hombres locos y furiosos. El estudio de este fenómeno y de sus causas entra en el plan de mi obra, y encuentro para ello la oportunidad de un caso contemporáneo. Procuremos, pues, tranquilizar los ánimos asustados

y disipar inmenso terror. Porque ¿dónde podrá creerse seguro nadie, si el mundo mismo se conmueve y sus partes más sólidas se derrumban? ¿cuando la única base inquebrantable y fija que sostiene todo lo demás, fluctúa, perdiendo el suelo su cualidad natural, la estabilidad? ¿Cuándo podrán cesar nuestros temores? ¿Dónde encontraremos refugio? ¿A dónde huiremos, en nuestro terror, si el peligro brota debajo de nosotros, y los abismos interiores de la tierra nos lo envían? Al primer crujido que anuncia que una casa va á derrumbarse, alármanse todos sus moradores, precipítanse al exterior y abandonan sus penates para confiarse á la vía pública. Pero ¿qué asilo se ofrecerá á nuestra vista, qué recurso, si es el mundo el que amenaza ruina, si lo que nos protege y sostiene, este suelo sobre que descansan las ciudades, si el centro y fundamento del universo, como han dicho algunos, vacila y se entreabre? ¿Qué encontrarás, no digo que te ponga en seguro, sino que te consuele, cuando el miedo no tiene donde huir? ¿Qué parapeto bastante fuerte para tu defensa y la suya? Al enemigo lo rechazó con la muralla, y fortalezas altas y escarpadas detendrán, con la dificultad del asalto, ejércitos numerosos. Contra la tempestad tenemos el abrigo del puerto; si las nubes se licúan sobre nosotros y arrojan sin cesar torrentes de lluvia, nuestro techo nos preservará; el incendio no persigue á los que huyen, y cuando el cielo ruga y amenaza, nos ponen á cubierto los subterráneos y profundas cavernas. El fuego del cielo no atraviesa la tierra, repeliéndole el obstáculo más pequeño del suelo. En tiempo de peste, puede cambiarse de lugar, y no hay calamidad que no pueda evitarse. Nunca ha destruído el rayo pueblos enteros; el aire pestilente despuebla una ciudad, pero no la hace desaparecer. El azote de que hablo se extiende mucho más; es inevitable, invisible, y hace innumerables víctimas. No devora algunas casas solamente, ó algunas familias ó una ciudad, sino que destruye una raza entera,

ó una comarca completa, convirtiéndola en ruinas ó sepultándola en abismos sin fondo, sin dejar rastros que revelen que lo que no existe existió al menos alguna vez, y sobre las ciudades más famosas se extiende nuevo suelo, sin vestigio alguno de lo que fueron. Muchas gentes temen más que otro alguno este género de muerte que sepulta al hombre con su casa y le borra, vivo aún, del número de los vivientes, como si todo género de destrucción no llevase al mismo fin. En esto se muestra especialmente la justicia de la naturaleza, que cuando se llega al supremo término, todos somos iguales. Poco importa, pues, que sea una piedra la que me hiera ó que una montaña entera me aplaste; que una casa se derrumbe sobre mí, ó que perezca bajo sus últimos restos ahogado por el polvo, ó que el mundo entero caiga sobre mi cabeza; que exhale el último suspiro al aire libre y á la luz del sol, ó en la inmensa sima del suelo entreabierto; que caiga solo en sus abismos, ó caiga en compañía de considerable número de pueblos. Poco importa morir con grande estrépito; siempre es morir. Así, pues, armémonos de paciencia contra una catástrofe que no puede evitarse ni preverse. No prestemos oídos á esos emigrados de la Campania, que después del desastre emigraron de ella, afirmando que nunca volverán. ¿Quién les asegurará que este ó el otro suelo descansa sobre fundamentos más sólidos? Todos están sometidos á iguales probabilidades, y si los hay que todavía no se han movido, no por eso son absolutamente inmóviles. Tal vez ese que huellas con tanta seguridad, se hundirá esta noche ó quizá antes de terminar el día. ¿Cómo sabes si no serán más favorables las condiciones de un terreno en el que el hado agotó ya sus fuerzas y espera el porvenir, fuerte ya con sus ruinas? Porque sería grande error creer una región cualquiera exenta y á cubierto de este peligro. Todas están sujetas á la misma ley. La naturaleza no ha criado nada inmutable. Tal suelo se hundirá hoy, tal otro mañana.

Y así como entre los edificios de una gran ciudad se apuntala en tanto éste, en tanto aquél, así sucesivamente cada porción de la tierra se inclina para derrumbarse. Tiro fué tristemente célebre por sus hundimientos. El Asia perdió á la vez doce ciudades. Este misterioso azote que recorre el universo, cayó el año último sobre la Acaya y la Macedonia, como ahora sobre la Campania. La destrucción va dando vuelta, y lo que olvida durante algún tiempo, sabe encontrarlo después. Aquí son raros sus ataques, allá son frecuentes; pero nada deja inmune y sin daño. No solamente los hombres, que nacemos débiles y caducos, sino que también las ciudades le obedecen, las comarcas, las orillas de los mares y los mares mismos. ¡Y nos prometemos de la fortuna bienes duraderos! ¡Y la felicidad, que es de todas las cosas humanas la que desaparece más pronto, la deseamos inmóvil y estable! Nos lisonjamos de que al fin será permanente para nosotros, sin considerar que ni siquiera es sólido el suelo que pisamos. Porque el de la Campania, el de Tiro, el de Acaya, no es solamente el que carece de cohesión, pudiendo desunirlo muchas causas: todo es igual; el conjunto subsiste, las partes se derrumban.

II. ¿Qué hago? Había prometido tranquilizar, y señalo por todas partes motivos de temor. Niego que exista quietud eterna, y aseguro que todo puede perecer y dar la muerte. Pues bien, en esto mismo encuentro motivo de tranquilidad, y motivo muy poderoso; porque en último caso, cuando un mal es inevitable, temerle es locura. La razón cura los terrores del prudente; los demás deben á la desesperación su mayor seguridad. Considera que se ha dicho para el género humano lo que se dijo á aquellos que, cogidos de pronto entre el incendio y el enemigo, quedaron estupefactos:

Una salus victis, nullam sperare salutem (1).

(1) La salud de los vencidos consiste en no esperar ninguna.

Si quieres no temer nada, piensa que todo debes temerlo: mira en derredor, y verás qué poco se necesita para destruirnos. Ni la comida, ni la bebida, ni la vigilia, ni el sueño, son saludables, sino en determinada medida. Comprendes que nuestros cuerpos son endebles y frágiles, pudiendo destruirlos ligero esfuerzo. Para que haya peligro de muerte, ¿se necesitará nada menos que terremotos, hundimientos del suelo y repentina formación de abismos? En mucho se estima el que teme más que á otra cosa el rayo, los terremotos y agrietamientos del suelo. ¿No será mejor que el que se convenza de lo poco que somos, tema más la pituita? ¿Tan felizmente hemos nacido, nos han dado miembros tan robustos y estatura tan elevada, que no podamos perecer si el mundo no tiembla, si el cielo no lanza el rayo, si la tierra no se abre debajo de nuestros pies? Un mal en la uña, y no digo en la uña entera, la más pequeña escoriación, basta para destruirnos; ¿y temeré yo los temblores de tierra cuando una flema puede ahogarme? ¿Temeré que el mar salga de su lecho; que el flujo, más impetuoso que de ordinario, traiga mayor cantidad de agua á la orilla, cuando se han visto hombres ahogados por una bebida que ha penetrado mal en las fauces? ¡Cuán neciamente temes al mar, si sabes que una gota de agua puede ahogarte! El mayor consuelo de la muerte consiste en la necesidad misma de morir, y nada nos robustece tanto contra los peligros que nos amenazan por fuera como la idea de los numerosísimos que se albergan en nuestro propio seno. ¿Qué mayor demencia que desfallecer al fragor del trueno, y arrastrarse bajo tierra por temor al rayo? ¿Qué hay más necio que temer la conmoción y caída repentina de las montañas, las irrupciones del mar empujado fuera de sus límites, cuando la muerte está presente en todas partes y por todas ellas amenaza, no habiendo nada tan exiguo que no baste para la destrucción del género humano? Lejos de consternarnos por estos trastornos,

lejos de creerlas más terribles que la muerte ordinaria, todo lo contrario, puesto que es necesario salir de la vida y exhalar alguna vez el espíritu, afanémonos por perecer en una gran catástrofe. Necesario es morir en tal ó cual paraje, más pronto ó más tarde. Aunque esta tierra permanezca firme, aunque nada pierda de sus límites, aunque ningún cataclismo la trastorne, no dejará de estar sobre mí algún día. ¿Qué importa, pues, que la arrojen ó que ella se arroje por sí misma? que rasgados por no se qué fuerza poderosa, se abran sus costados y me precipiten en inmensos abismos, ¿qué importa? ¿Es más suave la muerte en la superficie? ¿Puedo quejarme si la naturaleza no quiere que descansa en paraje ignorado, si me sepulta en una parte suya? Egregiamente dice nuestro Virgilio en aquel verso:

Si cadendum est, mihi, cœlo cecidisse velim (1).

Nosotros podemos decir lo mismo. Si es necesario caer, caigamos cuando el orbe se quebranta; no porque deban desearse los desastres públicos, sino porque es motivo grande para resignarse á la muerte, ver que la naturaleza misma es mortal.

III. También conviene convencerse de que nada de esto hacen los dioses; que no es su enojo el que conmueve el cielo y la tierra. Estos fenómenos tienen sus causas propias, y sus estragos no dependen de ningún mandato, sino que, como en el cuerpo humano, son efecto de algunos vicios desorganizadores, y cuando parece que hace sufrir, la materia es la que sufre. Pero todo es terrible para nosotros que ignoramos la verdad, y lo raro del suceso aumenta nuestro terror. Los accidentes habituales asustan menos; lo extraordinario es lo que aterra. ¿Y por qué son extraordinarios algunos fenómenos para nosotros? porque contemplamos la naturaleza con los ojos y no con la razón;

(1) Si hay que caer, yo quiero caer del cielo.

porqué pensamos, no en lo que puede hacer esta naturaleza, sino en lo que ha hecho. Sirve, pues, de castigo á nuestra falta de reflexión el miedo que nos causa lo que nos parece extraordinario, cuando no es extraordinario, sino desacostumbrado. ¿Cómo? ¿No es cierto que se apodera de los ánimos religioso temor, y especialmente de la multitud, cuando el sol y hasta la luna, cuyos eclipses son más frecuentes, se nos ocultan en todo ó en parte? Más aún sucede esto cuando cruzan llamas oblicuamente el cielo; cuando se ve arder una parte del aire, ó astros cabelludos, ó muchos soles á la vez, ó estrellas en pleno día, ó fuegos repentinos que vuelan en el espacio dejando largo rastro luminoso. No se contemplan estas cosas sin temor, y procediendo el temor de la ignorancia, ¿no coavendría instruirse para no temer? ¿Cuánto mejor sería investigar las causas y dirigir á esto toda la atención del ánimo? Nada puede encontrarse á que pueda el espíritu, no diré prestarse, sino entregarse más dignamente.

IV. Investiguemos ahora qué causa agita la tierra desde su parte más recóndita, y sacude esta mole tan pesada; qué fuerza es esta más poderosa que la tierra, que hace caer tan inmensos sostenes; por qué unas veces tiembla, otras se hunde, y en tanto se agrietea y divide; por qué los intervalos que separan sus ruinas son unas veces largos y otras bruscos y estrechos; por qué hace desaparecer ríos famosos por su anchura, ó hace brotar otros de su seno; por qué da paso á nuevos manantiales de agua caliente, ó enfría los antiguos; por qué brota fuego de las montañas y pedazos de roca, saliendo por aberturas antes ignoradas, mientras que se extinguen volcanes conocidos y célebres desde la antigüedad. Mil prodigios acompañan á los terremotos: cambian el aspecto de los lugares, trasladan las montañas, levantan las llanuras, ciegan los valles y hacen surgir del fondo del mar nuevas islas. Dignas son ciertamente de investigación las causas de tales

fenómenos.—Dirás tú: ¿qué obtendremos de ello?—El premio mayor de todos, el conocimiento de la naturaleza. Estas investigaciones, tan útiles por otra parte, tienen para el hombre el interés de lo maravilloso, trayéndole, no tanto el provecho como la admiración. Investiguemos, pues, por qué suceden estas cosas, cuyo estudio tan dulce es para mí, que á pesar de haber publicado en mi juventud un libro sobre los terremotos, he querido tratar del asunto otra vez y experimentar si la edad me ha hecho ganar en ciencia, ó al menos en penetración.

V. Creen algunos que la causa que agita la tierra es el agua; según otros, es el fuego; algunos dicen que es la tierra misma, y otros que es el aire; hay quien admite el concurso de muchas causas de estas, y hay también quien las admite todas. Hase dicho, en fin, que una causa de estas producía el fenómeno, pero se ignora cuál de ellas. Examinémoslas separadamente. Diré ante todo que las opiniones de los antiguos son inexactas y rudas. Vagaban aún en derredor de la verdad. Todo era nuevo para ellos, que andaban á tientas; después se limaron sus ideas, y si nosotros hemos hecho algunos descubrimientos, la gloria, sin embargo, pertenece á aquellos. Necesitáronse espíritus muy elevados para disipar las tinieblas que envolvían la naturaleza, y sin pararse en lo que muestra á nuestros ojos, penetrar en ella y descender á los secretos de los dioses. Mucho ayudó á los descubrimientos la creencia de que eran posibles. Debe, pues, oírse á los antiguos con indulgencia, porque nada es completo en su principio. Y esto no es verdadero solamente en la cuestión que nos ocupa, tan importante y tan oscura, que, hasta después de muchos trabajos, todas las edades tendrán algo que investigar; pero en todo asunto los principios están lejos de la perfección.

VI. Que la causa sea el agua, lo han dicho muchos y con muchos argumentos. Thales Milesio cree que la tierra

descansa en una masa de agua, en la que flota; puede llamársela Océano ó mar grande, ó elemento hasta ahora de naturaleza simple, elemento húmedo. Esta agua, dice, sostiene la tierra, nave inmensa que pesa sobre el líquido que comprime. Inútil es exponer las razones que le hacen creer que la parte más pesada del universo pueda sostenerse en una sustancia tan tenue y fugaz como el aire, porque no tratamos ahora del asiento de la tierra, sino de sus sacudidas. Da este filósofo como prueba de su opinión que casi todos los grandes estremecimientos hacen brotar nuevos manantiales, como sucede con las naves, que cuando se inclinan mucho sobre un costado, las invade el agua, y si está demasiado cargada, la cubre el agua, ó al menos se eleva por ambos lados más que de ordinario. No se necesitan grandes razonamientos para demostrar que esta opinión es falsa. Si la tierra estuviese sostenida por el agua, algunas veces se estremecería en toda su masa y siempre se encontraría en movimiento, no extrañando su agitación, sino su reposo. Estremeceríase toda entera y no una parte sola, porque nunca se estremece solamente la mitad de una nave. Ahora bien, vemos que los terremotos no son universales, sino parciales: y ¿cómo sería posible que un cuerpo sostenido por el agua no fuese agitado en toda su masa cuando se agitate el elemento que le sostiene? Pero ¿por qué brotan aguas? En primer lugar, muchas veces tiembla la tierra sin que broten nuevos manantiales. Además, si esta fuese la causa que los produjera, no aparecerían más que en los costados de la tierra, como vemos que acontece en los ríos y en el mar: la elevación del agua á medida que la nave se hunde, se nota especialmente en los costados. Y en último caso, la erupción de que se habla no sería tan pequeña y como hilo de agua que penetra por ligera hendidura, sino que sería inundación inmensa, proporcionada al infinito piélago que sostiene todas las cosas.

VII. Otros, atribuyendo al agua los terremotos, no los explican de la misma manera. Surcan la tierra en todas direcciones, dicen, aguas de diferentes géneros. Tales son, entre otras, ríos inmensos, constantemente navegables hasta sin el auxilio de las lluvias. Aquí el Nilo que arrastra en estío inmenso caudal; allá entre el mundo romano y sus enemigos el Danubio y el Rhin; el uno que detiene las incursiones de los Sármatas y separa Europa de Asia; el otro que contiene á los Germanos tan ávidos de guerra. Añade ahora inmensos lagos, aguas estancadas rodeadas de pueblos que no se conocen, pantanos inaccesibles á las naves y que no pueden atravesar ni siquiera los que habitan en sus orillas. Y además tantas fuentes, tantos manantiales ocultos de los que salen ríos como de improviso. En fin, todos esos torrentes impetuosos, formados en un momento, y cuyo desarrollo es tanto más rápido, cuanto menos dura. Todas estas aguas se encuentran debajo de tierra con igual naturaleza y carácter. Allí también corren rápidamente algunas y caen formando cataratas; otras, más tranquilas, se extienden por lechos menos profundos, siguiendo pendiente suave y apacible. ¿Quién puede negar que es indispensable existen vastos depósitos que les alimenten y que hay estanques en muchos puntos? No es necesario probar que hay muchas aguas allí donde están todas. La tierra no podría dar origen á tantos ríos, si no contase con los inagotables depósitos de donde salen. Siendo así, necesario es que á veces se desborde algun río de éstos, rebase sus orillas y choque por modo violento contra el obstáculo que encuentre. Entonces se verificará conmoción en la parte de la tierra donde haya chocado el río y que no dejará de combatir hasta que vuelva á su cauce. Posible es también que alguna corriente interior socave una región, llevándose los fundamentos, cuya caída haga temblar las capas superiores. En fin, es ser esclavo de los ojos y no llevar el pensamiento más allá de lo visible, no

admitir que existe en las profundidades de la tierra un mar inmenso. Ni tampoco veo qué obstáculo puede impedir que estas cavidades tengan también sus riberas, sus canales secretos, desembocando en un mar tan dilatado como los nuestros, y tal vez más espacioso, puesto que la superficie del suelo tiene que repartirse entre las aguas y multitud de seres vivientes, mientras que el interior, desprovisto de habitantes, deja mayor espacio á las olas. ¿Y por qué no han de tener sus fluctuaciones, por qué no han de agitarse los vientos que engendra todo vacío subterráneo y toda especie de aire? Posible es, pues, que una tempestad más fuerte que las demás levante violentamente una porción del suelo. Porque entre nosotros sucede que parajes bastante lejanos del mar, se ven asaltados de pronto por las olas, y quintas que las contemplaban á lo lejos, quedar inundadas por aguas cuyo rumor apenas oían. De la misma manera puede hacer incursiones el mar interior, y éstas no pueden verificarse sin que se conmueva lo que hay encima.

VIII. No creo que dudes por mucho tiempo en admitir ríos subterráneos y un mar interior. ¿De dónde saldrían estas aguas que suben hasta nosotros, si la tierra no encerrase los manantiales? Cuando ves el Tigris, interrumpido en la mitad de su carrera, secarse y desaparecer, no de pronto sino poco á poco, sin aparentar pérdidas, disminuyendo insensiblemente hasta secarse, ¿á dónde crees que va sino á las profundidades de la tierra, cuando de pronto le ves surgir tan caudaloso como antes? ¿No ves también el Alfeo, tan celebrado por los poetas, desaparecer en Acaya, y después de atravesar el mar brotar en Sicilia formando la amena fuente de Arethusa? ¿Ignoras que entre las opiniones que explican los desbordamientos del Nilo hay una que lo hace proceder de la tierra misma y atribuye la crecida del río, no á las aguas del cielo, sino á las interiores? He oído decir á dos centuriones que Nerón

César, apasionado por todas las cosas bellas y especialmente por la verdad, mandó á buscar las fuentes del Nilo; que habiendo recorrido largo camino, favorecidos por el Rey de la Etiopia y recomendados á los reyes inmediatos, quisieron penetrar más y llegaron á inmensos pantanos. Los habitantes, añadían, ignoran cuál sea el término, y necesario es desesperar de saberlo: tan mezcladas están las hierbas con el agua, y tan poco vadeables son aquellas lagunas é impracticables para las naves. Una barquilla con un hombre solo es todo lo que puede soportar una charca fangosa y llena de hierbas. Ahí, me dijeron, vimos dos peñascos, de los que cafa un río inmenso. Que éste sea el nacimiento ó un afluente del Nilo, que brote en aquel punto ó no haga otra cosa que reaparecer después de una carrera subterránea, ¿no crees que este agua no viene de alguno de esos grandes lagos de que he hablado? Necesario es que la tierra encierre en muchos parajes aguas desparrahadas, que reune en un recipiente común, para que puedan brotar corrientes tan impetuosas.

IX. Algunos creen que es el fuego la causa de los terremotos, pero no todos lo explican de la misma manera. Anaxágoras, en primer lugar, sostiene que la causa de los huracanes es también la de los terremotos; es decir, que un viento encerrado bajo tierra consigue romper el aire espeso y condensado en nubes, con tanta violencia como quedan rotas las del cielo; y que de este choque de nubes, de estas corrientes de aire, brota repentinamente fuego. Este fuego corre buscando salida, separa todos los obstáculos, hasta que encerrado en angosto paso, encuentra camino para escapar al exterior, ó se lo abre por medio de la violencia y la destrucción. Otros, considerando también al fuego como causa, dan otra explicación, diciendo que el fuego, repartido en muchos parajes, consume todo lo inmediato, y que si las partes consumidas caen, su caída arrastra todo lo que sostenían, no encontrando apoyo al-

guno que impida el derrumbamiento. Abrense entonces inmensos abismos, en los que, después de larga vacilación, se consolida el suelo sobre los puntos que quedan firmes. Esto sucede en nuestras ciudades cuando el incendio destruye algunos edificios; una vez quemadas las vigas, ó carbonizado lo que sostenía los techos, la parte superior se derrumba después de vacilar, no cesando la oscilación hasta que descansa en suelo firme.

X. Anaximenes dice que la tierra misma es causa de sus temblores, sin recibir ningún impulso exterior; sino que en su interior caen aquellas partes suyas que disuelve el agua, corroídas por el fuego, ó arrancadas por recios vientos, y á defecto de estas causas, no faltan otras inferiores de destrucción y estrago. Todo, en efecto, se destruye con el tiempo, y nada está libre de la vejez, que mina hasta lo más sólido y robusto. De la misma manera que en los edificios antiguos hay partes que caen hasta sin choque, cuando es mayor el peso que el apoyo, así sucede también en este cuerpo de la tierra, en el que la vejez destruye algunas partes, conmoviéndose por la caída lo que está encima de ellas; primero al desprenderse, porque no se desprende de otra ninguna masa considerable sin imprimirla movimiento; y después, cuando se precipita rebotando en el suelo á manera de pelota, rechazada cada vez que cae, y cobrando nuevo impulso. Si estos restos caen en agua estancada, su caída debe conmover todos los parajes inmediatos, por la sacudida que imprime á las aguas un peso enorme que cae en ellas desde elevada altura.

XI. Otros atribuyen también al fuego los terremotos, pero de diferente manera. Este fuego, que hierve en muchos puntos, exhala necesariamente raudales de vapores que no tienen salida y dilatan fuertemente el aire: si obran con mucha energía, derriban los obstáculos; cuando no son tan vehementes, sólo pueden conmover el suelo. Vemos que el agua hierve sobre el fuego. Lo que el hogar hace

en esta pequeña cantidad de líquido, hemos de creer que hace el inmenso y ardiente hornillo subterráneo con las grandes masas de agua. Entonces el vapor de estas aguas que hierven agita con violencia todo lo que toca.

XII. Numerosos y célebres autores admiten el aire como motor. Arquelao, muy versado en la antigüedad, se expresa de esta manera: «Los vientos penetran en las concavidades de la tierra; allí, cuando el espacio está lleno, y el aire todo lo condensado que puede estar, el que llega después agita y comprime al anterior, y con sus redoblados golpes, primero lo comprime y después lo dispersa. El aire que busca espacio, separa todos los obstáculos y se esfuerza en romper sus barreras. Por esta razón se conmueve la tierra á causa de la lucha del aire que pugna por escapar. A los terremotos precede tranquilidad y calma en el aire, porque la fuerza que de ordinario desencadena los vientos está reconcentrada en las cavidades subterráneas.» En efecto, cuando ocurrió el terremoto de Campania, aunque fué en invierno, el aire estuvo tranquilo algunos días antes.—¿Cómo! ¿No ha temblado nunca la tierra mientras soplaba viento?—Al menos es cosa rara que dos vientos soplen á la vez. Sin embargo, es posible y ha sucedido: si admitimos y consta que dos vientos, obrando simultáneamente, pueden producir el fenómeno, ¿por qué no había de agitar uno el aire superior y otro el inferior?

XIII. Puedes contar entre los que siguen esta opinión á Aristóteles y á su discípulo Theofrasto, cuyo estilo, sin ser divino como parecía á los Griegos, tiene sin embargo dulzura y elegancia que no revelan trabajo. Expondré lo que piensa cada uno de ellos. De la tierra brota siempre cierta evaporación, seca unas veces, y otras mezclada de humedad. Saliendo de lo más profundo, y elevándose hasta donde puede, cuando ya no le es posible subir más, retrocede y reconcentra sobre sí misma; y como la lucha de dos corrientes de aire opuestas rechaza violentamente los obs-

táculos, ora se encuentren encerrados los vientos, ora hagan esfuerzos para escapar por paso angosto, ocasiona los terremotos y estruendos que los acompañan. Stratón pertenece á la misma escuela, habiendo cultivado muy especialmente esta rama de la filosofía que tiene por objeto la naturaleza. He aquí su opinión: «El frío y el calor son contrarios siempre y no pueden existir juntos; el frío pasa al punto que el calor abandona; y recíprocamente el calor acude en cuanto se expelle el frío.» Esto es indudable, y la oposición de uno y otro queda demostrada por lo siguiente. En invierno, cuando domina el frío en la tierra, los pozos, las cavernas, todos los parajes subterráneos están calientes, porque el calor se refugia en ellos, cediendo al frío el imperio de lo exterior; cuando este calor ha penetrado en la tierra tanto como puede, se hace más activo cuanto más reconcentrado se encuentra; si sobreviene otro, uniéndose necesariamente al primero, lo comprime y obliga á ceder el puesto. En cambio lo mismo acontece cuando penetra en las cavernas frío más intenso. Todo el calor que contienen, cediendo al frío, pasa á parajes estrechos y escapa impetuosamente; porque estas dos naturalezas opuestas no pueden aliarse ni permanecer en el mismo sitio. Puesto en fuga, pues, y buscando salida, el calor derriba y rompe lo que le rodea; de aquí que, antes de las conmociones de la tierra, se oigan los mugidos de estas corrientes de aire desencadenadas en las profundidades; y no podría oírse, como dice nuestro Virgilio,

Sub pedibus mugire solum, et juga celsa moveri (1),

si esto no fuese obra de los vientos. Además, estas luchas tienen alternativas, no siendo siempre el calor el que se reconcentra y estalla. El frío retrocede á su vez y se retira para presentarse en seguida con más fuerza; y según estas

(1) Mugir el suelo bajo los pies y moverse tan altas montañas.

alternativas, que cada vez hacen escapar los vientos, agítase la tierra.

XIV. Los hay que creen que el aire solamente produce estas conmociones, pero de manera muy distinta de la que dice Aristóteles. Escucha lo que éstos dicen: Nuestro cuerpo está regado por la sangre y por el aire que discurre por sus canales especiales. Algunos conductos de éstos son más estrechos que los otros, y el aire no hace más que circular en ellos; pero tenemos recipientes mayores en los que se aglomera y desde ellos se extiende á las demás partes. De la misma manera, este cuerpo inmenso de la tierra está penetrado por las aguas que le sirven de sangre, y por los vientos que alguien no les ha llamado menos que su alma. El agua y el viento en tanto corren juntos, en tanto se paran á la vez. Ahora bien, en el cuerpo humano mientras dura la salud, el movimiento de las venas se verifica regularmente y sin perturbación; pero á la menor alteración, el movimiento del pulso, los suspiros y difícil respiración anuncian el sufrimiento y el cansancio: así también la tierra, en su estado natural, permanece inmóvil. Sobreviene algún desorden, y entonces, como cuerpo enfermo, se agita; el viento que circulaba suavemente, empujado con mayor fuerza, sacude las venas por donde corre, pero no como dicen los que antes mencioné y creen que la tierra es un animal viviente; porque entonces se estremecería en toda su extensión, puesto que en nosotros no agita la fiebre una parte más que otra, sino que las invade todas con igual violencia. Ves, pues, que debe penetrar en la tierra algún soplo del aire exterior, y que, mientras encuentra paso circula sin estrépito; pero si choca con un obstáculo, si le detiene alguna barrera, sobrecargado por el aire que le empuja por la espalda, huye con esfuerzo por cualquier abertura, y con tanta mayor rapidez cuanto más comprimido se encuentra. Esto no puede verificarse sin lucha, ni puede haber lucha sin

conmoción. Pero si el aire no encuentra siquiera abertura por donde escapar, reconcéntrase enfurecido, se agita en todos sentidos y derriba y rasga. Poderoso, no obstante su ligereza, penetra en los parajes más obstruidos, y separa y divide todos los cuerpos en que se introduce. Entonces tiembla la tierra, porque ó se abre para darle paso, ó después de cederle espacio, faltándole cimiento, se derrumba en la caverna misma de que lo hizo salir.

XV. Otros opinan de esta manera. La tierra está llena de aberturas, no solamente aquellas que se le hicieron al principio como respiraderos, sino otras muchas que el acaso ha practicado. El agua ha arrastrado la tierra que cubría muchos puntos; los torrentes han corroído otros, y más lejos los intensos calores han fundido el suelo. Por estos intervalos penetra el viento; la mar subterránea le encierra é impulsa más lejos; si las olas no le permiten retroceder, no pudiendo entonces escapar ni subir, forma torbellino. Y como no puede caminar en línea recta, que es su dirección natural, empuja la bóveda y azota en todos sentidos la tierra que lo comprime.

XVI. Daré cuenta también de una opinión que sostienen muchos autores y que tal vez dividirá los ánimos. Evidente es que la tierra no carece de aire. No hablo de aquel que la hace consistente, que reúne sus partes y que se encuentra hasta en las piedras y los cuerpos muertos; sino de un aire vital, vegetativo, que todo lo alimenta en su superficie. A no ser así, ¿cómo había de dar vida á tantos arbustos, á tantos granos que sin el aire no podrían existir? ¿Cómo podría atender á la conservación de tantas raíces, que penetran de mil maneras en ella, unas casi en su superficie, otras á grandes profundidades, si no tuviese en sí oleadas de ese aire generador del que nacen tantos seres variados que lo respiran y le deben su alimentación y desarrollo? Pero estos argumentos son todavía muy ligeros. Todo ese cielo que encierra el éter sutil, parte la más elevada del

mundo; todas esas estrellas, cuyo número es incalculable; todo ese conjunto celestial, y, omitiendo los demás astros, ese sol que realiza su carrera tan cerca de nosotros y que sobrepuja más de una vez á nuestro mundo en magnitud, todos obtienen su alimento de la tierra, y se reparten los vapores que exhala, único pasto que les nutre: porque no se alimentan de otra cosa. Pero la tierra no podría bastar á cuerpos tan numerosos, tan grandes y mucho mayores que ella, si no estuviese llena de aire vivificante que noche y día escapa por todos sus puntos. Imposible es que no le quede mucho, no obstante la inmensa pérdida que experimenta, y es necesario que el que sale de ella se reproduzca incesantemente. Porque no podría bastar perpetuamente al sostenimiento de todos esos cuerpos celestes, sin la trasmutación continua y recíproca de todos los elementos. Indispensable es, por consiguiente, que este aire abunde en la tierra, que esté llena de él y tenga depósitos de donde tomarlo. No puede dudarse que la tierra contiene en sus intersticios numerosos espíritus, y que el aire que se introduce en ella ocupa inmensas y oscuras cavidades. Siendo esto así, necesariamente ha de moverse con frecuencia aquello que está lleno de lo más movable. Porque, lo que nadie pondrá en duda, ¿qué hay más inquieto que el aire, más versátil y amigo de la agitación?

XVII. Siguese de esto que obra según la naturaleza, y que dispuesto siempre á moverse, algunas veces mueve lo que está cerca. ¿Cuándo lo hace? Cuando se le detiene en su carrera; porque mientras no se le detiene, sigue tranquilamente; pero si se le rechaza ó retiene, se ensorbece y rompe sus barreras, no de otra manera que aquel

..... Pontem indignatus Araxes (1).

Mientras que tranquilamente lleva sus aguas cuando nada

(1) El indignado Araxes al puente que le oprime.

obstruye su cauce. Pero si la mano del hombre ó el acaso ha arrojado á su paso peñascos que lo estrechan, retrasa su curso para lanzarse con más violencia, y cuanto mayores son los obstáculos que se le oponen, más fuerza desplega para destruirlos. En efecto, todas aquellas aguas que llegan por detrás y que se aglomeran sobre sí mismas, ceden al fin á su propio peso, convirtiéndose en masa destructora que se precipita arrastrando lo que se le oponía. Lo mismo acontece con el aire, que cuanto más impetuoso y sutil es, corre con mayor rapidez y separa violentamente los obstáculos: de aquí el estremecimiento de aquella parte bajo la cual se verifica la lucha. Demuestra la verdad de esto el hecho de que con frecuencia, después de un terremoto, aparecen grietas por las que sale viento durante muchos días, como refiere la tradición relativamente al terremoto de Calcis. Asclepiodoto, discípulo de Posidonio, habla de esto en sus cuestiones naturales. Encontrarás en otros autores que, habiéndose abierto la tierra en algún paraje, escapó durante mucho tiempo una corriente de aire que sin duda se había abierto aquella salida.

XVIII. La causa principal de los terremotos es, pues, el aire, que por naturaleza es rápido y móvil. En tanto que no recibe ningún impulso y permanece en espacio libre, allí descansa inofensivo sin agitar lo que le rodea. Si le agita una causa extraña, si le repele y comprime, no hace otra cosa aún que ceder y vagar. Pero si le cierra toda salida y por todos lados se le presentan obstáculos, entonces

..... magno cum murmure montis
Circum claustra fremit... (4),

que por largo tiempo conmueve y hace al fin estallar, siendo tanto más terrible, cuanto mayor fué la resistencia y más tenaz la lucha. En fin, cuando por largo tiempo ha

(4) Con profundo rumor del monte, ruge furioso en su antro.

recorrido los parajes donde está encerrado y de los que no ha podido escapar, retrocede hasta el punto mismo en que está el principal obstáculo, penetra por las hendiduras ocultas que las sacudidas han abierto en el suelo, ó se lanza al exterior por nueva abertura. Así es que nada puede contener esta fuerza; no hay paraje que pueda encerrar el viento: rompe todas las barreras, arrastra los pesos, deslízase por estrechas grietas, que sabe ensanchar; es una naturaleza indomable, un poder al que la resistencia enoja y que recobra siempre su derecho. El viento es una cosa invencible, y nada hay que

Luctantes ventos, tempestatesque sonoras
Imperio premat; ac vinclis et carcere frænet (1).

Sin duda el poeta entiende por prisión ese paraje subterráneo que los oculta y encierra. Pero no echa de ver que lo encerrado no es viento todavía, y que lo que es viento no puede quedar encerrado. El aire cautivo está quieto y tranquilo; el viento está siempre en fuga. Ocurre aquí otro argumento que prueba que los terremotos proceden del aire, y es que nuestro mismo cuerpo no tiembla si algún desorden no agita el aire interior condensado por el temor, ó languidecido por la edad, ó entumecido en las venas, ó helado por el frío, ó alterada su carrera por la proximidad de la fiebre. Mientras circula sin accidente, mientras sigue su marcha ordinaria, el cuerpo no tiembla; pero si una causa cualquiera perturba sus funciones, entonces no basta á sostener lo que sostenía con su vigor, y cediendo, destruye el equilibrio que mantenía en su estado normal.

XIX. Necesario es que escuchemos lo que Metrodoro de Chío pronuncia como sentencia, porque no me permito

(1) Pueda enfrenar y aprisionar los vientos que luchan y las tempestades que rugen.

callar ni siquiera aquellas opiniones que rechazo, siendo mucho más prudente exponerlas todas, y mucho mejor rechazar lo que no se aprueba que pasarlo en silencio. ¿Y qué dice? Que así como la voz del que canta encerrado en un tonel recorre la totalidad y hace vibrar y resonar las paredes, y aunque ligeramente impulsada, no deja de conmover con cierto estremecimiento el recipiente en que está encerrado, así las espaciosas cavernas que se abren debajo del suelo contienen aire que, herido por el aire superior, las conmueve de la misma manera que el tonel de que acabo de hablar, cuyo hueco hace resonar la voz.

XX. Vengamos ahora á los que admiten á la vez todas las causas mencionadas ó la mayor parte de ellas. Demócrito admite muchas. Dice que los terremotos se deben algunas veces al aire, otras al agua y en ocasiones á los dos, y de esta manera lo explica. Existen en la tierra cavidades á las que acuden grandes cantidades de aguas, de las cuales unas son más ligeras y tenues que otras. Rechazadas por la caída de algún cuerpo pesado, chocan con la tierra y la agitan, porque esta fluctuación de las aguas no puede tener lugar sin el movimiento del cuerpo con que chocan. Lo que poco ha decíamos del aire, debe decirse ahora del agua acumulada en un sitio demasiado estrecho para contenerla; pesa sobre algún lado, y se abre camino tanto por su peso como por su violencia: largo tiempo encerrada, no puede salir sino por suave pendiente, ni caer sin cierta fuerza y conmoción de aquello sobre que cae. Pero si cuando comienza á escapar la detiene un obstáculo obligándola á replegarse sobre sí misma, choca con la tierra que encuentra y la sacude en los puntos menos firmes. Algunas veces también la tierra se deprime más ó menos profundamente, bien porque la penetre el agua, ó porque sus mismos fundamentos queden minados, y entonces se hace sentir presión más fuerte en el lado en que carga el peso de las aguas. Otras veces las empuja el viento, que

desencadenado con violencia conmueve aquella parte de la tierra, contra la que lanza las olas amontonadas. Frecuentemente, penetrando en los canales interiores del globo, al buscar salida agita todo lo inmediato: porque la tierra es penetrable á los vientos, espíritus demasiado sutiles para ser rechazados, y demasiado poderosos para que resista á su fuerte y rápida acción. Epicuro admite la posibilidad de todas estas causas y propone además otras muchas: censura á los que adoptan una sola, en vista de que es temerario dar como cierto lo que solamente es conjetura. El agua, dice, puede conmover la tierra empapándola y corroyendo ciertas partes que quedan demasiado débiles para servir de cimiento como antes. Puede producir el terremoto la acción del aire interior, agitado por la introducción del exterior. Tal vez el derrumbamiento de alguna masa, rechazando el aire, produce la conmoción. Quizá en algunos puntos sostienen la tierra columnas y pilares que, corroidos y vacilantes, hacen temblar la masa que sostienen. Tal vez viento abrasador, convertido en llamas y semejante al rayo, derriba al pasar todo cuanto le resiste. Tal vez lagunas y aguas dormidas, levantadas por el viento, conmueven la tierra con su choque, ó por la agitación del aire que este movimiento aumenta y lleva de abajo arriba. Pero ninguna causa de estas le parece más eficaz que el viento.

XXI. También nosotros creemos que el aire sólo puede producir tales esfuerzos; porque nada hay en la naturaleza que sea más poderoso, nada más enérgico, y sin aire ni aquello que es más activo tiene fuerza. El anima el fuego; sin él las aguas quedan inertes, no debiendo su ímpetu sino al impulso de este soplo, que puede disipar grandes espacios de tierra, alzar nuevas montañas y crear en medio de los mares islas que jamás se habían visto. Thera, Theresia, y esa isla de nuestro tiempo que hemos visto aparecer en el mar Egeo, ¿quién puede dudar las haya sacado á

¿Iuz el viento? Según Posidonio, hay dos especies de terremotos, y cada cual tiene su nombre especial. El uno es la sacudida que agita la tierra por ondulaciones; el otro es el movimiento que la inclina lateralmente como una nave. Por mi parte creo que existe otro también, que nuestros padres designaron exactamente con el nombre de temblor, y que se diferencia de los dos anteriores; porque cuando ocurre no hay sacudida ni inclinación, sino vibración. Este terremoto es el menos peligroso, como también la sacudida lo es menos que la inclinación; porque si inmediatamente no sobreviniese un movimiento opuesto, que pusiera derechas las partes inclinadas, seguiríase por necesidad general ruina. Estos tres movimientos son diferentes, porque son diferentes también sus causas.

XXII. Hablemos primeramente del movimiento de sacudida. Cuando una larga fila de carros muy cargados se mueve, y sus ruedas caen pesadamente en los baches del camino, sientes la sacudida que experimenta el suelo. Asclepiodoto refiere que la caída de un peñasco enorme desprendido de la ladera de un monte, derribó por el estremecimiento los edificios cercanos. Lo mismo puede acontecer debajo de tierra: que un peñasco desprendido caiga ruidosamente y con todo su peso en la cavidad que tiene debajo, con la fuerza proporcional á su masa y elevación, y la bóveda entera del valle subterráneo se estremecerá. Es verosímil que produzca la caída de estos peñascos, primeramente su peso, y además los ríos que corren debajo, y cuya acción continua corroe la trabazón de las rocas, arrastrando diariamente algo de ellas, al rozar, por decirlo así, el cutis que las rodea. Esta acción continua y perpetuo rozamiento socavan la roca, que al fin no puede sostener su carga. Entonces se derrumban peñascos enormemente pesados, entonces se precipita la roca, y rebotando en su caída, conmueve todo lo que hiere.

..... sonitu venit, et ruere omnia visa repente... (1),

como dice nuestro Virgilio. Esta debe ser la causa del movimiento de sacudida. Pasemos al segundo.

XXIII. La tierra tiene naturaleza esponjosa y está llena de huecos, por los cuales circula el aire, y cuando ha entrado más del que puede salir, este aire encerrado la agita. Muchos admiten esta causa, como antes dije, y tendrá fuerza si el testimonio de muchos forma autoridad para tí. Esta es también la opinión de Calisthenes, varón nada despreciable, porque tuvo elevado espíritu y no quiso soportar los furores de su rey. Su muerte será para Alejandro crimen eterno, que ni otras virtudes, ni guerras constantemente afortunadas, borrarán jamás. Siempre que se diga: Mató muchos millares de Persas; se contestará: Y también á Calisthenes. Siempre que se diga: Mató á Darío, al rey más grande; se responderá: Y también á Calisthenes. Siempre que se diga: Todo lo venció hasta las orillas del Océano; invadiólo también con las primeras flotas que surcaron sus ondas; extendió su imperio por el lado de la Tracia hasta los límites del Oriente; se contestará: Pero mató á Calisthenes. Aunque hubiese sobrepujado su fama la de los generales y reyes más célebres de la antigüedad, todo fué menor que el crimen de haber dado muerte á Calisthenes. Calisthenes, en el libro en que describe la sumersión de Helicis y Buris, aquella catástrofe que lanzó estas ciudades al mar ó el mar á estas ciudades, dice lo que anteriormente hemos expuesto. El aire penetra en la tierra por aberturas ocultas, y debajo del mar lo mismo que en las demás partes; cuando después se obstruyen los conductos por donde ha penetrado, y por el lado opuesto le impide salir la resistencia del agua, gira á un lado y á otro, y en sus luchas consigo mismo, conmueve la tierra. Por esta razón están más sujetos á conmociones los para-

(1) Oyese el estrépito y todo rueda repentinamente.

jes vecinos al mar, y por ello se atribuyó á Neptuno el poder de agitar las olas. Los que conocen los primeros elementos de la literatura griega, saben que á este dios le llaman allí Σεισιθωνα.

XXIV. Admito también que el aire sea la causa de este azote; pero discutiré acerca su manera de introducirse en la tierra, si es por agujeros pequeños é invisibles ó por conductos más grandes y patentes; si viene del fondo ó de la superficie. Esto último no es creible. La piel en nosotros impide el paso al aire; no penetra más que por el órgano que lo aspira, y no puede estacionar sino en las partes que presentan cavidad. No es entre los nervios y los músculos sino en las visceras y en ancho depósito interior donde se aloja. Puede suponerse que lo mismo acontece en la tierra porque el movimiento no arranca de la superficie ó de una capa próxima á la superficie, sino de lo más recóndito; como lo demuestra el hecho de que los mares más profundos experimentan agitación, sin duda por el estremecimiento de su lecho. Es, pues, verosímil que la tierra se mueve desde sus entrañas, en cuyas inmensas cavidades penetra el aire. Pero se dirá: así como el frío nos hace estremecer y temblar, el aire exterior puede producir igual efecto en la tierra. Esto no es posible; necesitaríase que la tierra fuese sensible al frío para que pudiese, como nosotros, temblar bajo la influencia del aire exterior. Concedo que la tierra experimente algo análogo á lo que experimenta el hombre, pero por diferente causa. La fuerza que la agita debe estar colocada muy profundamente; y el argumento más robusto que puede aducirse es que, en las violentas conmociones que abren el suelo y á las que siguen inmensos derrumbamientos, ciudades enteras desaparecen en el abismo que las devora. Refiere Tucídides que en la época de la guerra del Peloponeso la isla Atalanta fué destruída totalmente ó al menos en considerable parte. Si hemos de creer á Posidonio, igual suerte tuvo

Sidón. Y no necesitamos autoridades, porque sabemos, por nuestros propios recuerdos, que conmociones interiores del globo y vastas aberturas han separado parajes vecinos y destruído campos. Diré mi opinión acerca de la manera de producirse estas catástrofes.

XXV. Cuando el aire penetra y llena una vasta cavidad de la tierra, comienza á agitarse y á buscar salida, hiriendo repetidas veces las paredes que le encierran y sobre las que á veces tienen su asiento ciudades. Las sacudidas suelen á veces ser tales que se derrumban los edificios; otras veces, más violentas aún, hacen caer las mismas paredes que sostienen la inmensa bóveda y sepultan ciudades enteras en profundos abismos. La tradición, si quieres creerla, dice que en otro tiempo eran uno mismo el Ossa y el Olimpo, pero que un terremoto los separó, y de una montaña inmensa formó dos; que entonces se vió brotar el Peneo, que dejó secos los pantanos que hacían insalubre el aire de la Tesalia, y arrastró las aguas que se estancaaban por falta de salida. El origen del Ladón, que corre entre Elis y Megalópolis, data de un terremoto. ¿Qué pruebo con esto? Que cavernas inmensas—¿cómo llamar de otro modo á estos huecos subterráneos?—son receptáculos de aire. No siendo así, las sacudidas se extenderían á espacios mucho mayores, conmoviéndose muchas comarcas al mismo tiempo. Pero no se deja sentir más que en espacios pequeños, que nunca exceden de doscientas millas. El terremoto de que el mundo entero acaba de hablar, no ha pasado de la Campania. ¿Diré que cuando Calcis temblaba estaba inmóvil Tebas? ¿que cuando Ægium se derrumbaba, su vecina Patras lo supo de oídas? La inmensa sacudida que destruyó las ciudades Helicis y Buris, se detuvo más acá de Ægium. Es, por consiguiente, indudable que el movimiento no se propaga más allá de la extensión del hueco subterráneo.

XXVI. Podría apoyar esta afirmación con la autoridad

de insignes varones, que nos dicen jamás han ocurrido terremotos en Egipto. Dan como razón de este hecho, que todo el país está formado de barro. En efecto, si hemos de creer á Homero, Pharos estaba separado del continente por un espacio tan grande como el que puede recorrer una nave navegando un día entero con viento en popa; ahora forma parte del continente. Las revueltas aguas del Nilo, cargadas de espeso barro que incensantemente depositan sobre el suelo antiguo han levantado el Egipto con sus anuales inundaciones. Este suelo craso y cenagoso no deja ninguna ábertura; y haciéndose compacto á medida que se seca el barro, ha tomado la consistencia que da la aglomeración, sin que pudiera quedar ningun hueco, puesto que á la parte seca se agregaban continuamente partículas líquidas y blandas. Sin embargo, se mueven el Egipto y Delos, aunque Virgilio le manda

Immotaque coli dedit, et contemnere ventos (1).

Los filósofos también, gentes crédulas, dijeron que no se movían, según la afirmación de Píndaro. Tucídides pretende que siempre inmóvil hasta entonces, tembló hacia el tiempo de la guerra del Peloponeso. Calisthenes habla de otra sacudida en época diferente. Entre los muchos prodigios, dice, que anunciaron la destrucción de Helicis y Buris, el más notable fué una inmensa columna de fuego, y la sacudida que experimentó Delos. En su opinión, esta isla es tan estable porque, además de las olas que la sostienen, tiene por apoyo peñascos cóncavos y piedras porosas que dejan escapar el aire que penetra en ellas. Añade que por la misma razón el suelo de las islas es más firme y las ciudades están más seguras cuanto más cercanas se encuentran al mar. Afirmación falsa, como demuestran Herculano y Pompeya. Añade que todas las costas están sujetas á terre-

(1) Que inmóvil arrostre los vientos y las olas.

motos: testigo Paphos, más de una vez derruída, y la famosa Nicópolis, para la que eran azote familiar. Chipre, rodeada por mar profundo, no está libre de ellos, ni más ni menos que Tyro, aunque bañada por las olas.—Estas son casi todas las causas á que se atribuyen los terremotos.

XXVII. En cuanto al de la Campania, se refieren algunas particularidades que deben mencionarse. Hase dicho que en el territorio de Pompeya pereció un rebaño de seiscientas ovejas. No es posible que creas que aquellas ovejas murieron de miedo. Hemos dicho que ordinariamente sigue una especie de peste á los grandes terremotos, lo cual no debe admirar, porque muchas cosas mortíferas encierra el interior del globo. Además, el aire mismo que se corrompe allí, sea por la acción de la tierra, sea por su propio estancamiento en aquellas tinieblas perpetuas que le hielan, es funesto á los seres que lo respiran; ó viciado por la nociva acción del fuego interior, cuando sale de parajes donde ha estado tanto tiempo, mancha y altera el nuestro, que se encuentra puro y trasparente, y el que entonces se respira produce enfermedades desconocidas. ¿Qué extraño es, además, que el interior de la tierra encierre aguas estancadas y pestilentes, cuando ningún movimiento las agita ni aire libre las combate jamás? Condensadas por la pesada y continua niebla que las cubre, nada contienen que no sea pestífero y nocivo para nuestros cuerpos. El aire mismo que se encuentra mezclado con ellas y que permanece en estos pantanos, no escapa sin difundir á lo lejos su ponzoña y matar á los que beben de estas aguas. Los rebaños, naturalmente sujetos á epidemias, son atacados tanto más pronto cuanto más ávidos son; viven mucho más que nosotros á la intemperie, y hacen frecuente uso del agua, más nociva entonces que el aire mismo. Las ovejas, cuya naturaleza es más delicada y que tienen la cabeza más cerca del suelo, debieron ser atacadas al instante, porque respiraban las emanaciones casi en su foco. Tam-

bién hubiesen sido fatales á los hombres de haber brotado con mayor abundancia; pero las grandes masas de aire puro debieron neutralizarlas, antes de que se elevasen al alcance de nuestra respiración.

XXVIII. La tierra contiene muchos principios mortíferos, como lo demuestra la abundancia de venenos que, sin que se les siembre, nacen espontáneamente, conteniendo el suelo tanto los gérmenes buenos como los malos. ¿Y en muchos puntos de Italia no brota por algunas grietas un vapor pestilencial que ni los hombres ni los animales pueden respirar impunemente? Hasta las aves que cruzan por estas emanaciones, antes de que aire puro haya disminuído su influencia, caen en medio de su vuelo; su cuerpo toma color lívido, y se les hincha el cuello como si hubiesen sido estranguladas. Mientras este vapor retenido en la tierra no escapa mas que por angostas hendiduras, su acción se limita á los que inclinan la cabeza sobre ellas ó se acercan demasiado. Pero cuando durante siglos, encerrado en espantosas tinieblas, se ha viciado más y más, redoblando su ponzoña con el tiempo, su estancamiento le hace más nocivo. Si entonces encuentra salida, si escapa de su helada y eterna prisión, de esa noche infernal, infesta el aire de nuestras regiones, porque lo puro cede ante lo corrompido. En este caso el aire saludable se hace nocivo también; de aquí esa continuidad de muertes repentinas, esas enfermedades tan monstruosas en su género como extraordinarias en sus causas. El azote es más ó menos largo según la intensidad del veneno, y la peste no desaparece hasta que sus pesados elementos se diseminan á lo lejos barridos por los vientos.

XXIX. En cuanto á los que, privados de razón y como atacados de vértigo, vagaron por los campos, les produjo este efecto el miedo que basta para enloquecer; cuando todavía tiene límites y nace solamente del interés personal; pero cuando el terror es general, en medio de ciudades

que se derrumban, de pueblos aplastados, de convulsiones del suelo, ¿puede extrañar que perturbe los ánimos sin asilo entre el dolor y el espanto? No es fácil en las grandes catástrofes conservar la serenidad. En estos casos las mentes débiles llegan á tal grado de terror, que las extravía. Nadie se aterra sin perder algo de la inteligencia: el miedo grave es una especie de delirio; pero unos lo dominan pronto, en tanto que otros, más profundamente afectados, pierden la razón. Por esta causa durante las batallas vagan muchos como insensatos, y en ninguna parte se encuentran más vaticinadores que en los parajes donde el terror se mezcla á la religión para impresionar los espíritus. No me asombra que se parta una estatua, cuando montañas, como ya he dicho, se separan, cuando el suelo se hiende hasta los abismos. Ves regiones enteras arrancadas de sus asientos y el mar dividir montes que antes estaban unidos; ves separarse ciudades y hasta reinos, cuando una parte de la tierra se agita espontáneamente, ó impetuoso viento ha impulsado al mar hacia un punto; efectos de un poder tan fuerte como el de la naturaleza entera. Aunque este poder solamente obre sobre una parte del globo, obra, sin embargo, con toda la fuerza del gran conjunto. Así arrancó el mar las Españas del continente africano; así la inundación celebrada por grandes poetas separó la Sicilia de la Italia. Pero las fuerzas que parten del interior de la tierra tienen algo más irresistible, siendo más impetuosas cuanto más luchan para su acción. Pero bastante hemos dicho de los inmensos efectos y maravillosos espectáculos que ofrecen los terremotos.

XXX. ¿Por qué, pues, se ha de asombrar nadie de ver estallar una estatua cuyo bronce no es macizo, sino hueco y delgado, y en la que tal vez se encerró el aire para buscar después salida? ¿Quién ignora que, por los terremotos, algunos edificios se han hendido diagonalmente y después han quedado unidos, y frecuentemente otros, inseguros

sobre sus cimientos ó construidos negligentemente y sin consistencia, se han afirmado? Y si caen muros, si casas enteras se agrietean, si se ven derrumbarse las paredes más sólidas de las torres y vacilar los cimientos de vastos edificios, ¿será caso digno de mucha atención que una estatua se divida en dos partes iguales desde la cabeza á los pies? Mas ¿por qué ha durado el temblor muchos días? La Campania ha experimentado sacudidas, menos fuertes sin duda que al principio, pero desastrosas, porque edificios quebrantados ya no necesitaban para caer sacudida violenta, bastando pequeño movimiento. Es que no había salido todo el aire y continuaba agitándose, aunque la mayor parte había escapado ya.

XXXI. Entre los argumentos que prueban que el aire produce los terremotos, puedes desde luego colocar éste: Después de una sacudida violenta que ha maltratado ciudades y comarcas enteras, la siguiente no puede ser tan fuerte; á la primera siguen otras más ligeras, porque la corriente de aire ya se ha abierto paso. Lo que de él queda, no puede tener tanta fuerza ni necesita luchar, puesto que el camino está abierto y solamente tiene que seguir el que franqueó la primera explosión. Creo digno de recordar aquí lo que refiere un varón muy docto y muy grave que se encontraba en el baño cuando el terremoto de Campania. Asegura haber visto los ladrillos del pavimento separarse y reunirse; en el momento de la separación se mostraba el agua en los intersticios, y se retiraba hirviendo cuando se reunían. Al mismo oí decir que había visto experimentar mayores sacudidas, y más frecuentes los cuerpos blandos, pero más suaves que los naturalmente duros.

XXXII. He aquí, óptimo Lucilio, cuanto puede decirse respecto á las causas de los terremotos. Hablemos ahora de los medios de rechazar el terror que inspiran, porque importa mucho más al hombre crecer en valor que en cien-

cia. Pero no se encuentra el uno sin la otra, porque la fuerza no llega al alma sino por la ciencia, por la contemplación de la naturaleza. ¿Quién no se sentirá tranquilizado y robustecido por este mismo desastre contra todos los demás peligros? ¿Por qué he de temer el hombre, á la fiera, á la flecha ó á la lanza? peligros mucho mayores me esperan. El rayo, la tierra misma, todos los elementos de la naturaleza nos amenazan. Provoquemos á la muerte con valeroso ánimo, ora venga contra nosotros con imponente aparato, ora nos traiga el fin cotidiano y vulgar; poco importa que avance amenazadora y con grande cortejo: lo que nos pide no es nada; y esta nada puede quitárnosla la vejez, un dolor de oído, un poco de humor viciado, un manjar repugnante al estómago, una rozadura en un pie. Poca cosa es la vida del hombre, pero es mucho saber despreciarla. El que desprecia la vida verá sin temor los mares enfurecidos cuando les combatan todos los vientos, cuando un flujo extraordinario, producido por alguna perturbación del mundo, hiciese de toda la tierra un océano. Verá tranquilo el horrible espectáculo de un cielo lanzando rayos, y cuya bóveda cuarteada destruyese bajo sus fuegos toda la raza humana. Tranquilo verá hendirse el suelo, rota la trabazón de la tierra. Y aunque se descubriese ante sus ojos el imperio mismo de los infiernos, en el borde del abismo permanecerá tranquilo y erguido; tal vez, puesto que al fin ha de caer, se precipitará. ¿Qué me importa la grandeza de aquello que me mata? La muerte misma no es grande. Si pues queremos vivir dichosos y no estar sujetos ni al temor de los dioses, ni al de los hombres, ni al de las cosas, y mirar con desprecio las vanas promesas de la fortuna, así como sus risibles amenazas; si queremos pasar días tranquilos y disputar su felicidad á los mismos dioses, mantengamos siempre nuestra alma dispuesta á partir. Si se nos arman asechanzas, si enfermedades, si espadas enemigas, si el fragor de un

barriø entero que se derrumba, si la ruina de la tierra ó un diluvio de fuego abrasan ciudades y campos en igual destrucci3n, si algùn azote de estos piden nuestra vida, que la tome. ¿Qué otra cosa debo hacer que exhortar á mi alma al marchar, despedirla con buenos deseos: vé con valor, vé con felicidad, no vaciles en pagar tu deuda? Sobre el hecho no hay duda; existe solamente en cuanto al momento. Haces lo que habrás de hacer tarde ó temprano. Nada de súplicas, nada de temor; no retrocedas como si salieses al encuentro de una desgracia. La naturaleza, de quien eres hija, te llama á patria mejor y más segura. Allí no hay suelo que tiemble; no hay vientos que hagan resonar las nubes con ruidosas luchas; no hay incendios que devoren ciudades y regiones enteras; no hay naufragios que sepulten una flota completa; no hay ejércitos que, siguiendo contrarias enseñas, millares de hombres se encarnicen con furia igual en su mutua destrucci3n; no hay pestes que amontonen sobre una hoguera común pueblos mezclados espirantes. La muerte es poca cosa, ¿qué tememos? Si es un mal grande, preferible es que nos hiera una vez á que se cierna constantemente sobre nuestra cabeza. ¿Temeré perecer, cuando la tierra misma parece antes que yo; cuando lo que hace temblar tantas cosas, tiembla también y no causa daño sino con daño propio? El mar sepultó completamente á Helicis y Buris, ¿temeré yo por este miserable cuerpo? Las naves pasan sobre dos ciudades, dos ciudades que conocemos, cuyo recuerdo ha conservado y nos ha trasmitido la historia. ¡Cuántas otras estarán sumergidas en otros puntos! ¡Cuántos pueblos sobre los que se han cerrado la tierra ó el mar! ¿Y no querré yo tener fin, cuando sé que he de tenerlo, qué digo, cuando sé que todo ha de tenerlo? ¿Temeré al último suspiro? Fortalécete cuanto puedas, oh Lucilio, contra el miedo á la muerte, temor que nos empequeñece, que para conservar la vida la perturba y agita; temor que nos exagera los

peligros de los terremotos y del rayo. Con firmeza arros-
trarás todos esos peligros, si consideras que es nula la
diferencia entre la vida más corta y la más larga. Solamente
perdemos algunas horas. Admitamos que sean días, que
sean meses, que sean años; solamente perdemos lo que
era indispensable perder. ¿Qué importa, yo pregunto, que
llegue ó no á este tiempo? El tiempo huye, y á pesar de toda
nuestra avidez por retenerle, escapa. No me pertenece el
porvenir ni el pasado. Estoy suspendido en un punto mó-
vil del tiempo fugitivo; y mucho es ya estarlo un poco.
¿Cuán ingeniosa es la respuesta de Læyo al que le decía:
«Tengo sesenta años!»—¿Hablas de sesenta años que ya no
tienes? le contestó el sabio.—No comprendemos que la vida
es fugaz, que el tiempo no es nuestro; no lo comprende-
mos cuando solamente contamos los años perdidos ya.
Grabemos en el ánimo y no cesemos de repetir esta ad-
vertencia: Es necesario morir. ¿Cuándo? Poco importa. La
muerte es la ley de la naturaleza, el tributo y el deber de
los mortales, el remedio, en fin, de todos los males. Todo
el que la teme, la deseará algún día. Abandónalo todo, oh
Lucilio, y procura solamente no temer el nombre de la
muerte: háztela familiar á fuerza de pensar en ella, de ma-
nera que, si fuese necesario, puedas salir á su encuentro.

LIBRO SÉPTIMO.

I. Nadie hay de tal manera tardo, tan estúpido é inclinado á la tierra, cuya mente no se exalte alguna vez y mire al cielo, especialmente cuando alguna maravilla nueva resplandezca en él. Porque mientras se suceden los hechos ordinarios, la costumbre de presenciarlos nos oculta su grandeza. Así somos, en efecto: por admirable que sea lo que contemplamos todos los días, no nos impresiona, mientras que los hechos más indiferentes, en cuanto salen del orden acostumbrado, cautivan nuestra atención. Los astros que esmaltan la inmensa bóveda, realizando su magnificencia, no hacen levantar la vista al pueblo; pero si ocurre algo extraordinario, todas las miradas se fijan en el cielo. El Sol no tiene espectadores más que cuando se eclipsa. Y de la misma manera, nadie contempla la Luna sino cuando se encuentra en idéntico caso. Entonces claman las ciudades, y vana superstición infunde temores á todos. ¡Cuánto más maravilloso es ver al Sol recorrer tantos grados como días hace nacer, encerrando el año en su círculo; que después del solsticio acorta los días retrocediendo, y en su marcha, oblicua siempre, deja mayor espacio á las noches; que aminora la claridad de las estrellas; que tanto mayor que la Tierra, no la abrasa, sino que la

beneficia con su calor, mandándolo unas veces más fuerte y otras más suave; que ni ilumina ni oscurece jamás la Luna como no la tenga enfrente! Y nada de esto observamos, como no se interrumpa el orden establecido. Pero sobreviene una perturbación, aparece algo desacostumbrado; se mira, se pregunta, se excita la atención de los demás. ¡Tan natural es admirar lo nuevo más que lo grande! Lo mismo acontece con los cometas. Si se presenta alguno de estos cuerpos inflamados con forma rara y desacostumbrada, todos quieren saber lo que es; se olvida todo lo demás para ocuparse de él; ignórase si se debe admirar ó temblar, porque no faltan gentes que difunden el terror, deduciendo de estos hechos espantosos presagios. Así es que se pregunta, y se arde en deseos de saber si es un prodigio ó solamente un astro. Y á fe mía, no hay investigación más noble, ciencia más útil que la que da á conocer la naturaleza de las estrellas y de los astros: ¿hay allí, como demuestran nuestros ojos, una llama reconcentrada de la que brotan luz y calor, ó bien, en vez de globos inflamados, son cuerpos sólidos y terrosos, que rodando en espacios igneos reciben calor y luz, cuyo foco no se encuentra en ellos mismos? Así opinaron eminentísimos varones, que consideraron los astros como sustancias duras y compactas que se alimentan de fuegos extraños. La llama sola, dicen, se disiparía si no la retuviese algún cuerpo que ella retiene á su vez; un globo de luz que no estuviese adherido á un cuerpo estable, pronto quedaría disuelto en el torbellino del mundo.

II. Antes de entrar en esta investigación, conviene preguntar si los cometas tienen distinta naturaleza que los astros. Con ellos tienen algo común, como el nacimiento, el ocaso, y también la forma exterior, exceptuando la difusión y prolongación de sus rayos: en lo demás, el mismo fuego, igual esplendor. Si, pues, todos los astros son cuerpos terrosos, también lo serán éstos. Si no son otra cosa que

llama pura, que subsiste seis meses, sin que la disuelva la rápida revolución del mundo, los cometas pueden estar formados también de una sustancia tenue que no puede disolver la perpetua rotación del cielo. También convendrá investigar si el mundo gira en derredor de la Tierra inmóvil, ó si es la tierra la que gira y el mundo está fijo. Algunos han dicho que somos nosotros los que la naturaleza arrastra, sin que nos demos cuenta de ello; que no es el cielo, sino nosotros, los que tenemos Oriente y Occidente. Cuestión es muy digna de atención la de saber cuál es la situación nuestra: si nuestra morada es inmóvil, ó si goza de rápido movimiento; si Dios hace girar alrededor nuestro todas las cosas, ó nosotros giramos alrededor del universo. Necesitaríamos también el relato de todos los cometas que aparecieron antes de nuestra época, porque su escasez impide conocer la ley de su carrera y convencerse de si su marcha es periódica, si orden inalterable les hace aparecer en día fijo. Pero la observación de estos cuerpos celestes es reciente, y hace muy poco que se introdujo en Grecia.

III. Demócrito, el más sagaz de los sabios antiguos, supone que hay más estrellas errantes de las que se cree; pero no fija el número ni las nombra; en su época ni siquiera estaba determinado el curso de los cinco planetas. Eudoxio fué el primero que llevó estos conocimientos del Egipto á Grecia; sin embargo, nada dijo de los cometas; de lo que se deduce que ni los mismos Egipcios, el pueblo más curioso por la astronomía, había profundizado esta parte de la ciencia. Más adelante, Conon, observador de los más exactos, también consigna los eclipses de Sol que habían estudiado los Egipcios, pero no hizo mención alguna de los cometas, que no hubiese omitido, de haber encontrado entre ellos algún indicio. Dos sabios, que dicen haber estudiado con los Caldeos, Epigenes y Apolonio Mndio, tan hábil astrólogo este último, disienten en cuanto á este punto. Según Apolonio, los Caldeos colocan á los co-

metas entre las estrellas errantes, y conocen su carrera; Epigenes, por el contrario, dice que nada tienen seguro en cuanto á los cometas, pero que los consideran como cuerpos inflamados por el torbellino de aire que los rodea.

IV. Comenzaremos, si te parece, por exponer las opiniones de este sabio y refutarlas. Según él, Saturno es el planeta que influye más en el movimiento de los astros. Cuando pesa sobre los signos inmediatos á Marte, entra en la proximidad de la Luna, ó penetra en los rayos del Sol, su naturaleza fría y tempestuosa condensa el aire y le da forma de globo en muchos puntos; si en seguida absorbe los rayos solares, zumba el trueno y brilla el relámpago. Si concurre Marte á su acción, estalla el rayo. Además, dice, el rayo tiene una materia y los relámpagos otra: las evaporaciones del agua y de todos los cuerpos húmedos solamente producen en el cielo claridades amenazadoras que quedan sin efecto; pero cuando son más cálidas y secas, las exhalaciones que envía la tierra producen el rayo. De la misma manera se forman las vigas, las antorchas, que solamente se diferencian por el volumen. Cuando un globo de aire, de los que llamanos torbellinos, está cargado de partículas á la vez terrestres y húmedas, allí donde se dirige produce el efecto de llama extensa, durando la aparición tanto como subsiste la masa de aire llena de partículas húmedas y terrestres.

V. Empezando por los errores más próximos, diré que es falso que los torbellinos formen las vigas y antorchas. El torbellino se forma y corre cerca de la tierra: por esta razón arranca los árboles y devasta el suelo por donde pasa, arrastrando algunas veces bosques y edificios; inferior casi siempre á las nubes, jamás al menos se eleva sobre ellas. Las vigas aparecen en parte más elevada del cielo, y nunca se han visto entre la tierra y las nubes. Además, el torbellino es siempre más rápido que las nubes y gira en redondo, cesando bruscamente y dispándose por

su misma violencia. Las vigas y antorchas no cruzan el cielo de una parte á otra, sino que están fijas y brillan siempre en el mismo punto. Charimandro, en el libro que compuso acerca de los cometas, dice que Anaxágoras vió en el cielo una luz extraordinaria, de las dimensiones de una viga grande, y que duró muchos días. Una llama prolongada y de semejante aspecto, según refiere Calisthenes, precedió á la inundación de Helicis y Buris. Aristóteles sostiene que no era una viga, sino un cometa, cuyos resplandores diseminados no habían impresionado la vista por efecto del calor de la estación, pero que bajando después la temperatura, restituyó al cometa su aspecto propio. Esta aparición, notable por más de un concepto, lo es especialmente porque casi en el acto sepultó el mar las dos ciudades. ¿Consideraba Aristóteles esta viga y todas las demás como cometas? Sin embargo, se diferencian en que la luz de la viga es continua y la de los cometas esparcida. Las vigas brillan con llama igual, sin interrupción ni disminución, y solamente más concentrada en los extremos, como fué la que he mencionado con referencia á Calisthenes.

VI. Según Epigenes existen dos géneros de cometas. Unos difunden en todos sentidos intensa llama, y no cambian de lugar; otros solamente difunden por un lado llama esparcida á modo de cabellera, y discurren entre las estrellas; como fueron los dos que hemos visto en nuestra época. Los primeros se encuentran rodeados de unas á manera de crines, están inmóviles y cercanos de la tierra, debiendo su formación á las mismas causas que las vigas y las antorchas; esto es, á las modificaciones de un aire denso lleno de las emanaciones húmedas y secas de nuestro globo. El viento comprimido en parajes angostos puede inflamar el aire superior, si está lleno de partículas inflamables; puede en seguida rechazar de este centro luminoso el aire inmediato, que haría más tenue y retrasaría al

globo de fuego; y además, al siguiente día y en los inmediatos puede alzarse de nuevo é inflamar los mismos puntos. En efecto, vemos por muchos días seguidos alzarse viento á la misma hora. Las lluvias también y otros fenómenos tempestuosos tienen sus regresos periódicos. Y en fin, para completar brevemente la teoría de este filósofo, diré que cree formados los cometas de una manera análoga á los fuegos que lanza el torbellino; con la diferencia de que los torbellinos bajan de las regiones superiores á la tierra, y los cometas suben de la tierra á las regiones superiores.

VII. Mucho se objeta contra todo esto. En primer lugar, si el viento fuese la causa, correría siempre en la aparición de los cometas, siendo así que éstos se muestran en el aire más tranquilo. Además, si los formase el viento, desaparecerían con él; si con él comenzasen, con él aumentarían, brillando tanto más cuanto más violenta fuese la corriente. A esto añadiré que el viento obra sobre muchos puntos del aire y que los cometas se presentan en una sola región; el viento no llega á cierta altura, y se ven cometas mucho más arriba del dominio de los vientos. El filósofo pasa en seguida al género de cometas que dice se parecen más á las estrellas, que tienen movimiento y pasan de la línea de las constelaciones. Atribúyeles el mismo origen que á los cometas inferiores, con la diferencia de que las emanaciones que los forman están compuestas especialmente de partículas secas que tienden por naturaleza á elevarse, lanzándolas el aquilón hacia las altas regiones del cielo. Pero si el aquilón las impulsara, marcharían siempre hacia el Mediodía, que es la dirección de este viento. Ahora bien; sus direcciones son diversas, marchando unos á Oriente, otros á Occidente, formando todos una curva que no les imprimiría el viento. Y en último caso, si el aquilón les impulsara desde la tierra á las regiones superiores, no aparecerían jamás cometas con otros vientos, y no sucede así.

VIII. Refutemos ahora la segunda razón, de las dos que da. Todo lo que la tierra exhala de seco y húmedo, una vez reunido, por la incompatibilidad misma, debe agitar el aire en torbellino. Este viento furioso, girando en redondo, inflama todo lo que recoge en su carrera y lo remonta en los aires. El brillo del fuego que arroja dura tanto cuanto puede alimentarse el mismo fuego, y cesa en cuanto no tiene ya alimento. El que habla de esta manera no ve cuánto se diferencia la carrera del torbellino de la de los cometas: aquél, en su rápida violencia, es más impetuoso que los vientos mismos; la marcha de los cometas es tranquila, hasta el punto de ocultarnos el espacio que recorren en un día y una noche. Además, la marcha del torbellino es vaga y sujeta á cambios, caprichosa, según la llama *Salustio*; la del cometa es regular, siguiendo dirección muy determinada. ¿Podría creer alguien que el viento arrastrase á la Luna, á los cinco planetas, ó que los arrollase un torbellino? Creo que no. ¿Por qué? Porque su carrera no es irregular ni desordenada. Lo mismo podemos decir de los cometas. Nada hay confuso ni tumultuoso en sus movimientos; nada que haga suponer los determinan causas irregulares é inconstantes. Y en último caso, aunque esos torbellinos fuesen bastante poderosos para apoderarse de las emanaciones húmedas y terrestres y lanzarlas desde el suelo al cielo, no las elevarían sobre la Luna, puesto que su fuerza se detiene en las nubes. Pero vemos los cometas en las regiones más altas, entre las estrellas; luego no es verosímil que un torbellino se sostenga á tan considerable altura, porque cuanto más fuerte es, más pronto se disipa.

IX. Elija de esto lo que quiera el filósofo: ó el torbellino tiene poca fuerza y no podrá elevarse tan alto, ó será violento é impetuoso y se romperá más pronto. A esto dice que si los cometas inferiores no suben tanto es porque contienen más partículas terrestres. Su peso es lo que los re-

tiene cerca de la tierra. Sin embargo, necesario es que los más permanentes y elevados estén más llenos de materia, porque no brillarían por tanto tiempo si no contasen con más alimentos. Hace poco decía que el torbellino no puede subsistir mucho ni elevarse más alto de la Luna y al nivel de las estrellas; y esto porque el torbellino se forma por la lucha de muchos vientos, y esta lucha no puede ser larga. Porque euando algunas corrientes de aire inciertas y sin dirección fija han girado en círculo durante algunos momentos, pronto concluye una de ellas por dominar. Ninguna tempestad violenta dura mucho; y cuanto más fuerte es, más pronto pasa. Cuando los vientos alcanzan su mayor grado de intensidad, pierden toda su violencia, y por su misma impetuosidad tienden forzosamente á extinguirse. Así es que nunca se ha visto que un torbellino dure un día entero y ni siquiera una hora. Su rapidez asombra, y no asombra menos su corta duración. Además, su violencia y rapidez son mucho más sensibles en la tierra, y cerca de ella; al elevarse se dilatan, enrarecen y disipan. Añade á esto que, aunque llegasen á la región de los astros, el movimiento que arrastra á todo el universo los disiparía. ¿Qué hay más rápido, en efecto, que esta revolución del mundo? Si podría disipar el esfuerzo de todos los vientos reunidos y hasta la sólida trabazón de la tierra, ¿qué haría con algunas partículas de aire girando en torbellino?

X. Además, estos fuegos, elevados á lo alto por un torbellino, no podrían subsistir sino con el torbellino mismo. ¿Y qué hay más increíble que la permanencia de un torbellino? Todo movimiento queda destruído por el movimiento contrario, y el éter está sometido al movimiento de rotación que arrastra al cielo,

Sideraque alta trahit. celerique volumine torquet.

Y hasta concediendo alguna duración á los torbellinos, contra toda posibilidad, ¿qué se dirá de los cometas que

están visibles durante seis meses seguidos? Por otra parte, necesario sería que existiesen dos movimientos en el mismo punto; uno permanente, de naturaleza divina, que ejerciese su acción sin descanso; el otro nuevo, accidental y producido por un torbellino. Ahora bien; las revoluciones de la Luna y de los planetas que giran por encima de ella, son irrevocables; jamás existe vacilación ni suspensión, nada que nos muestre que han encontrado obstáculos. No es creíble que un torbellino, es decir, la tempestad más violenta y desordenada de todas, llegue hasta los astros, y penetre en medio de ese orden tan armonioso y tranquilo. ¿Admitimos que por la revolución de un torbellino pueda brotar fuego, y que este fuego, lanzado hasta las regiones superiores, nos presenta el aspecto de un astro prolongado? Pues creo que esta llama debería tener la forma de aquello que la produce: es así que la forma del torbellino es redonda, puesto que gira sobre el mismo punto como podría hacerlo una columna sobre su eje; luego la llama que produjese debería modelarse por él. Pero la llama de los cometas es prolongada, desparramada y de ninguna manera redonda.

XI. Dejemos á Epigenes, y examinemos las opiniones de otros. Mas antes de exponerlas, recordemos que los cometas no se presentan en una sola región del cielo, ni en el círculo del zodiaco exclusivamente, sino que aparecen tanto á Levante como á Poniente, aunque con más frecuencia cerca del Septentrión. Su forma es variable; porque á pesar de que los Griegos los han dividido en tres clases, unos cuya llama pende como barba, otros ostentándola á modo de cabellera, y los terceros proyectándola delante en forma de cono, todos sin embargo pertenecen á la misma familia y llevan con justicia el nombre de cometas. Pero como no se presentan sino á largos intervalos, es muy difícil compararlos entre sí. Hasta durante su aparición, no están conformes los observadores acerca de sus

caracteres; pero según se tiene la vista más penetrante ó más débil, así se dice que son más brillantes ó más rojos, considerándose más replegada la cabellera sobre el cuerpo del astro ó más saliente por los lados. Por lo demás, ora exista entre ellos alguna diferencia, ora no haya ninguna, indispensable es que las mismas causas produzcan todos los cometas. Lo único realmente cierto en cuanto á los cometas es que su aparición es inesperada, su forma extraña, y que arrastran consigo una llama desparramada. Algunos antiguos dieron esta explicación: cuando se encuentran dos estrellas errantes, confundiendo su luz, presentan el aspecto de un astro prolongado; y así debe ocurrir no solamente por el contacto, sino que también por la aproximación de una estrella á otra; porque entonces, iluminado é inflamado el espacio que las separa, debe aparecer como largo rastro de fuego.

XII. Contestaremos á esto que el número de las estrellas movibles es determinado; que se ven todas hasta cuando aparece el cometa; de lo que resulta que su us-tión no lo produce, sino que éste tiene existencia propia. Con frecuencia sucede que un planeta pasa por debajo de la órbita de otro más elevado; Saturno suele encontrarse más alto que Júpiter, y Marte, Venus ó Mercurio en línea perpendicular, sin que de estas aproximaciones resulte ningún cometa: de lo contrario así, tendría que aparecer uno cada año; porque todos los años se encuentran á la vez en el mismo signo algunos planetas. Si bastase para producir un cometa que una estrella pasase por encima de otra, el cometa solamente duraría un instante, por ser muy rápido el paso de los planetas. Así son tan breves los eclipses, porque los astros se separan con tanta celeridad como se aproximan. Vemos al Sol y á la Luna desprenderse en pocos momentos de la oscuridad que les rodeaba; ¿cuánto más rápida debe ser la separación de estrellas mucho más pequeñas? Pero hay cometas que

duran hasta seis meses; lo cual no acontecería si los produjese la aproximación de dos planetas, puesto que éstos no pueden permanecer mucho tiempo reunidos, teniendo que obedecer incesantemente la ley de velocidad que los rige. Por otra parte, esos planetas que nos parecen cercanos entre sí, están separados por inmensas distancias. ¿Cómo, pues, había de poder una estrella mandar su luz á otra estrella, hasta hacerlas aparecer unidas, no obstante el enorme espacio que las separa? Dices que la luz de dos estrellas se confunde en la misma apariencia, así como enrojecen las nubes cuando las hierde el sol, así como los crepúsculos matutino y vespertino toman matiz dorado, así como el arco iris en presencia de los rayos solares refleja sucesivamente distintos colores. Pero en primer lugar todos estos efectos se deben á una causa muy activa, siendo el sol quien produce estos matices inflamados. Los planetas no tienen tanta fuerza, y por otra parte estos fenómenos no ocurren sino por debajo de la Luna y cerca de la Tierra. La región superior está pura, sin mezcla que la altere, y conserva siempre su color propio. Además, si algo de esto sucediese allí, no tendría duración, desaparecería en seguida, como esas coronas que se forman alrededor del Sol y de la Luna y que se disipan casi en seguida. Ni siquiera el arco-iris dura mucho, y si la luz de dos planetas pudiese llenar el espacio que los separa, se disiparía con igual rapidez, ó al menos no duraría tanto como los cometas. Los planetas describen sus círculos en el zodiaco, y se ven cometas en todos los puntos del cielo; no siendo más segura la época de su aparición que los límites del espacio de que no han de salir.

- XIII. En contra de esto dice Artemidoro que solamente están observados los cinco planetas conocidos, pero que no son los únicos que existen; que nos escapa multitud de ellos, bien porque la poca intensidad de su luz nos los oculta, ó bien porque la posición de su órbita sólo nos per-

mite verlos cuando llegan al extremo de su carrera. Intervienen, pues, según dice, estrellas nuevas que confunden su luz con las fijas y proyectan mayor faego que las estrellas ordinarias. Esta es la mentira más pequeña de todas las de Artemidoro, porque toda su teoría del mundo no es otra cosa que impudente falsedad. Si hemos de creerle, la región superior del cielo es sólida y resistente como lo sería un techo, constituyéndola una bóveda profunda y gruesa formada por la aglomeración de átomos condensados; la capa inmediata es ígnea, siendo tan compacta que no puede disiparse ni alterarse; tiene, sin embargo, respiraderos á manera de ventanas, por las cuales penetran los fuegos de la parte exterior del mundo, aunque no en tanta cantidad que puedan alterar la parte interior, desde donde remontan á la parte superior del cielo. Los fuegos que aparecen fuera del orden acostumbrado provienen de este foco exterior. Refutar estas cosas, ¿qué sería sino agitar los brazos y descargar golpes al viento?

XIV. Quisiera, sin embargo, que me dijese este que ha dado al mundo techo tan sólido, por qué hemos de creer en el espesor de que nos habla. ¿Qué fuerza ha sido la que llevó tan alto esas masas compactas y las mantiene allí? Lo que tan macizo es, necesariamente ha de pesar mucho. ¿Cómo, pues, permanecen en lo alto cuerpos tan graves? ¿Cómo no desciende, no se rompe esa masa por su peso? Porque no es posible que esos enormes cuerpos permanezcan suspendidos y sólo tengan ligero éter por apoyo. Tampoco se dirá que les retienen ciertos lazos exteriormente é impiden su caída, ni que entre ellos y nosotros existe algo que los sostenga y en lo que deseansen. Tampoco se atreverá nadie á sostener que el mundo va arrebatado en el espacio y que cae eternamente sin que así parezca, gracias á la misma continuidad de su caída, que no tiene término donde pueda concluir. Esto dijeron de la Tierra, no pudiendo explicar cómo permanece fija esta

masa en el aire. Cae eternamente, dicen, pero no es sensible su caída, porque tiene lugar en lo infinito. ¿Y cómo probarás que el número de los planetas no es cinco, que hay multitud de otros y en multitud de regiones del mundo? Si no tienes para demostrarlo ningún argumento fuerte, ¿por qué no ha de decirse también que todas las estrellas son movibles ó que ninguna lo es? Además, de nada te sirve esa multitud de estrellas errantes, porque cuantas más haya, más frecuentes serán sus encuentros; pero los cometas son raros, y por lo mismo se les admira tanto. ¿Y no se levanta contra tí el testimonio de todas las edades que han observado la aparición de estos astros y la transmitieron á la posteridad?

XV. Después de la muerte de Demetrio, rey de Siria, y de Antíoco, poco antes de la guerra de Acaya, brilló un cometa tan grande como el Sol. Su disco fué primeramente inflamado y rojo; su luz asaz brillante para triunfar de la noche. Poco á poco disminuyó de magnitud, se debilitó su brillo y al fin desapareció por completo. ¿Cuántas estrellas habían de reunirse para formar tamaño cuerpo? La aglomeración de mil de ellas no igualaría á las dimensiones del Sol. Bajo el reinado de Attalo se vió un cometa, pequeño al principio, que después se elevó, se extendió, avanzó hacia el círculo equinoccial, y aumentó hasta el punto de igualar, por su inmensa extensión, esa zona del cielo que se llama láctea. ¿Cuántas estrellas errantes se hubiesen necesitado para llenar de fuego continuo tan extenso espacio del cielo?

XVI. Habiendo rechazado los argumentos, combatiré á los testigos. No es muy difícil despojar á Eforo de su autoridad; no es más que historiador. Ahora bien: entre los historiadores, los hay que apetecen notoriedad relatando hechos increíbles, y como los lectores se dormiran sobre acontecimientos demasiado comunes, les despiertan con prodigios. Unos son crédulos, y otros negligentes. Algunos

se dejan sorprender por la mentira, y no faltan quienes encuentran deleite en ella; éstos la buscan, aquéllos no saben evitarla. Este es el vicio de todos estos escritores que creen no pueden agradar ni popularizarse sus obras si no están sazonadas con mentiras. Eforo, uno de los menos fidedignos, en tanto es engañado y en tanto engaña. De aquel cometa, por ejemplo, que todo el mundo consideró como causa de una calamidad muy grande, la desaparición de Helicis y Buris bajo las aguas, dice que se dividió en dos estrellas, y él es el único que lo asegura. ¿Quién podía sorprender el momento de esta división y fraccionamiento del cometa en dos partes? ¿Y cómo, si alguno lo vió dividirse, no se le pudo ver formarse de dos estrellas? ¿Por qué no añadió cuáles son estas dos estrellas, puesto que debían formar parte de los cinco planetas?

XVII. Apolonio Mindio opina de otro modo. Sostiene que los cometas no son reunión de estrellas, sino que muchos cometas son verdaderas estrellas. No son imágenes engañosas, dice, fuegos que aumentan por la aproximación de dos astros, sino astros reales como el Sol y la Luna. Su forma no es enteramente redonda, sino que se desarrolla y extiende en sentido longitudinal. Por lo demás, su órbita no es visible; atraviesan las regiones más altas del cielo, y solamente aparecen cuando llegan á la parte más baja de su carrera. No creamos que el cometa que se vió en tiempo de Claudio es el mismo que apareció bajo Augusto; ni el que se ha presentado en tiempo de Nerón César, y rehabilitado á los cometas, se pareciese al que después de la muerte de Julio César, durante los juegos de Venus Genitrix, se elevó sobre el horizonte hacia las once del día. Los cometas son muy numerosos y de más de una clase; sus dimensiones difieren y su color varía: unos son rojos, sin brillo; otros blancos y brillantes, con luz muy pura; algunos presentan una llama mezclada con elementos poco tenues y rodeados de vapores luminosos; otros tienen

color rojo sanguíneo, presagio amenazador de la que se derramará muy pronto. Su luz aumenta y disminuye como la de los demás astros, que brillan más y parecen mayores á medida que se acercan á nosotros; más pequeños y menos luminosos cuando retroceden alejándose.

XVIII. Fácilmente se responde á todo esto, que no sucede lo mismo en los cometas que en los demás astros. Los cometas, desde el primer día en que aparecen, tienen toda su magnitud. Ahora bien, deberían aumentar á medida que se acercan á nosotros, y sin embargo, su primer aspecto no cambia hasta que comienzan á extinguirse. Puede decirse además en contra de este filósofo, lo mismo que se dice contra los anteriores: si los cometas fuesen astros errantes, no girarían en derredor del zodiaco, entre cuyos signos realizan su revolución todos los astros. Nunca aparece una estrella al través de otra, y la vista del hombre no puede penetrar el centro de un astro para ver al otro lado otro astro más alto. Es así que á través de un cometa se vé como á través de una nube los cuerpos ulteriores; luego los cometas no son astros, sino fuego ligero y agitado.

XIX. Nuestro Zenón opina que son estrellas cuyos rayos convergen y se cruzan, resultando de esta reunión de luz una imagen de estrella prolongada. Partiendo de esto, creen algunos que los cometas no existen en realidad, siendo solamente apariencias producidas por la reflexión de astros cercanos ó por su encuentro y coherencia. Otros dicen que existen realmente, pero opinan que tienen curso regular y que después de ciertos períodos reaparecen ante la vista de los mortales. Otros, en fin, opinando lo mismo en cuanto á lo primero, les niegan el nombre de astros, atendiendo á que se disipan, duran poco tiempo y se desvanecen en seguida.

XX. Casi todos los nuestros admiten esta creencia, que no encuentran repugnante con la verdad. En efecto, ve-

mos encenderse varios géneros de fuegos en las regiones elevadas; en tanto se inflama el cielo; en tanto

Longos a tergo flammaram albescere tractus; (1)

en tanto corren antorchas con intenso resplandor. El mismo rayo, no obstante su prodigiosa rapidez, que nos hace pasar instantáneamente del deslumbramiento á la oscuridad, no es otra cosa que fuego debido al rozamiento del aire, fuego que brota de fuerte choque atmosférico. Por esta razón no es otra cosa que llama sin permanencia, que surge y pasa, dejando de existir en un instante. Los otros fuegos subsisten más tiempo, y no se desvanecen hasta que consumen el alimento que los sostiene. A esta clase pertenecen los prodigios que refiere Posidonio, las columnas, los escudos ardientes y otras llamas notables por su extraña novedad, en las que nadie fijaría la atención si no fuesen contrarias al orden y á la ley de la naturaleza. Todos se asombran ante la aparición de repentino fuego en las regiones elevadas, ora brille y desaparezca en el acto, ora, producido por la compresión del aire que se inflama, tenga consistencia que causa maravilla. Y en último caso, ¿no se ve algunas veces que el éter, reconcentrándose en sí mismo, deja vasta cavidad luminosa? Exclamar podrías: ¿Qué es esto?

..... medium video discedere cœlum
Palantesque polo stellas...» (2)

cosas que algunas veces no esperaron á la noche para brillar, sino que se presentaron en pleno día. Pero existe otra razón para que aparezcan en momento tan poco oportuno para ellos estos astros, cuya existencia es constante

(1) Dejan á la espalda largo rastro de llamas.

(2) Veo entreabrirse los cielos,
Caer las estrellas en el espacio.

hasta cuando no se les ve. Muchos cometas son invisibles porque los oscurecen los rayos del Sol. Refiere Posidonio que, durante los eclipses de este astro, hase visto algún cometa oculto por su proximidad. Frecuentemente, al ocultarse el Sol, vense cerca de él fuegos desparramados; y es que, sumergido el cometa en la luz solar, no puede verse, mientras que su cabellera está fuera de los rayos del astro.

XXI. Creen los de nuestra escuela que los cometas, así como las antorchas, las trompetas, las vigas y otros prodigios del cielo, proceden de aire condensado. Por esta razón aparecen los cometas con más frecuencia al Septentrión, porque allí abunda el aire estancado. Mas ¿por qué no permanece inmóvil el cometa, sino que marcha? Lo diré. Porque de la misma manera que el fuego, sigue siempre á su alimento; y aunque tiende á las regiones superiores, faltándole allí la materia inflamable, necesario es que retroceda y descienda. En el mismo aire no se inclina á derecha ni izquierda, porque no tiene camino propio, sino que sigue la vena de aquello que lo sostiene: no es una estrella que marcha, sino un fuego que se alimenta. Mas ¿por qué son largas sus apariciones y no se disipan antes? En efecto, durante seis meses se ha mostrado el que hemos visto bajo el feliz reinado de Nerón, y que giraba en sentido inverso del que se presentó en tiempo de Claudio. Porque partiendo del Septentrión y elevándose hacia el Mediodía, se dirigió al Occidente, oscureciéndose cada vez más: el otro, viniendo del mismo punto, con tendencia hacia el Occidente, volvió al Mediodía, donde desapareció. Consistía esto en que el primero, alimentado con elementos húmedos y más aptos para la combustión, los siguió constantemente, y al segundo le favoreció una región más fecunda y más sustancial. Los cometas se dirigen, pues, hacia donde les atrae su alimento, no por camino trazado. Las circunstancias han sido diferentes para los dos que he-

mos observado, puesto que el uno se dirigía á la derecha y el otro á la izquierda. Ahora bien; todos los planetas se mueven hacia el mismo lado, es decir, en sentido contrario al movimiento del cielo. Éste gira de Oriente á Occidente, y los planetas de Occidente á Oriente. Por esta razón tienen dos movimientos, uno que les es propio, y otro que les arrastra con el conjunto.

XXII. No pienso como los nuestros en este punto. En mi opinión, el cometa no es fuego que se enciende de pronto, sino que lo cuento entre las obras eternas de la naturaleza. En primer lugar, todo lo que el aire crea dura poco, siendo fugaz y pronto para desaparecer como el elemento que lo produce. ¿Cómo habla de permanecer algo mucho tiempo en el aire, que jamás permanece igual; que siempre está fluido y solamente tiene pasajeras calmas? Rapidísimamente pasa de un estado á otro: en tanto lluvioso, en tanto sereno, en tanto variando entre los dos estados. Las nubes que con tanta frecuencia se forman en el aire, en las que se condensa para convertirse en lluvia, unas veces se aglomeran, otras se diseminan y nunca están sin movimiento. Imposible es que un fuego permanente tome asiento en cuerpo tan fugaz y subsista en él con tanta tenacidad como los que la naturaleza ha fijado para siempre. Además, si el cometa fuese inseparable de su alimento, bajaría constantemente, porque el aire es tanto más denso cuanto más cercano está de la tierra, y los cometas nunca descienden tan bajo ni se acercan al suelo. En fin, el fuego va á donde le lleva su naturaleza, es decir, arriba; ó bien se dirige á donde le arrastra la materia á que se adhiere y de la que se alimenta.

XXIII. Ningún fuego ordinario y celeste tiene marcha tortuosa; solamente los astros describen curvas. Ignoro si los antiguos cometas las describirían; pero en nuestro tiempo dos las han descrito. Además, todo fuego encendido por causa pasajera, se extingue pronto; así es que las

antorchas solamente brillan al pasar, el rayo no tiene fuerza más que para un golpe solo, y las estrellas errantes no hacen más que cruzar el aire. Ningún fuego es permanente si no tiene en sí mismo su foco: me refiero á esos fuegos divinos, á esas eternas antorchas del mundo, que son sus miembros y sus obras. Pero éstos realizan una misión, recorren una carrera, guardan orden constante y siempre son los mismos. Veríaseles crecer de un día á otro ó decrecer, si su llama fuese prestada y su causa instantánea. Esta llama sería menor ó mayor según que tuviese más ó menos alimento. Acabo de decir que la llama producida por la alteración del aire no tiene duración, y añadiré ahora que no tiene ninguna, que no puede subsistir. Porque las antorchas, el rayo, las estrellas errantes, todos los fuegos que el aire exprime de su seno no pueden hacer otra cosa que huir en el espacio y solamente se les ve caer. El cometa tiene su asiento propio, por cuya razón no se ve expulsado tan pronto y termina su carrera: no se extingue, sino que se aleja del alcance de nuestra vista. Si fuese estrella, dirán, se movería en el zodiaco. Pero ¿quién puede poner límite fijo á los astros? ¿quién encerrar estrechamente ciertos seres divinos? Esos mismos planetas que te parecen ser los únicos que se mueven, recorren órbitas diferentes. ¿Por qué no ha de haber astros que sigan direcciones especiales y muy alejadas de las de los planetas? ¿Por qué ha de ser inaccesible alguna región del cielo? Si pretendes absolutamente que todo planeta toque al zodiaco, el cometa puede tener círculo tan amplio que coincida en algún punto, lo cual no es necesario, pero sí posible.

XXIV. Considera si no es más digno de la grandeza del mundo dividirlo en millares de caminos diferentes, que admitir un sendero solo y hacer de las demás partes desierto enorme. ¿Crees acaso que en este inmenso y hermoso conjunto, entre esos innumerables astros que embe-

llecen con su variedad la noche y no dejan jamás el aire vacío y sin acción, solamente cinco estrellas tengan movimiento libre y las demás permanezcan quietas como pueblo inmóvil y fijo? Si se me pregunta ahora en qué consiste que no se ha observado el curso de los cometas, como el de las estrellas errantes, contestaré que hay mil cosas cuya existencia admitimos, á la vez que ignoramos cómo son. Todos convienen en que tenemos un alma, cuyo imperio unas veces nos excita y otra nos repele; pero qué sea esta alma, quién este jefe, este regulador de nosotros mismos, nadie nos lo explicará, como no nos dirá tampoco dónde tiene su asiento. Uno dice: es un soplo; otro contesta: es una armonía; éste la llama fuerza divina; aquél, aire eminentemente sutil; el otro, poder inmaterial. No falta quien la hace consistir en la sangre, en el calor vital. Tan incapaz es esta alma de ver con claridad las demás cosas, que todavía está buscándose á sí misma.

XXV. ¿Por qué, pues, hemos de admirarnos si los cometas, esos raros espectáculos del mundo, no están reducidos aún á leyes fijas, y no se sepa de dónde vienen, ni dónde se detienen, siendo así que sus reapariciones no tienen lugar sino á inmensos intervalos? No han pasado aún mil quinientos años desde que Grecia

..... stellis numeros et nomina fecit (1).

Hoy todavía existen muchos pueblos que solamente conocen el cielo de vista y no saben por qué se eclipsa la Luna y se oscurece. Nosotros mismos tenemos desde muy poco tiempo ha conocimiento seguro de esto. Día llegará en que lo que es misterio para nosotros quede esclarecido por el trascurso de los años. No basta la vida de un hombre para tan grandes investigaciones; aunque la consagrarse exclusivamente á la contemplación del cielo. ¿Qué ha de

(1) Contó el número y dió nombre á las estrellas.

suceder si tan escaso número de años los dividimos, y no por mitad, entre el estudio y los vicios? Estos fenómenos se explicarán sucesivamente y á largos periodos. Tiempo llegará en que nuestros descendientes se asombrarán de que hayamos ignorado cosas tan sencillas. De ayer conocemos la aparición matutina y vespertina, la estación, el momento en que avanzan en línea recta, la causa por que retroceden esos cinco planetas que tenemos á la vista, y cuya presencia en diferentes puntos nos obliga á ser curiosos. Las inmersiones de Júpiter, su ocaso, su marcha retrógrada, porque así han denominado su movimiento de retirada, hace muy pocos años que nos son familiares. Sabios ha habido que nos han dicho: Os equivocáis si suponéis que alguna estrella puede estar parada ó desviarse de su carrera: todas marchan hacia adelante, todas obedecen á su primitiva dirección. Su curso terminará con su existencia. Esta obra eterna tiene movimientos irrevocables; si alguna vez se detiene, es porque sobrevendrán obstáculos que hasta ahora ha hecho impotentes la marcha igual y ordenada del universo.

XXVI. ¿Por qué, pues, hay astros que retroceden al parecer? La concurrencia del Sol les da apariencias de lentitud, y la naturaleza de las órbitas y círculos es de tal suerte, que en ciertos momentos engaña al observador. Así también las naves, aun navegando viento en popa, parecen inmóviles. Algún día existirá quien demuestre en qué parte del cielo vagan los cometas; por qué caminan tan separados de los demás astros; cuál es su magnitud, cuál su naturaleza. Contentémonos con lo que se ha descubierto hasta el presente, y que nuestra posteridad tenga también su parte de verdad que descubrir. Las estrellas, dicen, no son transparentes, y la vista pasa á través de los cometas. Si esto sucede, no es á través del cuerpo del cometa, que es fuego denso y sólido, sino á través del rastro de luz esparcida en forma de cabellera que le rodea. Ves

por los intervalos del fuego, pero no á través del fuego mismo. Toda estrella es redonda, dicen también, y los cometas son alargados, de lo que se deduce que no son estrellas. Pero ¿quién te concedera que los cometas son alargados? Tienen naturalmente como los demás astros forma redonda, pero su luz se extiende á lo lejos. De la misma manera que el Sol lanza sus rayos á lo largo y á lo ancho, y presenta sin embargo diferente forma que sus oleadas luminosas, así también el cuerpo de los cometas es redondo, pero su luz se nos presenta más prolongada que la de las demás estrellas.

XXVII. ¿Por qué? preguntarás. Dime tú antes por qué refleja la Luna una luz tan diferente de la del Sol, recibiendo de él. Por qué se muestra unas veces roja y otras pálida. Por qué queda lívida y oscurecida cuando está privada de la presencia del Sol. Así como todos estos cuerpos son astros, no obstante su desemejanza, ¿per qué no han de ser eternos los cometas y tener igual naturaleza que aquéllos á pesar de la diferencia de aspecto? Si consideras bien el universo mismo, ¿no está formado de partes diversas? ¿A qué se debe que el sol sea ardiente siempre en el signo del León y abrasé entonces la tierra, mientras que en Acuario hace el invierno más intenso y cierra los ríos con barreras de hielo? Los dos signos, sin embargo, tienen igual condición, aunque sus efectos y naturaleza sean muy diferentes. Aries se alza en muy poco tiempo; Libra es de los más tardíos, y no por esto dejan de tener estos dos signos igual naturaleza, á pesar de la velocidad del uno y de la lentitud del otro. ¿No ves cuán contrarios son entre sí los elementos? Son pesados ó ligeros, fríos ó cálidos, húmedos ó secos. La armonía del universo resulta de estas discordancias. Niegas que el cometa sea un astro, porque su forma no corresponde con el ejemplar, ni es igual á los demás. Pero considera cuán poco se parece el astro que necesita treinta años para recorrer su órbita, al que la re-

corre en uno. La naturaleza no ha sujetado sus obras á una forma única, estando orgullosa con su misma variedad. Hizo un astro más grande, otro más rápido, éste más poderoso, más moderada la acción de aquél; algunos, puestos por ella fuera del grupo general, marchan aislados y con más brillo; otros forman la multitud. Ignora el poder de la naturaleza quien cree que no ha podido hacer jamás otra cosa que lo que hace ordinariamente. No muestra con frecuencia cometas; les ha designado puesto separado, períodos diferentes y movimientos muy distintos de los de los planetas. Ha querido realzar la grandeza de su obra con sus apariciones, demasiado bellas para que se las crea casuales, ora se atiende á su magnitud, ora se atiende á su brillo, más ardiente y más intenso que el de los demás astros. Tiene su faz de singular y notable, que en vez de estar encerrada y condensada en pequeño círculo, se despliega libremente y ocupa por sí sola el espacio de muchas estrellas.

XXVIII. Aristóteles dice que los cometas presagian tempestades, vientos violentos y abundantes lluvias. ¿Y qué? ¿no crees que los astros pueden anunciar lo venidero? Sin duda no es señal de tempestad, como lo es de futura lluvia que una lámpara chisporrotee, forme gruesa pavesa (1), ó como es señal de tiempo rudo que el cuervo marino recorra jugando las playas desiertas, ó la garza se lance en rauda vuelo desde sus charcas á las nubes (2), sino que es pronóstico general, como lo es el del equinoccio que cambia la temperatura haciéndola más cálida ó más fría, ó como predicen los Caldeos, según la buena ó mala estrella bajo que se nace. Lo cierto es que no para el momento mismo anuncia el cometa los vientos y la lluvia, según añade Aristóteles, sino que hace

(1) Scintillare oleum, et putres conrescere fungos.

(2) In sicco ludunt fulicæ; notasque paludes
Deserit, atque altam supra volat ardea nubem.

sospechoso al año entero. Dedúcese de esto que el cometa no recibe los pronósticos de los elementos vecinos y para época inmediata; los recibe de más lejos, y proceden de la misteriosa ley del mundo. El que apareció bajo el consulado de Patérculo y Vospico, realizó lo que predijeron Aristóteles y Theofrasto, quedando en Acaya como también en Macedonia ciudades destruidas por los terremotos. La lentitud de los cometas, según Aristóteles, demuestra su pesadez y que contienen muchas partes terrestres; también lo demuestra así su marcha, porque casi siempre se dirigen á los polos.

XXIX. Ambos asertos son falsos. Hablaré desde luego del primero. ¡Cómo! ¿Los que marchan despacio son más pesados? ¿Por qué? Saturno, el planeta que emplea más tiempo en recorrer su órbita, será el más pesado, siendo argumento que demuestra su ligereza el hecho de encontrarse más alto que los demás. Pero, dirás, recorre un círculo mayor; su velocidad no es más pequeña, sino más larga su carrera. Ten presente que puedo decir otro tanto de los cometas, aunque su marcha fuese más lenta. Pero es falso que sean más lentos. El último cometa recorrió en seis meses la mitad del cielo: el anterior empleó menos tiempo en desaparecer. Pero dices también: son pesados, puesto que descienden. En primer lugar, no es descender moverse circularmente; además, el último cometa, que partió del Septentrión, avanzó por el Occidente hacia el meridiano, y á fuerza de elevarse desapareció de nuestra vista. El otro, el Claudiano, se vió primeramente al Septentrión, y no cesó de subir en línea recta hasta que desapareció. Esto es cuanto acerca de los cometas sé de interesante para mí y para los demás. Si es cierto ó no, discútanlo los que sepan lo verdadero. En cuanto á nosotros, solamente podemos investigar á tientas, caminar en la oscuridad y por conjeturas, sin tener seguridad de encontrar lo cierto, pero también sin desesperar de ello.

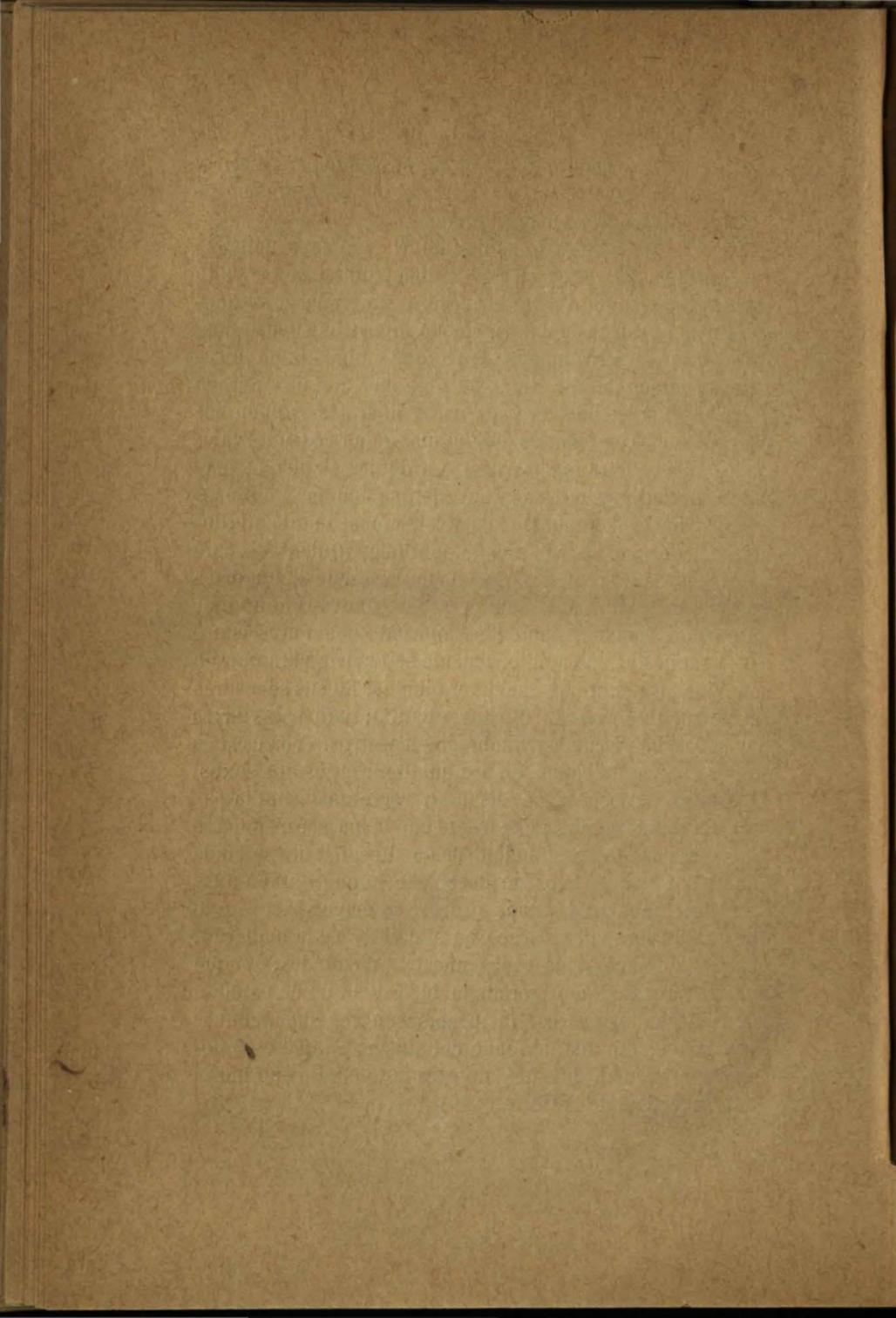
XXX. Egregiamente dijo Aristóteles: Nunca debemos ser más circunspectos que cuando hablamos de los dioses. Si penetramos en los templos con recogimiento, si no nos acercamos á un sacrificio sino con los ojos bajos y la toga recogida, si en toda nuestra actitud mostramos respeto, ¿cuánto mayor debemos demostrarlo cuando se discute acerca de los astros, los planetas, la naturaleza de los dioses, para no afirmar nada temerario, irreverente ó falso, ni mentir á sabiendas? No debe admirarnos que tanto tiempo se emplee en descubrir lo que se encuentra tan profundamente oculto. Panætio y los que pretenden que los cometas no son astros ordinarios, sino falsas apariencias de estrellas, examinaron cuidadosamente si todas las estaciones son igualmente idóneas para su aparición; si todas las regiones del cielo pueden engendrarlos; si pueden formarse en todas partes á donde pueden dirigirse, y otras muchas cuestiones que desaparecen en el acto, si, como digo, no son fuegos fortuitos, si entran en la constitución misma del cielo, que los presenta rara vez y los mueve en secreto. ¡Cuántos otros cuerpos giran invisibles en el espacio sin presentarse jamás á la vista del hombre! No lo ha hecho todo Dios para nosotros. ¡Qué pequeña parte de ese inmenso conjunto se otorga á nuestras miradas! El árbitro, el creador de tantos prodigios, el fundador de ese gran conjunto del que se hizo centro; siendo la parte más importante y mejor de su obra, se oculta á nuestros ojos y solamente con el pensamiento podemos verlo.

XXXI. Muchos otros poderes, cercanos al supremo nomen por su fuerza y naturaleza, nos son desconocidos, ó tal vez, y esto es más admirable aún, escapan á nuestra vista á fuerza de deslumbrarla, bien porque sustancias tan tennes no son apreciables á los ojos de los hombres, bien porque su majestuosa santidad se oculta en profundo retiro para gobernar su imperio, es decir, á sí mismas, y no dejar acceso mas que al alma. Qué sea este sér sin el cual

nada puede existir, lo ignoramos; ¿y nos admira no conocer mas que imperfectamente algunos puntos luminosos, cuando se nos oculta ese Dios que es la parte más principal del universo? ¡Cuántos animales no conocemos sino desde el siglo actual! ¡Cuántos otros no conocemos y conocerán nuestros descendientes! ¡Cuántas cosas están reservadas para las edades venideras, cuando no exista ni siquiera nuestra memoria! Cosa pequeña sería el mundo si no encerrase el gran misterio que todos deben investigar. Eleusis guarda secretos para los que vuelven á verla. Así también la naturaleza no se muestra completamente desde luego. Nos creemos iniciados, y estamos aún á las puertas del templo. No se muestran sus arcanos indistintamente y á todo mortal, sino que están recogidos y encerrados en el interior del santuario. Este siglo verá algunos, y otros se revelarán en la edad que nos reemplace. ¿Cuándo llegarán estas cosas á nuestro conocimiento? Los grandes descubrimientos no son rápidos, sobre todo cuando languidecen los esfuerzos. Una sola cosa hay á la que tendemos con toda la fuerza de nuestra alma y que no alcanzamos aún: á ser pésimos. Nuestros vicios pueden progresar más. El lujo puede enamorarse aún de nuevas locuras; el libertinaje inventa contra sí mismo nuevos ultrajes; la vida muelle que debilita y consume puede aumentar todavía sus dañosos refinamientos. Aún no hemos abandonado por completo toda virilidad. Lo que nos queda de buenas costumbres desaparece bajo la elegancia y brillantez de nuestros cuerpos. Hemos vencido á las mujeres en afeites; los colores de las meretrices, que nuestras matronas rechazaron, los hemos adoptado nosotros. Aféctanse actitudes afeminadas, paso inseguro y delicado: no andamos, nos deslizamos; nos adornamos los dedos con anillos, y en cada falange brilla una piedra preciosa. Diariamente imaginamos nuevos medios para degradar nuestro sexo ó disfrazarlo, no pudiendo rechazarlo. Uno se amputa lo que le hace hombre; el otro

busca el asilo deshonrado del circo, se vende para morir y se arma para hacerse infame. Hasta el indigente mismo es libre para satisfacer su desenfreno.

XXXII. ¿Te admira que la sabiduría no haya completado todavía su obra? La inmoralidad no ha conseguido todo su desarrollo. Acaba de nacer, y sin embargo le consagramos nuestros cuidados, siendo ministros suyos nuestros ojos y nuestras manos. Pero ¿qué amigos tiene la sabiduría? ¿quién la cree digna de algo más que una mirada al pasar? Y á la filosofía y las artes liberales, ¿quién les concede otros momentos que el que dejan los intervalos de los juegos ó un día lluvioso, es decir, el tiempo perdido? Por esta razón desaparecen tantas familias de filósofos por falta de sucesores. Los Académicos, tanto antiguos como modernos, no han dejado pontífice. ¿Quién enseñará os preceptos pyrronianos? La impopular escuela pitagórica no tiene maestro. La de Sextio, que la renovaba con vigor puramente romano, habiendo empezado con entusiasmo, está ya muerta. En cambio, ¡cuánto se trabaja para que no se olvide el nombre de cualquier mímico! En sus sucesores revive la noble raza de Pilades y Batilio; para estas artes hay sobrados discípulos y sobrados maestros. Cada casa es ruidoso teatro de bailes, en los que figuran los dos sexos. El esposo y la esposa se disputan recíprocamente la pareja. En seguida, cansada la frente con la máscara, se corre á los parajes de prostitución. De la filosofía no se cuida nadie. Así es que, lejos de descubrir lo que escapó á las investigaciones de nuestros padres, la mayor parte de lo que descubrieron desaparece en el olvido. Y sin embargo, aunque la dedicásemos todas nuestras facultades; aunque nuestra juventud morigerada la hiciese su único estudio, la enseñasen los padres, la aprendiesen los hijos, apenas llegaríamos, á fe mía, al fondo del abismo en que está colocada la verdad, que hoy nuestra indolente mano busca en la superficie de la tierra.



CONSOLACIÓN Á HELVIA.

1. Muchas veces, oh madre excelente, he sentido impulsos para consolarte, y muchas veces también me he contenido. Movíanme varias cosas á atreverme: en primer lugar, me parecía que quedaría libre de todos mis disgustos si lograba, ya que no secar tus lágrimas, contenerlas al menos un instante: además no dudaba que tendría autoridad para despertar tu alma, si sacudía mi letargo; y en último lugar temía que, no venciendo á la fortuna, venciese ella á alguno de los míos. Así es que quería con todas mis fuerzas, poniendo la mano sobre mi herida, arrastrarme hasta la tuya para cerrarla. Pero otras cosas venían á retrasar mi propósito. Sabía que no se deben combatir de frente los dolores en la violencia de su primer arrebato, porque el consuelo solo hubiese conseguido irritarlo y aumentarlo; así como en todas las enfermedades nada hay tan pernicioso como un remedio prematuro. Esperaba, pues, que tu dolor agotase sus fuerzas por sí mismo, y que, preparado por la dilación para soportar el medicamento, permitiese tocar y cuidar la herida. Además, al leer de nuevo las lecciones que nos dejaron los grandes genios acerca de los medios para contener y corregir la tristeza, no encontraba el ejemplo de alguno que hubiese consolado á

los suyos, siendo él mismo causa de lágrimas para ellos. Con esta nueva duda, vacilaba y temía desgarrar antes tu alma que consolarla. ¿Acaso ne necesitaba palabras nuevas, que nada tuviesen de común con los ordinarios consuelos del vulgo, aquel que, para consolar á los suyos, levantaba de la pira la cabeza? Y es muy natural que la intensidad de un dolor que excede de la medida común, prive de la elección de palabras cuando frecuentemente ahoga también la voz. Voy á intentar de la manera que pueda ser tu consolador, no porque confie en mi ingenio, sino porque puedo ser para tí la consolación más eficaz. Al que nunca has negado nada, no te negarás ahora (aunque toda tristeza es contumaz), y espero poner término á tu pesar.

II. Ya ves cuánto me prometo de tu indulgencia: no dudo ser más poderoso para contigo que el dolor, que es omnipotente con los desgraciados. Así, pues, lejos de trabar combate bruscamente con él, quiero ante todo defenderle y alimentarle: despertaré todas sus causas y abriré de nuevo todas las heridas. Diráse: «Extraña manera de consolar, la de recordar las penas olvidadas; colocar el corazón en presencia de todas sus amarguras, cuando apenas puede soportar una sola.» Pero reflexiónese qué males bastante peligrosos para aumentar á pesar de los remedios, se curan con los medicamentos contrarios. Voy, pues, á rodear tu dolor de todos sus lutos, de todo su lúgubre aparato; esto no será aplicar calmantes, sino el hierro y el fuego. ¿Qué conseguiré? Que te avergüence, después de haber triunfado de tantas miserias, no saber soportar una herida sola en un cuerpo cubierto de cicatrices. Lloren largamente y giman aquellos cuyos delicados ánimos enervó prolongada felicidad, abatiéndoles la contrariedad más ligera que cae sobre ellos; pero aquellos cuyos años han trascurrido entre calamidades, soportan los dolores más intensos con inquebrantable y firme constancia. La asi-

duidad del infortunio tiene algo bueno, y es que, atormentando sin descanso, concluye por endurecer. La fortuna no te dió ni un solo día sobre el que no hiciese pesar la desgracia, ni siquiera exceptuó el de tu nacimiento. Apenas nacida, perdiste á tu madre, ó más bien, al venir al mundo, y en cierta manera fuiste arrojada á la vida. Creciste bajo una madrastra, y por medio de la dulzura y cariño que pueden encontrarse en una hija buena, la obligaste á trocarse en madre; sin embargo, nadie hay que no haya pagado caro madrastra aun siendo buena. A tu tío, que tanto te quería, tan excelente y esforzado, lo perdiste cuando esperabas la hora de su llegada. Y como si temiese la fortuna herirte menos dividiendo sus golpes, treinta días después llevaste al sepulcro un esposo al que amabas tiernamente y que te había hecho madre de tres hijos. Llorosa como estabas, vinieron á anunciarte nuevos quebrantos con la ausencia de tus hijos: parecía que todos los males se habían puesto de acuerdo para caer á la vez sobre tí, para no dejarte donde reposar tu dolor. Omito tantos peligros y temores, cuyos ataques has soportado y que se sucedían sin interrupción. En otro tiempo, sobre el mismo seno que tus tres hijos acababan de dejar, recogías los huesos de tus tres nietos. Veinte días después de haber dado sepultura á mi hijo, muerto en tus brazos y entre tus besos, oíste que te era arrebatado yo: todavía te faltaba llorar por los vivos.

III. La herida más grave de cuantas ha recibido tu pecho es esta última, lo confieso, porque no rasgó solamente la piel, sino que penetró en medio de tu corazón y de tus entrañas. Pero de la misma manera que los soldados bisoños vociferan á la herida más ligera, temiendo menos la espada que la mano del médico, mientras que los veteranos, aunque atrevesados de parte á parte, se prestan pacientemente y sin gemir al filo del acero como si se tratase de cuerpo extraño; así también debes prestarte tú hoy

á la operación. Rechaza de tí los sollozos, lamentos y agitadas manifestaciones que de ordinario lleva consigo el dolor de la mujer; porque habrás perdido todo el provecho de tantos males si no has aprendido aún á ser desgraciada. ¿Ves acaso que te trato con timidez? Nada he suprimido de tus males; todos te los he presentado ante los ojos, haciéndolo con resolución, porque pretendo triunfar de tu dolor y no atenuarlo.

IV. Y creo que lo venceré, si primeramente te demuestro que nada sufro que pueda hacerme pasar por desgraciado, y menos aún para hacer desgraciados á los que me tocan de cerca; si hablando en seguida de tí, te pruebo que tu suerte no es tampoco más deplorable, puesto que depende por completo de la mía. Te diré en primer lugar lo que tu cariño tiene prisa por saber: que no experimente ningún mal; y si no te convengo, te demostraré hasta la evidencia que no me son intolerables las penas de que me crees agobiado. Si no pudieses creerlo, mayor razón tendría para felicitar me al encontrar la dicha en medio de cosas que ordinariamente forman la desgracia de los demás. No creas lo que otros te digan de mí: para libertarte de inquietudes por opiniones inciertas, yo mismo te aseguro que no soy desgraciado. Y añadiré, para tranquilizarte más, que ni siquiera puedo llegar á serlo.

V. Todos hemos nacido para la felicidad, si no salimos de nuestra condición. La naturaleza ha querido que para vivir felices no se necesite grande aparato: cada cual puede labrarse su dicha. Las cosas adventicias tienen poco peso, y no pueden obrar con fuerza en ningún sentido: la prosperidad no eleva al sabio, ni la adversidad puede abatirle, porque ha trabajado sin cesar en aglomerar cuanto ha podido dentro de sí mismo y en buscar en su interior toda su alegría. ¡Cómo! ¿quiero llamarme sabio? de ningún modo; porque si pretendiese serlo, no solamente negaría que soy desgraciado, sino que me procla-

maría el más feliz de todos, siendo casi igual á Dios. Hasta ahora, y esto basta para dulcificar todos mis dolores, no he hecho más que entregarme en manos de los sabios: siendo demasiado débil para defenderme por mí mismo, he buscado refugio en el campamento de aquellos que fácilmente defienden su cuerpo y sus bienes. Estos son los que me han aconsejado permanecer constantemente de pie, como centinela; prever todas las empresas y ataques de la fortuna mucho antes de que se realicen. La fortuna agobia á aquellos sobre quienes cae de improviso: el que vigila constantemente la vence sin trabajo. Así el enemigo, al llegar, derriba á aquellos que encuentra desprevenidos; pero los que se prepararon antes de la guerra para la guerra próxima, dispuestos y ordenados, sostienen sin dificultad el primer choque, que es el más violento. Nunca confié en la fortuna, hasta cuando parecía que ajustaba paces conmigo. Todos los favores con que me colmaba, riquezas, honores, gloria, los he colocado en un paraje donde pudiese ella recobrarlos sin conmoverme. Intervalo muy grande he establecido entre esas cosas y yo, por cuya razón me las ha arrebatado sin arrancármelas. Los reveses solamente abaten al ánimo engañado por los triunfos. Los que se adhieren á los dones de la fortuna como á bienes personales y duraderos, y por ellos quisieron se les rindiera homenaje, se abaten y afligen cuando su alma, vana y frívola, que no conoce los placeres sólidos, queda privada de esos goces engañosos y pasajeros. Pero aquel á quien no hincha la prosperidad, no queda consternado por los reveses, oponiendo á la favorable y adversa fortuna ánimo invencible y probada firmeza, porque en la prosperidad ensaya sus fuerzas contra la desgracia. Por esta razón he creído siempre que no hay nada de verdadero en esas cosas que todos los hombres desean: las he encontrado vacías, adornadas con exterioridades seductoras y engañosas y sin tener nada en el fondo que correspondiese á las

apariencias. En lo que llaman males, no encuentro todo lo espantoso y terrible con que me amenazaba la opinión vulgar. La palabra misma, tal es la preocupación sobre la cual todos están de acuerdo, llega con aspereza al oído, siendo cosa lúgubre que no se escucha sin horror: así le quiso el pueblo; pero muchos acuerdos del pueblo los de-rogan los sabios.

VI. Removido, pues, el juicio de la multitud, que se deja arrastrar por la primera impresión de las cosas, tales como aparecen, veamos qué es el destierro: en su última expresión, no es más que cambio de lugar. Parecerá que le suprimo sus angustias y que le quito todo lo que tiene de más doloroso, porque acompañan á este cambio cosas muy desagradables, la pobreza, el oprobio, el desprecio. Después contestaré á estos pretendidos males: entretanto quiero examinar primeramente la amargura que en sí encierra este cambio de lugar. «Intolerable es carecer de la patria.» Considera esa multitud á la que apenas bastan las grandes mansiones de la ciudad. Más de la mitad de ella está fuera de su patria. De sus municipios, de sus colonias, de todos los rincones del mundo afluyen aquí. Trae á los unos la ambición, á los otros los deberes de un empleo público, á aquéllos un cargo de embajadores, á éstos el libertinaje que busca una ciudad opulenta, cómoda para sus vicios; á esotros el amor á los estudios liberales; á algunos los espectáculos; atrayendo á otros la amistad, ó la actividad que encuentra vasto teatro para mostrarse en todo lo que puede; traen unos su venal belleza y otros su venal elocuencia. No existe especie de hombres que no venga á esta ciudad, donde tan alto se aprecian las virtudes y los vicios. Manda que á todos ellos se les llame por sus nombres, y pregunta á cada cual de qué familia procede: verás que casi todos han abandonado su morada para venir á esta ciudad grande y bella sin duda, pero que sin embargo no es la suya. Ahora deja esta ciudad, que

en cierta manera puede llamarse la patria común: recorre todas las otras; ni una existe cuyos habitantes no los forme, en su mayor parte, multitud extranjera. Después aléjate de esas orillas, cuyo encanto y delicia atrae á la muchedumbre; ven á estas desiertas playas, á estas islas salvajes, Sciathum y Seriphum, Gyarum y Córcega; no encontrarás ningún destierro donde no habite alguno por su gusto. ¿Dónde hallar paraje más desolado, más abrupto, que este peñasco? ¿más desprovisto de recursos, habitado por gentes más indómitas, erizado de asperezas más amenazadoras y bajo cielo más inclemente? Y sin embargo, aquí se encuentran más extranjeros que ciudadanos. Tan cierto es que el cambio de lugar nada tiene de penoso, que se abandona la patria para venir á esta isla. He conocido á algunos que dicen existir en el hombre cierta necesidad natural de cambiar de asiento y trasladar sus penates. Y verdaderamente, al hombre se ha dado alma inquieta y movediza; nunca permanece tranquila; extiende y pasea su pensamiento en todos los parajes conocidos y desconocidos, vagabunda, impaciente de reposo, aficionada á la novedad. No te admirará esto, si consideras su primer origen. No está formada de este cuerpo terrestre y pesado; descende del espíritu celestial, y naturaleza es de todo lo celestial encontrarse siempre en movimiento y huir arrebatado por rápida carrera. Contempla los astros que iluminan el mundo; no hay uno que se detenga; sin cesar caminan y pasan de un punto á otro; á pesar de que giran con el universo, gravitan sin embargo en sentido inverso; sucesivamente atraviesan todos los signos, y siempre se mueven, siempre viajan. Todos los astros están en revolución continua, en continuo tránsito, y, según ha dispuesto la imperiosa ley de la naturaleza, en perpetua traslación. Cuando hayan recorrido sus órbitas, pasado el número de años que la misma naturaleza ha fijado, comenzarán de nuevo el camino que ya han seguido. Pues bien,

considerando esto, no podrás creer que el alma humana, formada de la misma sustancia que las cosas divinas, soporta á disgusto los viajes y emigraciones, cuando la naturaleza de Dios encuentra en perpetuo y rápido cambio su placer y conservación. Pero dejando las cosas celestes, vuelve á las de la tierra. Verás que los pueblos y naciones han cambiado de patria. ¿Qué significan esas ciudades griegas en medio de países bárbaros? ¿qué significa esa lengua macedónica hablada entre la India y la Persia? La Scitia y toda esa región de naciones feroces é indómitas nos muestran ciudades de Acaya construídas en los litorales del Ponto. Ni los rigores de perpetuo invierno, ni las costumbres de los habitantes, tan salvajes como su clima, han impedido que trasladen muchos allí su morada. El Asia está llena de Atenienses; Mileto ha derramado ciudadanos en setenta y cinco ciudades diferentes. Toda la costa de Italia, bañada por el mar inferior, fué la Grecia mayor. El Asia reivindica á los Toscanos; los Tirios habitan el Africa; los Cartagineses, la España; los Griegos se han introducido en la Galia; los Galos, en la Grecia; los Pirineos no cierran ya el paso á los Germanos; la movilidad humana paseó por soledades impracticables y desconocidas. Estos pueblos llevaban consigo sus niños, sus mujeres y sus padres abrumados por la edad. Unos, después de perderse en grandes rodeos, no decidieron por elección el paraje de su morada, sino que se detuvieron por cansancio en el más inmediato; otros se apoderaron por las armas de las tierras ajenas; algunos que navegaban hacia playas desconocidas quedaron sepultados en el abismo, y otros, en fin, se fijaron en las riberas donde les depositó la falta de lo necesario. No tenían todos iguales razones para abandonar y buscar una patria. Algunos, después de la ruina de sus ciudades, escapando al hierro de sus enemigos, fueron arrojados á extrañas tierras, quedando despojados de lo suyo; á los otros les expulsaron disensiones intestinas; emigraron éstos

para aliviar sus ciudades sobrecargadas de población; á los otros les arrojó la peste, los terremotos frecuentes ú otro insoportable azote de una región desgraciada; el renombre de una comarca fértil y muy celebrada sedujo á los unos, y todos, en fin, abandonaron sus moradas por causas diferentes. Evidente es que nada permanece en el punto en que nació: el género humano se mueve continuamente, y todos los días cambia algo en este vasto conjunto. Echanse los cimientos de ciudades nuevas; otras naciones aparecen, cuando mueren ó cambian de nombre las antiguas, incorporadas á los pueblos vencedores. Y estas traslaciones de los pueblos ¿qué otra cosa son que destierros públicos?

VII. Mas ¿por qué te llevo por tan largo rodeo? ¿habré de citarte á Atenoro, que construyó á Patavium; á Evandro, que colocó en la orilla del Tiber los reinos de los Arcades; á Diomedes y á todos los otros á quienes la guerra de Troya, vencedores y vencidos á la vez, dispersó por ajenas tierras? El Imperio romano lo fundó un desterrado, que huyendo de su patria conquistada, y llevando consigo éxiguos restos, en busca de lejano asilo, la necesidad y el miedo al vencedor le arrojaron á las costas de Italia. Y más adelante, ¿cuántas colonias mandó este pueblo á todas las provincias? Donde el romano vence, habita: para estos cambios de domicilio se alistaban voluntariamente sus hijos, y abandonando su altar doméstico, les seguía al otro lado de los mares el anciano convertido en colono.

VIII. No necesito para mi propósito mayor número de ejemplos; uno, sin embargo, añadiré porque salta á la vista. Esta misma isla ha cambiado muchas veces ya de habitantes. Para no remontarme á épocas que la antigüedad oscurece, dejando la Phocida, los Griegos que actualmente habitan Marsella se establecieron en las orillas de esta isla. Ignórase quién les obligó á ello; si fué la insalubridad del clima, el formidable aspecto de Italia ó la índole de un

mar impetuoso. Debe creerse que no fué causa de su partida la ferocidad de los naturales, puesto que vinieron á mezclarse con los pueblos que eran entonces los más rudos é indómitos de la Galia. Después vinieron á esta isla los Ligurios; los Españoles llegaron después, como atestigua la semejanza de costumbres; conservando hoy de los Cántabros el gorro con que se cubren la cabeza, el calzado y algunas palabras; porque todo su idioma primitivo está alterado por el comercio con Griegos y Ligurios. Mas adelante vinieron dos colonias de ciudadanos romanos, una con Mario y otra con Sila. ¡Tantas veces ha cambiado la población de este peñasco espinoso y árido! En fin, difícilmente encontrarás una tierra que esté habitada aún por sus indígenas: todas las cosas se han mezclado y están amontonadas unas sobre otras; unos pueblos han sucedido á otros. Este ha deseado lo que desdeñaba aquél: el uno fué desterrado de donde lanzó al otro. El hado ha dispuesto que nada en la tierra pudiese fijar para siempre la fortuna. Para soportar estos cambios de lugar, descartando los demás inconvenientes que lleva consigo el destierro, Varrón, el más docto de los Romanos, juzga que nos basta gozar, donde quiera que nos encontremos, de la naturaleza misma. Según M. Bruto, es suficiente para aquellos que parten para el destierro poder llevar con ellos sus virtudes. Si se cree que cada remedio de éstos, considerado separadamente, no es bastante eficaz para consolar al desterrado, necesario es confesar que empleados á la vez tienen poderosa fuerza. ¡Qué poco vale lo que perdemos! Dos cosas excelentes nos seguirán á donde quiera que vayamos: la naturaleza que es común á todos, y la virtud que nos es propia. Así lo quiso, créeme, aquel, sea quienquiera, que dió la fortuna al universo; sea un Dios, señor de todas las cosas, sea una razón incorpórea, arquitecto de estas obras maravillosas, sea un espíritu divino repartido con igual energía en los cuerpos más grandes y en los más pe-

queños, sea un destino y encadenamiento inmutable de las cosas ligadas entre sí; así, pues, lo repito, lo ha querido, para no dejar caer en arbitrio ajeno otra cosa que lo más despreciable de nuestros bienes. Lo más excelente del hombre está fuera del poder humano; no se le puede dar ni quitar: hablo del mundo, la creación más bella y brillante de la naturaleza; de esta alma hecha para contemplar y admirar el mundo, del que ella á su vez es la parte más magnífica; esta alma que nos pertenece en propiedad y para siempre, que debe durar tanto como duremos nosotros. Marchemos, pues, contentos, erguidos y con paso firme á donde nos lleve el hado.

IX. Recorramos todas las tierras; ni una sola encontraremos en el mundo que sea extraña al hombre. Desde todas ellas se eleva nuestra mirada á igual distancia hacia el cielo; y el mismo intervalo separa las cosas divinas de las humanas. Mientras no se prive á mis ojos de este espectáculo de que no se sacian, con tal que se me permita contemplar la luna y el sol, sumergir mi vista en los demás astros, interrogar su salida y su ocaso, su distancia y las causas de su marcha, unas veces rápida, otras lenta; admirar durante las noches tantas brillantes estrellas, inmóviles unas, desviándose ligeramente otras, pero girando siempre en la órbita que tienen trazada, y en tanto que unas se lanzan de pronto, otras nos deslumbran con un rastro brillante como si fuesen á caer, ó vuelan arrastrando en pos inflamada cabellera; con tal que viva en esta compañía, y me mezcle, en cuanto puede mezclarse el hombre, á las cosas del cielo; con tal que mi alma, aspirando á contemplar los mundos que participan de su naturaleza, se mantenga en las regiones sublimes, ¿qué me importa lo que piso? Y sin embargo, la tierra en que me encuentro no es abundante en árboles fructíferos ó umbrosos; no la surcan ríos anchos y navegables; no produce nada que vengan á pedirla los otros pueblos, bastando apenas para

sustentar á sus habitantes: no se labran aquí piedras preciosas, ni se registran venas de oro y de plata. Estrecho es el ánimo al que encantan las cosas de la tierra: volvámonos hacia aquellas que aparecen igualmente en todas partes, que en todas brillan lo mismo, y persuadámonos de que las otras, con los errores y preocupaciones que engendran, son obstáculo para la verdadera felicidad. Cuanto más largos hayamos hecho nuestros pórticos, cuanto más hayamos elevado nuestras torres, extendido nuestros dominios, ahondado nuestras grutas de estío y más atrevida sea la techumbre que cubra nuestra sala de festines, más habremos hecho para ocultarnos el cielo. La suerte te ha arrojado á un país donde el edificio más grande es una cabaña. Debil será tu corazón y muy bajo buscarás consuelos, si para vivir animosamente en ese asilo necesitas pensar en la cabaña de Rómulo. Dí más bien: Este humilde tugurio es asilo de virtudes; y superior en magnificencia será á todos los templos, cuando se vea en él la justicia con la continencia, la sabiduría con la piedad, la ordenada observancia de todos los deberes con la ciencia de las cosas divinas y humanas. Ningun paraje es estrecho cuando puede contener esta multitud de grandes virtudes: no es penoso ningúa destierro, cuando se puede ir á él con este acompañamiento. Bruto, en el libro que escribió sobre la virtud, dice que vió á Marcelo en el destierro de Mitilena, viviendo con cuanta felicidad es compatible con la naturaleza del hombre, y entregado con más entusiasmo que nunca á los estudios elevados. Así añade que, cuando iba á separarse de él, parecíale partir él mismo para el destierro, antes que dejar un desterrado. ¡Oh Marcelo, más dichoso cuando merecías las alabanzas de Bruto, que cuando tu consulado recibía las de la república! ¡Cuán grande fué aquel hombre á quien no se podía abandonar en el destierro sin creerse desterrado uno mismo; que se hizo admirar por un hombre que fué admirado hasta por

el mismo Catón! Bruto refiere también que C. César no quiso detenerse en Mitilena, porque no podía sostener la presencia de aquel noble infortunio. El Senado impetró el regreso de Marcelo con preces públicas; y al ver su luto y su tristeza, se hubiese dicho que aquel día todos participaban del sentimiento de Bruto, y suplicaban, no por Marcelo, sino por ellos mismos, desterrados si habían de vivir lejos de él: y sin embargo, el día más hermoso de su vida fué aquel en que Bruto no pudo abandonarle, cuando César no pudo verle en el destierro. Bruto se afligió, César se avergonzó de volver sin Marcelo. ¿Puedes dudar que aquel grande hombre se animó con estas palabras, para soportar tranquilamente el destierro: «Estar lejos de la patria no es una calamidad; te has imbuído bastante en la filosofía para saber que el sabio en todas partes encuentra su patria? ¿Cómo no? ¿el mismo que te desterró no estuvo por diez años privado de su patria? Verdad es que fué por ensanchar el imperio, pero no por eso dejo de estar privado de la patria. He lo ahora atraído por el Africa, que nos amenaza con nueva guerra; por España, que reaviva las partes vencidas y dominadas; por el pérfido Egipto, por el mundo entero atento para aprovechar nuestras conmociones. ¿Adónde acudirá primero? ¿A qué partido se opondrá? La victoria le paseará por toda la tierra. Que todas las naciones se postren para adorarle: tu vive contento con la admiración de Bruto.» Marcelo soportó, pues, sabiamente su destierro, y el cambio de lugar no alteró nada en su alma, aunque tuviese por compañera la pobreza, en la que nada se encuentra penoso, cuando no se está cegado por esa locura que todo lo trastorna: la avaricia y el lujo. ¡Cuán poco basta, en efecto, para la conservación del hombre! ¿y qué puede faltar al que posee algo de virtud? Por lo que á mi toca, observo que no he perdido riquezas sino cuidados. Limitados son los deseos del cuerpo; quiere preservarse del frío, saciar con alimentos

el hambre y la sed: todo lo que se apetece fuera de esto, es un trabajo que se toma para los vicios y no para las necesidades. No es indispensable registrar todos los Océanos, cargar el vientre con inmenso estrago de animales, ni arrancar conchas en las desconocidas orillas de los mares más remotos. Los dioses y las diosas confundan á aquellos cuyo desenfreno traspasa los límites de tan apetecido imperio. Quieren que se vaya á cazar más allá de Phaso para proveer á su ambiciosa cocina; atrévase á ir en busca de aves hasta entre los Parthos, de los que todavía no nos hemos vengado. De todas partes se hace venir lo que puede satisfacer las exigencias de su desdeñosa gula. De los últimos extremos del Océano se trae lo que apenas recibirá su estómago gastado por los placeres. Vomitan para comer; comen para vomitar: y desdeñan digerir los manjares que han pedido á toda la tierra. Al que desprecia todas estas cosas ¿qué daño le hace la pobreza? Y también aprovecha la pobreza al que la desea, porque cura á pesar suyo, y si no acepta los remedios que se ve obligado á tomar, al menos, durante este tiempo, lo que no puede hacer es como si no quisiera hacerlo. C. César, al que creo dió vida la naturaleza para mostrar lo que pueden los grandes vicios en la gran fortuna, comió en una sola cena diez millones de sextercios; y á pesar del auxilio de tantos genios inventivos, apenas pudo gastar en una comida la renta de tres provincias. ¡Desgraciados aquellos cuyo paladar no despierta sino con platos delicados, y no se los hace preciosos su sabor exquisito, ni nada de lo que agrada á las fauces, sino la dificultad de adquirirlos! Si recobraran la sana razón, ¿qué necesidad tendrían de poner tantas industrias al servicio de su vientre? ¿Para qué ese comercio? ¿Para qué ese estrago de bosques? ¿Para qué esos sondeos en los abismos? A cada paso se encuentran alimentos que la naturaleza ha sembrado en todas partes; pero como ciegos pasan á su lado;

errantes van por todas las comarcas; cruzan los mares, y cuando con tan poco podían calmar el hambre, la irritan con grandes gastos.

X. Decirles deseo: ¿Por qué lanzáis naves al mar? ¿por qué armáis vuestras manos contra los animales y contra los hombres? ¿por qué corréis con tanto tumulto? ¿por qué amontonáis riquezas sobre riquezas? ¿No queréis pensar en lo pequeño que es vuestro cuerpo? ¿No es la última locura y el error más grande tener tanta avidez cuando se tiene tan poca capacidad? Aunque aumentéis vuestro censo y ensanchéis vuestros límites, nunca, sin embargo, aumentaréis vuestro cuerpo. Que haya prosperado vuestro comercio, que la guerra os haya producido grandes utilidades, que se amontonen en vuestra mesa manjares traídos de todos los países, no tendréis donde colocar todo ese aparato. ¿Por qué correr en pos de tantas cosas? ¡Sin duda nuestros antepasados, cuya virtud forma todavía el vigor de nuestros vicios, eran muy desgraciados, puesto que con sus propias manos preparaban sus alimentos, tenían por lecho el suelo, sus techos no brillaban aún con el oro, ni centelleaban en sus templos las piedras preciosas! Pero entonces se respetaban los juramentos hechos ante dioses de arcilla, y por no faltar á su fe, el que los había hecho regresaba á morir al campo del enemigo. ¡Sin duda vivía menos feliz nuestro dictador, que prestaba oídos á los enviados de los Samnitas, condimentando por sí mismo en el hogar un alimento grosero, con aquella mano que más de una vez ya había derrotado al enemigo y colocado el laurel del triunfo sobre las rodillas de Júpiter Capitolino; menos dichoso que vivió en nuestros días aquel Apicio que, en una ciudad de donde en otro tiempo se expulsaba á los filósofos como corruptores de la juventud, puso escuela de glotonería, infestando su siglo con vergonzosas doctrinas! Pero conviene referir su fin. Habiendo gastado en la cocina un millón de sextercios y disipado en comidas los

regalos de los príncipes y la inmensa renta del Capitolio, agobiado de deudas, vióse obligado á examinar sus cuentas, y lo hizo por primera vez: calculó que solamente le quedaban diez millones de sextercios, y creyendo que vivir con diez millones de sextercios era vivir en extrema miseria, puso fin á su vida con el veneno. ¡Cuánto desorden el de aquel hombre para quien diez millones de sextercios eran la miseria! Considera ahora si es el estado de nuestro caudal y no el de nuestra alma el que importa para nuestra felicidad.

XI. Alguien se encontró que tuvo miedo á diez millones de sextercios; y lo que otros piden con toda la fuerza de sus deseos, él lo huyó por medio del veneno: aquella posición fué, sin duda, la más saludable que tomó aquel hombre de alma tan depravada. El veneno lo comía y lo bebía cuando no solamente se deleitaba en sus inmensos festines, sino que se gloriaba de ellos, y cuanto más ostentaba sus desórdenes, más atraía toda la ciudad á la contemplación de su desenfreno, más invitaba á imitarle á una juventud naturalmente inclinada al vicio sin necesitar malos ejemplos. Esto sucede á los que no ordenan las riquezas por la razón, que tiene límites fijos, sino por costumbre perversa, cuyos caprichos son inmensos é infinitos. Nada basta á la avidez, y muy poco basta á la naturaleza. No es, pues, desgracia la pobreza en el destierro; porque no hay paraje tan estéril que no produzca abundantemente lo necesario para la subsistencia del desterrado.—¿Pero deseará un vestido, una casa?—Si solamente los desea para el uso, no le faltará seguramente techo ni traje; porque se necesita tan poco para cubrirle como para alimentarle. La naturaleza, al imponer necesidades al hombre, no se las impuso onerosas. Si desea un vestido teñido de púrpura, tejido con oro, esmaltado con diversos colores, trabajado de diferentes maneras, no es á la fortuna sino á sí mismo á quien debe acusar de su pobreza. Aunque le de-

vuelvas lo que has perdido, nada ganarías; porque después de esta restitución, más le faltará aun lo que desea, que le faltó en el destierro lo que poseía. Si desea brillantes vasos de oro, vajilla de plata ennoblecida con el sello de un artista antiguo; esos platos de bronce, considerados preciosos por el capricho de algunos; un rebaño de esclavos, capaz de hacer estrecho el palacio más grande, bestias de carga dispuestas con fingida gordura, pedrerías de todas las naciones; en vano reunirás todo esto para él, porque no conseguirá satisfacer su alma insaciable. De la misma manera, no bastará ninguna bebida para calmar un deseo que no nace de una necesidad, sino de un fuego que abrasa las entrañas; porque ya no es sed, es enfermedad. No acontece esto solamente con el dinero y los alimentos: igual carácter tienen todos los deseos que no proceden de la naturaleza, sino del vicio: por mucho pasto que les deis, no pondréis fin á la avidez, sino que le daréis un aliciente más. Cuando nos contenemos en los límites de la naturaleza se desconoce la miseria; cuando se traspasan, la pobreza nos sigue hasta en la cumbre de la riqueza. El mismo destierro basta para lo que nos es necesario, y los imperios mismos no bastarían para lo superfluo. El alma es la que hace la riqueza: ella es la que sigue al hombre al destierro, y la que, en los desiertos más áridos, mientras encuentra con qué sostener el cuerpo, goza y abunda en sus bienes. Nada importa la riqueza al alma, de la misma manera que á los dioses inmortales, cosas que admiran espíritus oscurecidos y demasiado esclavos de sus cuerpos. Esas piedras, ese oro, esa plata, esas mesas pulimentadas y de vastos contornos, productos son de la tierra, á los que no puede adherirse un alma pura y que tiene presente su origen: ligera y libre de todo cuidado, y dispuesta á remontar á las sublimes moradas, mientras espera este momento, no obstante el peso de sus miembros y de la ruda envoltura que la rodea, recorre el cielo con las rápi-

das alas del pensamiento. Así es que nunca puede conde- narse al destierro esta alma libre, formada de la divina esencia que abraza los mundos y las edades. Su pensa- miento recorre todo el cielo, el tiempo pasado y el veni- dero. Este cuerpo, prisión y lazo del alma, va agitado de aquí para allá: sometido está á suplicios, latrocinios y en- fermedades, pero el alma es sagrada, es eterna, y no es posible que nadie ponga mano en ella.

XII. Y no creas que para alejar los disgustos de la po- breza, penosa tan sólo para los que la imaginan, acudo ex- clusivamente á los preceptos de los sabios. Considera, en primer lugar, cuánto más numerosos son esos pobres que en nada verás más tristes ni más inquietos que los ricos; y lo que es más, ignoro si se encuentran tanto más ale- gres, cuanto menos cargado está de cuidados su ánimo. Pero dejemos á los pobres: vengamos á los ricos. ¡Cuántas veces en su vida se parecen á los pobres! En viaje tienen que reducir su saco, y cuando se ven obligados á caminar de prisa, tienen que despedir su numerosa comitiva. En guerra, ¿qué tienen de todo cuanto poseen, prohibiendo la disciplina militar todo aparato? Y no solamente la condi- ción de los tiempos ó la esterilidad de los parajes les pone al nivel de los pobres; ellos mismos tienen días en que, hastiados de sus riquezas, cenan en el suelo, comen en platos de barro, prescindiendo de la vajilla de oro ó de plata. ¡Locos! lo que desean por algunos días lo temen para siempre. ¡Qué ceguedad! ¡qué ignorancia de la verdad! ¡Huyen de lo que imitan por placer! Por mi parte, cuando recuerdo los ejemplos antiguos, me avergüenzo de buscar consuelos contra la pobreza; porque en nuestro tiempo, de tal manera se ha exagerado el exceso del lujo, que hoy pesa más el equipaje de un desterrado que antes el patri- monio de un personaje. Homero solamente tuvo un siervo, tres Platón, ninguno Zenón, de quien procede la rígida y viril sabiduría de los estoicos; y sin embargo, ¿quién osará

decir que vivieron miserablemente, sin hacerse considerar él mismo como el mayor miserable? Menenio Agripa, aquel mediador de la paz entre el Senado y el pueblo, fué sepultado á expensas del público; Atilio Régulo, mientras combatía á los Cartagineses en Africa, escribía al Senado que su esclavo había huído dejando abandonadas sus tierras; y el Senado, en ausencia de Régulo, las hizo cultivar á sus expensas. La pérdida de un esclavo le valió tener por colono al pueblo romano. Las hijas de Scipión recibieron su dote del tesoro público, porque su padre no les había dejado nada. Justo era sin duda que el pueblo romano pagase una vez tributo á Scipión, cuando anualmente recibía el tributo de Cartago. ¡Dichosos los esposos de aquellas hijas á quienes sirvió de suegro el pueblo romano! ¿Consideras más felices á los que casan á sus mímicos con un millón de sextercios, que á Scipión, cuyas hijas recibieron en dote del Senado, su tutor, una pesada moneda de cobre? ¿Despreciará alguien la pobreza que tan ilustres ejemplos tiene? ¿Se indignará porque algo le falte en el destierro, cuando falta dote á Scipión, mercenario á Régulo, y á Menenio dinero para sus funerales? Estos abogados no solamente hacen respetar, sino amar la pobreza.

XIII. Podrán contestarme: «Procedimiento artificioso es el de separar desgracias que en singular pueden soportarse, y no pueden serlo reunidas. El cambio de lugar es tolerable, si efectivamente solo se cambia de lugar: la pobreza es tolerable si no lleva consigo la ignominia, que es la que puede abatir el ánimo.» Si se pretende asustarme con la multitud de males, contestaré con estas palabras: Si tienes bastante fuerza en tí mismo para rechazar un ataque de la fortuna, debes tenerla también para rechazarlos todos: una vez que la virtud ha endurecido el ánimo, le hace invulnerable por todos lados. Si se libertó de la avaricia, el azote más pernicioso del género humano, no tardará en abandonarle la ambición. Si no consideras el

último día como castigo, sino como una ley de la naturaleza, cuando hayas lanzado de tu corazón el temor á la muerte, no dará entrada á ningún terror. Si consideras que no se han dado al hombre los placeres sensuales para la voluptuosidad, sino para la propagación de la especie, el que no se encuentre manchado con este mal que tan hondamente penetra en nuestras entrañas, verá todas las demás pasiones deslizarse delante de él sin alcanzarle. La razón no rechaza separadamente cada vicio, sino todos á la vez, venciendo con un esfuerzo solo. ¿Crees que el sabio puede ser sensible á la ignominia, cuando encerrándolo todo en sí mismo se separa de las opiniones vulgares? Más aún que la ignominia es la muerte ignominiosa. Y sin embargo, considera á Sócrates, con aquel sereno rostro que en otro tiempo contuvo la insolencia de más de treinta tiranos; entra en su prisión, á la que también debía purgar de ignominia, porque no podía haber cárcel allí donde se encontraba Sócrates. El que tiene cerrados los ojos para contemplar la verdad, ¿por qué considera ignominioso para Catón haber sido rechazado dos veces, cuando pedía en una la pretura y en otra el consulado? La ignominia fué para el consulado y la pretura, á los que Catón hubiese honrado. Solamente es despreciado por los demás el que se desprecia á sí mismo. El ánimo vil y rastrero es el único que puede recibir esta afrenta; pero al que se hace superior á los reveses más grandes de la fortuna, al que domina las desgracias que abaten al vulgo, le protegen las mismas miserias como cintas sagradas: y puesto que así somos, nada debemos admirar tanto como un hombre desgraciado con valor. Llevaban en Atenas Aristides al suplicio: cuantos le encontraban, bajaban los ojos y gemían como si se llevase á perecer no á un hombre justo, sino á la misma justicia. Sin embargo, uno hubo que le escupió en el rostro: Aristides podía indignarse, porque sabía que ninguna boca pura se hubiese atrevido á aquello; pero se

enjugó el semblante, y dijo sonriendo al magistrado que le acompañaba: «Advierte á ése que en adelante no escupa con tanta descompostura.» Esto era afrentar á la misma afrenta. Bien sé que algunos consideran como lo peor de todo el desprecio, pareciéndoles preferible la muerte. A éstos diré que el mismo destierro está con frecuencia exento de todo desprecio. Si el hombre grande cae, grande es también caído, y no debes considerarle más despreciado que esas ruinas de sagrados templos, que se pisan, pero que las personas religiosas veneran como si todavía permaneciesen en pie.

XIV. Así pues, madre querida, como en lo que á mi toca, nada hay que deba hacerte derramar eternas lágrimas, resulta que solamente tus propios sentimientos te hacen llorar. Estos pueden reducirse á dos: porque te afliges, bien porque crees haber perdido un apoyo, ó porque no puedes soportar el dolor de su ausencia. En cuanto á lo primero, muy poco he de decir: conozco tu corazón, y sé que no amas á los tuyos más que por ellos mismos. Aléjense esas madres que ejercen el poder de los hijos con su impotencia femenil; que, porque su sexo las excluye de la vida de los hombres, son ambiciosas por medio de ellos, disipan y captan su patrimonio y fatigan su elocuencia en favor de los demás. Tú te has regocijado profundamente de la fortuna de tus hijos, usando parcamente de ella: tú impusiste siempre límites á nuestra liberalidad, mientras que no los ponías á la tuya: tú, en patria potestad aún, aumentabas el caudal de tus hijos, que ya eran ricos; tú te has mostrado en la administración de nuestro patrimonio tan activa como si hubiese sido tuyo, cuidadosa como si hubiese sido ajeno; nada recibiste de todos nuestros honores más que regocijo y gasto; tu cariño no pensó jamás en el interés. No puedes, pues, en ausencia de tu hijo, desear lo que en presencia suya nunca consideraste como tuyo.

XV. Todos mis consuelos deben dirigirse hacia aquel lado de donde brota con toda su fuerza el dolor maternal: «Estoy privada de los abrazos de mi amado hijo; no gozo de su presencia, de su palabra: ¿dónde está aquel cuyo rostro disipaba la tristeza del mío, en el que depositaba todas mis penas? ¿dónde aquellos coloquios de que me mostraba insaciable? ¿dónde aquellos estudios á los que asistía con más gusto que una mujer, con más familiaridad que una madre? ¿dónde aquellos encuentros y aquella alegría infantil al ver á la madre?» Te representas aún los sitios de nuestros regocijos y expansiones, y no puedes olvidar las impresiones de nuestra reciente conversación, tan á propósito para oprimir tu alma. Porque la fortuna te reservaba todavía esta pena cruel: la de hacerte regresar tranquila y sin sospechar tu desgracia tres días antes de que descargase el golpe. Oportunamente nos había separado la distancia; oportunamente ausencia de muchos años te había preparado para este infortunio: regresaste, no para encontrar alegría al lado de tu hijo, sino para no perder la costumbre de los dolores. Si hubieses partido mucho tiempo antes, habrías sufrido menos; la distancia misma habría suavizado el sentimiento: si no hubieses partido, habrías tenido al menos como último consuelo el placer de ver á tu hijo dos días más. Hoy, gracias á la crueldad del destino, no has estado presente á mi infortunio y no has podido acostumbrarte á mi ausencia. Pero cuanto más terrible es esta desgracia, más indispensable te es recoger todo tu valor, mayor ardimiento necesitas para combatir, hallándote al frente de un enemigo conocido y frecuentemente vencido. No brota tu sangre de cuerpo intacto; has sido herida en tus mismas cicatrices.

XVI. No necesitas buscar excusa en tu condición de mujer, á la que se permiten las lágrimas como por derecho, muy extenso sin duda, pero no ilimitado. Así es que nuestros mayores concedieron diez meses para llorar al

esposo, para transigir por decreto solemne con la obstinación de las tristezas de las mujeres: no prohibieron el luto, pero lo limitaron. Porque dejarse abatir por dolor infinito cuando se pierde una persona querida, es loco cariño; no experimentar ninguno, es inhumana dureza. El equilibrio mejor entre el cariño y la razón es experimentar el dolor y dominarlo. No has de tomar ejemplo de algunas mujeres, cuya tristeza, una vez nacida, no termina hasta la muerte; algunas has conocido que, después de la pérdida de sus hijos, no abandonaron ya el luto: pero una vida que se ha distinguido desde el principio con tanto valor, exige más de tí. No puede acudir á las excusas de mujer aquella que estuvo exenta de todos los defectos femeniles. La impureza, ese vicio dominante de nuestro siglo, no te confundió con la muchedumbre de las mujeres; no te sedujeron las perlas y piedras preciosas; no brillaron ante tus ojos las riquezas como los bienes más preciosos del género humano: cuidadosamente educada en casa antigua y severa, no pudo influir en tí el ejemplo de los malvados, tan peligroso hasta para la virtud. Jamás te avergonzó tu fecundidad como si fuese impropia de tus años: nunca, como las demás mujeres que no buscan otro mérito que el de la belleza, disimulaste el abultamiento de tu vientre como vergonzosa carga; ni ahogaste en tu seno las esperanzas concebidas ya de tu posteridad. Nunca manchaste tu semblante con afeites de prostitutas; jamás gustaste de esos vestidos hechos de manera que todo lo dejen á la vista. Tu único adorno fué el más bello de todos, aquel que el tiempo no detériora; tu único adorno fué la castidad. No puedes, pues, excusar tu dolor con tu condición de mujer: tus virtudes te han elevado más, y lo mismo debes alejarte de los vicios que de las debilidades de tu sexo. Ni las mismas mujeres te permitirán consumirte sobre tu herida; sino que, en cuanto hayas satisfecho al primer impulso de dolor legítimo, te mandarán levantar la

cabeza, aunque no sea más que para contemplar aquellas mujeres á quienes su eminente virtud colocó entre los grandes hombres. Cornelia era madre de doce hijos; el hado los redujo á dos. Si quieres contar los muertos. Cornelia perdió diez; si quieres estimarlos, fueron los Gracos. Y sin embargo, cuando los que lloraban en derredor suyo execraban su destino, prohibiéndoles acusar á la fortuna, que le había dado por hijos á los Gracos. De aquella mujer mereció nacer el que dijo en plena asamblea: «¿Te atreves á maldecir á mi madre, á la que me dió el sér?» Pero las palabras de la madre me parecen más animosas. Los hijos daban alto valor al nacimiento de los Gracos: la madre á su muerte. Rutilia siguió á su hijo Cotta al destierro; su cariño era lazo tan poderoso, que prefirió soportar el destierro á la separación, y no quiso volver á su patria sino con su hijo. Después de su regreso, llegando á ser uno de los ornamentos de la república, le perdió con tanto valor como le había seguido; y después de los funerales de su hijo, nadie la vió llorar. En el destierro ostentó valor; en la muerte, prudencia: porque nada la separó de su piedad; nada la hizo persistir en loca é inútil tristeza. En el número de estas mujeres quiero verte colocada; y puesto que siempre viviste como ellas, bien harás en seguir su ejemplo para moderar y comprimir tu tristeza. Demasiado sé que no se encuentra esto en nuestro poder, que ningún sentimiento se deja dominar, y especialmente el que nace del dolor; porque este es enérgico y rebelde á todo remedio. Algunas veces queremos contener y ahogar nuestros suspiros, pero por nuestro rostro compuesto y fingido se ve correr el llanto. Algunas veces ocupamos nuestro ánimo en los juegos y combates del circo, pero en medio de estos mismos espectáculos que deberían distraerle, se siente abatido por oculta tristeza. Mejor es, pues, vencer el dolor, que engañarle; porque distraído por los placeres, rechazado por las ocupaciones, despierta muy pronto después de acumular

en el reposo fuerzas para desencadenarse; pero el que obedece á la razón, se asegura perpetua tranquilidad. No te indicaré los medios que han usado muchos, tales como buscar el alejamiento en la duración de un viaje, ó distracción en sus atractivos; emplear mucho tiempo en el examen de cuentas y administración de tu patrimonio; en fin, que te ocupes sin cesar en asuntos nuevos: todas estas cosas solamente sirven por breves momentos, no siendo remedios, sino aplazamientos al dolor: por mi parte, prefiero poner término á la aflicción, que engañarla. He aquí por qué te llevo hacia el refugio de todos aquellos que huyen de la fortuna, los estudios liberales; éstos curarán tu herida, éstos te librarán de toda tristeza. Aunque nunca hubieses tenido esta costumbre, hoy habrías de recurrir á ella; pero tú, en cuanto lo permitió la antigua severidad de mi padre, si no llegaste á poseer, al menos absorbiste los conocimientos nobles. ¡Ojalá, menos adherido á las costumbres de los antiguos, mi padre, varón tan virtuoso, te hubiese dejado profundizar, más bien que desflorar, las doctrinas de los sabios! No tendrías ahora que buscar auxilios contra la fortuna, sino que usarías tus armas. A causa de esas mujeres para quienes las letras antes son instrumentos de corrupción que de sabiduría, alentó tan poco mi padre tu afición á los estudios: sin embargo, merced á un genio penetrante, conseguiste más de lo que parecían permitirte las circunstancias, poniendo en tu alma los cimientos de todas las ciencias. Vuelve á ellas ahora, y te darán seguridad, consuelo y alegría: si verdaderamente han penetrado en tu alma, jamás tendrá cabida en ella el dolor, la inquietud, el tormento inútil de vana aflicción: á nada de esto se abrirá tu pecho, porque desde muy antiguo está cerrado á todos los vicios. Aquí tienes seguros guardianes, los únicos que pueden ponerte al abrigo de la fortuna; pero como antes de llegar al puerto que te prometen los estudios necesitas apoyos en que descansar,

quiero mostrarte entre tanto los consuelos que te son propios. Mira á mis hermanos; mientras se encuentren en seguridad, no tienes derecho para acusar á la fortuna: en uno y en otro encontrarás encanto por sus diferentes virtudes: el uno ha conseguido los honores por sus conocimientos, y el otro, por su sabiduría, los ha despreciado. Goza de la grandeza del uno, de la paz del otro y del amor de los dos. Conozco los afectos íntimos de mis hermanos: el uno ha apetecido las dignidades para honrarte; el otro se ha recogido en vida de tranquilidad y reposo para dedicarse por completo á tí. La fortuna ha dispuesto admirablemente tus hijos para proporcionarte apoyo y deleite; puedes descansar en el favor del uno y gozar de los ocios del otro. Ambos rivalizarán en cariño hacia tí, y el amor de dos hijos compensará la pérdida de uno. Puedo asegurarlo con audacia: lo único que te faltará es el número. Fija en seguida los ojos en tus nietos: mira á Marco, ese amable niño á cuyo aspecto no puede resistir ninguna tristeza; no hay en el pecho herida tan profunda ni tan reciente que no puedan dulcificar sus caricias. ¿Qué lágrimas no podría secarte su alegría? ¿Qué corazón contraído por la angustia no se ensancharía con sus gracias? ¿Sobre qué frente no traerían regocijo sus juegos? ¿Qué pensamientos obstinados no desaparecerían al escuchar su encantadora charla que no puede cansar? Ruego á los dioses le concedan sobrevivirnos. ¿Que la crueldad del destino se agote y termine en mí! ¿Que caigan sobre mí todos los dolores de la madre, y sean para mí también todos los de la abuela! Que todos los demás de la familia sean felices cada cual en su condición, y no me quejaré de mi soledad ni de mi suerte. Que sea yo la única víctima expiatoria de la casa que ya no tendrá que gemir. Abraza estrechamente contra tu seno á Novatila, que muy pronto debe darte biznietos: de tal manera me la había apropiado, tan íntimamente la había unido conmigo, que después de haberme perdido,

aunque la queda un padre, puede muy bien pasar por huérfana: ámala también por mí. Hace muy poco que la fortuna le arrebató su madre; tu cariño puede hacer, si no que se consuele de esta pérdida, al menos que no la lamente. Vigila en tanto sus costumbres, en tanto su belleza: los preceptos se graban más hondos cuando se imprimen en tierna edad. Que se alimente con tu enseñanza, que se conforme á tu modelo: mucho le darás, aunque no la des más que el ejemplo. Este deber sagrado servirá de remedio á tus males; porque solamente la razón ó una ocupación honesta pueden arrancar del ánimo las amarguras de piadoso dolor. Si tu padre no se encontrase ausente, también lo contaría entre tus grandes consuelos; considera sin embargo ahora según tu afecto qué sea lo más importante, y comprenderás cuanto más justo es conservarte para él que sacrificarle para mí. Siempre que en sus violentos accesos se apodere de tí el dolor queriendo dominarte, piensa en tu padre: sin duda que, dándole nietos y y biznietos has cesado de ser su hija única; pero á tí sola pertenece conceder el último galardón á esa existencia tan felizmente llevada. Mientras viva él, es un crimen quejarte de vivir tú.

XVII. Hasta ahora he llamado tu consuelo más grande; tu hermana, ese pecho fidelísimo en el que depositas todas tus penas como en el tuyo; esa alma maternal para todos nosotros. Con ella has confundido tus lágrimas; sobre su corazón has recobrado la vida. En tus afectos se inspiró siempre, pero cuando se trata de mí, no se aflige únicamente por tí. En sus brazos fuí á Roma; en su maternal seno convalecí de larga enfermedad; ella fué la que puso en juego su favor para conseguirme la cuestura; y la que no podía sostener sin timidez una conversación ó saludo en voz alta, por su cariño hacia mí triunfó de su modestia. Ni su vida retirada, ni su cortedad, que podría llamarse campesina si se considera la petulancia de muchas mujeres, ni

su quietud, ni la tranquilidad de sus costumbres apacibles y solitarias la impidieron mostrarse hasta ambiciosa por mí. He ahí, querida madre, el consuelo que puede confortarte: únete cuanto puedas á esa hermana y reténla en estrecho abrazo. Los entristecidos suelen huir de lo que más aman, para que nada turbe su dolor: tú debes refugiarte en ella y con todos tus pensamientos: ora quieras conservar el luto de tu alma, ora quieras despojarte de él, en ella encontrarás fin ó compañera á tu dolor. Pero si conozco bien la prudencia de esa mujer perfectísima, no consentirá que te consumas en inútil aflicción, y te citará su propio ejemplo, del que yo fui testigo. En medio de peligrosa navegación perdió á su amado esposo, nuestro tío, al que se había unido siendo virgen: sin embargo, pudo soportar á la vez el dolor y el temor, y triunfando de la tempestad, náufraga valerosa, salvó su cuerpo. ¡Oh, cuántas mujeres hay cuyas bellas acciones se pierden en la oscuridad! Si hubiese vivido en aquellas edades antiguas en que la sencillez sabía admirar las virtudes, ¡cuántos ingenios se hubiesen disputado la gloria de celebrar una esposa que, olvidando su debilidad, despreciando el mar, tan temible hasta para los más intrépidos, entrega su cabeza á los peligros por una sepultura, y ocupada completamente en los funerales de su esposo, no piensa en los suyos! Los poetas han ensalzado en sus versos á la que se ofreció á la muerte en lugar de su esposo; sin embargo, mayor mérito existe en buscar la sepultura con peligro de la vida: el amor es más grande cuando con igual peligro consigue menos. Que nadie se admire ahora por qué durante diez y seis años que su esposo gobernó el Egipto, jamás se presentase en público, jamás recibiese en su casa á nadie de la provincia, jamás solicitase nada de su marido, ni consintiera que la pidiesen nada á ella misma. Así aquella provincia locuaz é ingeniosa para ultrajar á sus prefectos, en la que aquellos mismos que evitaron las faltas no pudieron

escapar á la difamación, le celebra como único modelo de perfección; y, lo que era más difícil aún para hombres que se complacen en los sarcasmos, hasta con peligro de la vida, reprimieran la intemperancia de su lengua, y hoy mismo deseen alguno que se le parezca, aunque no se atrevan á esperarlo. Mucho es haber obtenido durante diez y seis años la aprobación de aquella provincia; pero es mucho más haber sido ignorada. No refiero estos detalles para celebrar todos sus méritos, porque sería aminorarlos mencionarlos tan ligeramente; sino para hacerte apreciar la grandeza de alma de una mujer á la que, ni la ambición ni la avaricia, compañeras y azote de todo poder, consiguieron dominar; de una mujer á la que el temor de la muerte, cuando esperaba el naufragio en su desamparada nave, no impidió abrazarse al cadáver de su esposo y cuidar, no de cómo le salvaría, sino de cómo le llevaría al sepulcro. Necesario es que muestres igual valor, sustraigas tu ánimo al dolor y obres de modo que nadie te suponga arrepentida de tu maternidad. Sin embargo, como á pesar de lo que hagas, tu pensamiento se dirigirá siempre hacia mí y ningún hijo tuyo se presenta con tanta frecuencia á tu memoria, no porque les ames menos, sino porque es natural llevar más veces la mano á la parte dolorida, he aquí cómo debes pensar de mí: me encuentro alegre y contento como en los mejores días: nuestros mejores días son aquellos en que el ánimo, libre de todo cuidado, emprende cómodamente los trabajos, y en tanto encuentra placer en los estudios ligeros, en tanto ávido de verdad se eleva para contemplar su naturaleza y la del universo. Primeramente examina las tierras y su posición; en seguida las leyes del mar que las rodea, sus flujos y reflujos alternos; y después contempla el intervalo que media entre el cielo y la tierra, lleno de asombros, y ese espacio en el que estallan con fragor los truenos, los rayos, el soplo de los vientos y las nubes que lanzan la nieve y el granizo: después

de pasear por las regiones inferiores, álzase á las superiores, goza del magnífico espectáculo de las cosas divinas, y recordando su eternidad, camina en medio de lo que fué y de lo que será en todos los siglos.

CONSOLACIÓN Á MARCIA.

I. Si no supiese, oh Marcia, que tu ánimo no está menos lejos de las debilidades de la mujer que de sus demás vicios, y que se admiran tus costumbres como ejemplo de la antigüedad, no osaría salir al encuentro de tu dolor, cuando hasta los hombres se abandonan al suyo, le conservan y aún acarician; ni me hubiese lisonjeado, en tiempo tan inoportuno, ante juez tan enemigo y con tan grave acusación, de hacerte perdonar tu infortunio. Inspírame confianza la acreditada fortaleza de tu ánimo y tu virtud probada con brillante testimonio. No se ha olvidado tu conducta con relación á tu padre, al que no amabas menos que á tus hijos, con la diferencia de que no esperabas te sobreviviese, aunque ignoro si lo deseaste; porque el amor inmenso se permite cosas superiores á los sentimientos más legítimos. Mientras te fué posible, impediste á tu padre Cremucio Cordo darse la muerte. Cuando te hizo ver que, rodeado por los satélites de Seyano, no le quedaba otro camino para librarse de la servidumbre, sin alentar su designio, vencida, le devolviste las armas y derramaste lágrimas: verdad es que en público las ocultaste, pero no las escondiste bajo alegre frente; y esto en un siglo en que era grande muestra de piedad no hacer

algo impío. Mas en cuanto cambiaron los tiempos, aprovechando la ocasión, pusiste en circulación el genio de tu padre, aquel genio condenado á las llamas; librástele de verdadera muerte, restituyendo á los monumentos públicos los libros que escribió con su sangre aquel varón tan valeroso. Mucho has merecido de las letras romanas, cuyo mejor ornamento había devorado la hoguera: mucho te debe la posteridad, á la que llegarán libres de toda mentira aquellos fieles escritos que tan caros hicieron pagar á su autor. Mucho te debe también él mismo, cuya memoria vive y vivirá mientras se tenga en algo el conocimiento de las cosas romanas; mientras aliente alguien celoso por imitar los hechos de nuestros antepasados; mientras exista uno solo deseoso de saber lo que es un romano, lo que es un hombre indomable, un carácter, un alma, un brazo libre, cuando todas las cervices se doblan y abaten al yugo de Seyano. Pérdida inmensa hubiese experimentado á fe mía la república, de no haber desenterrado tú aquella gloria condenada al olvido por sus dos títulos mejores, la elocuencia y la libertad. Léese, admírase á tu padre, y nuestras manos y corazones lo reciben; ya no tiene nada que temer del tiempo, y muy pronto se habrá olvidado todo lo de sus verdugos, hasta sus crímenes, que fué lo único que les conquistó fama. Esta grandeza de tu alma no me ha permitido atender á tu sexo, ni contemplar tu semblante, que conserva todavía la primera huella de una tristeza que dura ya muchos años. Y mira cuán poco procuro sorprenderte, ni ilusionar tus afectos. Evoco ante tus recuerdos tus desgracias de otros tiempos. Quieres saber si puede curarse tu nueva herida, y te he mostrado la cicatriz de una herida más profunda aún. Obren otros con mayor suavidad, acaricien tu dolor: por mi parte he decidido luchar con él, y secar esas lágrimas que, si he de decirte la verdad, la costumbre, más que el pesar, hace correr de tus ojos exhaustos y enfermos, ayudando tú misma, si es

posible, á tu curación; y si no, á pesar tuyo, aunque retengas en estrecho abrazo al dolor, que has hecho sobrevivir á tu hijo para reemplazarle. ¿Cual será su término? Todo se ha ensayado inútilmente; y las reconvenciones de tus amigos, á quienes has fatigado, y la autoridad de personajes importantes, parientes tuyos, y las bellas letras, preciosa herencia de tu padre, han sido vanos consuelos, apenas capaces de ocupar un instante tu ánimo: tu oído está sordo y pasan sin impresionarte: el tiempo mismo, ese remedio natural que calma las aflicciones más grandes, en tí sola ha perdido su influencia. Tres años han pasado ya, y no ha calmado la primera violencia de tu dolor. Diariamente se renueva y fortalece, habiendo formado derecho con su duración, llegando al punto de avergonzarse de cesar. Así como todos los vicios echan raíces profundas, si no se les arranca en cuanto germinan; así también en un ánimo triste y desgraciado, el dolor, cebándose en él, concluye por alimentarse de sus propias amarguras, y el infortunado encuentra en el pesar censurable goce. Por esta razón hubiese querido emprender tu curación en los primeros días; bastando entonces remedio más ligero para dominar la violencia del mal en su origen, mientras que ahora necesitase mayor energía para corregir el mal inveterado. Fácilmente se cura una herida de la que acaba de correr la sangre: quémase ó se la sondea profundamente entonces; soporta el dedo que la registra; pero una vez corrompida y trocada con el tiempo en úlcera maligna, su curación es más difícil. No es posible ya tratar con suavidad y timidez tan inveterado dolor: es necesario operar con energía.

II. Bien sé que ordinariamente comienzan las exhortaciones con preceptos y terminan con ejemplos; pero conviene que cambie esta costumbre, porque no puede obrarse de la misma manera con todos. Unos ceden á la razón, á otros es necesario citarles grandes nombres cuya autoridad se impone al alma y cuyo brillo la deslumbra. Ante tus ojos

voy á poner dos ejemplos notables de tu sexo y de tu siglo: una de estas dos mujeres se entrega á toda la violencia de su dolor; la otra, afligida por desgracia igualmente grande, pero perdiendo más todavía, no deja sin embargo á su tristeza que domine mucho tiempo en su alma, á la que restituye muy pronto su calma habitual. Octavia y Livia, hermana una, y otra esposa de Augusto, perdieron dos hijos en la juventud, á los cuales estaba asegurado el imperio. Octavia perdió á Marcelo, yerno y sobrino de un príncipe que comenzaba á descansar en él y debía dejarle el peso del mando; joven de espíritu activo y poderoso genio, sobrio y continente de un modo asombroso para su edad y rango, infatigable en el trabajo, enemigo de los placeres, capaz de llevar todo lo que su tío quisiera depositar, ó, por decirlo así, construir sobre sus hombros. Este había elegido una base que no podía ceder bajo ningún peso. Mientras la madre sobrevivió al hijo, no puso término á su llanto y gemidos, ni admitió palabras que distrajesen su dolor, rechazando á cuantos se las dirigían. Fija en el único pensamiento que ocupaba su ánimo, toda su vida permaneció como en los funerales: no osaba levantarse de su abatimiento, y diré más, rehusaba que se le aliviase, creyendo segundo quebranto la renuncia de las lágrimas. No quiso conservar imagen alguna de su querido hijo ni oír jamás hablar de él. Detestando á todas las madres, odiaba especialmente á Livia, porque le parecía que el hijo de ésta heredaba la felicidad prometida al suyo. No amando más que la soledad y el retiro, no mirando ni siquiera á su hermano, rechazó los versos hechos para celebrar la memoria de Marcelo, así como los demás homenajes de las artes, y cerró sus oídos á todo consuelo. Alejóse de todas las ceremonias solemnes; cobró aversión á los esplendores que irradiaba por todas partes la fortuna fraternal y se sepultó en su retiro. Rodeada de sus hijos y de sus nietos, nunca abandonó su lúgubre traje, no sin

ofensa de todos los suyos, porque estando vivos se consideraba sola.

III. Livia había perdido á su hijo Druso, que debía ser un gran príncipe y ya era gran capitán. Había penetrado hasta el fondo de la Germania, y había clavado las águilas romanas á donde apenas se sabía que existían Romanos. Muerto vencedor en aquella campaña, durante su enfermedad, sus mismos enemigos le rodearon de respeto, y consintieron una tregua, no atreviéndose á desear lo que tanto les favorecía. Al honor de esta muerte, porque moría por la República, uníase el inmenso duelo de los ciudadanos de las provincias, de la Italia entera, cuyas colonias y municipios, acudiendo de todas partes á la ceremonia fúnebre, llevaron hasta Roma aquellos despojos en funerales que más bien parecían triunfo. La madre no había podido gozar de los últimos besos del hijo y de las dulces palabras que pronunciara su boca. Siguiendo los tristes restos de Druso en el largo camino del cortejo, había visto brillar en toda Italia innumerables hogueras que reproducían su dolor, como si otras tantas veces hubiese perdido á su hijo; pero en cuanto lo depositó en la tumba, juntamente con él puso su dolor, no gimiendo más de lo que convenía á una hija de Césares y debía gemir una madre. Así fué que no cesó de celebrar el nombre de su Druso, de representárselo en todas partes, en público y en particular, y de complacerse oyendo hablar de él: por el contrario, nadie podía guardar y alimentar el recuerdo de Marcelo sin hacerse un enemigo de la madre. Elige entre estos dos ejemplos el que te parezca más aceptable. Si prefieres seguir el primero, te suprimes del número de los vivos, cobras aversión á los hijos de las demás, á los tuyos, y hasta al mismo que lloras; tu encuentro es siniestro augurio para las madres; rechazas todo placer honesto y lícito como incompatible con tu infortunio; odias la luz y tienes en horror tu vida que no termina bastante pronto lleván-

dote á la tumba: en fin, lo que es más impropio y menos conforme con tu elevado ánimo, tan noble en muchos conceptos, confiesas que no puedes vivir y no te atreves á morir. Pero si te aplicas á imitar á la magnánima Livia, más moderada y tranquila en su dolor, no te dejarás consumir en los tormentos. ¿No es inexplicable demencia la de castigarse por los propios quebrantos y aumentar el número de los males? Esa pureza de costumbres, esa circunspección que has observado toda tu vida brillarán en tu desgracia, porque el dolor también tiene su modestia. Merecerás para tu hijo glorioso descanso nombrándole y recordándole sin cesar, y le colocarás en región más elevada si, de la misma manera que vivo, se presenta todavía á su madre alegre y regocijado.

IV. No te someto á preceptos sobradamente rígidos; no te digo que soportes inhumanamente los dolores humanos, ni vengo á secar los ojos de una madre en el día mismo de los funerales: tomaremos un término medio, y discutiremos «si el dolor debe ser grande ó eterno». No dudo que prefieres el ejemplo de Livia Augusta, á la que trataste familiarmente. Esta te llama á su consejo: en el primer arrebato de su dolor, cuando la aflicción es más intensa y más rebelde, impetró el consuelo de Areo, filósofo de su marido, y confiesa que este filósofo hizo mucho por ella, más que el pueblo romano, al que no quería entristecer con su tristeza; más que Augusto, que vacilaba privado de uno de sus apoyos y no debía caer agobiado por el luto de los suyos; más que su hijo Tiberio, cuyo amor la hizo experimentar, después de aquella pérdida cruel y deplorable para las naciones, que no le faltaba de sus hijos más que el número. Imagino yo que ante una mujer tan celosa por conservar la fama, debió el filósofo comenzar diciéndole: «Hasta hoy, Livia (al menos en cuanto puedo saberlo yo, que soy asiduo compañero de tu esposo, enterado por él, no solamente de lo que de público se dice, sino que

también de los movimientos más secretos de vuestra alma), has cuidado de que no se encontrase en tí nada reprehensible. Tanto en los asuntos más graves como en los más ligeros, has tenido presente no hacer nada por lo cual quisieses que la fama, ese juez libérrimo de los príncipes, te concediese perdón. Y por mi parte también, nada considero mejor, cuando se ocupa el rango supremo, que otorgar muchas mercedes y no recibirlas de nadie. En la ocasión presente debes mostrarte fiel á tus principios, y no debes llegar á donde algún día no quisieras haber llegado.»

V. «Te ruego y suplico además no te hagas difícil é intratable para tus amigos. No debes ignorar que ni uno de ellos sabe cómo comportarse contigo; si alguna vez han de hablar en presencia tuya de Druso, ó callar, cuando olvidar su nombre es ultraje para aquel esclarecido joven, y pronunciarlo lo es para tí. Cuando después de retirarnos de tu lado nos encontramos solos, tributamos los homenajes debidos á sus memorables acciones y palabras: delante de tí guardamos profundo silencio, relativamente á él. De esta manera careces del goce más grande, del elogio de tu hijo, del que, si fuese posible, no dudo quisieras á costa de tu vida prolongar su gloria en la posteridad. Así, pues, permite y hasta provoca las conversaciones en que te hablen de él; presta atento oído á su nombre, á su memoria; que no te pese esto, como á tantas otras que creen en tales quebrantos que es parte de la desgracia escuchar consuelos. Hasta ahora te has apoyado completamente sobre la parte dolorida, y olvidando lo mejor, sólo has considerado tu fortuna por su lado más triste. En vez de recordar los días felices pasados con tu hijo, el encanto de sus expansiones, la dulzura de sus caricias infantiles, sus adelantos en las letras, te complaces en ver las cosas bajo su aspecto más doloroso; y como si no fuesen bastante horribles por sí mismas, las oscureces cuanto puedes. Ruégote no tengas la depravada ambición de consi-

derarte la más desgraciada de las mujeres. Considera al mismo tiempo que no existe verdadera grandeza al mostrar valor en la prosperidad, cuando la vida se desliza por cómodo sendero. Mar tranquilo y viento favorable, no revelan la habilidad del piloto: necesarios son los reveses para que se pruebe la fortaleza del ánimo. No cedas, pues, antes bien, resiste con firmeza y sin retroceder; y por grave que sea el peso que ha caído sobre tí, sopórtale: que el primer ruido solamente te haya asustado. Nada contraría tanto á la fortuna como la igualdad de ánimo.»

Después de esto le mostraría incólume un hijo y los nietos que le dejaba el que había perdido.

VI. Areo ha defendido tu causa, oh Marcia; cambia los nombres, y tú eres á quien ha consolado. Pero supón que se te ha arrebatado más de lo que se arrebató jamás á otra madre (no te adulo, sin duda, ni atenúo tu desgracia): si los hados se ablandan con lágrimas, lloremos los dos; trascurren nuestros días en el duelo; que la tristeza ocupe nuestras noches sin sueño; rasguemos con nuestras propias manos nuestro ensangrentado pecho, y golpeémonos el rostro; que esta provechosa desesperación se ejerza en todo linaje de crueldades. Pero si no hay lágrimas que puedan devolver la vida á los que murieron, si el destino irrevocablemente fijado para la eternidad permanece inmutable ante toda aflicción, y la muerte conserva todo lo que arrebató, cese nuestro dolor, puesto que es inútil. Necesario es gobernar de manera que esta borrasca no nos arroje al través. Torpe es el piloto al que las olas arrebatan el timón, cuando abandona las flotantes velas y entrega la nave á la tempestad; pero debe alabarse á aquel que, en el naufragio mismo, se hunde empuñando la barra y firme en su puesto.

VII. «Pero es natural llorar á los propios.» ¿Quién lo niega cuando se hace con moderación? La ausencia, y con mayor razón la muerte de los que nos son más queridos,

es necesariamente cosa cruel y oprime hasta el ánimo más firme; pero la preocupación nos lleva más lejos de lo que manda la naturaleza. Considera cuán vehementes son los sentimientos en los animales, y sin embargo cuán cortos. Solamente uno ó dos días se oyen los mugidos de las vacas: la carrera vaga y loca de los caballos no dura mucho tiempo. Cuando la fiera ha vuelto algunas veces á su guarida despojada por el cazador, y siguiendo los rastros de sus cachorros, ha recorrido el bosque, en muy poco tiempo extingue su rabia. Las aves lanzan agudos gritos alrededor de su despojado nido, y pocos momentos después se calman y emprenden el acostumbrado vuelo. Ningún animal lamenta por mucho tiempo la pérdida de sus hijos, si no es el hombre, que ayuda á su dolor, no siendo su aflicción como la experimenta, sino como se la propone. Demuestra lo poco natural que es ceder al dolor el hecho de que la misma pérdida apena más á las mujeres que á los hombres; á los bárbaros más que á los pueblos de costumbres dulces y civilizadas; á los ignorantes más que á los instruidos. Ahora bien; lo que debe su fuerza á la naturaleza, la conserva igual en todos los seres, siguiéndose de esto que lo vario no es natural. El fuego quemará á todos, en toda edad, de toda ciudad, tanto á los hombres como á las mujeres: el hierro tendrá sobre todos los cuerpos su propiedad de cortar. ¿Por qué? porque la ha recibido de la naturaleza, que no exceptúa á nadie. Pero la pobreza, el luto, la ambición impresionan diversamente á unos y á otros, según influye en ellos la costumbre, haciéndonos débiles y cobardes haber creído de antemano terrible lo que no debía asustarnos.

VIII. Además, lo que es natural no decrece por la duración, y el tiempo agota el dolor. Por obstinado que sea, por mucho que aumente de día en día, aunque se subleve contra todo remedio, el tiempo, tan eficaz para domar hasta los instintos más feroces, conseguirá mitigarlo. Qué-

date todavía, oh Marcia, un pesar profundo que parece haber formado callo en tu alma, y que al perder su primitivo brío, se ha trocado en más tenaz é insistente: sin embargo, tal como es, los años te lo arrancarán poco á poco. Cuantas veces ocupen tu ánimo otros cuidados, descansarás; pero ahora vigila tú sobre tí misma, y es muy diferente permitirse ó imponerse el pesar. ¿No convendría mucho más á la delicadeza de tus costumbres fijar antes que esperar el término de tu dolor y no prolongarlo hasta el día en que, á pesar tuyo, ha de cesar? Renuncia tú misma á él.

IX. «¿De dónde procede tanta perseverancia en llorar á los nuestros si no la impone la naturaleza?» De que no previendo jamás el mal hasta que cae sobre nosotros, como siuviésemos el privilegio de entrar en vida diferente y más segura, no nos advierten las desgracias ajenas que nos son comunes con ellos. Muchos funerales pasan por delante de nuestra casa y no pensamos en la muerte; muchos fallecimientos prematuros vemos, y solamente nos preocupa la toga de nuestros hijos, sus servicios en los campamentos, el caudal que les dejaremos en herencia: la repentina pobreza de muchos ricos salta á nuestra vista, y nunca se nos ocurre que nuestros bienes, como los suyos, se encuentran sobre pendiente resbaladiza. Necesariamente caemos de más alto, si se nos hiere como de improviso. Cuando desde mucho antes está prevista la desgracia, sus golpes llegan más embotados. ¿Quieres saber que te encuentras expuesta á todos los golpes y que los dardos que han herido á los demás vibran en derredor tuyo? Supón que escalas sin armas una muralla, un fuerte ocupado por muchos enemigos y de rudo acceso: espera la muerte, y piensa que esas piedras, esas flechas y esos dardos que vuelan sobre tu cabeza los lanzan contra tí, siempre que caen á tus lados ó á tu espalda: exclama entonces: «No me engañarás, fortuna; no me oprimirás considerán-

dome yo segura ó estando descuidada. Sé lo que me preparas: hieres á otro, pero te dirijas á mí.» ¿Quién ha considerado jamás sus bienes como si fuese á morir? ¿Cuál de nosotros ha pensado nunca en el destierro, en el luto ó la pobreza? ¿Quién, advertido para pensar en esto, no ha rechazado muy lejos tan siniestro augurio y deseado cayese sobre la cabeza de sus enemigos ó del impertuno consejero? «¡No creas que sucediese!» ¿Y por qué no habías de creerlo, cuando sabes que puede suceder frecuentemente, cuando ves que frecuentemente sucede? Oye este hermoso verso de Publio, que no debe olvidarse:

Cuivis potest accidere, quod cuiquam potest (1).

Aquél perdió á sus hijos y tú también puedes perderlos. Aquél fué condenado, tú puedes serlo también, á pesar de tu inocencia. Éste es el error que nos ciega y afemina: sufrimos lo que nunca habíamos previsto que debíamos sufrir. El que mira á los males futuros, quita su fuerza á los presentes.

X. Todas las cosas, oh Marcia, que nos rodean de pasajero brillo, lujo, honores, riquezas, inmensos pórticos, vestíbulos llenos de clientes á los que se rechaza, esposa ilustre, noble, bella, y los demás bienes que proceden de incierta é inconstante fortuna, solamente son aparato ajeno que nos presta: nada de esto nos da en propiedad: la escena está adornada con decoraciones prestadas que han de devolverse á sus dueños. Hoy se nos quitarán unas, mañana otras y pocas quedarán hasta el fin. Así, pues, no nos envanezcamos como si nos encontrásemos entre cosas nuestras; solamente las tenemos prestadas. No tenemos más que el usufructo; la fortuna limita á su voluntad la duración de sus beneficios: dispuestos debemos

(1) A cualquiera puede acontecer lo que acontece á otro.

estar siempre á devolver lo que se nos dió por tiempo incierto, y á restituir sin murmurar á la primera petición. Péximo deudor es el que insulta á su acreedor. Así, pues, á todos los nuestros, y aquellos á quienes, por el orden natural, deseamos supervivencia, como también á los demás cuyo legítimo deseo es precedernos en la tumba, debemos amarlos en el concepto de que nada nos promete su eternidad, ni siquiera la duración de sus vidas. Advierte á tu corazón que les ame en la inteligencia de que ha de perderlos, más aún, de que los pierde: que posea los dones de la fortuna como bienes sobre los que se ha reservado todos los derechos el señor. Apresúrate á gozar de tus hijos, y recíprocamente, haz que ellos gocen de tí; apura sin dilación toda tu felicidad: nada te asegura el día presente; pongo término muy largo; nada te asegura de esta hora. Necesario es apresurarse; la muerte viene detrás; pronto desaparecerá todo este entusiasmo; muy pronto, al primer grito de alarma plegarán tu tienda. Todo lo de aquí es presa. ¡Desgraciados! ¿ignoráis que vivís huyendo?

Quando te quejas de la muerte de tu hijo, acusas al día de su nacimiento, porque al nacer se le notificó la muerte. Con esta condición se te dió, y el destino le persigue desde que quedó concebido en tu seno. Somos súbditos de la fortuna, reina cruel, inexorable, que nos impone á su capricho lo justo y lo injusto. Nuestros cuerpos serán juguete de su tiranía, de sus ultrajes y crueldades: á unos les quemará como castigo ó como remedio; á otros les encadenará y entregará á sus enemigos ó á sus conciudadanos; á éstos, desnudos y rodando en los movibles mares, después de luchar con las olas, ni siquiera les arrojará á la arena ó á la playa, sino que les alojará en el vientre de algún animal inmenso; á aquellos, después de extenuarles con toda clase de enfermedades, les tendrá largo tiempo suspendidos entre la vida y la muerte. Caprichosa, tornadiza, poco cuidada de sus esclavas, distribuirá al azar castigos y recom-

piensas. ¿Por qué llorar esa parte de la vida? llorarse debe la vida entera. Nuevas desgracias caerán sobre tí antes de que hayas satisfecho á las antiguas. Moderad, pues, vuestra aflicción, mujeres agobiadas por tantos males: el pecho humano ha de repartirse entre muchos temores y muchos sufrimientos.

XI. Y en último caso, ¿por qué olvidas tanto tu condición como la general? Nacida mortal, has concebido mortales: sér corruptible y perecedero, sujeto á tantos accidentes y enfermedades, ¿esperabas que tu frágil materia engendrara la fuerza y la inmortalidad? Tu hijo ha muerto, es decir, ha llegado al término á que caminan todas las cosas, en tu opinión más dichosas que el fruto de tus entrañas. Allí se encamina con paso igual toda esa multitud que ves pleitear en el foro, sentarse en los teatros y orar en los templos. Y los que adoras y los que desprecias, no serán más que una misma ceniza. Esto manda aquella voz que se atribuye al oráculo pythiano: Conócete. ¿Qué es el hombre? Vaso quebrantado, cosa frágil. No se necesita terrible tempestad, una ola basta para destruirlo; al primer choque quedará deshecho. ¿Qué es el hombre? Un cuerpo endeble, débil, desnudo, sin defensa natural, que mendiga el auxilio ajeno, blanco de todos los ultrajes de la naturaleza; que, á pesar de los esfuerzos de sus brazos, es pasto de la primera fiera, es víctima de cualquier enemigo; formado de materia blanda y fluida, que solamente tiene brillantéz en el exterior; indefenso contra el frío, el calor, la fatiga, y en quien la inercia engendra la corrupción; temiendo á sus alimentos, cuya falta ó exceso le matan; de ansiosa y afflictiva conservación, aliento precario, que no puede resistir, que se ahoga por repentino pavor ó por inesperado ruido que hiere sus oídos; en fin, que para alimentarse, se destruye, se devora á sí mismo. ¿Podrá extrañarnos la muerte de un hombre cuando todos necesariamente han de morir? ¿Acaso se necesita mucho para

destruirlo? Un olor, un sabor, el cansancio, la vigilia, los humores, la comida, todo lo que necesita para vivir, le es mortal. Cualquier movimiento le revela en seguida su debilidad: no puede soportar todos los climas; un cambio de aguas, un soplo desacostumbrado del aire, la cosa más pequeña basta para que enferme; sér de barro y corrupción, entra llorando en la vida, y sin embargo, ¿cuánto tumulto promueve este despreciable animal? ¿á cuántos ambiciosos pensamientos no le impulsa el olvido de su condición? Lo inmortal é infinito ocupan su mente, ordena el porvenir de sus nietos y biznietos, y en medio de sus proyectos para la eternidad, le hiere la muerte, siendo carrera de muy pocos años lo que se llama vejez.

XII. Tu dolor, oh Marcia, en el caso de que raciocine, ¿tiene por objeto tu desgracia ó la de tu hijo, que ya no existe? ¿Lo que te aflige en esa pérdida, es que no has gozado de tu hijo, ó bien que podías gozar más si se hubiese prolongado su vida? Si dices que no has recibido de él goce alguno, haces más soportable tu desgracia, porque se lamenta menos la pérdida de lo que no ha ocasionado placer ni felicidad. Si confesas que has experimentado grandes regocijos, no debes quejarte de los que te han arrebatado, sino agradecer los que has recibido. Su educación misma te ha pagado suficientemente tus trabajos: si los que con tanto cuidado alimentan perros, pájaros ó cualquier otro animal con los que gozan sus frívolos espíritus, experimentan cierto placer al verlos, al tocarlos, al recibir sus mudas caricias, es indudable que para los que crían hijos, la educación recibe recompensa en la educación misma. Así, pues, aunque sus conocimientos no te hubiesen producido y nada te conservase su cuidado, aunque su inteligencia nada te hubiera adquirido, haberlo poseído, haberlo amado, es bastante recompensa. «¡Podía, sin embargo, ser mayor y más duradera!» Siempre resultarás más gananciosa que si no hubieses conseguido ninguna: porque

si se nos concediese elegir entre ser dichosos por poco tiempo y no serlo jamás, preferiríamos sin duda una felicidad pasajera á no disfrutar ninguna. ¿Hubieses preferido un vástago indigno, que solamente hubiera ocupado el puesto de hijo, que solamente hubiera llevado su nombre, en vez de uno excelente como lo fué el tuyo? ¡Tan joven y tan distinguido por su amor filial, esposo en seguida, en seguida padre, tan cuidadosamente ocupado desde luego en el cumplimiento de su deberes, tan pronto revestido con el sacerdocio; todos los honores conseguidos en tan corto tiempo!

Generalmente nadie obtiene á la vez bienes grandes y duraderos; la felicidad que permanece hasta el fin, es la que llega lentamente. Los dioses inmortales que te daban tu hijo para poco tiempo, te lo dieron desde luego tal como pudieran haberlo formado muchos años. Tampoco puedes decir que los dioses te hayan elegido para privarte de los goces maternales. Recorre con la vista la multitud de los conocidos y desconocidos: en todas partes encontrarás aflicciones más terribles. Han caído sobre los grandes capitanes, sobre los príncipes; ni la fábula dejó inmunes á sus dioses, y creo fué para consolarnos en nuestros quebrantos al ver que sucumbían también los hijos de las divinidades. Mira bien, repito, á todos lados: no citarás ni una casa tan desgraciada, que no encuentre consuelo en otra casa más desgraciada todavía. Y á fe mía que no pienso mal de tus sentimientos, al creer que debes soportar con más paciencia tu infortunio si te presento considerable número de afligidos: mal consuelo es el que se busca en la multitud de desgraciados. Citaré, sin embargo, no para demostrarte que los quebrantos son habituales en los hombres, porque sería ridículo buscar pruebas de la mortalidad; sino para convencerte de que hubo muchos que suavizaron sus penas soportándolas con calma. Comenzaré por el más feliz, L. Sila perdió á su hijo, y esta pérdida no abatió ni su ar-

dor bélico ni la cruel energía que demostró contra los enemigos y los ciudadanos, ni hizo suponer que había adoptado el dictado de feliz en vida de su hijo y no después de su muerte. No temía ni el odio de los hombres, cuyos males procedían de su excesiva fortuna, ni la ira de los dioses, para los que era crimen haber hecho dichoso á Sila. Pero dejemos entre las cosas no juzgadas aún qué hombre fué Sila: sus mismos enemigos confesaron que empuñó oportunamente las armas y las dejó con oportunidad; queda por lo menos demostrado lo que queríamos probar, esto es, que no es considerable el mal que cae hasta sobre los más afortunados.

XIII. No deben los Griegos admirar tanto á aquel padre que, en medio de un sacrificio, al saber la muerte de su hijo, se limitó á mandar callar al flautista, y quitándose la corona de la cabeza, terminó ordenadamente la ceremonia. Así lo hizo el pontífice Pulvilo cuando, al pisar el umbral del Capitolio que iba á consagrar, supo la muerte de su hijo. Fingiendo no haber oído, pronunció las palabras solemnes de la fórmula pontificia sin que un solo gemido interrumpiera la plegaria: oía el nombre de su hijo, é invocaba á Júpiter propicio. Comprenderás que su duelo había de tener término, puesto que el primer impulso, el primer arrebató del dolor, no pudo separar á aquel padre de los altares públicos, ni de aquella invocación al dios tutelar. Digno era á fe mía de aquella memorable dedicación, digno de aquel sacerdocio supremo, quien no cesó de adorar á los dioses ni cuando se mostraban irritados contra él. De regreso á su casa, sus ojos lloraron y su pecho lanzó algunos gemidos; pero después de tributar los honores acostumbrados á los difuntos, recobró el semblante que tenía en el Capitolio. Paulo, por los mismos días de aquel nobilísimo triunfo en que llevaba encadenado detrás de su carro á Persio, aquel rey tan famoso, dió dos hijos en adopción, y vió morir á los que se había reservado. ¡Gen-

sidera cuánto valdrían los que había conservado, cuando uno de los cedidos era Scipión! No sin conmoverse vió el pueblo romano vacío el carro de Paulo; sin embargo, éste arengó á la multitud, y dió gracias á los dioses por haber escuchado sus votos. Porque había rogado al cielo que si la celosa fortuna pedía algo por tan brillante victoria, se le pagase antes á sus expensas que á las del pueblo. ¿Y á quién podía conmover más aquel cambio? A la vez perdió sus consoladores y sus apoyos, y sin embargo, Persio no consiguió ver entristecido á Paulo.

XIV. ¿Te pasearé ahora entre innumerables ejemplos de grandes hombres para buscar desgraciados, como si no fuera más difícil buscar dichosos? ¿Cuántas casas se han conservado intactas hasta el fin en todas sus partes y sin ningún deterioro? Considera un año cualquiera, cita los cónsules: elige si quieres á M. Bibulo y á César; verás entre dos colegas profundamente enemistados una misma fortuna. Bibulo, varón más honrado que animoso, vió muertos á la vez sus dos hijos después de haber servido de pasto á la brutalidad de los soldados egipcios, para que no tuviese que llorar menos por aquella pérdida que por los matadores. Y sin embargo, aquel Bibulo que durante el año de su consulado, para hacer odioso á su colega, se había mantenido encerrado en su casa, salió á la mañana siguiente del anuncio de aquel doble quebranto, para desempeñar como de ordinario sus funciones públicas. ¿Podía dar menos de un día á sus dos hijos? ¡Tan pronto cesó de llorar á sus hijos el que no había cesado en un año de llorar su consulado! En el tiempo en que C. César recorría la Bretaña y ni el mismo Océano podía limitar su fortuna, supo la muerte de su hija que se llevaba consigo los destinos de Roma. Ya se presentaba á su vista Cn. Pompeyo, sopertando difícilmente en la república un rival tan glorioso y queriendo poner término á triunfos que le pesaban hasta cuando participaba de sus resultados: sin embargo,

pasados tres días, volvió á encargarse de los cuidados del mando, y triunfó de su dolor tan pronto como triunfaba de todo.

XV. ¿Te citare otros quebrantos en la familia de los Césares, á la que creo ultraja de tiempo en tiempo la fortuna para que, hasta en sus desgracias, sea útil al género humano, demostrándole que ellos mismos, reputados hijos de los dioses, y muy pronto padres de dioses nuevos, no tienen en sus manos su propia suerte como tienen la del mundo? Habiendo perdido el divino Augusto á sus hijos y nietos, viendo extinguida la multitud cesárea, llenó por medio de la adopción su casa vacía. Soportó sin embargo con resignación aquellos reveses, como si se tratase ya de causa propia, estando profundamente interesado en que nadie se quejase de los dioses. Tiberio César perdió á su propio hijo y á su hijo de adopción; sin embargo, él mismo hizo en los rostros el elogio del segundo, y de pié, delante del cadáver, del que solamente le separaba el velo que debe ocultar á los ojos del pontífice la imagen de la muerte, cuando lloraba el pueblo romano, él no volvió el semblante: así demostró á Seyano, que estaba á su lado, con cuánta resignación podía perder á los suyos.

Ya ves cuán numerosos son los grandes hombres que no respetaron la suerte ante la que todo cede, á pesar de todas las cualidades de su alma, á pesar de tanto brillo y grandezas tantas públicas y privadas. Así también corre en el orbe el huracán, destruye y devasta ciegamente, como encontrándose en su dominio. Llama á cada uno á rendir cuentas: ninguno ha nacido impunemente.

XVI. Sé lo que me dirás: «Has olvidado que consuelas á una mujer; solamente citas ejemplos de hombres.» Pero ¿quién osará decir que la naturaleza ha tratado con poca generosidad el corazón de las mujeres y limitado las virtudes para ellas? Tan fuertes son como nosotros, créeme; tan capaces de acciones honestas, si les agrada: con la

costumbre, soportan lo mismo que nosotros el trabajo y el dolor. ¿En qué ciudad, oh dioses, estoy hablando? En la que Lucrecia y Bruto derribaron los reyes que pesaban sobre las cabezas romanas: Bruto, á quien debemos la libertad; Lucrecia, á la que debemos Bruto. Aquí donde Clelia, despreciando el enemigo y el río, mereció por su insigne audacia que se la colocara por encima de los hombres. Sentada sobre su corcel de bronce, en la vía sagrada, paraje celebérrimo, Clelia reprueba á nuestros jóvenes montados en su litera, que entren así en una ciudad en la que hasta á las mujeres hemos dado caballo. Si quieres que te cite ejemplos de mujeres valerosas en sus quebrantos, no iré á preguntar de puerta en puerta: en una sola familia te mostraré á las dos Cornelias: hija la primera de Scipión, madre de los Gracos, ésta tuvo doce hijos y vió pasar otros tantos funerales. Y si se dice que no debió costarle mucho mostrar fuerzas en cuanto á aquellos que ni por su nacimiento ni por su muerte conmovieron á la ciudad, observaremos que vió á Tiberio Graco y á Cayo, á los que si se niega que fueron buenos, no se negará que fueron grandes, muertos y privados de sepultura: y sin embargo, á los que la consolaban y compadecían su desgracia, contestó: «Nunca cesaré de llamarme dichosa por haber dado vida á los Gracos.» Cornelia, esposa de Livio Druso, había perdido á su hijo, joven ilustre, de noble ingenio, que seguía las huellas de los Gracos, y que antes de aprobarse tantas leyes propuestas, fué asesinado en sus mismos penates, sin que nunca se haya sabido quién fué el autor del homicidio: sin embargo, aquella madre opuso á la muerte cruel é inesperada del hijo tanta energía cuanta tuvo él para proponer las leyes.

Reconciliada te encuentras ya con la fortuna, oh Marcia, puesto que hirió á los Scipiones y á las madres de los Scipiones, puesto que lanzó contra los Césares los dardos que también ha lanzado contra tí. Llena é infestada de

muchos males está la vida, con los que no puede haber larga paz, y apenas tregua. Eras madre de cuatro hijos, oh Marcia, y dícese que ninguna flecha deja de herir cuando se lanza contra apretadas filas. ¿Es acaso sorprendente que familia tan numerosa no haya podido seguir en la vida sin provocar los envidiosos reveses de la suerte? «Pero la fortuna es tanto más injusta, cuanto que no solamente ha arrebatado, sino elegido mis hijos.» No, jamás podrás considerar injusto que el más fuerte tenga igual suerte que el más débil: dos hijas te ha dejado, y de estas hijas dos nietos; y ese mismo hijo que tan amargamente lloras, olvidada del primero: no te los ha arrebatado por completo. Dos hijas te quedan de él, carga pesada si des-falleces, y si no, poderoso consuelo. La fortuna te las ha dado para que, al contemplarlas, recuerdes á tu hijo, no tu dolor. Cuando el campesino ve caer al suelo sus árboles arrancados por el viento ó tronchados al repentino choque del torbellino, cuida atentamente los retoños que quedan: con plantas ó semillas reemplaza los árboles que ha perdido, y en un momento (porque el tiempo no es menos rápido y veloz para reparar que para destruir) los retoños crecen más vigorosos que los primeros. Reemplaza á tu Mitilio con esas hijas, y llena así el vacío de tu casa. Alivia un dolor solo con este doble consuelo. Natural es á los mortales no encontrar nada que les agrade como lo que han perdido, y que el sentimiento de lo que hemos perdido nos haga injustos con lo que nos queda; pero si quieres apreciar cuánto te favorece la fortuna hasta al mal-tratarte, comprenderás que posees aún más que consuelos. Mira en derredor tuyo tantos nietos y dos hijas.

XVII. Dí esto también, Marcia: «Me dejaría conmovir si la suerte de cada uno estuviese en relación con sus costumbres; si el mal no persiguiese nunca á los buenos; pero veo que buenos y malos son indistintamente víctimas de los reveses. Sin embargo, es muy doloroso perder á un

joven que se ha educado y que ya era para su madre y para su padre apoyo y honor.» Imposible negar que es desgracia cruel, pero humana. Has nacido para perder, para temer y desear la muerte, y lo que es peor, para perecer, para esperar, para inquietar á los otros y para no saber nunca cuál es tu condición.

Si se dijese á uno al partir para Siracusa: «Voy primeramente á darte á conocer todas las incomodidades y satisfacciones de tu próximo viaje; después embárcate. Podrás admirar, en primer lugar, la isla misma, separada de Italia por estrecho canal, cuando consta que antes estuvo unida al continente; pero repentina irrupción del mar

Hesperium Siculo latus abscedit:» (1):

en seguida (porque podrás pasar rozando el insaciable torbellino) verás la fabulosa Caribdis, tranquila mientras no la agita el austro, pero al primer viento fuerte que sopla en aquellas regiones, devorando las naves en sus abiertos y profundos abismos. Verás la fuente Aretusa, celebrada por los poetas, tan limpia y trasparente, derramando fresquísimas aguas, sea que nazcan allí, sea que devuelva un río que, ocultándose debajo de los mares, reaparece libre de toda mezcla con ondas impuras. Verás un puerto, el más tranquilo de cuantos ha formado la naturaleza ó construyó la mano del hombre para resguardar las armadas, y tan bien abrigado que no le alcanza el furor de las tempestades más violentas. Verás dónde se estrelló el poder de Atenas; donde, bajo rocas socavadas hasta profundidades infinitas, tuvieron muchos millares de cautivos las canteras por prisión. Verás la inmensa ciudad, cuyas torres se extienden más lejos que los confines de otras muchas ciudades; en la que los inviernos son tan

(1) Arrancó la Sicilia del costado de la Hesperia.

templados, que no transcurre día sin sol. Pero cuando hayas contemplado todas estas cosas, estío pesado y no-civo emponzoñará los beneficios del cielo de invierno. Allí encontrarás á Dionisio el tirano, verdugo de la libertad, de la justicia, de las leyes; ávido del poder, hasta después de la lecciones de Platón; de la vida, hasta después del destierro: entregará unos á las llamas, otros á las varas: hará decapitar á aquellos por la menor ofensa; llamará á su lecho á los hombres y á las mujeres, y en medio del asqueroso rebaño preparado para las regias intemperancias, le parecerá poco desempeñar dos papeles á la vez. Ya sabes lo que puede atraerte y lo que puede contenerte; parte ó quédate.» Después de estas advertencias, si alguno dijere que quiere ir á Siracusa, ¿de quién sino de sí mismo podría quejarse, cuando no habría caído en aquella ciudad sino llegado voluntaria y conscientemente á ella?

La naturaleza nos dice á todos: «A nadie engaño: si tú das hijos á luz, podrás tenerlos hermosos, pero también feos: y si por acaso tienes muchos, uno podrá salvar la patria, otro venderla. No desesperes de que lleguen algún día á gozar de tanto favor que nadie, por causa de ellos, se atreva á ofenderte; mas piensa también que de tal manera pueden mancharse, que hasta su nombre sea un ultraje. No es imposible que te presten los últimos honores y que pronuncien tu elogio; y sin embargo, debes estar dispuesta á depositarlos en la pira, niños, hombres ó ancianos, porque los años no importan nada, no habiendo funerales que no sean prematuros cuando la madre los acompaña.» Después de estas condiciones, convenidas de antemano, si engendras hijos, libras de toda responsabilidad á los dioses, que nada te han prometido.

XVIII. Reframos á esta imagen la entrada del hombre en la vida. Deliberabas ir á Siracusa; te he demostrado lo que podía deleitarte y disgustarte en el viaje. Supón que

se me llama en el día de tu nacimiento para aconsejarte. Vas á entrar en la ciudad común á los dioses y á los hombres, que todo lo abraza sujeto por leyes fijas y eternas, donde en sus revoluciones realizan los astros su infatigable ministerio. Allí verás innumerables estrellas, y ese astro maravilloso que todo lo llena por sí mismo, ese sol cuyo cotidiano curso marca los intervalos del día y de la noche y cuya carrera anual divide igualmente los estios y los inviernos. Verás la nocturna sucesión de la luna, tomando de los rayos fraternales dulce y templada luz, en tanto oculta, en tanto mostrando al mundo su faz completa, creciendo y decreciendo sucesivamente, y distinta siempre de como era el día anterior. Verás cinco planetas siguiendo diferentes rumbos, y en su contraria marcha resistiendo á la fuerza que arrastra al mundo: de sus menores movimientos depende la fortuna de los pueblos: allí se deciden las cosas más grandes y las más pequeñas según se presenta astro propicio ó adverso. Admirarás las nubes amontonadas, las aguas que caen, los oblicuos rayos y el fragor del cielo.

Cuando, saciados con tal espectáculo, se vuelvan tus ojos á la tierra, verán otro orden de cosas y otras maravillas. Aquí inmensas llanuras se extienden hasta lo infinito; allá las nevadas cumbres de soberbias montañas se alzarán hasta las nubes: ríos derramándose por las praderas; otros, partiendo de la misma fuente, van á regar el Oriente y Occidente: sobre las altas cimas mecen sus copas los bosques, y las selvas se extienden con sus fieras y el variado concierto de sus aves. Allá se alzan ciudades diferentemente situadas; naciones separadas por inaccesibles fronteras, retiradas sobre las altas montañas, otras aprisionadas por ríos, lagos, valles y pantanos; allí hay campos cultivados, arbustos fértiles sin cultura, arroyos que corren blandamente por las praderas, bellos golfos, riberas que se ahondan para formar puertos; innumerables islas sem-

bradas por los mares interrumpiendo sus vastas soledades. Allí están las piedras, las brillantes perlas y los torrentes que en su impetuosa carrera arrastran partículas de oro mezcladas con su arena, y esas columnas de fuego que brotan del seno de la tierra hasta en medio de las olas; y el Océano, ese lazo del mundo que se reparte en tres mares para dividir las naciones, y salta sobre su lecho sin freno ni medida. Allí ves las ondas siempre inquietas, moviéndose en la calma de los vientos. Verás animales enormes, que sobrepujan en magnitud á los terrestres; unos cuya pesada masa necesita guía que la dirija; otros ágiles y más rápidos que nave empujada por vigorosos remos; algunos aspirando y lanzando las amargas aguas con gran peligro de los navegantes. Más allá verás naves que van en busca de tierras que no conocen, y nada encontrarás que no haya intentado la audacia humana, testigo á la vez que laborioso asociado de estos grandes esfuerzos. Aprenderás y enseñarás las artes, las que entrenienen, las que embellecen y las que dirigen la vida.

Pero también encontrarás mil azotes [del cuerpo y del alma, guerras, latrocinios, envenenamientos, naufragios, huracanes, enfermedades, prematura pérdida de los nuestros, y la muerte, tal vez dulce, tal vez llena de dolores y tormentos. Delibera contigo mismo, y pesa bien lo que deseas; una vez entrado en esta ciudad de maravillas, por aquí hay que salir. ¿Responderás que quieres vivir? ¿por qué no? Pero considero que no consientes en la vida, puesto que te quejas de que te quiten algo. Vive, pues, según lo convenido. Pero nadie, dices, nos ha consultado. Nuestros padres consultaron por nosotros; conocían las leyes de la vida y nos engendraron para soportarlas.

XIX. Mas, para venir á los consuelos, veamos primeramente qué males hay que curar, y después, de qué manera. Te hace derramar lágrimas la pérdida de un hijo amado. Pero esta pérdida es tolerable por sí misma. No

lloramos á los ausentes mientras viven, á pesar de encontrarnos absolutamente privados de su trato y presencia. La idea es, pues, lo que nos atormenta, y nuestros males no pasan de la medida que les concedemos. El remedio está en nuestra mano. Consideremos los muertos como ausentes, y no nos engañemos á nosotros mismos: les hemos dejado partir, ó mejor aún, les hemos hecho partir delante para seguirlos. Todavía lloras, cuando dices: «¡No tengo quien me defienda, quien me liberte de la injuria!» Consuélate; porque si es vergonzoso, no es menos cierto que en nuestra ciudad se gana viendo morir á los hijos más respeto que se pierde. En otro tiempo era ruina del anciano quedar solo; ahora lleva al poder, hasta el punto de que se muestra odio á los hijos, se niegan y se vacían las casas por medio del crimen.

Sé que dirás: «No me aflige mi quebranto, porque no merece ser consolado quien lamenta la pérdida de un hijo como la de un esclavo, cuando se tiene valor para considerar en un hijo otra cosa que el hijo mismo.» ¿Pues por qué lloras, Marcia? ¿porque ha muerto tu hijo ó porque no ha vivido mucho tiempo? Si lloras porque ha muerto, has debido llorar siempre, porque siempre has sabido que debía morir. Persuádete de que los muertos no experimentan ningún dolor. Ese infierno que tan terrible nos pintan es solamente una fábula: los muertos no tienen que temer ni tinieblas, ni cárceles, ni torrentes de llamas, ni el río del olvido: en aquel asilo de plena libertad no hay tribunales, ni reos, ni nuevos tiranos. Todas estas cosas son juegos de poetas que nos han agitado con vanos terrores. La muerte es la libertad, el término de todas nuestras penas; no traspasarán sus umbrales nuestras desgracias; ella es la que nos devuelve á aquella tranquilidad de que gozábamos antes de nacer. Si alguien llora á los muertos, que llore también á los que no han nacido. La muerte no es un bien ni un mal; porque para ser bien ó mal, es in-

dispensable ser algo; pero lo que nada es, lo que lo reduce todo á la nada, no nos impone ninguna de estas dos condiciones. Lo malo y lo bueno versan sobre algo. La fortuna no puede retener lo que la naturaleza abandona, y no es posible sea desgraciado el que ya no existe. Tu hijo ha traspasado los límites dentro de los cuales se es esclavo. En el seno de una paz profunda y eterna, no le atormenta ya el temor de la pobreza, el cuidado de las riquezas, las pasiones que estimulan nuestro ánimo con el acieate de la voluptuosidad: ya no envidia la felicidad ajena, ni es envidiado en la suya; jamás ofenderá la calumnia sus castos oídos; no tendrá que prevenir calamidades públicas ni privadas, ni habrá de atender al porvenir lleno de tristes inquietudes. Encuéntrase, en fin, en un asilo del que nada puede privarlo ni inspirarle temor.

XX. ¡Oh, cuán ignorantes están de sus males los que no celebran la muerte como el mejor invento de la naturaleza! Ora ponga término á nuestro dolor, aparte el infortunio, extinga á un anciano cansado y disgustado de la vida; ora nos arrebate en la juventud, cuando se esperaba porvenir mejor; ora llame á sí la infancia, antes de que se haga difícil el camino, la muerte es final para todos, para muchos remedio, deseo para algunos, y á nadie favorece tanto como á los que visita antes de que la invoquen. La muerte liberta al esclavo á pesar de su amo; rompe la cadena del cautivo; abre la prisión á los desgraciados que insolente despotismo impedía salir de ella: al desterrado, que incesantemente vuelve á la patria ojos y pensamiento, demuestra cuán poco importa entre quiénes será sepultado: si la fortuna ha repartido mal los bienes comunes á todos; si naciendo todos con derechos iguales ha querido que el uno posea al otro, la muerte restablece en todos la igualdad: ésta es la que nunca ha hecho nada por capricho de otro; nunca se avergonzó de su condición, nunca obedeció á nadie: tu padre, oh Marcia, la llamó con sus de-

seos. A ella se debe, repito, que no sea un suplicio el nacimiento; hace que no sucumba bajo las amenazas de la suerte y conserve íntegro mi ánimo y dueño de sí mismo. Sé dónde descansar. Allá veo cruces de muchos géneros, que varían según el capricho de los tiranos. Este pone cabeza abajo á los que quiere colgar, aquél los empala por los órganos genitales; este otro les extiende los brazos en el patíbulo. Veo los potros, las varas, y para cada miembro, cada músculo, un instrumento de tortura; pero también veo la muerte. Allí están los enemigos sanguinarios, ciudadanos soberbios; pero allí está también la muerte. La servidumbre no es penosa cuando, cansados del amo, con un solo paso se recobra la libertad: contra las injurias de la vida tengo el beneficio de la muerte.

Piensa cuán bueno es morir oportunamente; á cuántos ha perjudicado vivir mucho. Si Cn. Pompeyo, honor y sostén de este imperio, hubiese sucumbido en Nápoles á la enfermedad, moría indudablemente el primero de los romanos: pocos días después le precipitaron desde la cumbre de su grandeza. Vió degolladas sus legiones en su presencia, y de aquella batalla en que el Senado mismo formaba la primera línea, ¡tristes restos! el jefe fué el único que sobrevivió. Vió al verdugo egipcio, y presentó á un satélite aquella cabeza sagrada hasta para los vencedores. Pero si se hubiese salvado, habría tenido que deplorar su salvación. Porque ¿habría algo más vergonzoso que Pompeyo vivo por merced de un rey? Si M. Cicerón hubiese muerto en el momento en que escapaba al puñal con que Catilina le amenazaba al mismo tiempo que á la patria, sucumbía salvador de la República á la que acababa de libertar: si hubiese seguido de cerca los funerales de su hija, entonces todavía hubiese podido morir dichoso. No hubiera visto brillar espadas desnudas sobre las cabezas de los ciudadanos, repartir entre los asesinos los bienes de las víctimas, para que ellas mismas pagaran los gastos de su

muerte; no hubiese visto los despojos de los cónsules vendidos en subasta, los homicidios, ni los tratos públicos sobre latrocinios, la guerra, el pillaje y tantos Catilinas. Si M. Catón, al regresar de Chipre á donde había ido á arreglar la herencia de un rey, se hubiese hundido en el mar, hasta con aquel dinero que traía para pagar la guerra civil, ¿no hubiese sido inmenso bien para él? Al menos habría muerto con la idea de que nadie osaba cometer crimen delante de Catón. Algunos años más, y aquel hombre, nacido para ser libre, nacido para la libertad pública, se verá obligado á huir de César y á seguir á Pompeyo.

La muerte prematura no ha hecho, pues, ningún daño á tu hijo; antes al contrario, le ha libertado de todos los males. «Pero ha muerto demasiado pronto y antes de tiempo.» Supón ante todo que ha sobrevivido; imagina la vida más larga que se concede al hombre. ¡Cuán poco es! nacidos para cortos instantes, preparamos esta posada, que muy pronto hemos de abandonar, para otros que vendrán á ocuparla en iguales condiciones. Hablo de nuestra vida que se desarrolla con increíble rapidez. Cuenta los siglos de las ciudades; verás que no han estado mucho tiempo de pie, ni siquiera aquellas que se envanecen con su antigüedad. Todo lo humano es breve y caduco, no ocupando nada en lo infinito del tiempo. Esta tierra, con todos sus pueblos, ciudades, ríos, su ciaturón de mares, no es más que un punto para nosotros si la comparamos con el universo: nuestra vida es algo menos que un punto si se compara con el tiempo entero. La medida del tiempo es más grande que la del mundo, porque se pueden contar muchas revoluciones del mundo realizadas en el tiempo. ¿A qué conduce, pues, dilatar una cosa que, por grande que sea su prolongación, no pasa de nada? El único medio de haber vivido mucho, es haber vivido bastante. Cítame, si quieres, esos ancianos cuya longevidad nos refiere la tradición, hasta los que han alcanzado ciento diez años: cuando

tu ánimo se fije en la eternidad, no verás diferencia entre la vida más larga y la más corta, si considerando el tiempo que cada cual ha vivido, lo comparas con el que no han vivido.

Además, tu hijo no ha muerto prematuramente; ha vivido cuanto debía vivir. No le quedaba nada más allá. No tienen todos los hombres igual vejez; ni los animales la tienen tampoco. Algunos agotan toda su vida en el espacio de catorce años: para éstos es la edad más larga la que es la primera para el hombre. Todos hemos recibido innegables derechos á la existencia, y no se puede morir prematuramente, puesto que no debía vivirse más de lo que se ha vivido. Cada cual tiene fijos sus límites, que permanecerán donde se establecieron, sin que haya atenciones ni favores que puedan hacerlos retroceder: no hubiese querido tu hijo perder en este vano trabajo su cálculo y cuidados. Hizo cuanto tenía que hacer,

Metasque dati pervenit ad ævi (1).

Así, pues, debes rechazar la abrumadora idea: «Hubiese podido vivir largo tiempo.» No ha sido interrumpida su vida; nunca intervino el acaso en el curso de nuestros años; lo que á cada uno se le prometió, se le pagó: los destinos marchan por su propio impulso; nada añaden ni quitan á sus promesas, poco importan nuestros deseos ni pesares. Cada uno recibirá lo que le fué asignado desde el primer día: desde el instante en que por primera vez vió la luz, entró en el camino de la muerte, ha adelantado un paso hacia la muerte; y esos mismos años con que se enriquecía su juventud, empobrecían su vida. Nos extravía el error de no pensar que nos inclinamos hacia la tumba sino cuando ya estamos viejos y cascados, cuando

(1) Llegó al término de la edad que se le concedió.

toda edad, la infancia y la juventud, nos empuja á ella. Los destinos, que continúan su tarea, nos quitan el sentimiento de nuestra destrucción; y para ocultar mejor su marcha, la muerte se esconde bajo el nombre de vida. La primera edad pasa á ser infancia, la infancia pasa á ser pubertad, á la pubertad la absorbe la juventud, á la juventud la vejez. Considerándolo bien, cada progreso es una pérdida.

XXI. ¿Preguntas, oh Marcia, por qué no ha vivido tu hijo tanto como podía? Pero ¿cómo sabes que podía vivir más, ó que no le ha favorecido mucho la muerte? ¿A quién encontrarás hoy cuyos negocios tan bien ordenados estén y sobre cimiento tan sólido que nada tenga que temer de la marcha del tiempo? Las cosas humanas se derrumban y caen, y ninguna parte de nuestra vida está tan descubierta y es tan débil como la que nos agrada más. Por esta razón debe desearse la muerte á los más felices, porque en la inconstancia y confusión de las cosas, nada hay cierto mas que lo pasado. ¿Quién te asegura que aquel hermoso cuerpo de tu hijo, que bajo la vigilancia de severo pudor se mantuvo puro en medio de las lúbricas miradas de una ciudad lujuriosa, hubiese escapado á las enfermedades y llevado sin ultraje hasta la vejez el honor de su belleza?

XXII. Piensa en las mil manchas del alma; porque ni los ánimos más rectos se conservan hasta la ancianidad como prometían en la adolescencia, sino que con frecuencia se depravan. Ó les invade una lujuria tardía y por lo mismo más afrentosa, moviéndoles á deshonar sus nobles principios; ó bien, entregados en la juventud á la taberna y al vientre, su cuidado más importante es saber lo que van á comer y á beber. Añade los incendios, las ruinas, los naufragios, las laceraciones de los médicos que buscan los huesos bajo las carnes palpitantes, meten las manos en nuestras vísceras y aumentan el dolor para curarnos

enfermedades vergonzosas. Además de esto, el destierro; no fué tu hijo más inocente que Rutilio: la prisión; no fué más sabio que Sócrates: la muerte voluntaria que desgarró el pecho; no fué más virtuoso que Catón. Considerando todo esto, comprenderás que la naturaleza se ha mostrado generosa poniendo muy pronto en lugar seguro á los que la envidia reservaba tal estipendio. Nada hay tan engañoso como la vida humana; nada hay tan pérfido; y á fe mía, nadie la aceptara si no se nos diese sin saberlo nosotros. Si pues la felicidad más grande es no nacer, considera como la segunda ser libertado pronto de la vida, para entrar en la plenitud del ser. Recuerda los crueles tiempos en que Seyano entregó tu padre, como regalo, á su cliente Satrio Segundo. Estaba irritado por algunas palabras algo atrevidas que Cremucio no había podido callar, como éstas: «No se coloca á Seyano sobre nuestras cabezas, él mismo sube.» Habíase decretado alzarle una estatua en el teatro Pompeyo, cuyo incendio reparaba César. Cordo exclamó: «Ahora se destruye verdaderamente el teatro.» ¿Y quién no hubiese estallado al ver colocar á un Seyano sobre las cenizas de Pompeyo, y consagrado el nombre de un soldado pérfido sobre el monumento de aquel insigne capitán? Sin embargo, consagrado quedó por una inscripción; y aquellos perros devoradores que alimentaba con sangre humana, con objeto de hacerlos mansos para él solo y feroces para los demás, á su mandato persiguieron con sus ladridos al condenado. ¿Qué hacer? Si quería vivir, había de suplicar á Seyano; si morir, á su hija: siendo los dos inexorables, decidió engañar á su hija. Tomando, pues, un baño para debilitarse más, retiróse á su cámara como para tomar algún alimento, y, despidiendo á sus esclavos, arrojó por la ventana parte de los manjares para hacer creer que había comido. En seguida renunció la cena como si se encontrase satisfecho. El segundo y el tercer día realizó lo mismo, pero al cuarto le

hizo traición la debilidad de su cuerpo. Abrazándote entonces, dijo: «Hija querida, oye lo único que te he ocultado hasta ahora: he entrado en el camino de la muerte, y ya he recorrido más de la mitad. No me detengas, porque no debes ni puedes hacerlo.» En seguida mandó cerrar todas las entradas á la luz, y se sepultó en las tinieblas. Conocida su resolución, causó público regocijo ver que se arrancaba aquella presa á las ávidas fauces de tan hambrientos lobos. Acusadores excitados por Seyano, se presentan en el tribunal de los cónsules: quéjense de que Cordo se deja morir, y le acusan de un acto al que le obligan: ¡tanto temían que Cordo se les escapase! Cosa grave era saber si la muerte del acusado les privaba de sus derechos. Mientras deliberaban, mientras insistían los acusadores, él mismo se había absuelto. ¿No ves, oh Marcia, como asaltan de improviso las vicisitudes en los tiempos de iniquidad? ¿Lloras porque tu hijo tuvo necesariamente que morir, cuando apenas permitieron lo mismo á tu padre?

XXIII. Además de que todo lo futuro es incierto y solamente es cierto en cuanto á ofrecer males más grandes, el camino hacia las regiones superiores es mucho más fácil para los que abandonan pronto el comercio humano; porque arrastran consigo menos lodo, menos peso: libres antes de mancharse, antes de mezclarse con demasiada intimidad á las cosas terrestres, suben más ligeros al punto de su origen y se desprenden con mayor facilidad del elemento tosco é impuro. Por esta razón nunca es agradable á las grandes almas prolongada permanencia en el cuerpo; desean salir y buscar la luz; soportan con trabajo esta estrecha prisión, acostumbradas como están á remontar en vuelos sublimes y á contemplar desde lo alto las cosas humanas. He aquí por qué exclama Platón: el alma del sabio se inclina por completo á la muerte, la desea, piensa en ella, y la muerte es la que le alienta en su constante pasión de salir del cuerpo. Y tú, Marcia,

cuando veas en un joven la prudencia senil, un alma victoriosa de todas las voluptuosidades, purificada y libre del vicio, buscando las riquezas sin avaricia, los honores sin ambición, los placeres sin molicie, ¿crefas que podía conservarse largo tiempo? Todo lo que llega á la cumbre, está cerca de caer. La virtud perfecta se sustrae y oculta á nuestros ojos, y el fruto que madura temprano no espera al otoño. Cuanto más resplandece la llama, tanto más pronto se extingue, siendo más permanente cuando lucha con materias duras y lentas para inflamarse, y ahogada por el humo, brota su luz como de una nube; porque la misma causa que alimenta pobremente á la llama, la hace vivir mucho tiempo. Así también los genios que brillan más, pasan con mayor rapidez. Porque cuando falta lugar al progreso, se toca á la decadencia. Fabiano refiere un caso que presenciaron nuestros padres: un niño de Roma que había llegado á la estatura de un hombre alto; pero vivió poco tiempo, y ni una sola persona prudente había que no le presagiara próxima muerte, porque no podía llegar á una edad á que había precedido. Es, pues, indicio de próxima descomposición la madurez, acercándose el fin cuando se han realizado todos los desarrollos.

XXIV. Comienza á apreciar á tu hijo por sus virtudes y no por sus años, y bastante habrá vivido. Quedando huérfano, permaneció bajo la vigilancia de sus tutores hasta los catorce años, bajo la tutela de su madre toda la vida, y aunque tuvo sus penates, no quiso separarse de los tuyos. Joven á quien su estatura, su belleza y demás atractivos de un cuerpo robusto parecían destinar á los campamentos, renunció á las armas por no separarse de tu lado. Considera, Marcia, cuán raro es para las madres conservar sus hijos cuando habitan casas separadas; considera cuántos años pasan en la ansiedad cuando los tienen en los ejércitos, y verás qué espacio ocupa el tiempo del que nada has perdido. Nunca se alejó tu hijo de tus miradas; bajo tu

vista se formó en los estudios aquel ingenio superior, que hubiese igualado al de su abuelo, á no retenerle la modestia que frecuentemente sepulta en el silencio los progresos del genio. Joven, con belleza poco común, arrojado en medio de esas mujeres dedicadas á corromper á los hombres, no se prestó á las esperanzas de ninguna; y cuando la impureza de alguna llegó hasta provocarlo, ruborizóse de haber agradado, como si hubiese pecado. Esta pureza de costumbres le valió, apenas salido de la infancia, que le considerasen digno del sacerdocio; sin duda le apoyaba el voto maternal, pero ni su misma madre podía triunfar más que por un candidato excelente. Por la contemplación de sus virtudes únete á tu hijo como si ahora te perteneciera más. Nada puede ya separarle de tí; nunca será para tí causa de inquietud y sobresalto. Has derramado todas las lágrimas que debías á tan buen hijo: el porvenir, libre de accidentes, está lleno de encantos, con tal de que sepas gozar de tu hijo, con tal de que comprendas lo más precioso que existía en él. Solamente has perdido la imagen de tu hijo, é imagen que se le parecía muy poco. Pero él, eterno en adelante, en posesión de un estado mejor, libre de extrañas ligaduras, se pertenece por completo á sí mismo. Esos huesos que ves rodeados de nervios, esa piel que los cubre, ese rostro, esas manos, ministros del cuerpo, y toda esta envoltura exterior, solamente son para el alma trabas y tinieblas. Agóbianla, la oscurecen y la manchan, llevándola lejos de lo verdadero, lejos de sí misma para hundirla en lo falso: todas sus luchas son con esta carne que le pesa, que querría encadenarla y abatirla: aspira á las regiones de donde salió; allí espera eterno reposo, y venciendo el caos y la oscuridad, contemplará la verdad en todo su esplendor.

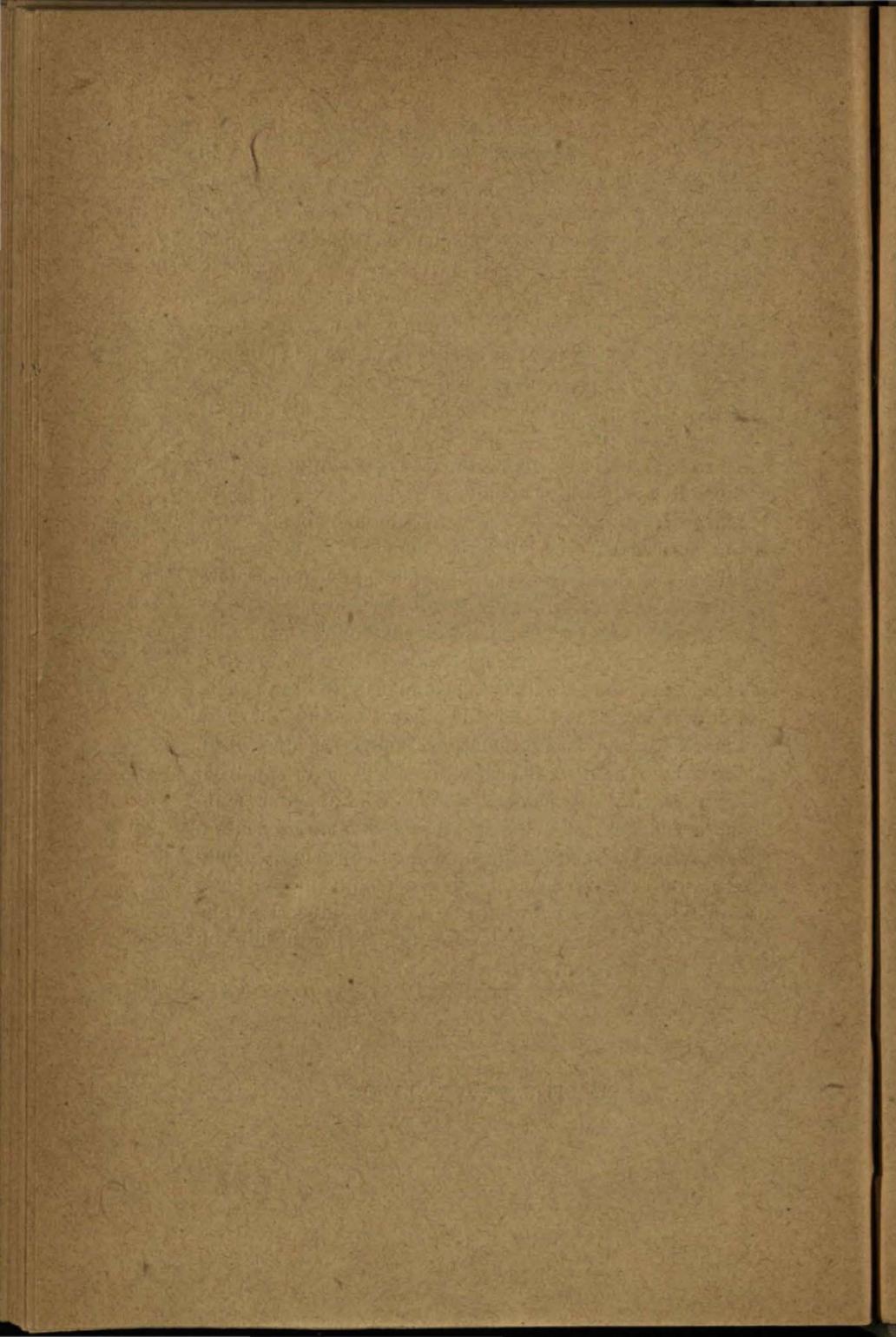
XXV. Así, pues, no tienes para qué correr al sepulcro de tu hijo, donde no encontrarás mas que repugnantes restos, huesos y ceniza, que no formaban más parte de él

que sus vestidos. Sin perder nada, sin dejar nada suyo en la tierra, emprendió su vuelo, se ocultó todo entero, y después de permanecer algún tiempo sobre nuestras cabezas, para purificarse, para lavarse de la mancha de los vicios inherentes á toda vida mortal, elevóse á lo más alto de los cielos, donde se cierne en medio de las almas dichas, admitido en el grupo sagrado de los Scipiones y de los Catones, heroes despreciadores de la vida y libertados por el beneficio de la muerte. Allí tu padre, oh Marcia, aunque en aquella región todos son parientes, se dedica á su nieto, encantado con aquella luz nueva: enséñale la marcha de los astros que le rodean; complácese en revelarle los misterios de la naturaleza, no según conjeturas, sino en conformidad con la ciencia de todas las cosas, aprendida en los manantiales de la verdad. Y de la misma manera que es un encanto para el extranjero recorrer con su huésped las maravillas de una ciudad desconocida, lo es también para tu hijo interrogar acerca de las causas celestes á un intérprete familiar. Gusta de dirigir su vista á las profundidades de la tierra, y se complace en considerar desde lo alto las cosas que ha dejado. Así, pues, oh Marcia, obra como delante de un padre y de un hijo que te contemplan; no los que tú conocías, sino seres perfectos habitantes de las moradas sublimes: ruborízate de todo pensamiento bajo y vulgar; ruborízate de llorar á los tuyos en su dichosa mutación. Lanzados á la eternidad de las cosas por los vastos y libres espacios, no les detienen las barreras de las olas, ni la altura de las montañas, ni las profundidades de los valles, ni los movibles escollos de las sirtes: llanos caminos tienen por todas partes, y movibles y expeditos en todo, penétranse mutuamente y se entremezclan con los astros

XXVI. Considera, oh Marcia, que desde aquella bóveda celeste descende la voz de tu padre, que tuvo sobre tí tanta autoridad como tenías tú sobre tu hijo: no es ya

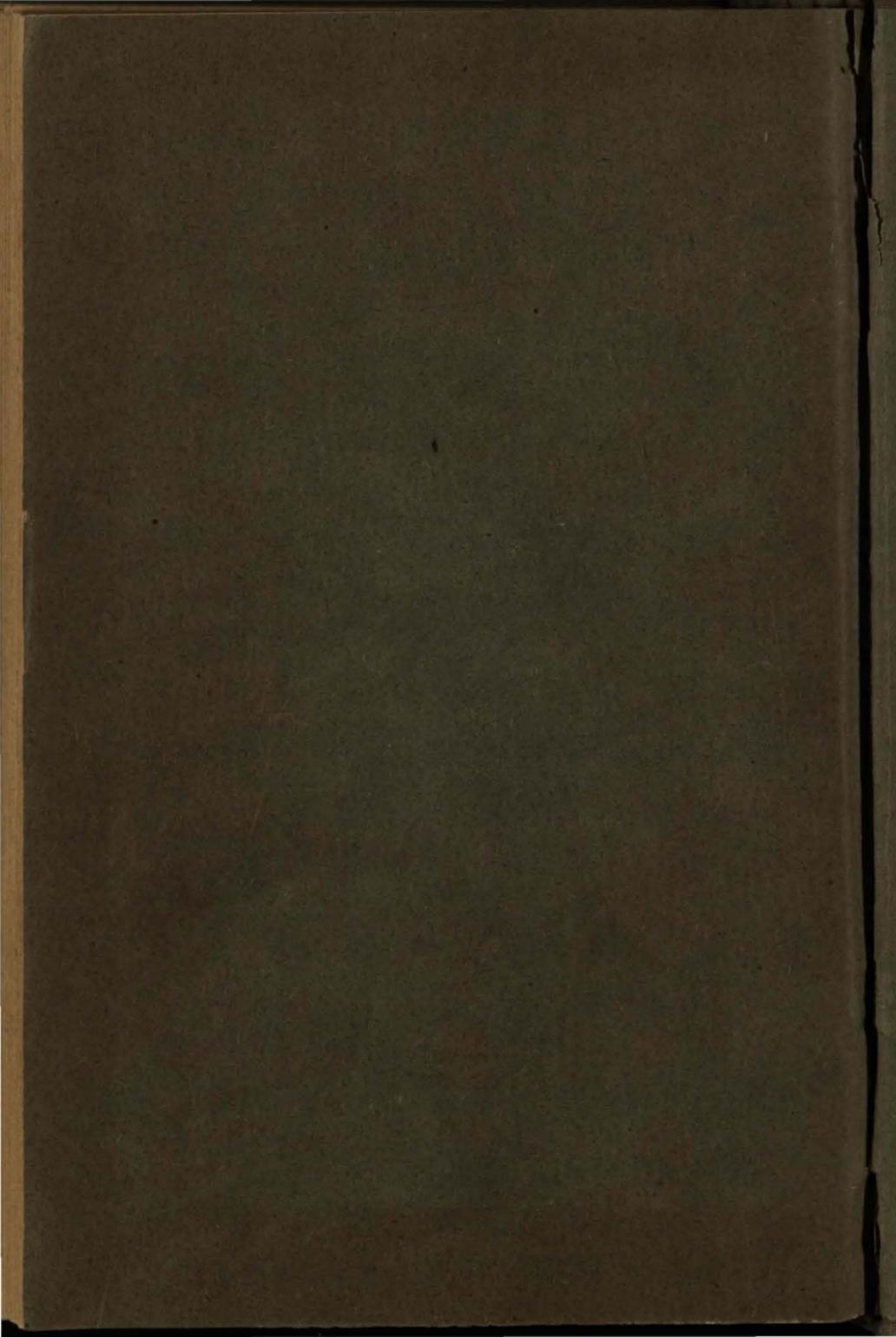
aquel triste ingenio que reprobaba las guerras civiles y condenaba á sus proscriptores á eterna proscripción; su lenguaje es tanto más sublime, cuanto de más alto habla. «¿Por qué, hija mía, te entregas á tan larga tristeza? ¿Por qué cierras con tanta obstinación los ojos á la verdad, y crees injustamente tratado á tu hijo porque disgustado de la vida se retiró por sí mismo con sus antepasados? ¿No conoces los huracanes con que la fortuna trastorna todas las cosas? ¿que á nadie se presenta risueña y agradable sino á aquellos que tienen menos que agradecerle? ¿Habré de citarte los reyes que hubieran sido los más felices de la tierra, si la muerte hubiese acudido más pronto á sustraerles de las desgracias que les amenazaban? ¿Y aquellos capitanes romanos á cuya grandeza nada hubiese faltado á suprimirles algo de su vida? ¿Y aquellos nobles y esclarecidos varones que tuvieron que inclinar la cerviz bajo la espada de un soldado? Mira á tu padre y á tu abuelo: aquél fué entregado á manos extrañas. Yo no he dado á nadie derecho sobre mi vida, y, absteniéndome de toda alimentación, he mostrado cuánto me alentaba el valor que dictó mis escritos. ¿Por qué se ha de llorar más en nuestra casa al que muere más dichoso? Aquí todos formamos uno solo, y, sin estar rodeados ya de profunda oscuridad, vemos que nada tenéis, según vuestra creencia, deseable, nada grande, nada espléndido; sino que todo es ahí bajeza, miseria, ansiedad; careciendo, como carecéis, de nuestra luz. ¿Habré de añadir que aquí no tenemos ejércitos que choquen con mutuo furor, ni armadas que se destrocen en el mar; que aquí no se medita ni se trama el parricidio; que no resuenan los foros con procesos durante días interminables; que nada es oculto, estando todas las mentes abiertas, patentes todos los corazones, viviéndose en público y delante de todos, y viéndose el pasado y el porvenir de todas las edades? Gloriábame de escribir los hechos de un siglo solo, realizados por unos pocos y en un rincón

del mundo; ahora puedo contemplar todos los siglos, la continuación y encadenamiento de las edades y toda la suma de los años; puedo también prever el origen y ruina de los imperios, la caída de las grandes ciudades y las nuevas incursiones del mar. Si puedes encontrar consuelo á tu dolor en el destino común, persuádate de que nada permanecerá erguido en el sitio en que está: el tiempo ha de derribarlo todo, arrastrarlo todo, y no solamente á los hombres (porción pequeñísima entregada á lo fortuito), sino que también á los parajes, regiones y partes del mundo; arrasará las montañas y hará brotar entonces nuevos peñascos; absorberá los mares, separará de su cauce á los ríos, y destruyendo el comercio de las naciones, dispersará las sociedades del género humano. En otra parte sepultará las ciudades en profundas simas, las quebrantará con temblores, y de lo más profundo hará surgir vapores ponzoñosos y cubrirá con inundaciones todo lo habitado: en el orbe sumergido perecerá todo sér viviente, y en vasto incendio quedarán abrasadas todas las cosas mortales. Y cuando llegue el tiempo en que el mundo haya de destruirse para renacer, todas las fuerzas se destruirán por su propio impulso; chocarán los astros con los astros; toda la materia se inflamará, y todo lo que actualmente brilla con tanto orden, se abrasará á la vez. En cuanto á nosotros, almas dichosas, gozando de la eternidad, cuando plazca á Dios realizar estas cosas en medio del universal trastorno, restos pequeñísimos de la gran ruina, nos confundiremos en los antiguos elementos. ¡Feliz tu hijo, oh Marcia, que ya conoce este secreto!»



ÍNDICE.

	Págs.
DE LA IRA.	
Libro I.....	4
Libro II.....	25
Libro III.....	64
DE LA CLEMENCIA.	
Libro I.....	103
Libro II.....	133
CUESTIONES NATURALES.	
Libro I.....	144
Libro II.....	175
Libro III.....	213
Libro IV.....	249
Libro V.....	273
Libro VI.....	291
Libro VII.....	325
CONSOLACIÓN Á HELVIA.....	353
CONSOLACIÓN Á MARCIA.....	383

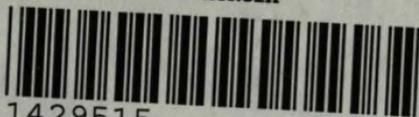


Universidad de Murcia

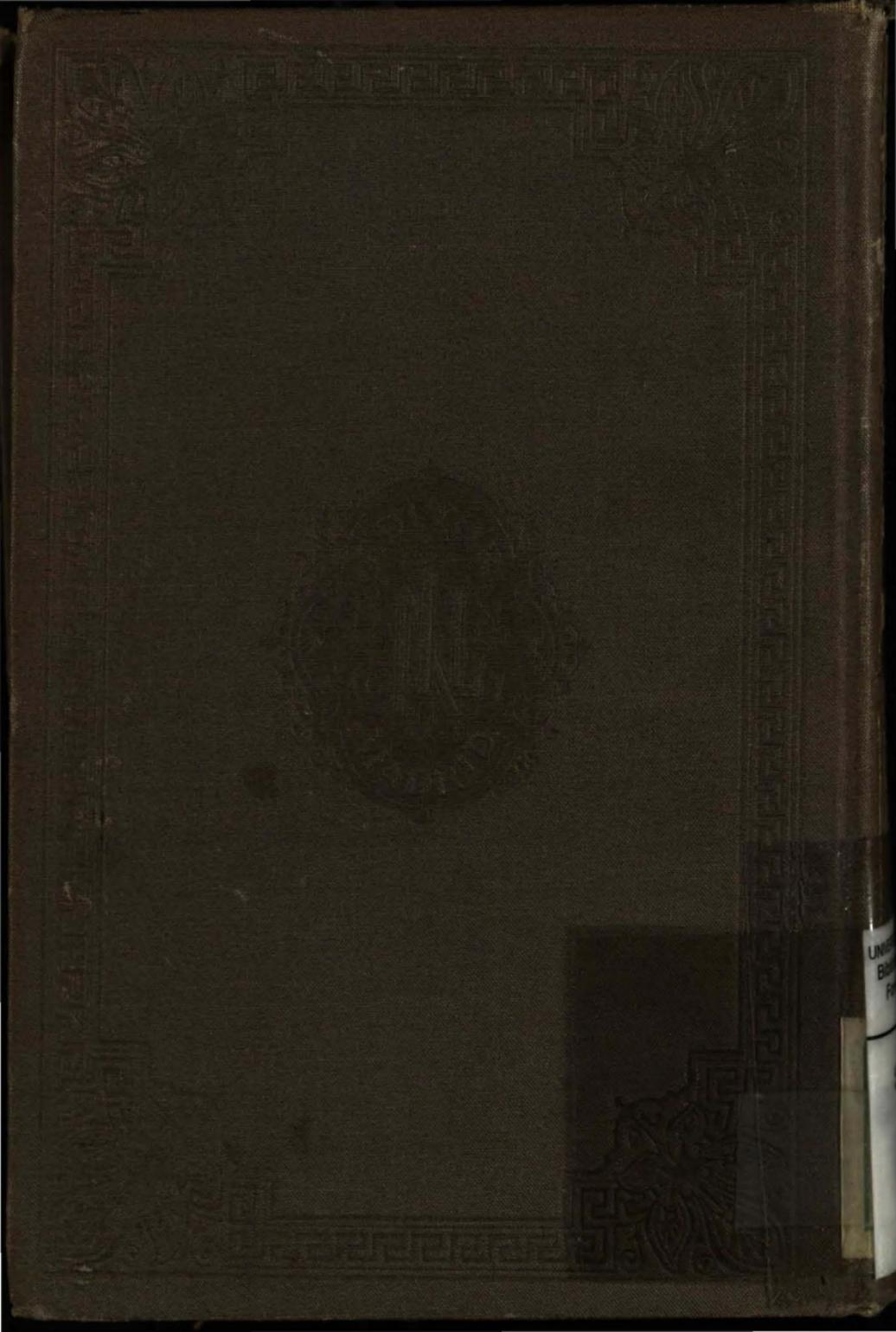
S-XIX 767(II)

276220

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1429515



UNIVERSITY
BOOKS
F